Justo Arroyo

Lucio Dante resucita

Rafael Ruiloba

Manosanta

Biblioteca de la Nacionalidad
AUTORIDAD DEL CANAL DE PANAMÁ

Lucio Dante resucita

Manosanta

Bajo criterio editorial
se respeta la ortografía de los textos
que presentan arcaísmos
propios de su Edición Príncipe.

Por la naturaleza de este proyecto editorial,
algunos textos se presentan
sin ilustraciones y fotografías
que estaban presentes en el original.

• • • • •

Justo Arroyo

Lucio Dante resucita

Rafael Ruiloba

Manosanta

Biblioteca de la Nacionalidad

AUTORIDAD
DEL CANAL DE PANAMÁ
PANAMÁ 1999

Editor
Autoridad del Canal de Panamá

Coordinación técnica de la edición
Lorena Roquebert V.

Asesoría Editorial
Natalia Ruiz Pino
Juan Torres Mantilla

Diseño gráfico y diagramación
Pablo Menacho

❖

P.
863 Arroyo, Justo
Ar69a **Lucio Dante resucita**/Justo Arroyo.— Panamá: Autoridad del Canal, 1999.
137 p.; 24 cm.— (Colección Biblioteca de la Nacionalidad)
Contenido: **Manosanta**/Rafael Ruiloba. 241 p.

ISBN 9962-607-11-6
1. NOVELA PANAMEÑA
2. LITERATURA PANAMEÑA-NOVELA
I. Título

La presente edición se publica con autorización de los propietarios de los derechos de autor.

Copyright © 1999 Autoridad del Canal de Panamá.

Reservados todos los derechos.
Prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio, sin permiso escrito del editor.

La fotografía impresa en las guardas de este volumen muestra una vista de la cámara Este de las esclusas de Gatún, durante su construcción en enero de 1912.

BIBLIOTECA DE LA NACIONALIDAD
Edición conmemorativa de la transferencia del Canal a Panamá 1999

BIBLIOTECA DE LA NACIONALIDAD

A esta pequeña parte de la población del planeta a la que nos ha tocado habitar, por más de veinte generaciones, este estrecho geográfico del continente americano llamado Panamá, nos ha correspondido, igualmente, por designio de la historia, cumplir un verdadero ciclo heroico que culmina el 31 de diciembre de 1999 con la reversión del canal de Panamá al pleno ejercicio de la voluntad soberana de la nación panameña.

Un ciclo incorporado firmemente al tejido de nuestra ya consolidada cultura nacional y a la multiplicidad de matices que conforman el alma y la conciencia de patria que nos inspiran como pueblo. Un arco en el tiempo, pleno de valerosos ejemplos de trabajo, lucha y sacrificio, que tiene sus inicios en el transcurso del período constitutivo de nuestro perfil colectivo, hasta culminar, 500 años después, con el logro no sólo de la autonomía que caracteriza a las naciones libres y soberanas, sino de una clara conciencia, como panameños, de que somos y seremos por siempre, dueños de nuestro propio destino.

La **Biblioteca de la Nacionalidad** constituye, más que un esfuerzo editorial, un acto de reconocimiento nacional y de merecida distinción a todos aquellos que le han dado renombre a Panamá a través de su producción intelectual, de su aporte cultural o de su ejercicio académico, destacándose en cada volumen, además, una muestra de nuestra rica, valiosa y extensa galería de artes plásticas.

Quisiéramos que esta obra cultural cimentara un gesto permanente de reconocimiento a todos los valores panameños, en todos los ámbitos del quehacer nacional, para que los jóvenes que hoy se forman arraiguen aún más el sentido de orgullo por lo nuestro.

Sobre todo este año, el más significativo de nuestra historia, debemos dedicarnos a honrar y enaltecer a los panameños que ayudaron, con su vida y con su ejemplo, a formar nuestra nacionalidad. Ese ha sido, fundamentalmente, el espíritu y el sentido con el que se edita la presente colección.

Ernesto Pérez Balladares
Presidente de la
República de Panamá

Justo Arroyo

Lucio Dante resucita

Apaciblemente, envuelto en el tibio clima de serenidad codiciada, sintió la liviandad de su muerte artificial y diaria.

Gabriel García Márquez
La Otra Costilla de la Muerte

«

4

¿Se había vuelto loco John Adams?

Lucio Dante volvió a leer la nota y se rascó la cabeza. Que John Adams, su declarado enemigo, lo citara a su casa urgentemente, sólo podía indicar que el SIDA le había trastornado el cerebro.

Lucio Dante era el periodista estrella de *El Centinela*, un diario sensacionalista que, por lo mismo, era el de mayor circulación. Y cada vez que Lucio Dante había escrito sobre el famoso actor y director John Adams, lo había llamado por su nombre verdadero: Jairo Pérez.

Pero eso era lo de menos, porque Lucio Dante no sólo destrozaba el trabajo de John Adams en sus "notas culturales" sino que, a mitad de una obra suya, se levantaba y se iba, tratando de hacer el mayor ruido posible.

John Adams nunca se lo perdonó, como tampoco sus cientos de simpatizantes, que enviaban cartas a la redacción de *El Centinela*, protestando por la "incultura de esos gacetilleros metidos a críticos de arte".

Pero *El Centinela* publicaba con gran despliegue todas las protestas y ataques, alimentando la polémica y regodeándose por contar con este público furibundo pero fiel.

Lucio Dante hacía pocas críticas de arte, pero sabía que le garantizaba decenas de cartas airadas si de cuando en cuando se metía con el mundo artístico y ridiculizaba al actor tal o al pintor tal o al músico tal. Pero estas notas "culturales", que en el

fondo lo tenían sin cuidado, las usaba Dante como equilibrio a su especialidad: los reportajes desde los cuartos de urgencia.

En ellos, describía con particular detalle cada cuchillada y cada balazo, deviniendo en un grafismo casi pornográfico de las víctimas y sus heridas.

Pero el resto de vergüenza que pudiera sentir Lucio Dante por su trabajo en *El Centinela, lo* despachaba al observar la actitud de los propios heridos, quienes, ante la presencia del periodista y su fotógrafo, olvidaban su desgracia para posar, exigiendo el mejor ángulo frente a la cámara.

Los fines de semana Lucio Dante dirigía su atención a lo que denominaba "asuntos políticos", en donde por lo regular "fuentes de entero crédito pero que pedían reserva de sus nombres", denunciaban el desfalco cometido por el funcionario tal o la indiscreción del personaje tal.

Lucio Dante estaba acostumbrado a encontrar dentro de su correspondencia todo tipo de notas en que le describían lo que iban a hacer con él por publicar sus "basuras". Desde amenazas de muerte hasta castración. Pero simplemente las leía, se encogía de hombros y se decía que eran gajes del oficio.

Una vez, sí, lo habían esperado a la puerta de su cuarto y, sin decir palabra, tres encapuchados lo habían molido a golpes con eficiencia de comandos. Lucio Dante nunca supo quién había actuado al fin en su contra, pero se dijo que con esa paliza sus otros agraviados se habían dado por satisfechos porque no lo volvieron a atacar.

Lucio Dante aprovechó la golpiza para describir en sucesivas columnas el impacto de ese puño en su nariz o la sensación de aquella patada en sus testículos o el borboteo de su sangre, cuando negra lo ahogaba en la boca. Fueron sus columnas de mayor éxito, y le dieron notoriedad al tomarlo los portavoces de los derechos humanos como símbolo de la libertad de expresión. Aunque algunos, después de leerlo, confesaran en privado que se lo tenía bien merecido.

Pero lo que más irritaba a los enemigos de Lucio Dante no era el que hubiera tocado fondo al presentar a todo color las inmundicias de la sociedad. Era algo mucho más sencillo pero a la vez más perturbador. Y era que el término “inculto”, aplicado a Lucio Dante, no era exacto. El propio John Adams y sus seguidores lo usaban para herirlo, como su forma de desquitarse al sacar en conclusión que ése era el punto débil de Lucio Dante: el cuestionamiento de su cultura.

Porque todos esos artículos sobre asesinos y ladrones, todos esos reportajes sobre corrupción y venalidades, envueltos en su manto surrealista por sus citas de Horacio y de Virgilio, revelaban no a un ignorante sino a un cínico de marca mayor.

Y Lucio Dante, la nota en la mano, decidió ir donde John Adams.

A Lucio Dante le incomodaba no saber cómo iba a encontrar a John Adams. También le preocupaba la forma cómo debía comportarse ante un moribundo. Por eso, cuando tocó a la puerta, levemente, deseó en su interior que nadie lo escuchara, para regresarse y olvidar el asunto. Pero, antes de que pudiera dar la media vuelta y escapar, oyó desde adentro la bien modulada voz de John Adams diciéndole: "Un momento, Lucio".

El hombre que le abrió la puerta guardaba un parecido con John Adams. Era un John Adams comprimido que lo miraba desde un núcleo en que se movía lo último que quedaba del original pero que, a la vez, se proyectaba como el auténtico. Lucio Dante se dijo que estaba frente a frente con la verdad, y por primera vez en mucho tiempo se sintió vulnerable.

Los trucos que inventa la muerte, se dijo al entrar.

El piso de John Adams no era mucho más grande que el cuarto de Lucio Dante. Pero allí donde Dante era austero hasta lo monástico, John Adams era ostentoso, con una gran cantidad de recuerdos por todas partes, el antiguo y vigoroso John Adams sonriendo desde carteles, fotos y programas. Y cuando John Adams lo invitó a sentarse, Lucio Dante, no obstante su baja estatura, tuvo que recoger las piernas para no empujar la mesita de centro, en donde presidía una botella y dos copas.

Lucio Dante se consideraba bien informado sobre el SIDA. Sabía que sólo se contagia mediante el intercambio de fluidos corporales o el compartir agujas infectadas. Nada de eso le po-

dría ocurrir con John Adams. Sin embargo, se dijo que le iba a ser difícil tomar de una copa usada por John Adams, quien, por otra parte, ya había notado que Lucio Dante no respiraba normalmente sino con inhalaciones breves, como para evitar algún virus que desconociera las reglas del SIDA.

Por eso, John Adams le dijo:

—Son copas nuevas, Lucio, las compré especialmente para esta reunión. Nadie las ha usado antes.

Y Lucio Dante, tratando de no reflejar su alivio, tomó la botella y llenó las dos copas.

John Adams estaba sentado frente a él, sus piernas largas y huesudas tocando el borde de la mesa y a veces empujándola, con lo que Lucio Dante tuvo la incómoda sensación de que John Adams buscaba invadir su territorio para de alguna manera dominarlo. Pero la mirada quemante de Adams decía que todo su interés estaba en las reacciones de Dante.

Lucio Dante saboreó entonces el licor y le pareció demasiado dulce. Al bajar la copa, miró a John Adams fijamente, para que viniera al grano.

—Quiero que escribas un libro sobre mí. —le dijo John Adams, sin parpadear.

Por un momento Lucio Dante pensó que alucinaba. Porque cada vez más le ocurría lo del poeta aquel que confundía los sueños con la realidad. Sobre todo a la mañana siguiente de una de sus borracheras, cuando a duras penas recordaba haber tecleado su columna de *El Centinela* y haberse preparado la cena, la excusa para los tres vodkas dobles y el litro de vino y la botella de ron, el televisor encendido al despertar, totalmente borradas de su memoria la película o las noticias o lo que carajo vio, sólo la presencia del sudor contra su cráneo.

—¿Un libro? —preguntó Lucio Dante, volviendo de sus pensamientos—. ¿Y me puedes decir por qué yo, cuando jamás he escrito un libro, cuando pienso que hay demasiados libros en el mundo?

—Porque creo que tienes el talento para hacerlo —dijo John Adams, seriamente—. Porque sé que una vez empezado harías lo imposible por terminarlo y porque yo tengo diez mil dólares para pagarte.

—Perdóname —contestó entonces Lucio Dante—, pero, ¿no me estás confundiendo con otra persona?

John Adams rió y Lucio Dante pensó que John Adams se burlaba de él, que esta propuesta no era nada más que su forma de humillarlo, de hacerle pagar por todas las veces que al lado del nombre Jairo Pérez había escrito mal actor. Entonces sintió crecerle una rabia que le borró toda compasión y, al ponerse de pie, calculó mal y se golpeó duro en las rodillas con la mesa pero sin demostrar dolor.

John Adams se paró también y le desarmó con una angustia instantánea, en los ojos el pánico ante la posibilidad del fracaso de la entrevista. Y Lucio Dante observó que los ojos de John Adams se le habían hundido más, como si su salida del cuarto significara el fin de su existencia.

—Lo siento, —dijo entonces John Adams—. Te ruego me perdones y me des la oportunidad de explicarme. Sé que esta propuesta te puede parecer extraña y hasta impropia, considerando la naturaleza de nuestras relaciones. Pero te aseguro que no lo es para mí, que llevo tiempo meditándola. Por favor, vuelve a sentarte.

Lucio Dante se sentó y volvió a paladear el dulce demasiado dulce, lamentando la calidad del licor.

—Te ruego —continuó John Adams—, que si me expreso mal, sepas comprender. Como ves, no estoy bien. Por eso he pensado en un documento que ponga algunas cosas claras en mi vida, antes de que sea tarde. Y aunque tengo serias dudas acerca del futuro del libro, pienso que es el mejor... el *único* medio disponible para mí en estos momentos.

—Eso lo entiendo —dijo Lucio Dante—, lo que no acabo de entender es por qué yo, cuando, como bien dices, nuestras

relaciones han sido menos que cordiales.

—Allá voy —dijo John Adams, tratando de controlar su impaciencia.

—He seguido tu trabajo en *El Centinela.* He leído tus artículos y reportajes e independientemente de lo que has escrito sobre mí, he llegado a la conclusión de que tu gran problema ha sido, precisamente, no haber escrito un libro. Lo que te estoy diciendo es que te considero capaz de mucho más de lo que hasta ahora has hecho. Quiero decir: de todo *lo contrario* de lo que hasta ahora has hecho.

Lucio Dante no supo si sentirse halagado o insultado. Por eso, y para evitar comentar lo anterior, le dijo a John Adams:

—¿Y qué te hace pensar que yo estaría interesado en escribir sobre ti?

—Porque con 10,000 dólares tendrás lo que te falta: libertad. Y porque si no lo intentas el sentimiento de cobardía te perseguirá hasta el final.

John Adams mantuvo la vista en Lucio Dante y se dijo que se la estaba rifando pero que tenía que saber.

—¿Y crees que tu vida ha sido tan interesante que merece ponerse entre cubiertas?

—Claro que siempre existe el vídeo —dijo John Adams, sarcásticamente—. Pero dudo que salga muy bien en mi estado actual. Y por supuesto que mi vida *ha sido* interesante, como dices correctamente, utilizando el pasado y anticipándote a mi enfermedad. Aunque eso no debe ser difícil para ti, visto tu don para hacer que cualquier cosa parezca interesante, hasta la porquería que escribes en *El Centinela.*

Ahora fue Lucio Dante quien rió. Y recordó las veces que había pensado que John Adams era un tonto, un fantoche de cabeza hueca que se aprovechaba del escenario para lucir su hermoso cuerpo y su bello rostro. Recordó cómo su arrogancia le había sido insoportable hasta el punto de que, en más de una ocasión, se había levantado de sus obras, haciendo el mayor

escándalo posible de modo que John Adams se diera cuenta de que abandonaba la sala en desprecio de su trabajo.

Pero después, en casa y al tercer ron, tenía que reconocer que lo que realmente le era insoportable de John Adams, con su belleza desbordante era su derroche de suerte, el que a este ser humano se le hubiera otorgado tanto cuando la mayoría tenía tan poco. Él, John Adams, con su belleza desbordante, seguramente sólo tenía que entrar a un cuarto para que la mujer que fuera quedara húmeda mientras que él, Lucio Dante, el alfeñique, estaba condenado a revolotear alrededor de una mujer hasta cansarla.

Viéndolo ahora, tan flaco que parecía una especie de boceto de él mismo pero con suficiente fuerza aún como para obligarlo a permanecer sentado y sopesar su propuesta, bajar su coñac demasiado dulce y confirmarle lo que John Adams sabría desde un principio, esto es, que en el fondo Lucio Dante lo envidiaba, porque John Adams lo habría radiografiado y se habría dado cuenta de que Lucio Dante era un pobre diablo, inteligente, tal vez, pero con un complejo del tamaño de un edificio, por su estatura y su flacura y su feúra.

Y Lucio Dante sintió algo como remordimiento al llegar a la conclusión de que lo único que quedaba por envidiar en el gran John Adams era su voz.

—Antes que todo, quiero dejar constancia de que no soy homosexual —dijo John Adams, sacando a Lucio Dante de sus cavilaciones.

—¿Perdón? —dijo entonces Lucio Dante—. ¿Ya empecé a trabajar?

—Sí —dijo John Adams, con una sonrisa—. Esta es, en efecto, nuestra primera entrevista. Al final de ella te daré cinco mil dólares y, cuando hayas terminado el libro, los restantes cinco mil. Mi única condición es la de que no uses grabadora ni tomes apuntes. Me resultaría intolerable, casi macabra, la imagen de ti en tu casa, rebobinándome o echándome hacia atrás o hacia

adelante, parándome y volviéndome a andar, mi voz más o menos débil, más o menos fuerte de acuerdo con tus baterías. O de no, tú tratando de descifrar tu letra, pensando si llamarme o no para aclarar alguna cosa. Escucha: Si algo no se te quedó en la memoria es porque no tuvo importancia.

Lucio Dante echó la cabeza hacia atrás y empezó a disfrutar de la situación. La idea de que apenas terminara de hablar con John Adams él, Lucio Dante, tendría cinco mil dólares, cuando a duras penas pasaba de un dólar en el bolsillo, le parecía increíble. Pero, viendo cómo las rodillas de John Adams buscaban taladrar el pantalón, viendo esos ojos perdidos dentro de los pómulos, se dijo que John Adams no tenía tiempo que perder.

—Perdóname, —dijo entonces Lucio Dante, sonriendo a su vez—, pero, ¿qué seguridad tienes de que no tomaré el dinero, lo gastaré y no escribiré nada?

—La única seguridad que tengo —le contestó John Adams, con mucha más gravedad de la que hubiera querido— es la de que me voy a morir.

—Pero —le dijo a su vez Lucio Dante, con una brutalidad que sólo captó después de hablar— ¿y si mueres antes de terminar el libro?

—Entonces es asunto tuyo, ¿no es así? —le dijo John Adams, sin demostrar reacción por la pregunta de Dante—. Pero no debes preocuparte, he tomado providencias.

—¿Y si así fuera —dijo entonces Lucio Dante—, qué importancia tiene?

—¿Qué importancia tiene qué? —preguntó John Adams, sin esconder su molestia.

—El que seas maricón o no.

John Adams tuvo un momento de vacilación y se dijo que Lucio Dante tenía el irritante hábito de crear espacios entre preguntas y respuestas. Y que esa manera de dejar suspendidos los pensamientos dentro de la conversación estaba calculada para

confundir al otro y como forma de defensa, al ganar tiempo en responder.

—Es que si hay la menor duda, si sacas cualquier pendejada freudiana como conclusión a lo que diga o deje de decir, habremos perdido el tiempo. Por mi profesión, he tenido relación con heteros y homos, y si siempre me ha importado un pito con cualquier duda sobre mi masculinidad, considero que éste es el momento para poner las cosas en orden.

—Insisto que no tiene importancia —dijo Lucio Dante—, pero mensaje recibido.

—Quiero empezar por contarte una experiencia que tuve el día cuando me enteré de que tenía SIDA.

—Como gustes —dijo Lucio Dante, reclinándose y volviendo a saborear el coñac.

—Yo me iba a suicidar —empezó diciendo John Adams, mirando fijamente a Lucio Dante y levantando su copa hasta mojar en el borde su labio agrietado—. Para ello, y huyéndole a un calor infernal, me dirigí en mi carro hacia un río en las afueras de la ciudad. Una vez allí, me tumbé bajo un árbol y sentí cómo el sudor se concentraba en mis ropas, como si encima del cuerpo vistiera una toalla empapada. Había estirado las piernas buscando algún alivio al calor antes de matarme, pero el aire pesado sobre mi cabeza, más los interminables bichos que festinaban en mi piel me impulsaban a terminar rápidamente.

Había cerrado el auto y había dejado una nota sobre el timón. Estaba dirigida a una amiga a quien le pedía que no hicieran un alboroto de mi muerte y que buscaran en la gaveta tal para mayores instrucciones. De lo que no estaba seguro era del revólver, un asunto calibre 22 que parecía de juguete, con unas balas minúsculas que me hacían dudar de su efectividad para volarme los sesos. Pero era muy tarde para remediar esto. Porque ni loco tomaba ese carro para regresar y buscar otra arma.

Pero había hecho mis experimentos con el revólver. Lo había disparado en varias ocasiones y conocía la fuerza del pro-

yectil a corta distancia. No, no tenía nada qué temer: ninguna sien es obstáculo a la determinación de una bala, por más pequeña que sea.

De modo que, llenándome los pulmones de aire, más para pelearle al calor que para darme ánimo, me coloqué el revólver contra la cabeza. Pero entonces ocurrió algo extraño: el frío del metal me hizo bien, me refrescó y empecé a darle vueltas al cañón contra la sien, masajeándome, como si fuera un cubo de hielo y no el artefacto que me destaparía el cráneo. Y, cerrando los ojos, me abandoné a éste mi último acto sensual sobre la tierra. Entonces, complentamente relajado, jalé el gatillo.

Pero nada ocurrió. Sólo un clic, el mismo calor y los mismos bichos alimentándose de mi sangre podrida. Miré el revólver, observé las seis balas en su sitio y dudé si en verdad había disparado o si me había quedado dormido y había soñado que jalaba el gatillo. Pero suficiente, me dije, ahora estaba despierto, bien despierto y, al colocarme nuevamente el revólver contra la cabeza, la vi.

Y me pregunté entonces si me habría estado observando durante todo este tiempo, porque, a pesar de la distancia, a pesar de que me costaba ubicar sus ojos, estaba seguro de que me miraba y de que anticipaba el disparo, como su entretenimiento en esta tarde asfixiante.

Estaba sentada en el puente sobre el río, las piernas le colgaban y las balanceaba con abandono. Eran unas piernas tan blancas que opacaban el sol de la tarde, y, desde mi posición al fondo del río, la muchacha era un destello. Estaba descalza, y me pareció que masticaba goma, con lo cual su comparación con una vaca contenta me resultó inevitable.

¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿Qué estaba pensando de mí? ¿Por qué no había gritado para detenerme? Estas preguntas me pasaban por la mente mientras me nacía otro tipo de rabia, ya no con la vida por haberme dado esta enfermedad sino con la callosidad de la gente, que puede mirar los preparativos de un

suicidio con indiferencia.

Para esa muchacha sobre el puente yo era una simple distracción en su tarde aburrida, algo que le inyectaba novedad a la monotonía de su existencia de gañana, porque eso era, seguramente, una tonta y saludable rústica con sus piernas gruesas y su piel de leche que se encontró con un suicida y anticipaba el espectáculo. Yo, pues, el actor John Adams, hacía mi última representación ante esta estúpida.

¿Y qué tal si le disparaba a ella? ¿Qué tal si aliviaba al mundo de esta cabeza hueca que tenía que ver a una persona morir para pasarla tarde?

Fue así como levanté el arma y la apunté hacia la muchacha sobre el puente. Sus enormes pechos quedaron justo en la mira del revólver y me dije que, con el pulso sereno, no había forma de fallarla, aunque sabía de la falta de alcance de la 22.

Pero era lo correcto: sacarla de este mundo, de modo que no lo contaminara con su estupidez, para luego sacarme a mí, de modo de no contaminarlo con mi enfermedad.

Apoyé entonces el codo izquierdo sobre una pierna, rodee el arma con las manos y, conteniendo la respiración, suave, suavemente, empecé a jalar el gatillo.

Pero la muchacha no hizo el menor intento por moverse. Siguió mirándome con su misma expresión ausente, sólo que ahora me pareció que me retaba, como si a través de todo este tiempo, sentada sobre el puente, hubiera llegado a la conclusión de que yo era un cobarde, un grandísimo cobarde que no se atrevería a pegarse un balazo y mucho menos a otra persona.

Entonces, todavía en posición de tiro, los ojos empezaron a arderme y se me llenaron de lágrimas. Y me dije que era la sal del sudor, que con sólo parpadear rápidamente la vista se acomodaría y podría dispararle a esta vaca sentada en el puente sobre el río, para entonces dispararme yo.

Pero el codo se me resbaló de la pierna y, al perder mi posición de tiro, el revólver fue a dar al suelo. Entonces me di cuen-

ta de que sollozaba, de que las manos me temblaban y de que el sollozo se transformaba en llanto abierto, porque esa muchacha había tenido razón: yo no me iba a quitar la vida ni mucho menos la de ella.

Al rato, tirado de espaldas, comido por los insectos y calculando la temporada que habría en mi carro al regresar, vi cómo se detenía una carreta en el puente, cómo se bajaban un hombre y una mujer y cómo, con mucho cuidado, con mucho amor, ayudaban a subir a la ciega.

John Adams dejó de hablar y miró a Lucio Dante. Y se preguntó si habría oído su historia. Pero, a menos que lo sacudiera, no tenía forma de saberlo, porque Lucio Dante había bajado los ojos y parecía dormir.

—Por eso estoy vivo todavía —continuó John Adams—. Por eso decidí regresar al carro y hacerle la lucha al calor y a la enfermedad. Porque la muchacha del puente me había dado una lección. Y no me refiero a aquello de aceptar la existencia en cualquier forma, como esos admirables pero pobres seres que sólo son una boca que traga o un ano que defeca. No. Lo que te quiero decir es que por esa muchacha me di cuenta de que, aunque me quedaba poco tiempo de vida, conservaba mis facultades intactas y que las utilizaría durante el tiempo que fuera.

—¿Te has preguntado alguna vez qué habrías sentido si le disparas a esa muchacha y descubres que era ciega, que no te había estado mirando en lo absoluto? —dijo Lucio Dante, restregándose los ojos.

—Sí —dijo John Adams, sin dejar de registrar una sensación perturbadora, al ocurrírsele que para Lucio Dante el disparo habría estado justificado si la muchacha hubiera sido vidente, si hubiera estado disfrutando del espectáculo—. Pero nada ocurrió y nunca más he regresado a ese río.

—Creo que por hoy ha sido suficiente, ¿no crees? —dijo Lucio Dante, dándole un último sorbo al coñac—. ¿Con qué frecuencia serán las entrevistas?

—Dependerá de mi salud —dijo John Adams—. Yo te estaré avisando.

—Bien —dijo Lucio Dante, levantándose—. Y mi única condición es que sean de noche.

—De noche serán —dijo John Adams, caminando hacia un escritorio. De allí, extrajo un sobre y se lo dio a Lucio Dante, quien lo abrió y vio un cheque a nombre suyo por cinco mil dólares. Estaba firmado Jairo Pérez.

—Estabas muy seguro de mí —dijo Lucio Dante.

—O de mí —dijo John Adams.

—Hasta pronto, entonces —dijo Lucio Dante, extendiéndole la mano para arrepentirse enseguida.

—Hasta pronto —dijo John Adams, sin aceptársela.

Lucio Dante nunca había podido escribir borracho. Y dudaba mucho de esas proezas que les atribuían a Hemingway y a Scott Fitzgerald, en que estos gigantes de la literatura se sentaban supuestamente embriagados hasta las zapatillas para producir página tras página de la mejor escritura del mundo. Y aunque él podía escribir la mejor basura del mundo, necesitaba de toda su sobriedad para redactar una línea con sentido.

Cuando empezó a trabajar en *El Centinela*, llegaba a su máquina de escribir casi cayéndose para al día siguiente espantarse con el resultado. Pero se decía que era tal la basura que le pagaban, tal la basura de sus temas y tal la basura de periódico que se justificaba que el producto fuera basura.

Porque en *El Centinela* bastaba que el asunto fuera lo suficientemente escabroso para que toda propiedad literaria valiera paja al lado de una buena foto del asesino o de su víctima. Y Lucio Dante no sólo describía los tonos de la sangre y las texturas de las heridas sino que, con sus citas en griego y latín, le aseguraba a *El Centinela* una circulación en paz y buena digestión.

Pero basura era. Nadie tenía que decírselo. Sólo que a veces, y como venganza privada, escribía de manera automática, cerrando los ojos y permitiendo que la máquina escupiera un galimatías que le merecía entonces estupideces como el "hermetismo hermenéutico" de Lucio Dante, él sin decidir qué le provocaba más náusea, si sus textos, sus lectores o él mismo.

Si tomaba un trago no podría parar, pensó acercando la máquina de escribir. Pero si empezaba el libro de John Adams, así, en seco, no podría avanzar. Buscó, pues, en la alacena, sacó una botella de ron y se sirvió un trago con cola.

Cuando terminó tenía veinte páginas escritas, iba por su ron número ocho y no podía distinguir las palabras sobre el papel. Entonces, colocando la última página encima de las demás se dirigió a la cama. Allí, encendió el televisor con el control remoto y, con los primeros muñecos por la pantalla, recordó que no había escrito la columna del periódico. Lo haría al despertar, se dijo, mirando la televisión con cara de idiota y derramándose el trago sobre el pecho.

A la mañana siguiente, con las primeras notas del himno nacional por el televisor, Lucio Dante adquiría conciencia de que vivía, de que había superado otra pesadilla y de que lo esperaban sus gestos maquinales. Entonces, sentía simultáneamente el sabor pastoso de la boca y las ganas de orinar. Rumbo al servicio, Lucio Dante se sacaba el pene y, desde la puerta, disparaba un chorro que no daba en el blanco sino que se regaba por el piso. Esta costumbre había producido en su cuarto de baño un permanente olor a amoníaco.

En lo único que Lucio Dante era intransigente era con sus dientes, a los que sometía a un ritual de limpieza torturante, con interminables cepilladas, con metros y metros de hilo dental y prolongados enjuagues bucales. Y todo ello no por ningún amor a la estética sin por un horror personal a la pérdida de su dentadura, a pasar por la vida conectado con ganchos y puentes o, peor, con chapa.

Cada diente era una perla para Lucio Dante y gustoso se sometía a los más atroces sufrimientos con tal de no perder una pieza, como cuando el dentista le aseguraba que ya era imposible seguir perforando tal cavidad porque el dolor sería intolerable, para entonces Lucio Dante rogarle que continuara, las lágrimas nadándole en los ojos y el médico sin decidir si ante él tenía al individuo más valiente del mundo o al más imbécil.

Miedo a la castración, decía después Lucio Dante, tratando de sonreír dentro de su servilleta. Cada diente es como un dedo, doctor, una proyección del pene, ja, ja. Y el médico sacudía la cabeza.

La inmaculada dentadura de Lucio Dante era un marcado contraste con el resto de su apariencia. Porque sus ropas no sólo estaban permanentemente arrugadas sino que conservaban los restos de comida del día anterior. Sus corbatas eran un colgarejo de grasa y tinta, sus camisas con un gris eterno tanto en los puños como en el cuello y sus zapatos jamás conocieron la caricia del betún.

Lucio Dante se había hecho de un Volkswagen antiguo al que prodigaba una atención como la que se daba a sí mismo, porque si el motor del carro eran los dientes en Lucio Dante, por fuera el auto había adquirido una pátina casi aristocrática, el polvo y el lodo impidiendo adivinar su color, proyectando una especie de reverencia arqueológica mientras adentro las diversas sobras impedían sentarse o pisar.

Bañarse era cosa de mujeres para Lucio Dante. Sólo ellas estaban obligadas a oler bien. Le molestaba el perfume y, cuando tenía un encuentro amoroso, su participación era primordialmente olfativa, como animal curioso sobre el cuerpo ajeno, oliendo cada poro y abertura, indiferente a su propio olor a ajos sancochados y sudor cristalizado.

Esa mañana, luego de decidir que hoy tampoco se bañaba, Lucio Dante se hizo un café con leche y lo acompañó de tostadas. Y, mientras desayunaba, se preguntó si había sido un sueño su reunión con John Adams u otra de sus pesadillas, tan reales que le parecían verdad, como cuando soñaba que bailaba con Madonna, su rostro perfecto en sus manos, ella cantándole *Material Girl* para de repente transformarse en Medusa, en bruja desdentada que lo perseguía por el cuarto y él despertaba al sudor y a las ganas de orinar.

Por eso, fue a su saco sobre la silla y buscó en un bolsillo. Encontró y abrió el sobre con el cheque por cinco mil dólares

que llevaba la firma de Jairo Pérez, la letra diminuta muy distinta de los rabos pedantescos con que John Adams firmaba sus autógrafos. Entonces miró en el escritorio las páginas escritas sobre Adams. Tal vez debía revisarlas, se dijo; pero no: lo hecho, hecho estaba.

Lucio Dante se estiró, bostezó y tuvo una sensación extraña. Era algo parecido a bienestar. Todo le pareció correcto de repente: él, su cuarto y la máquina de escribir. Hasta el café con leche y las tostadas estaban dentro del orden cósmico. Lucio Dante se dijo que hacía rato que no se sentía así, tan bien, y le vino a a la mente la idea de dejar de escribir la porquería que escribía para *El Centinela,* de mandar al periódico de paseo y desempolvar esos cuentos y novelas que no había tenido el valor de continuar pero tampoco de botar.

Pero, ¿no estaba yendo demasiado lejos? ¿No había él llegado a la conclusión de que no poseía el talento para la literatura, al darse cuenta de que él, lento, muy lento, tenía que meditar durante horas para parir una oración medianamente aceptable, no digamos párrafos y capítulos?

Muchas veces lo había sorprendido la madrugada frente a la máquina de escribir, revisando esa última línea de las cinco que había logrado pergeñar. Pero sus columnas de periódico, desde la primera vez que logró escandalizar, le proporcionaron fama instantánea. Fama enfermiza, se decía, porque lo que provocaba en realidad era asombro por su irreverencia. Y, paradójicamente, su éxito periodístico le había destacado su mediocridad, porque allí seguían, debajo de la cama, sus proyectos literarios inconclusos, gritándole cagón.

Lucio Dante se sentó a la máquina de escribir y, todavía con el sentimiento extraño, le redactó una nota al editor de *El Centinela,* solicitando una licencia indefinida.

El editor de *El Centinela* se llama Rubio, Salvador Rubio. Y su primer impulso al leer la nota de Lucio Dante en que solicita una licencia indefinida, sin la menor explicación, es el de dictar un memorándum exigiendo su despido inmediato. Hacerle esto a media semana, sin oportunidad de buscarle un reemplazo era propio del cabroncito ese.

Salvador Rubio odiaba a Lucio Dante más que a nadie en todo el país, en todo el planeta, y si no hubiera sido por los dueños del periódico, quienes hacían caso omiso de sus quejas, divertiéndose, al contrario, con las ocurrencias de Lucio Dante, él habría dado con sus huesos en la calle.

Salvador Rubio se decía que tenía a Lucio Dante radiografiado y detestaba su oportunismo, esa explotación de los peores instintos de la sociedad. Lo que lo llevaba a odiarse a él mismo aún más, porque él era, después de todo, el EDITOR de *El Centinela,* el guardián del chiquero, el marrano mayor, excluyendo por supuesto a los dueños del periódico.

Y ahora tendrían que pasarse sin Lucio Dante; ahora el huevoncito lo obligaba a reconocerle importancia al forzarlo a defender un reemplazo, los dueños pensando que como editor lo habría colmado o que se trataba de algún truco de Lucio Dante para que le aumentaran el sueldo.

De todos modos estaba jodido, se dijo Salvador Rubio, mirando la nota de Lucio Dante y pensando cómo decírselo a los dueños. Por allí andaban, era cierto, un par de columnistas an-

siosos de probar que ellos podían llegar tan bajo como Lucio Dante; pero no sería lo mismo, por imitadores.

Salvador Rubio era alto, de excelentes proporciones. Y sus zancadas y brazos le daban una elegancia de jirafa que persistía aun con su propensión a las torpezas. Todo le salía forzado, y si de conducir se trataba, metía duro los cambios y la transmisión se resentía. Y al estacionarse mordía las líneas amarillas y abollaba el auto vecino. Salvador Rubio calculaba mal cuando el otro le extendía la mano, chocando en vez su manga o quedándose sólo con tres dedos. Se sentaba siempre o muy al borde o muy atrás en la silla. Y si era lo primero, terminaba avanzando sobre su interlocutor, quien tenía que extender el brazo para sujetarlo; y cuando lo segundo, los demás debían correr a su lado para evitar se fuera de espaldas.

A Salvador Rubio le costaba estar quieto, delatándose con la mano por los cabellos o la vista nerviosa a la puerta, por donde seguramente entraría el personaje importante que esperaba.

Su estatura, su distinción y su tendencia a los accidentes, se combinaban en Salvador Rubio hasta configurar una paradoja ambulante: el hombre elegantemente descoordinado y el torpe eficiente que, a juzgar por sus fotos, le sobraba porte para presidente de la república.

Lucio Dante era la pesadilla de Salvador Rubio. Y ahora que le mandaba esta nota, sabiendo Salvador Rubio que si Lucio Dante dejaba de escribir para *El Centinela* se moría de hambre, se preguntó qué se traería entre manos el hijo de perra este. Tal vez un aumento de sueldo, sí, algo que Lucio Dante nunca había pedido y que Salvador Rubio atribuía a su desmesurado orgullo. Porque desde que empezó a escribir para el periódico, hacía cinco años, Lucio Dante había aceptado la cantidad inicial que le propusieron y jamás había pedido un ajuste, como rutinariamente hacían los demás empleados. Y ellos nunca habían podido reclutarlo para sus huelgas o paros contra “la pa-

tronal", ganándose así el menosprecio de sus compañeros, que se vengaban evitándolo y llamándole "cepillo" a sus espaldas, o si no "chupamedias", o simplemente "cueco".

Pero Lucio Dante escribía su columna y la llevaba al diario. Allí, la dejaba en la oficina del editor y se iba, a su próximo hospital o a su próximo informante. Cada mes cobraba, pagaba su cuarto y compraba licor. El resto era para mal alimentarse y para sus amigas.

Esta indiferencia de Lucio Dante por el dinero era para Salvador Rubio un signo evidente de su estupidez, no de ninguna genialidad, como solían sugerir los dueños, quienes a pesar de la circulación que garantizaba Lucio Dante nunca hicieron el menor intento por aumentarle un centavo.

Para Salvador Rubio, la forma de vida de Lucio Dante, sus valores y su apariencia eran motivo de la más absoluta repugnancia. Él, que exigía una revisión anual de su sueldo, que mantenía un hogar ejemplar, que manejaba un coche último modelo y que era la pulcritud en persona, se asombraba de la capacidad de abandono de este ser humano.

Y ahora el pendejito le mandaba una nota en que solicitaba "licencia indefinida". Y conociendo a los dueños del periódico, le obligarían a llamarlo, para negociar con Lucio Dante y prometerle el ajuste que le habían escatimado durante estos años. Y él tendría que hablarle a Lucio Dante, tal vez citarlo a su oficina y tenerlo delante. Esta sola idea le producía náuseas, pero, diciéndose que no le quedaba más remedio, que para eso era el editor, Salvador Rubio tragó grueso y fue donde el Gerente Administrativo.

Al Gerente Administrativo le decían Panchito y era el nieto del dueño de *El Centinela;* manejaba un coche deportivo y afirmaba que las columnas de Lucio Dante eran lo mejor del periódico. Salvador Rubio debía escucharlo en silencio porque, cuando se había atrevido a algún comentario negativo sobre Dante, Panchito se había adelantado en el escritorio, los puños cerra-

dos y le había espetado que no le importaba una mierda ni con el carácter ni con la apariencia de Lucio Dante, que mientras los lectores siguieran mandando sus cartas de protesta amenazando cancelar su suscripción cuando, al contrario, las ventas de *El Centinela* aumentaban, ellos, su abuelo, su papá y él, seguirían teniendo a Lucio Dante como su columnista estrella. Salvador Rubio entonces se mordía el labio.

Ahora, cuando entra a la oficina de Panchito y le muestra la nota de Dante, el Gerente Administrativo deja caer la boca, abre los ojos y le pregunta a Salvador Rubio que qué mierda significa esto. Salvador Rubio, entonces, sudando no obstante el aire acondicionado, se pasa una mano por los cabellos y mira hacia todos lados en búsqueda del personaje importante que se tarda en llegar. Pero Panchito vuelve a preguntarle qué mierda significa esta vaina.

Y cuando Salvador Rubio empieza a intentar una explicación, que seguramente tenía que ver con alguna estratagema de Lucio Dante para que le aumentaran el sueldo, sí, una especie de chantaje, Panchito le interrumpe y le dice que cite a Dante en seguida, para discutir precisamente un aumento que tenían pensado darle al pobre Lucio.

Al regresar a su oficina, Salvador Rubio le ordena a su secretaria que contacte al señor Lucio Dante. La secretaria marca el número sin levantar la vista y, cuando Salvador Rubio cierra su puerta, la secretaria se dobla de la risa.

El teléfono no ha dejado de sonar pero Lucio Dante no se ha movido de la cama. Sabe la hora del día por la cantidad de luz que le molesta, desde el doloroso cuchillo del sol mañanero hasta el tonificante perla vespertino. Nunca ha podido funcionar de día, el único acto que le vale la pena entonces es dormir y, cada vez que se ha visto obligado a trabajos diurnos, ha navegado entre bostezos.

Y si al salir del trabajo sus compañeros se doblaban bajo el peso de sus maletines y en sus rostros marchitos los únicos deseos eran de una cena y un televisor, Lucio Dante sentía el despertar de su adrenalina. Entonces, se dirigía a cualquier lugar menos a casa, los bares sus sitios preferidos, en donde otros noctámbulos como él acababan de desayunar.

Una vez allí, cuando algún colega lo acompañaba a una copa, se maravillaba de ver cómo volvía a la vida este hombre que hace un minuto estaba a punto de dormirse en el empleo. Porque el Lucio Dante que alzaba su copa con claridad mental a las cinco de la tarde, no tenía nada que ver con aquel otro que negociaba el día como sonámbulo.

Por ello, de manera rutinaria lo despedían o le pedían la renuncia. Y por ello, también, se había dedicado a escribir para *El Centinela,* donde bien pronto se destacó en el arte de escandalizar, algo difícil en un periódico que, como *El Centinela,* llevaba el escándalo a niveles sublimes.

Pero los verdaderos escandalosos —se decía Lucio Dante—, eran los lectores de *El Centinela*, que atacaban el periódico pero lo compraban; que movían las cabezas en reproche por las fotos de los desgraciados con las tripas afuera pero que obedientemente pasaban la página para regodearse con la ampliación de los pormenores de la sangría.

Esas llamadas insistentes tenían que ser de Salvador Rubio, se dijo desde la cama. Tal vez le contestaría mañana. Ahora tenía que ir donde John Adams.

Esa tarde, mientras Lucio Dante se ponía las ropas sin haberse bañado, John Adams se miraba al espejo y se preguntaba si la enfermedad le había trastornado el cerebro. Podía ser, se dijo; podía ser que no estuviera aguantando la presión y la mente buscara sacarlo de la realidad. Él había leído sobre esto en las decenas de libros que había devorado sobre el SIDA. Ese intento de suicidio, por ejemplo, había sido su manera de escapar, como esos locos que se desconectan del presente para refugiarse en un pasado en que formaron parte de la raza humana.

Pero si eliges quedarte aquí —pensaba John Adams, examinándose la cara en el espejo—, bien pronto te das cuenta de que la enfermedad puede ser la peor forma de exilio, un boleto sin regreso a una isla en donde sólo cabes tú y nadie más que tú. Un tú que domina y exige atención total, sin permitir un segundo de distracción. Porque al instante de abrir un libro o de tratar de concentrarte en un programa, ya sea de teatro, de televisión o de radio, ya sea de unos tristes saltimbanquis que te pararon en la calle, el cuerpo te lleva a un lado y te pregunta qué carajo te pasa, por qué lo traicionas con una actividad ajena a su enfermedad.

Tú, te dice tu cuerpo excluyente, no tienes derecho a nada más que no sea pensar en él. Tu única concentración debe ser para tu sangre corrupta, tu pérdida de peso o tu última pústula. A lo único a que tienes derecho es a no tragarte el corazón cada vez que te viene a la mente que no estás en el medio de ninguna

pesadilla de la que vas a despertar sino en la dura realidad de tu mal absorbente, mortal y cientos de adjetivos que utilizas para describir tu agonía, para que te quedes en tu enfermedad y la sientas en cada bocado que te cae mal y en todos esos gestos que una vez consideraste importante. Tu cuerpo no tolera distracciones y te observa, con mirada asesina, cada segundo que intentas apartarlo.

Sin embargo, ese mismo cuerpo no cree que sea cosa de locos escribir un libro sobre ti. Al contrario, lo aplaude, aunque sea con un irresponsable como Lucio Dante. Porque un libro sobre ti es un libro sobre tu cuerpo. Y si hablas de tu cuerpo vuelves a vivirlo sano y vigoroso, recuerdas la alegría que te brindó y te olvidas de matarlo.

John Adams se decía que era un prisionero de su cuerpo. Porque si antes este cuerpo había sido su orgullo e instrumento de trabajo, también había podido apartarlo de la mente. Pero, ¿cómo alejar ahora la figura escuálida que parecía pedir excusas por ocupar un espacio en el espejo, un espacio que ayer llenaba un rostro de bronce y unos dientes parejos y una cabeza que tiraba el pelo hacia atrás como animal?

Ahora, su rostro emaciado se acercaba tímidamente al espejo, sin atreverse a entrar de lleno en él sino por secciones: primero la quijada, larga como pendiente; luego las mejillas, hundidas como pozos para subir por la nariz y el encuentro insoportable con los ojos.

¡Dios, sus ojos! Ayer su vista penetrante terminaba cualquier discusión, y bastaba una mirada suya para que la mujer que fuera supiera que estaba perdida hasta cuando él lo decidiera, en la mirada de la mujer un amago de protesta que debía quedarse en ella, porque con John Adams cada encuentro se llevaba a cabo en sus condiciones y sólo en sus condiciones.

Hoy esos ojos sólo proyectan desconcierto.

John Adams oyó el toque a la puerta y retiró el rostro del espejo, aunque podía jurar que allí quedaba su mirada, estática,

como esas bestias que encandilan los faroles y no se mueven hasta el golpe fatal.

Lucio Dante entró y automáticamente se sentó en el mismo sillón, frente a la mesita. John Adams trajó la bandeja con el licor y las copas y por un instante Lucio Dante pensó pedirle que cambiara la marca. Pero, diciendo que no era asunto suyo, tomó la botella y se sirvió. Al irle a servir a John Adams, éste cubrió su copa con dos dedos.

—¿Tienes alguna idea de cómo te contagiaste? —le preguntó Lucio Dante, hundiéndose en el sillón, su rostro empezando a desdibujarse.

—Sí —contestó John Adams—. Sé cómo; lo que no tengo es la más remota idea de con quién. Y no podría empezar a calcular el número de mujeres que he visto en estos últimos años. Mil es cifra conservadora.

—¿Y no hiciste ninguna diferencia entre ellas? —le preguntó Lucio Dante.

—¿Cómo así? —preguntó a su vez John Adams.

—Digo, algún tipo de clasificación, por más rudimentaria que fuera, entre esta promiscua de corazón y aquella infiel comprensible, por ejemplo; o entre aquella en apariencia constante o esta ocasional circunstancial; cualquier cosa que pudiera arrojar un poco de luz sobre el asunto y reducir el número de las candidatas.

—Sé adónde quieres llegar —dijo John Adams—. Pero el problema de esta enfermedad es que es en extremo social, una verdadera orgía democrática en que la suma y el abuso de las palabras libertad, fraternidad e igualdad acaban por significar muerte.

Calcula: si estás con una casada te estás acostando indirectamente con el marido también; y en el caso remoto de que él le sea fiel, por lo menos puedes contar con las enfermedades del tipo: Y si el marido es adúltero, lo que sucede en el noventa y nueve por ciento de los casos, entonces te estás acostando además con sus mujeres, las que a su vez traen sus propias historias.

Y si ocurre que te toca una señora con un marido bisexual, entonces tus posibilidades de contagio se multiplican hasta el infinito. A la larga, algo muy positivo va a quedar de esta pandemia, si es que la sobrevivimos, y será el redescubrimiento y revaloración de las bellezas y bondades de la monogamia, incluso, del celibato.

En ese sentido no les falta razón a los que ven en ella alguna especie de castigo superior, una severa reprimenda hacia la moderación. Parecido a tal punto de vista de los que ven en la tierra un ser vivo y piensan que todos estos virus, los nuevos y los antiguos que vuelven a reinar, no son más que la defensa final de la tierra, su manera de decirle basta al depredador humano, con su aniquilación de bosques y su polución de mares y ríos. Su última llamada de atención para que, o respetamos el hogar que habitamos, llámese cuerpo o tierra, o nos vayamos despidiendo del uno y de la otra.

Pero volviendo a tu pregunta, yo no puedo hablar por ninguna de las mujeres con quienes estuve, con excepción de María, mi difunta esposa. Al morir ella tuve un par de intentos de relaciones serias pero fallidas. Por otra parte, a estas alturas todas habrán tomado sus medidas, aunque, para serte franco, no me importa gran cosa.

—¿No te importa? —preguntó Lucio Dante, genuinamente sorprendido.

—No me interpretes mal —dijo John Adams—. Quiero decir que ni tengo curiosidad ni me voy a preocupar por eso.

—¿Qué cosa te preocupa, entonces? —preguntó Lucio Dante.

Con la pregunta, John Adams tuvo una visión de su rostro en el espejo.

—El anonimato —dijo John Adams—. Morir sin dejar la más mínima huella de mi paso por la tierra. No he hecho nada de lo que dicen debe hacer una persona antes de morir: no he tenido un hijo, no he plantado un árbol ni he escrito un libro. Mi

vida ha sido la actuación, que, como sabes, es un arte efímero. No es una extensión del creador, como un cuadro o un libro, que sobreviven al individuo. Y nunca me preocupé por grabar videos pensando que tenía todo el tiempo del mundo.

Tú, con tus columnas y reportajes, detestables y todo, eres en cierta forma inmortal, porque de aquí a cien años la gente podrá saber que hubo un señor llamado Lucio Dante que escribía basura en una basura de periódico llamado *El Centinela*.

Lucio Dante rió, y se dijo que ese tipo de opiniones nunca le habían molestado, porque él era el primero en reconocer el nulo valor de lo que escribía en el diario. Pero ahora resultaba que aun eso, mierda y todo, tenía futuro, mientras que del gran John Adams no quedaría ni cebo.

—¿Y no te parece el colmo de la vanidad? —preguntó Lucio Dante—. ¿Crees que nuestras vidas son tan importantes como para dejar testimonio de ellas? No te niego que ser actor tiene su mérito, ¡pero son tantos de ustedes! Y, francamente, nunca me impresionaste como un Sir Laurence Olivier.

Ahora fue John Adams quien rió.

—Pero si tú nunca te quedaste más allá del primer acto de ninguna de mis obras —dijo—. Aunque tienes razón: es el colmo de la vanidad, de ese ego que quiere sus quince minutos de fama antes de desaparecer. Y conste que no hay nada como una enfermedad para sacar a relucir nuestra verdadera insignificancia, como cuando estás en un consultorio con las nalgas al aire y entran médicos y enfermeras y te miran como un pedazo de carne y no como un ser humano.

O cuando el médico empieza a hurgarte por detrás o a levantarte las bolas y pedirte que tosas, él tus testículos en la mano y tú parado allí, sin saber dónde diablos poner la cara. En ese momento sabes que no vales nada y te preguntas cómo la gente es capaz de esas miradas altivas, de esos hombros erguidos y de esas poses de conquistadores, cuando la realidad es una bata hasta la cintura exponiendo nuestra fragilidad.

Pero entonces ocurre que, con el final del examen, cuando nos ponemos la ropa y nos metemos en el auto, volvemos a mirar a los demás como insectos, olvidando la batita de las nalgas al aire y el médico con nuestras bolas en sus manos.

Por eso no tenemos más remedio que soportar a los burócratas, porque en el fondo sabemos que tienen razón al humillarnos, porque mientras nosotros mostramos una máscara, el burócrata nos ve con las nalgas al aire.

John Adams dejó de hablar y miró a Lucio Dante. Esperaba que le refutara, que le hablara de la dignidad humana y del heroísmo que encierra el sencillamente hacerle frente a todo esto. Pero ya la noche había entrado en la sala y Lucio Dante era una figura azul, en silencio, las piernas abiertas y los brazos sobre el sillón.

John Adams se dijo que Lucio Dante parecía estar mirando dentro de él mismo. Entonces, se levantó y encendió una lámpara a la derecha de Lucio Dante pero la luz sólo logró esconderlo más, al iluminar un lado de su rostro.

Lucio Dante se adelantó en la mesita y se sirvió nuevamente. A través del discurso de John Adams, había pensado si servirse otra copa o no. Se decía que su problema con el licor estaba en que, cuando empezaba, no podía parar. Bastaba ese primer sorbo de alcohol para que supiera que iba a terminar inconsciente. Por eso procuraba no beber de día, y cuando escribía lo hacía a las primeras horas de la noche y rápido, porque entonces, detrás del trago inicial venía el otro y el otro hasta cuando perdía el conocimiento.

No le gustaba esta relación con el licor pero se resistía a definirla como alcoholismo, felicitándose, incluso, cuando dejaba pasar un día sin beber; entonces razonaba que, si en verdad se lo proponía, si en verdad hubiera una razón para ello, podría dejar el licor para siempre.

Ahora, escuchando a John Adams, tenía miedo de pasarse y de perder lo que le contaba. Estaba, después de todo, trabajando, éste era el tiempo de John Adams y le pagaba para no olvi-

dar, para que no le ocurriera lo de sus borracheras, cuando a la quinta copa, al empezar a quitarse los pantalones y la amiga del momento le preguntaba la hora, cuando no veía el reloj y se servía el sexto, llegaba la amnesia.

Le preocupaban estos espacios en blanco en su cerebro y se prometía que se observaría, que se echaría más tónica en el vodka o más cola en el ron. Pero una y otra vez caía, porque la transición era fulminante, y si en este segundo estaba atento, al otro se encargaba algo que le permitía hacer el amor o conversar pero en un estado de sonambulismo, sin el menor recuerdo al día siguiente.

Por eso ahora da un sorbo muy pequeño a la copa y, apartándose de la luz, le dice a John Adams:

—Es nuestra naturaleza.

John Adams vuelve a irritarse por esta manera de Lucio Dante de dejar caer el tiempo en la conversación. Por ello y sin disimular su enfado, le pregunta:

—¿Qué cosa es, hombre?

—La vanidad humana.

John Adams se dice entonces que toda esta idea de escribir un libro con Lucio Dante tenía que ser la evidencia del deterioro de su cerebro por la enfermedad, que por lo menos el revólver es instantáneo, no torturante como estos diálogos con Lucio Dante. Pero, volviendo a pensar en su rostro en el espejo, se serena. Y se dice que, si bien Lucio Dante es la irresponsabilidad en persona, es el hombre justo para llevar a cabo su proyecto, porque Lucio Dante pondrá todo su empeño en tratar de hacer algo de valor aunque sea una vez en su vida, de modo de enterrar la bazofia que escribe en *El Centinela.* Lucio Dante es su garantía, porque en muchos aspectos está tan enfermo como él, y si por alguna razón abandona el proyecto, lo más probable es que él, Lucio Dante, se pegue el tiro.

—Supongo que es de rigor en casos como éste decir algo de la niñez y de la juventud de uno —dijo entonces John Adams,

en un tono que a Lucio Dante le pareció un desafío, pero dirigido a él mismo.

—Si te parece —dijo Lucio Dante, dando un sorbo pequeño a su copa.

—Yo odio todo lo referente a mi niñez y juventud —dijo John Adams.

—¿Por qué? —preguntó Lucio Dante, viendo pasar por su mente al niño que fue y a los padres que le tocaron.

—Porque no era libre. Toda mi vida ha sido una búsqueda de libertad. Por eso me metí al teatro, porque me habría suicidado en un trabajo de nueve a cinco. Y cuando descubrí mi buena presencia me dije que había encontrado el camino para escapar de mi hogar. Pero no me interesa hablar más allá de lo incómodo que me era recibir el mínimo centavo, tener que aceptar ropa o calzado de mis "mayores". Tengo a mi niñez como la etapa más denigrante de mi vida, y por lo mismo recuerdo el sentimiento exhilarante que significó ganar mi primer dinero, saber que la gente pagaba para verme.

Yo me fui de casa a los trece años, me enganché a una compañía de teatro ambulante y cada hambre y cada dormida con piojos me causaban una alegría indescriptible. Era mi hambre, entiendes, mis piojos. Los ruidos de mi estómago me producían felicidad, en proporción inversa a la tristeza que me causaba el que me dieran un plato de comida.

Lucio Dante volvió a paladear su copa y volvió a recordar a un chiquillo con padres alcohólicos. Pero rápidamente los sacó de la mente para concentrarse en John Adams y su descubrimiento de la libertad.

—¿Has pensado que tu enfermedad va, precisamente, en contra de todo lo que significa libertad, que te hará depender cada vez más de la gente?

—Sí, lo he pensado —dijo John Adams, secamente.

A Lucio Dante, entonces, se le ocurrió que John Adams iba a realizar un segundo intento de suicidio y que en esta ocasión

tendría éxito. No lo veía como el tipo de persona que suda una enfermedad hasta su conclusión ni tampoco como alguien que se presta para experimentos con su cuerpo. Desde el momento en que las náuseas o las infecciones le fueran intolerables, John Adams desempolvaría su revólver y se lo apuntaría a lo que quedaba de su sien.

Con esto en mente, Lucio Dante hizo un intento de humor al decirle:

—Pero algún recuerdo amable debes guardar de esa época que consideras miserable. Por lo menos el de la pérdida de tu virginidad.

Y resultó. Porque John Adams se rió, se adelantó en la mesa y se sirvió lo que a Lucio Dante le parecieron dos gotitas de coñac.

—Sí —dijo John Adams, mojando los labios en el borde de la copa—. Y cualquier valor que haya tenido mi vida se lo debo a mi trabajo y a las mujeres. Porque si a través del primero busqué la libertad, a través de las segundas busqué el misterio, desde la primera vez que escuché la frase "sexo opuesto".

¿Te imaginas esa expresión: "sexo opuesto"? El que la inventó y quienes la han usado después son los idiotas más grandes del mundo. Un "opuesto" es un contrario, pero este error original ha tenido el mérito de aguijonear precisamente la curiosidad, el deseo de explorar.

Un hombre y una mujer no tienen nada de opuestos. Son complementos, mitades en búsqueda de mitades. Opuestos seríamos si los hombres tuvieran el pene en le espalda, por ejemplo. Seguramente el inventor de la frase estaba pensando en la mujer que tenía enfrente, alguna campesina robusta viviendo con este gramático estítico. Sólo de un tipo así saldría una frase como ésa. El problema está en que nadie la ha disputado y se sigue repitiendo. Tiene el mérito, insisto, de haber acrecentado el misterio.

Aunque el sexo masculino tiene pocos misterios, con su proyección externa y su aburrida predecibilidad. Por eso los hom-

bres hacen alarde de sus genitales desde niños, porque carecen de magia. Les encanta exhibirse: mear en público, por ejemplo, competir con sus orines y esperma, lucir sus órganos como estandartes y por eso el orgasmo, que es la destilación de la sexualidad, resulta intrascendente en el hombre, un latigazo fugaz que comprueba su inutilidad.

En la mujer, al contrario, el orgasmo sublimiza el misterio. Desde el inicio, en el sólo acto de llamar, la mujer empieza un ceremonial en que el oído atento escucha la Novena Sinfonía de Beethoven. Todo es majestuoso, tan desconcertante para el hombre que lo conduce indefectiblemente al ridículo, a su final de relámpago mientras la mujer inicia su tormenta.

Y cuando se cumple, cuando a pesar de la torpeza masculina la mujer se realiza, es como la recompensa de los elementos de la tierra a ésta su criatura predilecta, que le brinda entonces todo el tiempo del mundo a su expresión interminable, que se prolonga y prolonga más allá de cualquier capacidad de comprensión del hombre, quien sólo puede observar desconcertado y pensar, como el gramático estítico, que el ser que tiene a su lado es, en efecto, su "opuesto".

John Adams hizo una pausa, sonrió y volvió a mojarse el borde los labios con el licor. Lucio Dante se adelantó, bajó el resto de su copa y se sirvió nuevamente.

—De donde deduzco —dijo Lucio Dante—, que tu primer encuentro amoroso fue un fracaso total.

—Total y absoluto —dijo John Adams, ampliando su sonrisa—. Una de esas cosas patéticas pero sin embargo didáctica, que me puso al menos en contacto con la estupidez del género que empezaba a representar.

Ambos tendríamos unos doce años y no sé cómo llegamos a esa parte de la playa. Habíamos estado bailando en una fiesta y yo había intentado sin éxito evitar una erección impertinente. Era una muchacha muy despierta que parecía burlarse de mi seriedad y de mi fallido intento por dominar mi virilidad incul-

ta. Ahora que lo recuerdo, fue ella la que me llevó hacia ese estrecho de playa. Y fue ella la que se acostó en la arena y dejó que su falda subiera hasta el borde de su ropa interior.

Era una chica maciza, durísima, y yo estaba maravillado con su cuerpo, que me parecía enorme, mientras que me veía a mí mismo como un espantapájaros ridículo, a punto de ser castigado por traspasar linderos. Pero cuando tomó mi mano y se la colocó en el centro, cuando por primera vez estuve frente a frente con el misterio y en efecto, develándolo, ese primer contacto con la armonía de los órganos femeninos, comparado con lo que veía como el disparate de los míos masculinos, cuando se bajó los pantis y realizó el acto por el cual se han desatado guerras, un par de piernas femeninas que invitan, cuando yo mismo me apresuré con torpeza a desnudarme, la obligatoria ayuda de ella en encontrar el camino, la indescriptible sensación de estar dentro de un cuerpo ajeno y la vergonzosa explosión simultánea a su carcajada, su sacudirse la arena y salir corriendo para dejarme allí, boca arriba y confundido, pensé que Dios se asomaría por entre las nubes y me descargaría un rayo que yo estaba dispuesto a aceptar de todas maneras porque, qué carajo, oye, ya era un hombre, y todo por una mujer.

John Adams iba a reír pero tosió, una tos que quiso ser discreta pero que tuvo que apagar con toda la fuerza de su voluntad, en su rostro y venas el esfuerzo por mantener el acceso bajo control.

Lucio Dante volvió a llevarse la copa al borde de los labios y pensó en todas las formas de contagio que había leído sobre esta enfermedad. A través del aire no era una de ellas, eso lo sabía, pero cada día encontraban nuevas formas de transmisión y él tenía que admitir que le era incómodo estar con John Adams en esa sala, tan pequeña. Pero, diciéndose que estaba reaccionando como un tonto, bajó el resto del coñac y, levantándose, le dijo a John Adams que creía que por hoy había sido suficiente, que qué tal si continuaban otro día.

John Adams, mientras tanto, rojo por el esfuerzo de dominar la tos, se había puesto de pie y, acompañando a Lucio Dante a la puerta, le dijo:

—Sí, seguimos después. Y no te preocupes, que ni aunque te besara te podría contagiar.

A Lucio Dante le gustaba la soledad. Pensar mirando el cielo raso para captar las señales de su mente. Estaba convencido de que dentro de su cabeza bullían ideas y pensamientos que la interferencia externa impedía manifestarse. Por eso no escuchaba música, porque se adueñaba de un espacio valioso en su cerebro. Y mientras más tonta la música, peor, sobre todo la de las propagandas comerciales: entonces tenía que llamar toda su voluntad para callarla, la tonadita que fuera dando vueltas y vueltas en medio de sus ideas más importantes, el "jingle" rondando y rondando hasta cuando Lucio Dante tenía que gritar ¡Basta!, para que el comercial se retirara.

Lucio Dante se decía que su problema en el fondo era uno de concentración, porque a la primera frase que le decía su cerebro lo sacaba del momento para hacerle pensar en otra cosa, en algún libro inconcluso o en algunas piernas furtivas, él llamándose la atención y tratando de sacar sentido de esa información que con tanto empeño le comunicaban.

En las pocas ocasiones que vivió con una mujer Lucio Dante creyó enloquecer, al verse obligado a escuchar historias que le parecían interminables, con narraciones demasiado coloridas, con profusión de adjetivos que terminaban mareándolo, dentro de esa facilidad de expresión de las mujeres que él admiraba pero que lo dejaba después con dolor de cabeza y tratando en vano de recordar qué le habían dicho.

Eso —se decía— además de su piel, explicaba su atracción por Mercedes Kampa, porque casi no hablaba y le sonreía.

Pero si alguien se hubiera engañado con la soledad de Lucio Dante y le hubiera regalado una mascota como compañía, habría tenido la rara oportunidad de observar una elocuencia que, entonces, nada tenía que envidiarle a la de la mujer.

Porque para Lucio Dante las mascotas eran el colmo de la vacuidad humana, que buscaba compensación a una vida estéril en estos condominios de alimañas. Por los perros tenía simpatía pero a distancia, ya que le era imposible hasta el más leve toque en la cabeza de estos animales, además de que le resultaba incomprensible la dependencia de estos animales por las personas, esta traición a su propia especie.

Pero si Lucio Dante podía apreciar la belleza de un tigre o de un caballo, con los gatos no podía superar una aversión casi patológica. Para Lucio Dante los gatos eran el símbolo del parasitismo y sus dueños el símbolo del masoquismo. La indiferencia de estos felinos, su desprecio por todo, su forma de andar y comportarse, como si ofrecieran bendiciones desde una posición de altura, tenía, sin embargo, amplia recompensa en la atención redoblada de sus propietarios, como si los gatos supieran que, a mayor displicencia de su parte, mayor servidumbre de sus “amos”.

Lucio Dante buscaba la soledad para escuchar atentamente a su cerebro, para ver si por una de esas cosas del destino sus neuronas le dictaban otro *Don Quijote* u otro *Cien años de soledad.* Incluso se conformaría con algo de segunda pero correcto como *El viejo y el mar.* Pero hasta ahora no lo habían hecho. Hasta ahora sus neuronas sólo le habían dictado una serie de esbozos de cuentos y novelas que había archivado de manera puntual, con una disciplina que ni remotamente aplicó a ninguno de sus trabajos para *El Centinela.*

Sus neuronas sí le dictaban y generosamente, las distintas maneras para presentar al abaleado o al acuchillado del día, las

diferentes variantes para ridiculizar al pomposo funcionario tal y las mil y una posibilidades de exhibir las proclividades del político tal.

Y tenía que reconocer que esto le mortificaba, porque si como periodista había tenido éxito, no había forma de que sus neuronas le regalaran al menos cinco páginas decentes de literatura, con lo cual se habría dicho que su vida no había sido un total desperdicio.

Este libro de John Adams le atraía por su novedad. Y 10,000 dólares podían dar bastante libertad, lo suficiente como para enfrentar de una buena vez a Salvador Rubio y arreglar su pedido de licencia indefinida.

Lucio Dante había dejado pasar tres días desde la primera llamada de Salvador Rubio. En su espacio de columna estaba apareciendo algo que buscaba ser imitación suya pero que terminaba en parodia, por lo que en la administración del periódico estaban furiosos. Y cuando Salvador Rubio se defendía diciendo que Lucio Dante no le devolvía las llamadas, los directivos amenazaban con suspenderlo, acusándolo de no intentar localizar a Lucio Dante, en vista de su conocida antipatía por él. Por eso, cuando la secretaria le informó que en la antesala estaba el señor Lucio Dante, Salvador Rubio dejó caer la quijada y le dijo que lo hiciera pasar, enseguida.

Lucio Dante no sólo no se bañaba sino que parecía dormir con la ropa puesta. Y, no obstante el calor, usaba saco y corbata siempre. Pero rara vez había una combinación sensata y desde los zapatos hasta la camisa la improvisación señoreaba. De donde resultaba una paradoja la anarquía de sus ropas con su proyección de "corrección" en el vestir. Porque si sus zapatos nunca habían conocido el betún, con el cuero pelado y los tacones al nivel de la suela, y si sus pantalones parecían un préstamo de Charlie Chaplin y sus camisas y corbatas le colgaban del cuerpo, había algo incongruente al mirar a Lucio Dante y tener que llegar a la conclusión de que, de alguna manera insondable, este señor estaba "bien" vestido.

Y cuando cruzaba las piernas, Lucio Dante mostraba unas patitas de gallina cubiertas por derrotados calcetines que le caían

sobre los tobillos. Pero esa pierna cruzada era tan insolentemente aristocrática, con su mensaje de distancia insalvable entre él y sus atormentadores, que al rato el otro se encontraba, sin saber por qué, hablando demasiado y ansioso por terminar todo diálogo con Lucio Dante.

De la persona de Lucio Dante emanaba un permanente olor a ajos sancochados y a sudor cristalizado; pero cuando hablaba, cuando todos se preparaban para encontrar en su boca unos pocos dientes torcidos, se maravillaban al ver su dentadura luminosa, unos dientes esculpidos que terminaban imponiéndose sobre cualquier aspecto negativo de él.

Salvador Rubio pensaba en todo esto cuando le ofreció asiento a Lucio Dante. Y se dijo que era injusto que él, que se bañaba tres veces al día, que era certero en la combinación de su ropa, llevara en su boca todo tipo de ganchos y puentes, probablemente con mal aliento, además.

Viendo a Lucio Dante acomodarse y cruzar la pierna, Salvador Rubio se preguntó por qué demonios tenía que soportar a este hombrecito, por qué tenía que rebajarse a tratarlo y maldijo al Gerente Administrativo y a todos los accionistas del periódico por someterlo a esta humillación.

Lucio Dante, por su parte, estaba pensando que si algo le agradecía a la vida era el no haber nacido Salvador Rubio. Para Lucio Dante, el editor del *El Centinela* simbolizaba todo aquello de lo cual él se había pasado huyendo. Era, para Lucio Dante, el consumado burócrata, el trepador por naturaleza, el individuo que había programado la existencia hasta el punto de llegar a dominar el minuto exacto de su cita con el servicio.

Parado allí, alto, elegante, una camisa almidonada recibiendo alegre su corbata de seda, sus pantalones con la raya exacta, sin una gota de grasa en el cuerpo, como producto de su tenis y su máquina de ejercicios, Lucio Dante se dijo que gente como Salvador Rubio era la heredera de la sociedad, con su fachada calculada hasta el último detalle, una tensión bajo control que

se pagaba en úlceras o, como en el caso de Salvador Rubio, con mala dentadura y peor aliento.

Lucio Dante echó la cabeza hacia atrás, miró a Salvador Rubio y esperó.

—¿Me quieres explicar qué significa esto? —empezó diciéndole Salvador Rubio, la nota de Lucio Dante en la mano, sacudiéndola en su dirección, como si fuera el rejo metafórico con el cual habría castigado si el fuera el dueño de *El Centinela.*

Lucio Dante no había renunciado nunca de ningún trabajo. Su método consistía en llevar las cosas a tal grado de degeneración que tenían que deshacerse de él. Nunca le había importado, tampoco, y desde que lo empleaban visualizaba su partida. Pero ahora estaba ocurriendo al revés: ahora lo estaban llamando para pedirle explicaciones por su retiro. Era una sensación extraña esta: ser él el renunciante. Un sentimiento placentero, también, éste de voltear la tortilla. Y Lucio Dante se dijo que estaba experimentando el mismo placer sádico de las decenas de jefes que lo habían botado a él.

—Lo que dice —contestó Lucio Dante—. Estoy solicitando licencia indefinida.

—¿Y no crees que el periódico se merece una explicación? —preguntó Salvador Rubio, al borde de la rabia y el dedo sobre la conexión con su secretaria.

—No —dijo Lucio Dante, mirando a Salvador Rubio sin ninguna expresión.

Salvador Rubio entonces tocó un timbre dos, tres veces y le ordenó a su secretaria comunicarle urgentemente con el Gerente Administrativo.

Y cuando Salvador Rubio hablaba con el Gerente Administrativo, vio cómo Lucio Dante iniciaba el lento proceso de cruzar la otra pierna.

Salvador Rubio, al terminar de hablar, no le dirigió más la palabra a Lucio Dante sino que se parapetó detrás de su masivo escritorio, simulando concentrarse en unos documentos de la

mayor seriedad pero levantando la cabeza cada dos segundos para mirar hacia la puerta, por donde se demoraba en llegar el personaje importante que esperaba.

Panchito, el Gerente Administrativo, sentía una genuina simpatía por Lucio Dante, a quien consideraba un genio excéntrico. Se tiraba al piso con la lectura de sus trabajos hasta cuando las lágrimas y la tos lo llamaban al orden. Panchito se congratulaba de la primera página de su periódico, repleta de esas fotografías a todo color de los muertos y mutilados, de los ladrones y cornudos que, para su deleite supremo, comentaba su columnista estrella Lucio Dante.

Por eso, cuando entró a la oficina de Salvador Rubio y lo vio, se dijo que haría lo que fuera necesario para que Lucio Dante desistiera de esta improductiva "licencia indefinida" de *El Centinela.*

Lucio Dante, mientras tanto, estaba pensando que nunca había sido el centro de nada. Al contrario: en todos los sitios de donde lo habían botado lo habían tratado como algo insignificante. Sus cartas de despido se las entregaban funcionarios de quinta o sexta categoría y a veces hasta porteros, que lo alcanzaban a la salida de la oficina.

Ahora, al empezar a levantarse para recibir a Panchito, Lucio Dante se sorprende del rostro sonriente y la mano en el hombro que le piden que por favor no se incomode. Panchito entonces jala una silla y se coloca frente a Lucio Dante, dándole la espalda a Salvador Rubio. Está tan cerca de Lucio Dante que sus rodillas tocan y puede sentir en toda su intensidad el olor a ajos sancochados y sudor cristalizado.

Pero Panchito disimula muy bien las emanaciones que salen de Lucio Dante porque sabe que tiene que irse acostumbrando a todos los olores, especialmente los proletarios. Porque Panchito está en permanente campaña política y toda su familia está de acuerdo cuando el Gerente Administrativo de *El Centinela* afirma que él no tiene la menor intención de pasarse el resto de su

vida lidiando con periodistas borrachos. Que él, Panchito, va para la Asamblea Legislativa, como primer paso en su carrera política. De allí, él y la familia verán.

Lucio Dante piensa que Panchito va a ir muy lejos en la política, porque no olvida un nombre ni un cumpleaños, saluda a todos y se interesa por el bienestar de tu esposa y tus hijos, que no conoce. Y ahora, sentado frente a Lucio Dante, Panchito no tiene la menor duda de lo que su columnista estrella quiere es más dinero, sencillamente, se trata de un pequeño chantaje y que él está dispuesto a ceder.

Pero cuando Panchito va a empezar con su clásica pregunta sobre la familia, recuerda que Lucio Dante es soltero y que no tiene hijos. Entonces, parpadea un segundo y trata de encontrar alguna conexión con Lucio Dante, algo que le dé la ventaja acostumbrada pero se siente turbado de repente, el pánico virgen de no saber cómo empezar una conversación.

Al borde del terror porque lleva un minuto sin decir una palabra, tocándole las rodillas a Lucio Dante y asimilando su olor a ajos y sudor, Panchito recuerda que en la oficina está también Salvador Rubio y a él se aferra para salvar la cara. Por eso, dejando las rodillas y el olor de Lucio Dante, se impulsa, se levanta y le grita a Salvador Rubio que le explique qué mierda está pasando.

Salvador Rubio, mientras tanto, ha observado la escena con detenimiento y sabe que va a ser el chivo expiatorio, que, como Panchito no ha podido con Lucio Dante, seguro lo agarra a él de pendejo.

—El señor Dante ha pedido una licencia indefinida… —empieza diciendo Salvador Rubio cuando Panchito lo interrumpe, violentamente.

—Sí, ya sé eso —dice el Gerente Administrativo, caminando por la estancia—. Lo que quiero saber es: ¿por qué mierda indefinida? Eso es algo totalmente irregular.

—Tal vez el señor Dante le pueda explicar —dijo Salvador

Rubio, con lo que Panchito creyó captar mucho de rambulería en su tono.

Por un momento Panchito pensó gritarle nuevamente a Salvador Rubio, pero entonces se dio cuenta de que Lucio Dante no había dicho una sola palabra en todo el tiempo que estaban allí. En cualquiera otra circunstancia habría llamado a seguridad para que lo sacaran a patadas, pero, pensando en la circulación de *El Centinela,* hizo gala de todos esos poderes histriónicos que tan bien le servirían en la Asamblea Legislativa y trató de esconder el mal humor que empezaba a hervirle la sangre. De modo que, serenándose y sentándose nuevamente al lado de Lucio Dante, le dijo:

—Lucio —empezó, controlando la náusea por el olor a ajos y sudor que se había concentrado en el tiempo que llevaban en la oficina de Salvador Rubio—, no tenemos que decirte que en esta casa se te estima y respeta. Pero a veces estamos tan ocupados que descuidamos detalles importantes del personal. A ver, Rubio, —dijo sin quitarle la vista a Lucio Dante— ¿cuándo fue la última vez que le subimos el sueldo al señor Dante?

—Nunca lo hemos hecho —dijo Salvador Rubio—. Siempre ha ganado lo mismo.

—¿Como? —dijo Panchito, quien como Gerente Administrativo sabía esto muy bien—. Pues ahora mismo remediamos esto. Desde este momento se le sube el sueldo al señor Dante en 50%.

Y entonces, mirando a Lucio Dante con esa sonrisa que de seguro lo llevaría hasta la presidencia de la república, la mano derecha subliminalmente alentando a Lucio Dante a concordar con él, con esta generosa oferta que nadie en su sano juicio podía rechazar, el Gerente Administrativo fue recogiendo los músculos faciales hasta completar la cara de mayor emputamiento que nadie le había visto jamás.

Porque el cabroncito de Lucio Dante sólo se le había quedado mirando sin decir ni jota, como quien observa un circo y se

pregunta cuántas horas de práctica se invirtieron en la actuación de esta foca amaestrada.

Y cuando Lucio Dante vio la expresión de Panchito, cuando le vio los dientes apretados y la saliva en la comisura de los labios, cuando vio a Salvador Rubio sonreír de satisfacción, se levantó. Entonces, paralizando a los interlocutores con el más perfecto collar de dientes del planeta, le agradeció al Gerente Administrativo su oferta pero la declinaba, porque como decía la nota, necesitaba una licencia indefinida. Y si no había más que tratar, él se retiraba.

—No pedacito de maricón —le gritó entonces el Gerente Administrativo—. Tu licencia no es indefinida: ¡es permanente!

Lucio Dante empezó entonces su retirada, llevando a sus espaldas la sonrisa de Salvador Rubio y el temblor del Gerente Administrativo.

Salvador Rubio levantó la vista de su plato y miró a su mujer, al otro extremo de la mesa. Y, como si fuera la primera vez que comiera con ella, observó que Leonor Rubio cortaba la carne con unos movimientos cortos y precisos, tan rápidos que le recordaron la forma de comer de una ardilla. Porque, como si se sorprendiera robando, Leonor Rubio suspendía el corte, miraba a izquierda y derecha y sólo entonces lánguida, delicadamente, colocaba el cuchillo en el plato, pasaba el tenedor a la mano derecha y se llevaba el trozo a la boca. Luego masticaba, entornando los ojos, con pequeños toques de servilleta en los labios para, al terminar de mascar, repetir los movimientos de roedor.

Salvador Rubio estaba asombrado. Y se dijo que, en los veinte años que tenían de casados, en las cientos de miles de veces que habían compartido una comida, jamás había notado esta incongruencia entre la forma de cortar de su esposa y el resto de su proceso al comer. Siempre le había parecido muy fina, Leonor, muy correcta, muy dama.

Pero, al verla comiendo ahora, como si la acabara de descubrir, como si se le hubiera caído un velo de la cara, Salvador Rubio sintió un escalofrío.

Porque se dio cuenta de que le era en extremo desagradable observar esos movimientos que se interrumpían abruptamente para dar paso a una apariencia de propiedad. Y notó que así ocurría también con un vegetal o fruta: Leonor Rubio cortaba

con una fijación que se suspendía sólo con la seguridad de que el bocado no tenía escape.

Era extraño que notara esto ahora, se dijo Salvador Rubio, después de tantos años de convivencia, pero, sobre todo, que esta única antipática manera al comer de su esposa se le fuera imponiendo hasta el punto de hacerlo olvidar el resto de sus impecables modales. Y se sintió aliviado cuando terminaron los platillos, porque en el postre y en el café Leonor Rubio volvió a su acostumbrada distinción, la de la persona que él había escogido para acompañarlo en esta travesía llamada vida y que exigía la mujer exacta, como su carro o su ropa, algo que hablara de él y de su destino superior en la tierra.

Leonor Rubio no era bonita: de mediana estatura, el tamaño de su marido la hacía ver más pequeña de lo que era, al punto de que los vecinos los apodaban "portaviandas" a sus espaldas.

Pero Leonor Rubio había atraído a Salvador Rubio no por su belleza sino precisamente por todo lo contrario, por esa ausencia de despliegue sexual y coquetería, lo que hacía que la gente se fijara en su educación y sentido práctico, en esa capacidad suya de proyectar orden y corrección tanto a su persona como a todo lo que la rodeaba.

Las blusas de Leonor Rubio estaban siempre abotonadas hasta el cuello, sus faldas eran largas y jamás se le vio con tacones altos, ni siquiera en fiestas. De rostro común, se peinaba todos los días de la misma manera y su maquillaje era discreto, casi invisible. Era muy limpia, también, muy pulcra, casi tan limpia y tan pulcra como Salvador Rubio.

Y a él le bastó una mirada y una conversación con ella para saber que con esta mujer no sólo estaría libre de celos sino que Leonor le aportaría al matrimonio lo que él estaba buscando: la solidez de una sociedad anónima.

Y aunque la pasión salió volando por la ventana a la semana de casados, Salvador y Leonor Rubio produjeron dos hijos, un varón y una hembra, ambos estudiantes ejemplares de la universi-

dad. Pero a pesar de la nulidad de su vida sexual, Salvador Rubio jamás pensó en infidelidad alguna, siéndole más importante la esencia del matrimonio, como el hogar y la estabilidad, como el compartir y ese convencimiento de que a través de su familia se integraba a la sociedad.

Salvador Rubio había sido profesor universitario antes de ser editor de *El Centinela*. Había sido un buen maestro, metódico, responsable. Despreciaba a esos educadores que le daban mal nombre a la universidad con sus ausencias, su coqueteo con las alumnas y la trivialización de la enseñanza, con tráfico de exámenes o, repugnancia de repugnancias, favores sexuales. Él enseñaba porque creía en la educación y porque iba bien con su manera de ser, con su formalidad y porte elegante que le merecían el respeto de colegas y alumnos por igual.

Porque cuando Salvador Rubio entraba al salón, inmediatamente se creaba un silencio reverente, aunque en ese momento estuvieran sentados los estudiantes más brutos de la universidad. Y es que Salvador Rubio imponía respeto con su sola presencia, con sus pasos y brazos largos, con esa manera orgullosa de llevar el cuerpo, nada importa que el maletín se le cayera del escritorio o que la tiza se le partiera al escribir o que el mismo Salvador Rubio rodara por el piso al reclinarse demasiado en la silla: todo en este profesor hablaba de dignidad y por eso, una vez superadas las risas por su torpeza, se podía escuchar el clásico vuelo de la mosca cuando exponía.

Y fue esta mezcla de aristocracia, vulnerabilidad y dedicación lo que convenció a una de sus colegas, Leonor, a tomar la decisión de casarse con él.

Pero Salvador Rubio no pensaba ser profesor toda su vida. Porque no le llenaba aquella justificación del enseñar que había leído en Tomás Moro, cuando dijo que, aunque el mundo no supiera lo bueno que eras como maestro, lo sabrían tus alumnos, tú mismo, y Dios. No es un mal auditorio ése, concluía Tomás Moro, beatíficamente.

Y aunque Salvador Rubio reconocía que muy pocas actividades humanas se comparan con la plenitud de un salón de clases cuando se juntan la preparación del maestro con la receptividad de los alumnos, él estaba destinado a más, mucho más.

¿Por qué entonces, si no, esa estatura y ese porte? ¿Por qué tanta educación y ese respeto que imponía? ¿Para que se quedara en la sola apreciación de Dios, de treinta chiquillos y de él dentro de cuatro paredes? No, definitivamente no. Porque todo en él apuntaba hacia lo único que verdaderamente importaba en la vida: el poder.

Y mientras estuvo en la universidad sus metas fueron claras: primero ser el mejor profesor de la Escuela de Periodismo, luego Decano de la Facultad y después, después... ¡Rector!

Y todos, colegas y alumnos, se comportaban como si Salvador Rubio tuviera razón como si cualquier cima que se propusiera este hombre superior le correspondiera por derecho natural.

Hasta que un día lo llamó el Gerente Administrativo de *El Centinela,* un periódico que Salvador Rubio ponía en sus clases como el ejemplo del peor periodismo del mundo y le ofreció el puesto de editor, con un salario como Salvador Rubio no habría imaginado ni en sus momentos más optimistas como profesor. Leonor Rubio estuvo de acuerdo inmediatamente, y fue así como Salvador Rubio se vio al timón de *El Centinela,* con tres secretarias y cinco teléfonos, cuatro faxes y seis intercoms, supervisando la labor de quinientas personas, un trabajo de auténtico poder y satisfacción.

Es decir, de no haber sido por la presencia en el periódico de Lucio Dante.

A Salvador Rubio le gustaba salir temprano para *El Centinela,* mientras su esposa tomaba su propio coche y se iba a la universidad. Y puntualmente suspendían lo que estuvieran haciendo para encontrarse en casa y comer juntos. Todo el trabajo lo organizaban para este ritual, sea cual fuere su horario u obliga-

ciones.

Los fines de semana incluían a los “chicos” en sus comidas, aunque comprendían la vida social de la juventud y les toleraban el que los dejaran plantados. Pero en lo que sí eran terminantes los esposos Rubio, lo que no admitía la menor discusión en esa casa, era el repudio total a cualquier clase de vicios. Y los dos hijos habían captado el mensaje y eran dos abstemios que no fumaban y que a las doce a más tardar estaban en casa.

Por eso la vida de Lucio Dante le era tan desagradable a Salvador Rubio, porque representaba todo lo que él siempre había combatido: el vicio y la irresponsabilidad, esa manera de desperdiciar y despreciar la vida. Pero lo habían despedido, gracias a Dios, y sólo había que darle tiempo a cualquiera de esos cachorros de columnistas para que lo reemplazara. Lo cual nos sería nada dificil, tomando en cuenta la inmundicia que escribía Lucio Dante.

Pero, mientras pensaba así, observando a su querida Leonor llevarse el café a los labios con exquisita finura, el índice derecho en el ángulo correcto de la taza, volviendo a ser la mujer impecable que era su esposa, Salvador Rubio empezó a sentir una extraña opresión en el pecho. Fue como cuando descubrió la forma como Leonor Rubio cortaba la carne, algo como una traición personal, el súbito descubrimiento de que hay algo muy malo en nuestra existencia porque las cosas no son tal cual uno las ha planeado con tanto esmero.

Y se dijo que no era la primera vez que le ocurría, que le había sucedido desde siempre pero que de alguna manera él se había elevado sobre las circunstancias para captar el cuadro total, para darle importancia a lo sustantivo y silenciar lo adjetivo, esos pequeños detalles que empezaban a tomar vida propia, reclamando igual atención. O más.

Era cierto que en su matrimonio hubo una semana de frenética actividad sexual para de improviso sentir que era más importante una buena comida o un buen programa de televisión o un

buen libro.

Que el cuerpo de Leonor no le decía absolutamente nada pero que, sin embargo, él sería responsable. Y que, con el nacimiento de los hijos, la ausencia de contacto físico adquirió una especie de santificación, al razonar que todo estaba bien entre ellos porque habían cumplido con la regla más sagrada del matrimonio, la de procrear.

Él había captado el cuadro total: el hogar, los planes, la cuenta de ahorros. Leonor Rubio, por su parte, jamás le hizo el menor avance, dando la impresión de estar absolutamente de acuerdo con la abstinencia. Pero cuando ocurría, cuando después de tres meses de comidas y televisión y libros Leonor Rubio se quedaba mirando fijamente la pantalla y él podía jurar que no estaba prestando la más mínima atención a lo que veía, la sábana hasta el cuello y en el pelo unos rollos enormes, Salvador Rubio efectuaba un rápido movimiento sobre ella que concluía casi al momento de empezar.

No, eso no le había preocupado porque el matrimonio es mil y una cosas más. Y si no podía negar que a veces miraba de reojo a las otras mujeres y que en más de una ocasión la vista se le había ido tras unas piernas bien torneadas o en una cintura de avispa, se sabía incapaz de una aventura porque él estaba casado y estar casado significaba ser fiel y para toda la vida.

Nunca, en los veinte años de matrimonio, Leonor Rubio tuvo una sospecha de su marido. Jamás se le pasó por la mente revisarle un pañuelo u observarle los cuellos de las camisas ni ¡válgame Dios!, examinarle su ropa interior. Entre marido y mujer rondaba un aire de paz y tranquilidad producto de la mutua confianza, cual gente que ha vivido veinte años en la misma casa y mantiene el número de teléfono original.

Pero algo le apretaba el pecho a Salvador Rubio en esta noche que se sentó en su sillón favorito y apretó el control remoto del televisor. Algo le estaba llevando a concentrarse en los pequeños detalles para olvidar el cuadro total. De repente la falta de

sexo le fue tan trascendente como la forma como Leonor cortaba, la carne. De repente el cuadro total le pareció insuficiente, hasta cobarde, y Salvador Rubio sintió cómo le empezaba a subir por los pies para posarse en el estómago, un sentimiento de náusea que lo hizo levantarse del sillón para correr al baño y al vómito y a los ojos anegados en llanto.

Al regresar frente al televisor, Salvador Rubio hizo un esfuerzo por evitar que Leonor Rubio se diera cuenta de que sudaba frío. Pero la corbata, que conservaba hasta el momento mismo de irse a la cama, empezó a asfixiarlo, como para terminar lo que no había logrado la náusea.

Y Salvador Rubio se vio obligado a romper con su costumbre y aflojarse el nudo, porque el sudor lo había bañado de pies a cabeza y la vista se le había nublado y se había levantado como un resorte y había caído desmayado y Leonor Rubio había pegado un grito.

Lucio Dante se enteró del ataque al corazón de Salvador Rubio cuando fue a *El Centinela* a retirar su último cheque y su carta de despido. Había rumores de parálisis pero era muy temprano para saber con certeza, le informaba con mal disimulado deleite el Jefe de Personal. Y aunque Lucio Dante sabía del odio que por él sentía Salvador Rubio, nunca le deseó mal, pensando que suficiente castigo tenía el editor con sólo ser quien era.

Pero esta alegría ante el mal ajeno, pensó Lucio Dante, viendo al Jefe de Personal registrar sus documentos sin dejar de hablar del "pobre" de Salvador Rubio y duplicando, en efecto, su placer, con este despedido y aquel enfermo, esta alegría, se dijo Lucio Dante, era inherente al género humano, que goza con la tragedia ajena.

Y Lucio Dante llegó a la conclusión de que el orgasmo del Jefe de Personal estaría completo cuando le dijeran que Salvador Rubio, el editor de *El Centinela*, había "pasado a mejor vida", para oírlo comentar entonces la trágica noticia con rostro de compunción, mientras se aseguraba un sitio de preferencia en el entierro. Luego, mirando al bastardo allí enfrente, tieso y mudo, el Jefe de Personal se felicitará por su propio corazón fuerte y sano.

Lucio Dante sencillamente no pensaba en Salvador Rubio. Si se recuperaba o si se moría le daba igual, exactamente igual. Salvador Rubio había significado nada en su vida y, aunque

había intentado perjudicarlo, aunque sabía de sus burlas y de su permanente hostilidad, la circulación que aseguraban sus columnas lo aisló y protegió.

Ahora que el Jefe de Personal manipula sus documentos sin dejar de hablar del ataque al corazón de Salvador Rubio, a Lucio Dante le llama la atención la forma como el Jefe de Personal sella sus papeles, con un vigor digno de mejor causa, levantando el brazo muy por encima de la cabeza, casi verticalmente, para dejarlo caer como un mazo, como si cada sello fuera un clavo que estuviera metiendo en el ataúd de Lucio Dante.

Y Lucio Dante, viéndolo aporrear cada uno de sus papeles originales con sus respectivas copias, chachareando sin parar un segundo del "pobre" de Salvador Rubio y su enfermedad, se pregunta qué demonios hace él esperando estos papeles en primer lugar. Por eso, cuando el Jefe de Personal le entrega su cheque y le pone unas hojas delante para que firme, Lucio Dante agarra el cheque y da media vuelta, dejando al Jefe de Personal con el brazo extendido y la boca abierta.

Esa noche, en casa de John Adams, Lucio Dante no podía dejar de pensar que había una rara conexión entre la enfermedad de John Adams y la de Salvador Rubio. Y se dijo que, si tal vez no se conocían, era probable que estos dos hombres tan distintos supieran de la existencia del otro. John Adams quizá habría oído hablar del editor de *El Centinela* y Salvador Rubio seguramente habría leído sobre el actor y director que de manera regular vapuleaba Lucio Dante.

Viendo a John Adams ahora, flaco y con una cabeza demasiado grande para el resto del cuerpo, pasando papeles y levantándolos a la luz, Lucio Dante se preguntó por qué se había peleado con él en primer lugar; por qué había disfrutado con atacarlo al punto de convertirlo en enemigo. Y se preguntó también por qué nunca se había peleado con Salvador Rubio, por qué había preferido ignorarlo, paradójicamente logrando que Salvador Rubio lo odiara más.

Y, mientras se servía la primera copa, Lucio Dante se dijo que la respuesta a estas preguntas tal vez no estaba tanto en su reconocida envidia de John Adams, como en el hecho de que John Adams era un artista, como lo era él y, por lo tanto, caza mayor: un adversario digno, en otras palabras, algo que Salvador Rubio no sería jamás.

Y Salvador Rubio era un burócrata, siempre había sido un burócrata, siempre había querido ser un burócrata y burócrata moriría. Nadie para medirse con él.

Lucio Dante, a pesar de su repulsión por los burócratas, y quizá por ello mismo, había llegado a la conclusión de que los burócratas habían sido colocados en el mundo para castigar la inherente maldad de la especie humana. El invento de la burocracia devenía así en la respuesta más eficaz a la perversidad general, y su anonimato era parte del diseño, la manera de eliminar toda posibilidad de venganza. Los burócratas estaban programados para que nadie les ganara. Y discutir con uno tenía tanto mérito y causaba tanto provecho como debatir la teoría de la relatividad con una pared.

Los burócratas, por su parte y con el mayor de los gustos, le daban la razón a Lucio Dante, al sacarlo de la línea y confrontar su desorden, al alzarle la voz y exhibir sus papeles, demostrándole al mundo por qué eran necesarios, por qué existían seres como éste que tenían por delante. Y ellos estaban allí no sólo para mostrarle el camino correcto sino para castigarlo con el grito o la multa o ambos.

Y cuando Lucio Dante bajaba la cabeza en espera de su sentencia, el burócrata aprovechaba para dar la estocada final con algún comentario particularmente áspero, que en su momento de frenesí hacía alusión al retraso mental de Lucio Dante, sin percatarse de que ya para entonces Lucio Dante no estaba allí sino en las piernas de alguna otra contribuyente.

A Lucio Dante, sin embargo, le caían bien los agentes de tránsito, todo lo contrario a un burócrata, con una capacidad de

pasar sentencia sin pronunciar palabra, de llenar una boleta en silencio, casi retando al conductor a que intente romper la magia del momento con su estúpida defensa.

Al agente de tránsito no le miraba siquiera. Simplemente se le daba la licencia mientras él se paseaba majestuoso alrededor del coche, apuntando en su libreta, que si velocidad, que si luces, que si carrocería. Y todo sin decir una palabra. Al final, el agente extendía la boleta, uno la aceptaba y se iba.

Pero la burocracia no le quitaba el sueño a Lucio Dante. Salvador Rubio pudo ponerle todas las trampas que quiso y no logró sacarle un solo comentario. Con John Adams hubo el reconocimiento de un alma gemela. Y si no hubiera sido por su enfermedad, todavía estaría asistiendo a sus obras, para salirse en medio del primer acto y reírse del enojo que le causaba.

Por eso Lucio Dante aceptaba los contragolpes de John Adams cuando lo llamaba borracho inculto.

Ahora, Lucio Dante se dice que queda muy poco de admirar en John Adams. Su cuello es tan magro como el de un gallinazo y le parece que muy pronto no resistirá el esfuerzo de cargar la enorme cabeza, esa cabeza que había constituido su mejor atractivo, una especie de corona al cuerpo alto y esbelto que cruzaba el escenario en dos zancadas. John Adams estaba concentrado ahora, todo él una involución que le daba aspecto de adolescente, idos su musculatura y su pecho y sus piernas vigorosas. Ante él, Lucio Dante tenía los despojos del ser que alguna vez envidió.

La voz había quedado intacta, sin embargo, incluso con una nueva potencia dentro de su reducida caja, y Lucio Dante se dijo que la falta de movilidad de John Adams estaba siendo compensada con esta fuerza verbal, como si John Adams estuviera mandando a su voz a cumplir con éste su último acto sobre la tierra, este testamento que requería de su voz como en ningún otro momento de su vida. Era, en efecto, pensó Lucio Dante, el fin de fiesta de este actor, y sólo él sabía lo que le estaba costando.

John Adams levantó al fin la vista de sus documentos, entonces miró a Lucio Dante y sonrió. Acababa de encontrar lo que buscaba y, con un dedo afilado, separó una foto del resto de los papeles. Era una mala foto, desenfocada y sin los pies de John Adams. En ella, un juvenil John Adams lucía unos dientes de vampiro y con una capa cubría a una chica de fingido terror.

—Fue mi primera y única esposa —dijo John Adams— mi primer y único intento por formalizar la vida. Se llamaba María, y fue la persona que me hizo ver mi valor, la que levantó mi autoestima hasta hacerme pensar que era el mejor actor del mundo. Por ella nunca dejé de creerlo, porque fue tal su convicción que con toda honestidad puedo decir que con María empecé a sentirme realmente importante. Y como era infinitamente más inteligente que yo, sus palabras me quitaban el sueño, yo dudando si se refería a mí o a otra persona.

Pero para María yo era un genio, superior a todos aquellos en quienes yo encontraba algo digno de alabar. Y cuando lo hacía, cuando destacaba el trabajo de alguien, María me corregía con furia, diciéndome que lo que yo veía en los demás no era ni sombra de lo que yo llevaba por dentro y que sólo pedía abandonar mis complejos.

María estaba convencida de que todos los hombres me envidiaban y de que todas las mujeres me deseaban, cosa que no le despertaba celos porque, como ella misma decía, era de esperarse, visto lo extraordinario que era yo.

Yo, sencillamente traté de adaptarme a su manera de verme.

Y sé lo que estás pensando: que se trató de un simple truco de mujer para conquistar, el viejo recurso de inflar el ego masculino para que baje la guardia. Lo pensé, no lo niego, pero sólo al principio.

Porque, en primer lugar, yo no tenía absolutamente nada que brindarle a María; mis actuaciones me pagaban un cuarto tan pequeño que cabría en esta cocina; no podía comprarle re-

galos y mis invitaciones eran a hamburguesas, y eso cuando tenía funciones seguras.

No, María estaba conmigo porque estaba francamente convencida de que yo era el mejor de todos los actores y directores y de que sólo tenía que abandonar mi inseguridad para que aflorara mi verdadero ser, ése que se pasearía por los más exigentes escenarios del mundo.

Fue María, dicho sea de paso, la que me inventó el nombre de John Adams, del que tanto te burlaste. Y por complacerla, por ponerme a la altura de sus expectativas y cerrar la brecha que yo veía entre mi realidad y su visión de mí, puse todo mi empeño en ser quien soy hoy día. O más propiamente: quien fui.

Y a medida que la observaba más tranquila, es decir, cuando mi aplomo se proyectó a mi vida y al escenario, cuando María me alentaba con la cabeza, esta metamorfosis que en efecto me hizo mejor actor y peor ser humano, cuando llevé a los extremos mi porte y mi memoria y empecé a establecer mi reputación, le pedí que se casara conmigo.

María aceptó, y decidió que ya no era necesario que ella trabajara, porque mi actuación y dirección proveerían ampliamente y ella podría quedarse en casa. Yo estaba encantado, y recibí su entrega como otro de sus homenajes.

Lo que yo no sabía era que María se estaba muriendo, y que por lo mismo resultó mejor actriz que yo.

Yo no sé si fue por el poco tiempo juntos o porque en verdad era inagotable. Pero María fue la única mujer con quien no me aburrí. O quizá fue que no pensé en ello, eso que me ocurre —ocurría— cada vez que empezaba una relación: ver el final como cuando entramos a un cine y nos han dicho que la película está por empezar cuando en verdad es ese momento exacto del film en que se descubre al asesino.

Con María me fue muy cómodo ir al teatro para volver y encontrarla en casa, o pedirle me acompañara sabiendo que en la sala estaba mi mayor fanática, aplaudiendo cada una de mis

entradas y salidas, para conversar luego hasta el amanecer frente a una botella y disfrutar de mi mujer con el ansia y la sed del que atraviesa un desierto.

Yo me bebía a María, y su cuerpo era un manantial inagotable, olía a duraznos y mi suavidad la complementaba con una pasión sin egoísmos. Le hacía el amor por horas y me parecía un desperdicio el terminar, tener un clímax, algo que yo comparaba con aquellos animales que tragan sin masticar y mucho menos paladear. Yo paladeaba a mi mujer, y se reía, hasta ese momento en que ella mandaba y entonces sí no había nada más que hacer.

María no tuvo ni agonías ni sufrimientos. Ocurrió en cuestión de horas, degenerando tan rápidamente que no tuve tiempo de reaccionar, yo pensando que se trataba de algún resfriado, dándole las bobadas acostumbradas en esos casos, que si píldoras, que si reposo y sopa de pollo.A su muerte sencillamente se encogió en la cama y, cuando la levanté, era una pluma en mis brazos; bajé de dos en dos las escaleras y la acosté en la parte de atrás del auto. En el hospital tuvieron que arrancármela porque no quería dejarla con nadie. Aun así, lo más lejos de mi mente era que ese día no le hablaba más.

Hasta ahora no tengo claro de qué murió. Cuando me lo dijeron entré a su cuarto y en lo único en que podía pensar era que todo el propósito de mi encuentro con esta mujer, toda la razón de la existencia de María había sido la de levantarme el ánimo y quitarme mis complejos. ¿Era eso tan importante? ¿Puede ser ése el destino de una existencia?

Si yo hubiera sido un científico trabajando en la cura del SIDA y se aparece esta mujer para estimularme, lo habría entendido; pero vivir como un relámpago sólo para despertar a un actor me pareció el colmo del sinsentido. Si me hubiera dado un hijo, o si me hubiera dicho algo antes de morir, si me hubiera hecho alguna señal o tan sólo me hubiera sonreído, tal vez yo habría pensado en el significado de la vida y tal vez no habría

dejado el hospital como lo hice, caminando como un loco durante días y maldiciendo a Dios, retándolo a que tuviera los cojones de enfrentarse conmigo, en el terreno que quisiera, aquí, en la calle, o allá, detrás de aquel barranco, él y yo solos, sin nadie en el medio, a puño limpio, para ver si se me presentaba con otra cara que no fuera la del grandísimo cobarde que se cebaba en niñas adolescentes que nunca le hicieron daño a nadie.

Dios no me respondió, por supuesto. Ni mandó a nadie a pelear por él, tampoco, como yo esperaba al entrar a las peores cantinas e insultar a los parroquianos que encontraba sentados en las barras o en las mesas. Nadie aceptó mis provocaciones, ni aun cuando me metía en los reservados y les levantaba las faldas a las mujeres, sus acompañantes mirándome y moviendo las cabezas, como si toda la ciudad se hubiera puesto de acuerdo para no romperle la madre al desgraciado viudo este.

John Adams dejó de hablar y, por un momento, Lucio Dante captó un brillo en sus ojos hundidos, como si el recuerdo, doloroso y todo, le hubiera inyectado vida. Pero John Adams bajó la vista y buscó nuevamente entre sus papeles. Lucio Dante aprovechó el paréntesis para servirse otra copa, levantarla y bajarla hasta el fondo. Luego, volvió a llenarla y se reclinó.

Esta vez, John Adams sacó de sus papeles y le enseñó una foto donde aparecía él, de pie y, sentado en una banca, un joven que Lucio Dante no conocía.

—Es una escena de *La historia del zoológico,* de Edward Albee —dijo John Adams—. Para esa época era nuestro autor favorito, el niño mimado de la generación rebelde y bastaba anunciarlo en cartelera para asegurarnos la renta del mes. El actor sentado murió de lo mismo que estoy muriendo yo.

Lucio Dante volvió a adelantarse en la mesa y levantó la copa. Ya había perdido la cuenta de sus tragos pero no le importaba. Había llegado a ese punto en donde sabía que su destino era la inconsciencia. Pero Lucio Dante era del tipo de borracho que no demostraba su embriaguez. No era necio, no discu-

tía, y como hablaba poco y miraba a los ojos, daba la apariencia de concentración, hasta ese momento en que el licor lo llevaba a funcionar como a través de un velo y perdía contacto con la realidad. Sólo que los demás no se enteraban, vista su expresión de equilibrio. Y ahora, a pesar de que no quiere dejar de captar el menor detalle de lo que le dice John Adams, pierde la batalla de la moderación y va rumbo a ese estado en que lo único importante es la lija del alcohol por su gaznate.

—Trabajamos muy cerca, Dionisio y yo —le dijo John Adams—. Actuamos juntos en unas obras y lo dirigí en otras. Dionisio era homosexual, y nunca me he explicado por qué los "gays" dominan el mundo artístico. Por eso empecé aclarándote que no lo soy, porque en el arte el noventa por ciento de los participantes son "gays". Y los he visto caer como moscas, sucumbiendo a la enfermedad entre soledades espantosas. Yo mismo, por el hecho de no ser "gay", me creía inmune y veía esta enfermedad como algo propio de los "cacorros", no de un heterosexual como yo, macho a carta cabal.

Y en cierta forma he tenido suerte, porque desde la muerte de María di rienda suelta a esta vida promiscua que al final me alcanzó.

Dionisio fue el primero que vi sucumbir a la enfermedad. Y aún con esa experiencia cercana, seguí pensando que se trataba de algo incomprensible que le pasaba a gente incomprensible que hacía cosas incomprensibles entre las sábanas. Y desde meses antes de la muerte de Dionisio, cuando su familia inventó una supuesta tuberculosis, como forma de alejar a los curiosos, yo seguía imaginándome el SIDA como una especie de ceremonia secreta, algo que iniciados, con ritos esotéricos que de alguna manera explicaban el caso de Dionisio, su cremación y la pequeña urna con sus cenizas.

Toda la criptografía de la muerte de Dionisio tenía que ver con su homosexualidad, me decía yo, y ya encontrarían *ellos* la forma de superar *su* problema, así como levantaban una barrera

infranqueable para nosotros, los heterosexuales, así como tenían sus propios códigos y signos en donde no entrábamos los que no éramos “de la onda”.

De la misma manera, me decía, la cofradía trataría con “esto”. Lejos estaba de imaginarme que la soledad es una, que la angustia y el desarraigo son universales, que le duele igual tanto a un homosexual como a un heterosexual el que le pases al lado y no lo reconozcas, porque eres sólo una columna de huesos cargando una cabeza gigante.

Y cuando lo hacen, cuando te reconocen y se voltean asombrados, el dolor es mayor aún, porque entonces adquieres la conciencia de que ya no estás, de que ya te fuiste, irrevocablemente, aunque todavía camines por las mismas calles de ellos, los vivos.

Lucio Dante pensaba que, si bajaba esta copa, hasta allí llegaba su concentración. Porque esta copa en particular lo iba a llenar de tal grado de embrutecimiento que sería inútil tratar de recordar después de lo que había dicho John Adams. Por eso, cuando John Adams hizo un paréntesis para buscar otra foto, Lucio Dante se adelantó en la mesa, levantó la copa y la bajó de un tiro.

Rápidamente, entonces, se puso de pie y le dijo a John Adams que por hoy estaba bien.

—Sí, por supuesto —dijo John Adams, rápidamente— me parece que por hoy ha sido suficiente.

Entonces, Lucio Dante se acomodó la corbata y estiró el saco. No había nada que hacer con los pantalones. Hacía tiempo que habían perdido la raya y eran una especie de bolsas, dos costales que guardaban sus piernas cortas. Pero cuando le dijo buenas noches a John Adams sus dientes perfectos suspendieron todo juicio sobre él.

Abajo, Lucio Dante respiró profundamente, tratando de posponer su pérdida de conocimiento. Lo único que quería ahora era una mujer, alguien con quien pasar por lo menos media hora más de conciencia. En otro tiempo, habría tomado su carro y se

habría dirigido a la zona roja, le habría hecho una señal a una de sus amigas y habría pasado por alto el hecho de que no la podía besar ni despeinar, de que en el fondo consideraba denigrante esta manifestación de capitalismo salvaje. Pero por lo general estaba tan borracho que su falta de memoria eliminaba todo sentimiento de culpa.

Pero esta noche Lucio Dante estaba tan lleno de las enfermedades y muertes de John Adams que no habría soportado el anonimato de un encuentro comercial, otra forma de morir, a fin de cuentas. Esta noche, como ninguna, Lucio Dante necesitaba involucrarse. Y quería sentir una criatura orgánica a su lado, alguien de carne y hueso, no una de esas computadoras humanas que lo trataban como un paciente al que se le aplica una receta de tres caderazos al este, tres al oeste, dos al norte y uno al sur. Esta noche Lucio Dante necesitaba respirar más allá de la piel y los cabellos, necesitaba respirar a una mujer por dentro.

Necesitaba a Mercedes Kampa.

Mercedes Kampa no entraba en ninguna de las categorías femeninas de Lucio Dante. Existía, simplemente, con esa piel tan perfecta que emanaba una sensualidad que, no obstante, sólo se revelaba a la segunda mirada, porque a la primera, Mercedes Kampa era invisible: una voz que contestaba el teléfono o una mano que recibía un papel.

Lucio Dante la había conocido en la oficina de Salvador Rubio, cuando Mercedes Kampa era asistente de asistente de secretaria. Pequeña, redonda, de cabello negro y lacio, Mercedes Kampa estaba acostumbrada a que no se fijaran en ella, a que, incluso, no la determinaran al entrar. Esto no impedía que tuviera siempre una sonrisa en los labios, entregando y recibiendo documentos con un bracito y una manita que parecía venir desde allá abajo de su escritorcito.

Lucio Dante había entrado un día donde Salvador Rubio a dejar su material. De repente se sintió intranquilo y miró hacia el escritorio donde estaba Mercedes Kampa. Era la primera vez

que la veía, no obstante haber entrado mil veces a esa oficina. Y la intranquilidad le aumentó cuando tuvo la sensación de que en la piel de Mercedes Kampa ocurrían pequeñas explosiones, una serie de burbujas que lo obligaron a caminar hacia ella. Mercedes Kampa levantó la vista, le sonrió y Lucio Dante se dijo que si no tenía a esta mujer en los próximos tres minutos iba a estallar. Pero Mercedes Kampa sólo mantuvo su sonrisa todo el tiempo que Lucio Dante la miraba fijamente y aun después, cuando la invitó a partir enseguida.

Luego, cuando fueron amantes, Lucio Dante se enteró de la cantidad de pretendientes que Mercedes Kampa tenía que rechazar. Gente que, como él, habían dado la segunda mirada y habían quedado atrapados en su piel de burbujas, en su sensualidad misteriosa que los obligaba a regresar, una y otra vez, para tratar de investigar en qué consistían las explosiones que se producían en el mar de burbujas que era esta mujer llamada Mercedes Kampa.

Mercedes Kampa renunció de *El Centinela* cuando un ejecutivo de una firma de publicidad entró a la oficina de Salvador Rubio, le dio la segunda mirada y le ofreció triplicarle el salario si se iba a trabajar con él. Pero cuando Mercedes Kampa renunció y desde el primer día de trabajo el ejecutivo le propuso matrimonio, jurándole que dejaría a su esposa, Mercedes Kampa sonrió, tomó sus cosas y se fue. Luego empezó a trabajar con una abogada.

Ahora que ve a Lucio Dante en la puerta, a un trago de perder el conocimiento, Mercedes Kampa se dice que ésta será la última vez que lo recibe en su casa y, con su sonrisa de siempre, lo invita a pasar. Lucio Dante se deja caer en un sillón y Mercedes Kampa entra a la cocina. Allí, prepara un trago de ron para él y se sirve una copa de vino.

No era tarde todavía, pensaba Lucio Dante, notando la seriedad debajo de la sonrisa de Mercedes Kampa. Por eso, y seguro de que con este trago perdía la conciencia, dejó el vaso

intacto sobre la mesa. Mercedes Kampa, mientras tanto, daba sorbos pequeños en su copa y Lucio Dante se dijo que la clave del atractivo de Mercedes Karnpa no estaba sólo en su piel de burbujas invisibles, sino, además, en su parecido con una geisha, en esa vulnerabilidad que no reta y que ofrece el cuello para el sacrificio.

Pero esa indefensión, pensó, viendo las manitas que acariciaban la copa, era tan efectiva como la caricia que duerme al tigre, la mayor forma de control, después de todo, como la vez que Mercedes Kampa le dijo que su problema era que él no ponía "en-fá-sis" en las cosas, acentuando la sílaba *fa*, con lo que Lucio Dante sintió no sólo una oleada de ternura por el desastre gramatical de Mercedes Kampa sino una descarga de sensualidad como jamás había experimentado en su vida.

Lucio Dante no recordaba ni una reclamación ni discusión por parte de Mercedes Kampa. La veía cuando quería y ella estaba allí, a la hora que fuera. Y sus encuentros eran en silencio, Lucio Dante sorprendido de la mudez de Mercedes Kampa, una especie de participación a distancia, prolongando un asunto que se alimentaba de su propia inercia y los llevaba a abandonar toda posibilidad de clímax, Mercedes Kampa atenta y curiosa y Lucio Dante maquinal e inepto hasta el momento en que se daba cuenta de que había pasado una hora dormido sobre ella y Mercedes Kampa le sonreía y le mostraba sus ropas y la puerta.

Ahora, Lucio Dante empieza a oír la voz de Mercedes Kampa como subiendo de un pozo, cada vez más clara, cada vez más firme, y se dice que involuciona hacia la sobriedad absoluta, que Mercedes Kampa le está quitando todo rastro de borrachera con su argumento para que considerara ésta la última vez que ponía un pie en su casa.

Mercedes Kampa notó cómo Lucio Dante parpadeaba tres veces y le volvía la claridad al rostro. Y se dijo que eso siempre le ocurría, que al principio no la tomaban en serio pero cuando

empezaba a presentar sus razones la gente se paralizaba y aceptaba sin rebatir. Y Mercedes Kampa se decía que todo se debía a la percepción que tenían de ella como persona sin carácter. Pero cuando lo hacía, cuando exponía sus motivos, a los otros no les quedaba más remedio que asentir, extrañados de su lógica irrebatible.

Y Lucio Dante, cuando Mercedes Kampa le dijo de la manera más cordial que de ahora en adelante podía irse al carajo o adonde quisiera pero que jamás regresara a su casa, se levantó, se arregló la corbata y estiró la mano para despedirse. Mercedes a su vez, le sonrió y lo acompañó a la puerta.

A Salvador Rubio le recomendaron un mes de reposo pero a la semana tomó la decisión de regresar al trabajo. Había tenido un ataque cardíaco, leve, pero ataque al fin, y le habían descubierto que, a pesar de su delgadez, sus arterias estaban tan repletas de grasa que, si no se cuidaba, pronto le dejarían el corazón como una tela de encaje.

La tortura mayor para Salvador Rubio no era la de estar en cama: era la de no trabajar, y echaba de menos toda la parafernalia relacionada con su empleo, como el vestirse elegantemente, como el tomar su coche último modelo y entrar en las filas interminables, como ser parte del tranque y maldecir al gobierno y sentirse feliz y realizado.

Necesitaba su oficina, con sus teléfonos y secretarias, con el sonido ininterrumpido de los timbres y las impresoras y las copiadoras, las miradas de soslayo cuando caminaba por los pasillos o entraba a los talleres, él, Salvador Rubio el EDITOR, la persona más importante en *El Centinela*, porque los dueños podrían conseguir toda la publicidad del mundo, pero él era la voz cantante, el coordinador, el último en decidir antes de que el periódico entrara en prensa.

Al que no iba a echar de menos era al pendejito de Lucio Dante, y aunque no había podido saborear el triunfo de su despido, quedaba la satisfacción de regresar al diario sin su figura inmunda.

La casa para el enfermo no es agradable. La casa debe ser un sitio de salud, el lugar que uno se gana después de ocho

horas de trabajo y dos de tranque. La casa es el refugio, con su premio del aperitivo antes de la comida y el televisor con sus programas favoritos.

Pero esto de abrir los ojos y sentir que la casa es lo importante porque no tienes más remedio, era intolerable. Como intolerable era la presencia de Leonor y los muchachos, constantemente mimándolo y tratándolo como un inválido cuando su mente andaba a mil por hora.

Por eso había decidido volver a trabajar, por encima de las protestas del médico y de la familia. Porque, si en verdad se iba a morir, la casa tendría la culpa. Y Salvador Rubio tuvo entonces un momento de pánico. Porque a través de todos estos años su salud había sido de hierro, y cuando tomaba vacaciones no tenía dudas de que al final volvería a su empleo.

Ahora, desde la cama, un libro en la mano y mirando las cortinas, siente que su casa, su adorada casa, le oprime, que en realidad esta casa ocupa un sitio muy secundario —en su existencia y que, si por alguna razón tuviera que suspender definitivamente su trabajo, moriría.

Él nunca se había visualizado viejo, no obstante sus cuarenta y ocho años, La vida lo había tratado bien, conservaba su pelo y era esbelto y elegante. Sus pocas arrugas no eran para preocuparse y él jamás tendría una joroba ni se encogería. Tiene, por supuesto, diversos planes de retiro, y cuando llegue su jubilación contará con suficientes fondos como para vivir holgadamente y no tener que depender de nadie.

Pero Salvador Rubio había comprado esos seguros como parte de su educación de hombre responsable, la forma como un matrimonio sensato ordena su vida. Y no porque tuviera póliza contra incendio veía su casa en llamas; como tampoco porque pagara sus seguros de vida se veía con un ataque al corazón.

Y ahora que, en efecto, le había sucedido, Salvador Rubio tuvo la impresión de que había habido una gran equivocación, porque si alguien se merecía un ataque cardíaco era un

irresponsable-mala-vida como Lucio Dante, no él, que cuidaba su peso, que comía sus vegetales, que corría por las mañanas, que nunca había fumado y que jamás abusaría del licor.

Salvador Rubio sintió entonces surgirle una oleada de autoconmiseración como nunca antes, un dolor profundo, como si alguien le hubiera asestado una puñalada, pero en el alma, como si de repente hubiera sorprendido a su esposa en la cama con otro hombre y, al mirar de cerca, descubrir que ese hombre era Lucio Dante.

Pero se dice que está siendo absurdo, que sencillamente se está lamentando por su enfermedad y que tiene que ser el fuerte de siempre.

Pero al entrar Leonor Rubio y recordar su forma de cortar la carne, al pensar que él, Salvador Rubio, en vez de corazón estaba condenado a tener una telita transparente, todos sus años de organización y planteamiento le parecieron una gran pila de mierda. Por eso Leonor Rubio se equivocó cuando le vio las abundantes lágrimas y corrió a su lado. Por eso se equivocó al abrazarlo y decirle que no se preocupara, que todo saldría bien.

Porque cuando Salvador Rubio la sintió, abrió todo el grifo de su histeria y le gritó que lo dejara en paz.

–¿Hasta qué punto puede un hombre ser sincero? —preguntó John Adams, más a su copa que a Lucio Dante—. Digo, *realmente* sincero. Aun enfrentado a la muerte, ¿puede una persona tener el suficiente valor como para desnudar su alma y exponer al mundo todos los demonios que lleva dentro?

Cuando Mercedes Kampa le pidió que se fuera, Lucio Dante quedó inmediatamente sobrio. Y bajó las escaleras sintiéndose como un perro apaleado. Llegó a su casa y, por primera vez en mucho tiempo, no fue directamente a la cocina y a la botella. En lugar de ello, encendió el televisor y trató de seguir el relato de una señora que se quejaba ante millones de espectadores que su esposo llevaba un año sin tocarla. Luego, apagó el aparato, dio media vuelta y se quedó dormido.

A la mañana siguiente, Lucio Dante despertó a una rara sensación, como si además de estar acostado en su cama estuviera mirándose desde arriba, un Lucio Dante suspendido en el aire que le decía al Lucio Dante de la cama que se parara porque hoy, definitivamente hoy, tenía que bañarse.

Y lo hizo. Obedientemente el Lucio Dante de la cama se paró, se quitó las ropas con las que se había quedado dormido y entró al baño. Allí, se enjabonó con vigor, incluso con canto de bolero. Al finalizar, desnudo y chorreando agua, se sentó al escritorio y trabajó furiosamente en el libro de John Adams.

No tenía rastros de borrachera y su lucidez era virgen, el libro de John Adams adquiriendo una dimensión que él no ha-

bía sospechado, un propósito que hacía importantes las palabras del moribundo, un testamento digno de compartir con el resto de la humanidad.

Entonces, Lucio Dante se fijó en sus ropas en el piso y le parecieron las vestimentas de un mendigo, con su grasa fría por el saco y los pantalones, por la camisa y la corbata. Y se juró que hoy mismo botaba esas ropas.

Pero como a eso de las cinco de la tarde, cuando llegó a la conclusión de que el libro tenía una coherencia que lo enorgullecía, con todas las características de un *best seller* mundial, Lucio Dante se levantó y fue a la botella. Y con el estómago vacío, el licor fue un tren expreso a su cerebro. Entonces, Lucio Dante se relajó y se dijo que debía bajar la guardia, porque al cuarto acababa de entrar el agradable velo gris del crepúsculo, su hora favorita.

Al quinto trago, Lucio Dante sintió hambre y se dijo que haría un paréntesis en su escritura. Pero, antes de cocinar, recogió sus ropas del suelo y se las puso: pantalones, calcetines y zapatos, camisa, corbata y saco y se acostó.

Entonces volvió a despertar. Y una vez más se vio flotando sobre él mismo, diciéndose que se levantara, porque hoy, definitivamente hoy, tenía que bañarse.

Pero esta vez Lucio Dante fue directamente al escritorio y pasó las páginas del manuscrito sobre John Adams: todo igual, no había avanzado una línea. Había estado soñando, pues, nada más. Sólo que, al asomarse al baño, al ver los furiosos y empapados insectos correr traicionados por el piso, Lucio Dante sintió que el corazón se le encogía, porque en verdad *había* entrado al baño, y, si no él, entonces *alguien* que había estado en su casa y que él no recordaba. Y en ese momento se preguntó si eso era lo que llamaban *delirium tremens.*

—¿Entonces? —le preguntó John Adams.

—¿Entonces, qué? —preguntó a su vez Lucio Dante.

Con un suspiro, John Adams repitió su pregunta.

—No, no lo creo —dijo Lucio Dante, apartando de la mente los insectos emputados.

—Yo pienso igual —dijo John Adams—. Es más, no lo pienso, lo sé.

—¿Cómo así?

—Desde que tuve la idea de un libro, pensé utilizarlo para decir toda mi verdad, por dolorosa que fuera, en una especie de catarsis final. Pero ahora me veo matizando, puliendo, dejando algunas puertas abiertas y cerrando otras. Cada recuerdo, cada fotografía parecieran tener algo detrás, un fondo privado que me exige dejarlo tranquilo. Y me veo dando vueltas alrededor de las personas y las cosas como si caminara sobre un cementerio de muertos dormidos, temeroso de despertarlos. La sinceridad absoluta es imposible, te lo juro.

John Adams hizo un alto en su discurso y levantó la vista al cielo raso. Y en ese momento Lucio Dante se dijo que John Adams padecía de un cansancio infinito, que muy pronto tendría que ingresar a un hospital.

—Pero, ¿es realmente tan importante? —preguntó John Adams, nuevamente más a sí mismo que a Lucio Dante—. Si cada persona se sintiera obligada a dejar testimonios personales el mundo sería un lugar insoportable, con cualquier cantidad de pelmazos actuando como si cargaran con el secreto de la existencia. El problema del ser humano es su falta de agradecimiento. Imagínate que una hormiga me escuchara en el acto de berrear por el absurdo de la vida. ¿De qué te quejas —me preguntaría seguramente la hormiga—, tú, el del tamaño gigante, tú, el del tiempo infinito sobre la tierra?

John Adams rió de su ocurrencia y a Lucio Dante le sorprendió una vez más la fuerza de su voz, que contrastaba con la debilidad del resto del emaciado cuerpo.

—Si cada uno de nosotros tuviera la oportunidad de sus cinco minutos de fama —continuó John Adams—, te aseguro que no lo dejaría pasar. Es parte de la naturaleza humana, porque

como dijo uno de mis autores favoritos: “si para el mundo no soy nada, para mí lo soy todo”.

Y tiene razón, porque el que seamos insignificantes no quiere decir que no seamos valiosos, aunque sólo sea para nosotros mismos o para alguna pobre alma que nos espera en casa.

Esa es la razón, dicho sea de paso, del exceso de ruido en el mundo y de por qué fracasan todas las campañas que tratan de eliminarlo. El ruido es parte fundamental de nuestra definición como seres humanos, una forma esencial de manifestar nuestra supuesta trascendencia y de justificar nuestra polución de la tierra. Por eso cada persona se siente con el derecho de tocar bocinas o de gritar o de endiablarnos con sus tocacintas o sus carros sin silenciadores.

El ruido humano es la esquizofrenia manifiesta, la metástasis del sonido de modo de obligar a los demás a que nos presten atención, algo similar al croar de las ranas o al chirrido de los grillos, otra manera de decir: oigan, mírenme, estoy aquí, estoy vivo, quítenme la soledad y el miedo, ámenme, por favor e inclúyanme en la manada. Sí, no lo dudes, Lucio, siempre habrá ruido.

Pero en fin, Lucio, ¿hacia qué lado se inclina de manera natural el ser humano, hacia la verdad o la mentira? ¿Con cuál de las dos nos sentimos tan cómodos que podemos convivir con ella?, ¿Quién de nosotros se arriesgaría a ser un paria al sentirse obligado a cumplir con el octavo mandamiento las veinticuatro horas del día?

Lucio Dante había pasado buena parte de la tarde pensando que había experimentado su primer ataque de *delirium tremens.* Porque su baño, que por lo general parecía una pista abandonada, con acumulación de materiales esotéricos por las esquinas, había sido usado, como lo demostraban las hormigas, arañas y cucarachas sorprendidas por el agua. Y ninguna mujer lo había acompañado a su casa. Es decir, no *recordaba* que nadie lo hubiera acompañado. Pero no sentía miedo, más bien la curiosi-

dad de saber hasta dónde aguantaría su cerebro. Por eso, ahora que John Adams hace su pausa retórica se adelanta en la mesa y baja la copa de coñac.

—Déjame contarte algo que sólo ahora me atrevo a expresar —le decía John Adams—, porque va en contra de todos los fundamentos del machismo: me refiero al pecado irredimible de la cobardía.

Una vez pasaba por una construcción y me detuve a mirar a los obreros, unos pintando sobre andamios, otros repellando pero todos felices. Yo, desde la acera de enfrente, pensaba en esta gente sencilla que no conoce de angustias existenciales ni de soledades, porque su trabajo es de equipo, nada de rumiar la vida, porque cada vez que salen para el trabajo hay una lonchera preparada con amor por una mujer de manos callosas pero que son las manos que dan calor y despiden a las tres de madrugada, porque los obreros viven lejos, bien lejos del centro en donde construyen rascacielos que nunca habitan, y tienen que realizar un largo viaje hasta la construcción.

Pero el obrero llega, y lo esperan sus amigos, y sabe exactamente lo que tiene que hacer, y sube a los andamios con la confianza que da la experiencia, porque en cada movimiento hay orgullo, la mano de obra calificada que cuenta con trabajo permanente.

Y mientras yo enfrente pensaba así desde la seguridad de la acera de enfrente, en el momento mismo en que levantaba el pie para cruzar la calle, oí el grito de ese obrero calificado que había salido de su casa a las tres de la madrugada, perdiendo el equilibrio, manoteando el aire antes de empezar su caída. Porque había estado tan seguro, era tan hábil ese obrero que no se había puesto la correa de seguridad y lo vi en su solitario viaje hacia el pavimento, en el rostro la más grande incredulidad, acercándose al cemento y yo mirándolo, igualmente incrédulo, él y yo preguntándonos por qué, para oír entonces el golpe seco, casi amable en la súbita inmovilidad, mientras yo seguía allí, el

pie levantado, suspendida mi solidaridad al no correr en su ayuda porque, ¿lo puedes creer?, tenía *miedo,* sí, miedo de que detrás de ese obrero viniera otro más y me aplastara.

Y me quedé en la acera hasta cuando al hombre lo rodearon sus compañeros y alguien caritativo le tiró una manta encima. Todavía lo veo, cayendo, preguntándome por qué con los ojos. Y todavía me veo, temeroso de prestarle ayuda no fuera a caerme encima un segundo obrero.

John Adams hizo un silencio largo y Lucio Dante estuvo tentado de decirle que por hoy estaba bien. Sentía que John Adams estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para proyectar lo único que le quedaba, su excelente voz. Pero John Adams bajó la cabeza a unas fotografías y Lucio Dante se sirvió otra copa.

Una de las virtudes del licor —pensó Lucio Dante, mientras John Adams levantaba fotos a la luz— era la de quitarle seriedad a las cosas. Hace un segundo, por ejemplo, había estado a punto de sugerirle a John Adams que continuaran mañana, con lo cual traería su enfermedad a primer plano. Pero ahora que el coñac le calentaba la barriga, sintió un momento de iluminación y se dijo que John Adams estaba bien allí, examinando sus fotografías y sus documentos. Eso era lo que John Adams quería hacer, así había escogido llenar los últimos días de su existencia, ganándole al revólver.

Y Lucio Dante empezó a sentirse en calma, casi feliz, al saberse involucrado en un proyecto que le daba sentido a la existencia de otro ser humano. Era algo nuevo para él, esto de involucrarse. Aunque nuevo no era la palabra exacta, porque él lo había estado, sólo que hacía mucho, mucho tiempo.

—¿Me consideras un gran egoísta, verdad? —dijo de repente John Adams, sacándolo de sus pensamientos.

—Todos lo somos —contestó Lucio Dante. Y, con su respuesta de cajón, Lucio Dante experimentó una incomodidad que no pudo definir, lo que lo incomodó aún más. De repente le pareció que John Adams no se estaba conformando con reve-

larle su vida sino que lo llevaba a obligarlo a sacar juicios sobre él, a adjetivar su existencia.

Lo que tenía escrito hasta ahora buscaba ser una fiel transcripción de las palabras de John Adams, prescindiendo de opiniones personales, tratando de que John Adams fuera sólo una voz que pasaba a través de él. Pero de repente le pareció que eso no era lo que John Adams quería, al acorralarlo para que tuviera opiniones y sacara conclusiones.

Y Lucio Dante se dijo que ése había sido el propósito de John Adams desde el principio, porque, de otra forma, ¿por qué no se había sentado a escribir él mismo, o por qué no le había dictado a una máquina?

Pero, al mirar nuevamente a John Adams, al verle el cuello tan delgado que parecía a punto de quebrarse por el peso de la cabeza, Lucio Dante se preguntó si el licor no lo estaría llevando a otra manifestación de paranoia, porque el moribundo que tenía enfrente le inspiraba lástima, y llegó a la conclusión de que John Adams no habría tenido ni la fuerza ni la voluntad para sentarse solo ante ningún aparato, que John Adams necesitaba este contacto humano y que si estuviera haciendo esto sin compañía hace rato habría desempolvado su 22.

—Sí —le dijo John Adams—, eso ya lo sé. Lo que te pregunto es si te parece egoísta lo que estoy haciendo.

—El egoísmo es consustancial a los artistas —contestó Lucio Dante—. Sin su gran ego no lograrían nada. Es el ego lo que los lleva a abandonar familia y seguridad en búsqueda de un sueño. Es algo digno de admirar aunque difícil de aceptar.

—Tú debes saberlo —dijo John Adams con una débil sonrisa—. Eres, después de todo, un escritor frustrado.

—Te recuerdo —le contestó Lucio Dante—, que me estás pagando para escribir de ti, no de mí.

Y, luego de un silencio largo, John Adams le dijo:

—Voy a tener que ingresar al hospital; algo sobre un cambio de sangre.

—Seguimos cuando salgas, entonces.

—Si no tienes inconveniente podemos continuar en el hospital. Yo estaré acostado pero podré hablar. Es decir, si no te molesta trabajar en esas condiciones.

—En absoluto —dijo Lucio Dante.

Lucio Dante odiaba los hospitales. Toda su vida había tenido una salud excelente a pesar de sus descuidos. Aparte de su obsesión con los dentistas, nunca había visto a un médico y jamás se le pasaba por la mente qué sucedería si se enfermara, si tuviera que depender de otros. Vagamente le venía a la mente la idea del suicido pero, a la vez, la percepción de su muerte como responsabilidad de un otro Lucio Dante que no era éste sano.

Ahora que empuja el botón del ascensor y siente cómo a su alrededor se aglomeran médicos, pacientes y visitantes, baja la cabeza y se pregunta qué lo ha llevado a considerarse inmune, cuando la regla general es la enfermedad o el accidente; la regla general es el cáncer o el SIDA, o el que te atropelle un bus o te acuchille un maleante.

Él, Lucio Dante, no sabía lo que era un seguro de vida y, por la forma como vivía, debería ser huésped atractivo para cuanto bicho llamara hogar al cuerpo humano. Pero fuera de sus pesadillas todo estaba en su sitio.

Que se encargue el otro cuando me enferme, pensó balanceándose en los pies y sintiendo la masa de gente que llegaba y que, a pesar de que el botón estaba en rojo, sentía la obligación de presionarlo una y otra vez.

Uno de estos fue Salvador Rubio quien empujó el botón tres veces, miró los números del elevador y, al bajar la cabeza, vio a Lucio Dante.

Lo primero que pensó Salvador Rubio fue en buscar otro elevador: él había venido a hacerse un examen, no a quedar atrapado con este individuo. Pero, al mirar angustiado a su esposa, Leonor Rubio le dio una mirada calmante, transmitiéndole la realidad de que tomar otro elevador en este hospital de seguro era una pérdida de tiempo. Entonces, empujando, se colocaron lo más lejos posible de Lucio Dante.

Lucio Dante también había visto a Salvador Rubio. Había seguido el viaje de la mano manicurada hasta el botón y había visto cómo la mano empujaba una, dos, tres veces un botón que parecía gritar que ya había entendido. Pero Lucio Dante sólo se balanceó en los pies y miró al suelo.

Cuando al fin llegó el elevador, Salvador Rubio puso a su esposa delante de él y la empujó hasta el fondo. Allí, pareció fundirse con la pared del ascensor, mirando los números, con la lejana esperanza de que el elevador se llenara y dejara fuera a Lucio Dante.

Pero la inercia de los pasajeros empujó a Lucio Dante precisamente hacia la esquina donde estaba Salvador Rubio, quien, al darse cuenta de que en su dirección venía su enemigo, puso a su mujer como escudo.

Salvador Rubio empezó a sudar frío, y, desde su altura, miraba a Lucio Dante de reojo, tratando de aguantar la respiración para no sentir el olor a ajos sancochados y sudor cristalizado. Pero no había nada que hacer: el hijo de puta elevadorista paraba en cada piso y no sólo dejaba salir a la gente sino que permitía la entrada de muchas más personas de las que cabían en el maldito ascensor, llenándolo hasta reventar y haciendo que Lucio Dante estuviera prácticamente pegado a su mujer, mientras él intentaba aguantar la respiración, mirando los números de los pisos como si los fuera a hipnotizar, como si la sola fuerza de su voluntad los haría cambiar rápidamente.

Pero no ocurría así. Lucio Dante se acercaba a él y a su esposa con cada piso, al punto de que en el quinto casi le daban

la espalda, Leonor Rubio tratando de comunicarle algún tipo de serenidad a su marido mientras el sudor le daba un tono novedosamente sano a la piel de Salvador Rubio, como la de un boxeador en pleno fragor del combate.

El combate de Salvador Rubio era con los pisos del elevador, por donde de seguro aparecería el personaje importante que siempre esperaba. Sólo que la carga y descarga de pasajeros ocurría con espantosa lentitud, y si no hubiera sido porque pensaba que era imposible empujar a Leonor Rubio a través de tanta gente, habría negociado los pisos faltantes a pie.

Pero también había la posibilidad de que Lucio Dante se bajara antes de él, porque su examen era en el catorce, y sería una cruel coincidencia que fueran al mismo piso que el mierdita de Dante. Pensando así Salvador Rubio obtuvo unos segundos de tregua, mientras miraba los números del elevador.

Sólo que, con cada parada, Lucio Dante parecía pegárseles más, el olor a ajos sancochado y sudor cristalizado formando una amalgama con el *Intimate* de Leonor Rubio y el *English Leather* de él, todo ahora una hedentina inescapable que no le permitía a Salvador Rubio más que sudar, mirar los números del ascensor y apretar la mano de su esposa.

Y cuando el aparato llegó al piso octavo, Salvador Rubio se dijo con horror que no sólo continuarían con Lucio Dante sino que iban al mismo piso. Y con la aglomeración, el calor y el olor de Lucio Dante, Salvador Rubio empezó a sentir la misma náusea que en su casa. Y se dijo que eso no podía ser: que Dios no podía hacerle esta canallada delante de Lucio Dante: darle un ataque en pleno ascensor, demostrando su debilidad frente a ese hombre que de acuerdo a todas las leyes humanas y divinas ya debería estar muerto y en el infierno.

Cuando el elevador llegó al piso 12, Salvador Rubio hizo un último intento por no perder el conocimiento; pero entonces, al verse presionado contra la esquina, Lucio Dante aplastado contra su esposa y en efecto, punteándola, con sus ropas asquero-

sas y su olor a ajos y sudor, Salvador Rubio empezó un llanto interno, los hombros en leve convulsión. Pero, invocando el resto de su voluntad, se concentró en la mano de su mujer y se juró que no se desmayaría, que no le entraría ningún ataque y que no le daría al huevoncito de Lucio Dante tema para su columna de oro, la que describiría, nada más y nada menos, que los últimos momentos del editor de *El Centinela*, revolcándose en un elevador del seguro social mientras el héroe de Lucio Dante le administraba los primeros auxilios.

En el piso 14, Lucio Dante siguió a la masa que se desbordó afuera, diciéndole que aquí se concentraba la mayoría de los servicios del hospital. Adentro del ascensor quedaron Salvador y Leonor Rubio, mirándolo partir aterrados.

Pero Lucio Dante estaba ya orientándose para dar con el cuarto de John Adams.

La sala en la que estaba John Adams era sorprendentemente aséptica, y Lucio Dante lo distinguió al fondo, con audífonos en las orejas y tubos en los brazos. Y cuando se acercó a la cama, John Adams se quitó los audífonos y lo invitó a sentarse. Lucio Dante se dijo que estaba en una sala de pacientes con SIDA, los compañeros de John Adams tan emaciados como él.

—No todos aquí son maricones —dijo John Adams, con una sonrisa que quiso ser irónica.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Lucio Dante, jalando una silla y sentándose a su lado—. No les veo ningún letrero colgado del pecho.

—Precisamente, porque la gente llega y nos mira a todos con desdén, olvidando que el SIDA no tiene preferencias sexuales. Es la epidemia menos discriminatoria que ha dado la humanidad, pero las estadísticas demuestran que la enfermedad ha disminuido entre los “gays” porque han tomado conciencia, mientras que los heterosexuales siguen creyendo, como creía yo, que *eso* no es asunto de ellos.

Lucio Dante pensó en su propia vida amorosa y en la ruleta

rusa que había practicado toda su vida. Porque ni aunque lo asparan era capaz de usar preservativos, colocando la posibilidad de contagio en un oscuro plano de su cerebro que desaparecía al quinto trago. Pero con la llegada de Mercedes Kampa, tomó conciencia y se dijo que, si estaba bien que él se suicidara, no tenía derecho de matar a nadie, mucho menos a alguien como Mercedes Kampa, con su piel de burbujas.

—¿Alguna vez has pensado en volver atrás y reparar una canallada que te atormenta? —le preguntaba John Adams desde la cama, los ojos cerrados.

Lucio Dante tuvo entonces una visión de sus padres alcohólicos, llamándolo y pataleando inútilmente como sobre una ola. Pero, bajando la cabeza, dijo:

—No.

—Yo sí —dijo John Adams—. Hay varias cosas de las cuales me arrepiento y que daría cualquier cosa por enmendar, cosas que necesito sacar del pecho antes de morir.

Ese pecho de John Adams ya no era muy ancho, pensó Lucio Dante. Y si no se apresuraba, su libro sería sólo prólogo a su intención. Por eso, le dijo:

—Pero existe una cabronada que se destaca sobre todas las demás, ¿no es así? Una bellaquería tan espantosa que no te deja dormir y que te exige que la vomites, ¿no es cierto?

John Adams sonrió, una sonrisa triste y amarga y Lucio Dante se dijo que pisaba terreno sensitivo. Claro que él tenía una gran cantidad de cosas que haría de manera distinta, si tuviera la oportunidad. Pero, ¿qué carajo importaba si el abuso de licor lo había vuelto estéril, si nunca visitó a sus padres alcohólicos y se enteró de sus muertes por la prensa y ni siquiera sabía dónde estaban enterrados?

—Lo más terrible es el recuerdo de sus piernas abiertas —dijo John Adams, casi en suspiro como de su memoria.

Lucio Dante se adelantó en la silla y acercó el oído a la boca de John Adams. Entonces, la cabeza ladeada, pudo ver cuando

a la sala se asomaban Salvador y Leonor Rubio y cómo, al verlo, daban media vuelta y salían.

—¡Ajá!, lo sabía —dijo entonces Salvador Rubio, una vez, en el pasillo, casi arrastrando a su esposa hacia la sala que buscaban.

—¿Sabías qué? —le preguntó Leonor Rubio, tratando de aminorar su prisa.

—¡Qué el supuesto machito de Lucio Dante es maricón! ¿Te fijaste? Está en la sala de los sidosos con el actor ese, ¿cómo se llama? ¡John Adams! Y seguro está contagiado también.

Leonor Rubio iba a decir algo pero optó por callar.

—Cuando quedé viudo —estaba diciendo John Adams—, no me importó nada fuera de mi trabajo. Y esta profesión se presta para la liviandad, tal vez por los horarios, tal vez por las tensiones o porque simplemente los artistas tenemos la sensibilidad a flor de piel. Y si he visto a muchos amigos morir, ahora que me toca a mí, sé que todo empezó con la pérdida de María, cuando dejé de creer en Dios y en algún tipo de orden en la vida. Y con relación a las mujeres, ¿no había sido mi propia esposa quien me había convencido de que era atractivo y brillante? Mi única consideración, entonces, sería para con mi arte.

Hasta que una de mis amigas, a quien llamaré Dolores, me informó que estaba embarazada. Yo simplemente respondí dándole dinero y diciéndole que se arreglara.

Pero nada resultó. Dolores intentó con todo tipo de venenos y, cuando fue donde un médico, le dijo que el asunto estaba tan avanzado que no había más remedio que tenerlo. Yo estaba desesperado, pensando que un hijo y esta mujer de repente madre destruirían mi carrera. Pero Dolores intentaba tranquilizarme, diciéndome que ya inventaría algo, mientras yo me limitaba a darle dinero, convencido de que mi brillante futuro se iba por el servicio.

Una noche, después de una función, la vi en la parte de atrás del teatro, tan deprimida que pensé que si yo no tomaba una

decisión Dolores se quitaría la vida. Esa noche la llevé a mi casa y dormí a su lado. Al día siguiente me dijo que había contactado a un médico que le practicaría un curetaje.

Yo había oído hablar de la bendita palabreja y me parecía territorio exclusivo de mujeres. Y volví a meterme la mano en el bolsillo cuando Dolores, los ojos bañados de lágrimas, me dijo que lo único que me pedía era que la acompañara, que no la dejara pasar este momento sola.

John Adams dejó de hablar y abrió los ojos. Lucio Dante se había echado hacia atrás, la mirada ausente y a John Adams se le encogió el corazón al pensar que Lucio Dante le iba a decir que no iba a escribir ningún libro y que le regresaba los cinco mil dólares. Pero entonces, calmándose, volvió a cerrar los ojos y le dijo:

—Te das cuenta de que no sólo es difícil decir la verdad sino escucharla? Comprendería si no quieres seguir o si me pides que pasemos esto por alto.

—No —dijo Lucio Dante—. Continúa.

—Parece mentira la cantidad de detalles que persisten aun después de tanto tiempo —prosiguió John Adams—. Viene a mi mente el pequeño cuarto del hotel, el sucio lavabo y la alfombra traspasada por miles de pisadas, la cama de hierro y Dolores acostada en el centro de la cama, las manos agarradas detrás de la nuca, mirando el cielo raso manchado de goteras.

Se veía inocente allí, con su falda larga y sus zapatos bajos, toda combinada de rosa, para mayor incongruencia con el momento, como una colegiala en espera de un cambio de clases y no de un carnicero que se demoraba en llegar. Yo, mientras tanto, desde la única silla del cuarto, me preguntaba cómo había sido posible que alguna vez me hubiera gustado Dolores, porque era un palo de escoba, su cabello un colgarejo sin pretensiones y sólo el rostro bonito anclaba el conjunto.

Fueron treinta minutos de silencio entre nosotros hasta cuando tocaron a la puerta. El médico entró, pasó la vista por el

cuarto y revisó el baño, supongo que para cerciorarse de que no le tendíamos una trampa. Entonces, me ordenó que saliera. Pero Dolores le dijo que no, que yo estaría con ella durante todo el procedimiento. El tipo entonces se encogió de hombros y colocó un maletín sobre la cómoda.

Nunca supe qué grado de estudios tenía, ni qué tanto sabía lo que iba a hacer, pero, al verlo, sacando instrumentos con precisión de cirujano, repitiendo los movimientos que habría copiado de los auténticos médicos, me nació una mezcla de respeto y odio, porque si en sus movimientos transmitía autoridad, en su pretensioso maletín y en sus primitivos aparatos yo veía al improvisado, el hombre de la prueba y error que habría destrampado incontables matrices.

Dolores, mientras tanto, se había quitado la ropa y estaba en proceso de bajarse los panties, para quedar sólo con el sostén. Al acostarse abrió las piernas y dejó la vista en el cielo raso, con sus manchas de goteras. Yo, por encima de mi terror, no podía dejar de sentirme hipnotizado con la situación y maravillado por la presencia de ánimo de Dolores. A todo esto, el brujo del maletín se había calzado unos guantes, había tendido unas cosas a los pies de Dolores y le había dado una mirada penetrante.

El proceso fue misericordiosamente breve. Introdujo lo que tenía que introducir y guardó lo que tenía que guardar. Entonces, me extendió una mano en señal de cobro.

—¿Eso es todo? —le pregunté—. ¿No se queda hasta el final, para ver qué pasa?

—No —me contestó—. Mi trabajo está hecho.

Le pagué, salió y Dolores continuó acostada, la vista en el cielo raso, las piernas abiertas.

De repente quedó sentada en la cama.

Su rostro era horrible, una combinación de expresiones en que destacaban el asombro y la desesperación. Agarrándose el vientre, entonces, se dobló sobre sí misma, como muñeco sin articulaciones. Luego echó el tronco hacia atrás y permaneció

rígida, en la boca el amago de un grito que no encontraba salida.

Yo volé a su lado pero con uno de sus brazos tiesos me descargó un golpe tan poderoso que me sentó en el piso. Desde allí, paralizado, la vi alcanzar al fin el sonido gutural que se le negaba y que lentamente logró proyectar hasta convertir en rugido. Salí corriendo del cuarto y afuera, bañado en sudor, me pegué contra la puerta y me dije que debía hacer un esfuerzo por regresar donde Dolores, pero los pies no me obedecían. Luego las manos y los brazos empezaron un temblor que progresó a convulsiones violentas. Como pude, llegué a un viejo y apestoso sillón y sentí cómo poco a poco me volvía el alma al cuerpo, cómo se normalizaba mi respiración y cómo dejaba de temblar. Entonces, me levanté y regresé al cuarto.

En la cama había un enorme charco de sangre mientras que del baño llegaba el sonido de la regadera. Me dejé caer sobre la silla y con la cabeza en las manos esperé lo que me pareció un siglo. Cuando salió, Dolores estaba vestida, con su falda larga y sus tacones bajos en su combinación rosa.

Yo no fui capaz de mirarla a los ojos.

John Adams hizo un largo silencio y abrió los ojos. Entonces, se colocó los audífonos y Lucio Dante se fue.

Camino al elevador, Lucio Dante distinguió, en uno de los cubículos, a Salvador Rubio, acostado sobre una camilla, el pecho desnudo y un tubo en un brazo. De pie, a su lado, Leonor Rubio le daba una mirada de amor.

Cuando Mercedes Kampa se enteró de que a Lucio Dante lo habían despedido de *El Centinela*, se preocupó. Y se dijo que una persona como Lucio Dante no tenía muchas opciones. Ella lo había visto entrar y salir de la oficina del Editor y había sonreído cuando Lucio Dante ni siquiera la saludaba, cosa a la cual, por otra parte, estaba acostumbrada. Hasta cuando le daban una segunda mirada.

Mercedes Kampa era de las primeras en leer las columnas de Lucio Dante, a pesar de las miradas de reproche de Salvador Rubio. Ahora, Lucio Dante sin trabajo, lo que fuera a hacer con su vida le interesaba.

Cuando empezaron, Mercedes Kampa estuvo consciente de que gran parte de la relación se sostenía por su necesidad de protegerlo, un sentimiento maternal que le despertó esta figura desaliñada de dientes perfectos. Y al principio, tuvo la idea de intentar que Lucio Dante llevara el mismo esmero que reservaba para su boca al resto de su persona.

Pero nunca lo hizo, y se decía que había callado por la brevedad del tiempo juntos, aunque en el fondo sabía que, además de tenerle afecto, le temía.

Ella nunca había estado con un “intelectual”, y todo lo que Lucio Dante le parecía de hombre de talento, no obstante las burlas y sarcasmos del personal de *El Centinela*, en especial de Salvador Rubio, quien apenas Lucio Dante salía de su oficina exigía le trajeran un desodorante ambiental.

Un día, cuando Lucio Dante se le plantó delante sin decir una palabra, como tratando de adivinar de qué material estaba hecha Mercedes Karnpa se sintió atraída por la fuerza que emanaba de este hombre pequeño pero independiente, lo más distinto del resto de sus compañeros oficinistas que buscaban llenar su vida con fiestas y reuniones.

Porque Lucio Dante no hablaba con nadie en el periódico, siendo una especie de excéntrico antisocial que iba dejando toda clase de chistes a sus espaldas, algo de lo que Lucio Dante parecía no darse cuenta.

Resultó un escándalo, entonces, que la mujer más querida de *El Centinela* empezara una relación con el hombre más odiado. Que una mujer tan limpia y fresca como ella, estuviera saliendo con un hombre tan sucio y marchito como él.

Pero Mercedes Kampa sólo sonreía, secretamente orgullosa de haber sido el motivo de atracción de este hombrecito extraño del que todos, sin embargo, tenían que hablar.

Pero bien pronto Mercedes Kampa se dio cuenta de que había algo incómodo en la relación. Porque a Lucio Dante le bastaba sólo la repetición mecánica, demostrando una rutina predecible de licor y sexo, sin salir jamás con ella, sin llevarla a ninguna parte, sin interesarse por una sola idea o pensamiento suyo.

Mercedes Kampa empezó primero a sentir, y luego a resentir, el que Lucio Dante no le aportara nada a su vida, porque cuando estaban juntos él aceptaba todo lo que ella decía, sin discutirle jamás, lo que la hacía sentirse como una retrasada mental a quien se le da gusto.

Lucio Dante tenía la costumbre de llegar a su casa sin anunciarse, la mayor parte del tiempo borracho hasta la incoherencia, balbuceando sobre libros que no escribía y mierda que sí escribía, Mercedes Karnpa tratando de que hablara, de que sacara lo que llevaba adentro para compartir sus fantasmas y buscar alguna integración con él.

Pero Lucio Dante enmudecía de repente y empezaba a olerla, por el cuello, el cabello, las axilas, las piernas y el sexo, tan intensamente que Mercedes Kampa se confundía, porque no era garantía de ningún preludio de amor, ya que la mayor parte del tiempo se quedaba dormido hasta cuando ella lo despertaba de su pesadilla.

Lucio Dante tenía pesadillas todas las noches, y Mercedes Kampa de primera le advirtió sobre los peligros del alcohol en cruzar la tenue raya de la cordura. En la cama, Lucio Dante podía empezar con un largo monólogo o con una discusión o de lleno caer en convulsiones. Entonces, Mercedes Kampa lo tocaba hasta cuando Lucio Dante gritaba y volvía a hundirse en otro sueno y en otra pesadilla.

Cuando Mercedes Kampa se enteró de la salida de Lucio Dante de *El Centinela*, lo llamó y lo invitó a su casa. Allí, después de darle a entender que la invitación obedecía a un acto de solidaridad, a su genuina preocupación por su futuro y a nada más, lo escuchó hablarle de un libro que estaba escribiendo sobre un actor llamado John Adams.

Mercedes Kampa nunca había visto una obra de teatro, no conocía a ningún actor ni le importaba. Sí podía hablar con autoridad de las distintas "telenovelas", de sus tramas y sus diálogos. Era una experta en las "estrellas" de la televisión y su máximo afán era el de pasar canales para ver dos y tres "telenovelas" a la vez.

Pero era la acción lo que la motivaba. Y su pequeño cuerpo, con sus bracitos y manitas, su bello rostro y excelente piel parecían temblar cuando el asunto llegaba a ese punto en que los ojos se desorbitan y hasta el más macho entre los machos corre el riesgo de derramar una lágrima.

Lucio Dante se había sentado a su lado a través de algunos episodios de estas "novelas", como las llamaba Mercedes Kampa, para abreviar. Con un trago en la mano, Lucio Dante observaba atentamente unos minutos para luego pararse hastia-

do. Y eran los únicos momentos en que Mercedes Kampa le escuchaba algún comentario "intelectual", cuando Lucio Dante la regañaba por el uso del término "novela" para estas "porquerías", con lo que se insultaba a un género que él consideraba la máxima expresión del arte y que, por lo mismo, estaba fuera de su alcance. El nombre correcto para estos esperpentos debería ser el de "teleculebras", le decía Lucio Dante, provocando el callado resentimiento de Mercedes Kampa y algo como tímida defensa al contestarle:

—Pero a final de cuentas —le decía Mercedes Kampa, como tanteando el terreno—, si tú escribieras una novela también podría llegar a ser telenovela, ¿no? Y entonces, ¿le verías algo de malo, te molestaría si fuera tuya?

Y Lucio Dante volvía a enmudecer.

Ahora que Lucio Dante termina de explicarle su proyecto con John Adams, Mercedes Kampa se dice que por primera vez en su vida la va a escuchar, porque había llegado a la conclusión de que Lucio Dante había perdido el juicio del todo.

Nadie paga para que escriban un libro sobre él, empezó diciéndole. Nadie, es decir, a menos que sea un sinvergüenza que tiene algún plan escondido para engañar a la gente. Pero ella no creía que ése fuera el caso, tratándose como se trataba de un pobre actor moribundo. Luego entonces, ¿qué tenía que contar este señor que fuera importante para el resto de las personas?

Ella comprendería si fuera un libro sobre la vida de alguna de esas estrellas de las telenovelas, que siguen millones de personas, los detalles más insignificantes de sus vidas causa de reportajes y entrevistas que sirven para que más personas los vean. Pero lo que dijera un actor que salía a escena en un teatrito semi vacío no podía tener mucha trascendencia para el género humano.

Y cuando Lucio Dante abrió su cartera y le mostró cinco billetes de cien, Mercedes Kampa se dijo que no sólo Lucio Dante estaba loco sino que al mismo moribundo la enfermedad

le había trastornado el cerebro. Porque eso de estar contando las intimidades de la existencia, lo que se hizo o dejó de hacer en la vida le parecía inmoral; todo lo de una persona debería ser privado y debería irse con uno a la tumba. Ella no entendía cómo alguien pudiera sentir la necesidad de exhibir su ropa sucia en público, porque forzosamente se tiene que hablar de seres queridos, y no es verdad que uno va a escribir un libro para pintarse feo o malvado.

Por otra parte, ¿por qué mejor ese señor no agarraba esos diez mil dólares y los donaba para la lucha contra el SIDA, para alguna vacuna o medicina, para aliviar el sufrimiento de tantos enfermos? Cierto que diez mil dólares no son gran cosa si se mide por los millones que se gastan por ahí, pero algo es algo, un granito de arena, un humilde pero sentido aporte que podía hacer el actor ese a los que sufren.

Además, incluso si Lucio Dante terminaba el libro y resultaba importante para comprender las angustias de un ser humano, ¿qué mérito iba a tener ese dinero, que pasaría de las manos del moribundo a las de Lucio Dante y de allí directamente a las cantinas?

No, todo eso era un desperdicio sin sentido alguno. Y.aunque la tranquilizaba el saber que por lo menos Lucio Dante no pasaría hambre por ahora, toda esta idea del libro, su concepción, sus métodos y fines le parecieron de una inmoralidad suprema, además de un desborde de la vanidad del actor ese y una forma de humillar a Lucio.

Lucio Dante la escuchó en silencio, según costumbre, pero Mercedes Kampa estaba preparada para un estallido. Y si se reía de sus ocurrencias en El *Centinela*, era porque sabía que el primero en burlarse de ellas era el propio Lucio Dante, que las usaba como forma de escupir en el rostro de la gente.

Pero ahora Lucio Dante se estaba definiendo. Ahora Lucio Dante ponía las manos sobre la candela y, a menos de que ese señor John Adams fuera un genio que tenía cosas tremendas

que decir sobre la vida y la muerte, a menos que nos iluminara nuestra propia existencia con su dolor, todo esto iba a hablar muy mal de Lucio Dante, peor incluso que del actor este que ella no conocía aunque le guardara toda la compasión del mundo por su enfermedad y su joven vida truncada.

Pero el estallido no llegó. Lucio Dante escuchó el discurso de Mercedes Kampa con su acostumbrado silencio y, al terminar, se puso de pie, estiró el saco y se fue.

Salvador Rubio está sentado en su oficina viendo periódicos viejos. Ladea la cabeza y arquea la ceja cuando encuentra fotos y reseñas de obras de teatro en las que actúa o dirige John Adams. Y se sorprende del cambio del adonis que ve en las fotografías al enfermo tan flaco que parecía de perfil y que vio acostado en la cama, lleno de tubos y con Lucio Dante a su cabecera.

Pero Salvador Rubio también lee columnas de Lucio Dante en las que ridiculiza a John Adams, llamándolo por su nombre verdadero, Jairo Pérez. Y no entiende la escena de los dos tan juntitos en el hospital. Cosa de homosexuales, seguramente, piensa Salvador Rubio, todo este tiempo pretendiendo odiarse cuando sólo se trataba de peleas entre marido y mujer.

Salvador Rubio echa la cabeza hacia atrás y se ríe de su ocurrencia. Ve un reportaje en todo esto pero no lo encuentra. Si hubiera sido Lucio Dante —piensa—, hace tiempo tendría una historia que contar. Pero él no es Lucio Dante, gracias a Dios, pero tampoco lo son los huevoncitos que lo han reemplazado. ¡Qué no diera él por averiguar las intimidades del sidoso de John Adams con Lucio Dante!

El Centinela había bajado de circulación desde la salida de Lucio Dante y el Gerente Administrativo había llegado hasta proponerle a Salvador Rubio insistir nuevamente con Lucio Dante, con la promesa de doblarle el salario. Pero Salvador Rubio

se había resistido, apelando entre otras cosas a la manera como Lucio Dante se había ido del periódico, sin ninguna consideración, insultando incluso al Gerente Administrativo.

Sólo que Panchito no estaba de acuerdo, y le recordaba que Lucio Dante ni siquiera dijo una palabra, que se había ido sin más y que en ningún momento hubo algo disonante de su parte. Todo esto, decía Panchito, indicaba que había dejado la puerta abierta para volver.

Pero Salvador Rubio se mantenía firme y desviaba el asunto, asegurando que muy pronto los cachorros columnistas que habían reemplazado a Lucio Dante empezarían a rendir frutos. Cuestión de tiempo, nada más. Y ahora que conocía el secreto de la homosexualidad de Lucio Dante ni muerto permitiría que regresara al periódico.

Pensando así, se le ocurrió que sería buena idea participar al Gerente Administrativo de su descubrimiento, de modo de que estuviera ilustrado de la inconveniencia de traer a Lucio Dante nuevamente a *El Centinela.*

Y lo hizo. Armado de los periódicos, Salvador Rubio dio sus zancadas elegantes hasta la oficina del Gerente Administrativo. Entonces, abriendo los periódicos sobre el escritorio, sonrió de oreja a oreja.

—¿Y? —preguntó Panchito, cuando Salvador Rubio extendió los diarios en gesto de triunfo.

—¿No observa nada extraño? —dijo Salvador Rubio, seguro de que ahora sí se terminaba el padrinazgo de Panchito con Lucio Dante.

—¡No veo un carajo, hombre! —dijo Panchito—. ¿Qué mierda es esto?

Salvador Rubio dio otra zancada elegante y se colocó al lado del Gerente Administrativo, le señaló fotografías de John Adams en diversas obras y varias columnas de Lucio Dante.

—Sigo sin comprender —dijo Panchito.

—Es que, como buen periodista, descubrí que el actor John

Adams se está muriendo de SIDA, y que uno de sus visitantes "asiduos" es nada menos que Lucio Dante.

Entonces, al salirle este juego de palabras, Salvador Rubio saca el pecho y se siente realizado.

Pero el Gerente Administrativo, cabreado con estos misterios y dispuesto a mandar a Salvador Rubio al demonio, sólo vuelve a preguntar.

—¿Y?

—¿No lo ve? John Adams es actor, y como tal seguramente es homosexual, la gente a la que le da esta enfermedad. Y esas columnas de Lucio Dante atacándolo demuestran que todo fue un simulacro, el producto de peleas de enamorados.

Salvador Rubio iba a celebrar su conclusión, que le pareció sagaz, pero la risa se le congeló al ver cómo al Gerente Administrativo se le abultaban las venas de la frente, haciéndolo parecer mucho más viejo del muchacho que en realidad era. Entonces, sin mirar a Salvador Rubio, le dijo que se fuera y dejara los periódicos.

Al salir Salvador Rubio, el Gerente Administrativo se preguntó cómo había sido posible que este hombre hubiera sido el editor del diario de su familia durante tanto tiempo. Oyéndolo, se le habían cruzado por la mente varias ideas, desde sacarlo a patadas de su oficina hasta mandarlo de vacaciones mientras encontraba su reemplazo.

Después de todo, venían tiempos de contemplaciones con Salvador Rubio, luego de ese ataque al corazón. Y tal vez eso era lo que se necesitaba para que Lucio Dante volviera, que Salvador Rubio no estuviera más con El *Centinela.* Porque entre un editor común y corriente y un columnista estrella él se quedaba con el columnista, qué duda había.

Y Salvador Rubio era un burócrata, a final de cuentas, eficiente pero sustituible, mientras que Lucio Dante era irremplazable.

Salvador Rubio, mientras tanto, había regresado a su ofici-

na sintiéndose como un condenado. Había visto la reacción del Gerente Administrativo y había llegado a la conclusión de que Panchito no descansaría hasta lograr que Lucio Dante regresara. Y eso sí no lo iba a soportar. Habían estado bien las vulgaridades y los gritos, todo eso podía pasar, la necesidad de este hijo de papá de establecer su territorio, de demostrar que es él quien manda de verdad en *El Centinela.* Él había podido vivir con eso, porque al final se imponían sus criterios y tenía la última palabra y porque, qué carajo, le pagaban en un mes lo que ganaría en un año como profesor.

Pero esto de Lucio Dante se había salido de madre. El cabroncito parecía tener hipnotizados a los dueños de *El Centinela,* quienes estaban dispuestos a llegar a cualquier extremo con tal de reconquistarlo.

Pero la idea de Lucio Dante andando nuevamente por la redacción, su pestilencia anunciándolo desde mucho antes, tener que publicar sus basuras y soportar la gran fiesta que para todos constituían sus columnas, era mucho más de lo que él o su corazón iban a tolerar.

Pensando así, Salvador Rubio llegó a la conclusión de que, después de todo, no sería mala idea reanudar su carrera universitaria.

Una de las pesadillas de Lucio Dante tiene que ver con trabajo. En ella se ve sentado en medio de una oficina del tamaño de un hangar, empujando papeles y contestando teléfonos. A su lado, enfrente, detrás y hasta encima de él, decenas de hombres, mujeres y hasta niños hacen lo mismo, mientras un reloj gigantesco marca cada segundo con campanazos que le revientan la cabeza. Lucio Dante se ve forcejando con los papeles y tratando de aguantar la mano que busca los teléfonos, pero una y otra vez está obligado a escribir y sellar, una y otra vez tiene que levantar los aparatos y repetir hola hasta el infinito porque del otro lado nadie le contesta. Entonces, Lucio Dante suda y empieza un grito que sólo sale con las convulsiones.

Pero cualquier pesadilla de Lucio Dante es insignificante comparada con la que tiene con sus padres. Ésta se inicia cuando los ve en casa, su madre muda por la amputación del pie y su padre tratando de no caerse por la borrachera. Lucio Dante ve a su padre bañar y vestir a su madre, sentarla en la silla de ruedas y colocarla frente al televisor. Lo ve beber en silencio mientras su madre mira adelante sin entender, la gangrena creciendo en hilillos violetas que amenazan cubrirle toda la pierna.

Pero su madre no habla y su padre bebe hasta cuando, entrada la noche, se levanta para acostarla. Con la silla de ruedas, la borrachera y el peso de su esposa, Lucio Dante oye el crujido de los huesos de su padre cuando levanta a su madre y la deposita en la cama. Entonces, su padre recuerda que no le ha dado

de comer en todo el día, va a la cocina y calienta una sopa de ayer y, cuando regresa, observa abatido cómo su esposa da inicio a los signos conocidos.

Lucio Dante oye el llanto callado de su padre mientras su madre inicia su preparación para evacuar el vientre, esa expresión inconfundible en el rostro, las bellas manos cerradas en puños, independiente, libre, abandonada al proceso de regular su cuerpo mientras su padre pone la vista al cielo y maldice a un hijo que llama Lucio.

Cuando Lucio Dante visitaba a Mercedes Kampa, trataba de no dormirse pero su cerebro se defendía de la borrachera desconectándolo antes de la intoxicación definitiva. Entonces, cuando quedaba rendido, empezaban las pesadillas. Y sus convulsiones eran tan violentas que hacían correr la cama, Mercedes Kampa tratando de despertarlo suavemente. Una vez consciente, Lucio Dante buscaba sus ropas y se iba.

Al principio, Mercedes Kampa se había propuesto no despertarlo, para dejar que fuera él mismo quien regresara de su pesadilla, pero cuando veía que los temblores lo elevaban de la cama, temía por él y se decía que sería peor si lo dejaba continuar.

Pero ni la certeza de que daba un espectáculo ayudaba a Lucio Dante en su lucha contra el sueño, por más que Mercedes Kampa le insistiera que a ella no le molestaba, que el problema de él era su vergüenza ante su propia humanidad.

Lucio Dante la escuchaba en silencio, sin aceptar que Mercedes Kampa tenía razón, porque en verdad le avergonzaban sus estremecimientos, tan fuertes que en ocasiones lo despertaban; o peor, las ventosidades con que se acompañaban, tan insoportables que se daba cuenta de cómo Mercedes Kampa tenía que abandonar la recámara para buscar refugio en otro cuarto.

Claro que le importaba, y si no hubiera sido porque la borrachera lo llevaba de manera irremediable hacia la inconsciencia, él se mantendría despierto siempre. Porque el colmo había ocu-

rrido una noche, cuando la pesadilla con sus padres fue tan intensa que sintió cómo todo el estómago le declaraba la guerra y le sacaba una explosión que sentó a Mercedes Kampa en la cama, él despertando y jurándose que nunca más volvería a dormir con nadie.

Ahora que despierta a la pesadilla está en la cama, la cabeza caliente y bañado en sudor. Está sentado, tiene los brazos abiertos y se escucha jadear, como si cada aliento fuera el último. Lucio Dante espera algo violento, como que le estalle el cerebro o se le rompa el corazón. Pero nada sucede, poco a poco vuelve a respirar normalmente y siente sed. Sólo que, cuando se levanta, el cambio de postura amenaza con desmayarle y tiene que acostarse otra vez. Entonces, siente cómo la piel se le refresca y vuelve a experimentar bienestar. Acostado, con esta mezcla de sudor y frío, el pelo pegado al cráneo, Lucio Dante se pregunta si su muerte vendrá así, tan anónima como la de sus padres, descubiertos al tercer día.

Y quién sabe: quizá a él también lo encontrarán con su propio tiro en el cráneo, como el que le propinó su padre a su madre: pop; para después dispararse él: pop.

Lucio Dante se dice que no le teme a la muerte, que lo que siente es curiosidad. Y cada vez que llegan las convulsiones se observa, para ver cómo reacciona este cuerpo que habita. Pero si algún brujo le preguntara si querría verse en el acto de morir, rechazaría la oferta. Hasta allá no llega su curiosidad.

Su muerte es asunto del otro, allá adelante.

Lucio Dante había llegado a la conclusión de que debía vivir con sus pesadillas, por lo que tenían de pase de factura por su búsqueda de la libertad y como la evidencia de que estaba lejos de lograrla.

Y en sus períodos de entre-empleos, a la vez que se ajustaba la correa, disfrutaba de esa libertad, el no tener que marcar reloj ni sentir el aliento de un jefe en la nuca. La misma palabra jefe le resultaba chocante, y se decía que era por esa *efe* clavada en

el medio de la palabra, como bastón de policía, una abierta amenaza a su virilidad.

Y su trago más amargo siempre fue el tono de los que tuvieron autoridad sobre él, desde los francamente déspotas, con sus órdenes tajantes, hasta los hipócritas, que aparentaban respeto por su opinión para decirle después exactamente lo que tenía que hacer. De allí a que dejara acumular trabajo, se asentara la narcolepsia y lo despidieran no había más que un paso.

Por eso no aceptaba lo que le dijo Mercedes Kampa de su libro sobre John Adams. No sólo se trataba de una oportunidad de ser independiente sino que lo obligaba a escribir, en serio y sin excusas. Esto era algo que no podía tirar debajo de la cama, con el resto de sus escritos. Porque entonces sí habría tocado fondo. Y él escribiría este documento sobre John Adams como evidencia de su propia vida.

En lo que Mercedes Kampa tenía razón era en el destino del dinero. Pero ése sería el destino de cualquier dinero que llegara a sus manos: las cantinas.

John Adams tiene mejor semblante desde su salida del hospital y el cambio de sangre. Pero Lucio Dante está pensando que su propensión a usar suéteres destaca su costillar, bien distinto de cuando John Adams se pavoneaba por el escenario, todo él entonces una sola masa de fibra y músculo. Ahora Lucio Dante observa a un anciano, un viejecito que se ha apoderado del cuerpo de John Adams y lo chupa como vampiro.

Lucio Dante cree que John Adams no vivirá lo suficiente para terminar ningún libro y está pensando que sería una buena idea pedirle acceso a sus cartas, contratos, etc., de modo de llenar lagunas. Pero, ¿cómo hacerlo con delicadeza y tacto, sin que se note su... ¿convencimiento?... de que John Adams no vivirá mucho tiempo?

—Te he contado mi acción más deleznable —le dijo John Adams, Lucio Dante observando que la famosa voz se apagaba rápidamente—. Algo insignificante, realmente, una gota de agua, si lo tomas dentro del contexto del mar de maldad del género humano, si lo comparas con la capacidad para el daño de un Auschwitz o Hiroshima.

Lucio Dante se adelantó en la mesa y se sirvió coñac hasta el borde; luego, se reclinó en la silla y empezó a saborear el dulce demasiado dulce.

—En mi experiencia como hombre de teatro —le dijo John Adams—, aprendí desde temprano que una obra de arte —cualquier obra— no agarra al público si no refleja de alguna manera

lo negativo de la sociedad. Es lo que hacías tú con tus trabajos para ese pasquín, *El Centinela:* alimentar el morbo de la gente porque eso es lo que les satisface. La prueba estuvo en los Estados Unidos, en donde inventaron un diario para publicar sólo buenas noticias y quebró en dos semanas. Pero esta preferencia de los seres humanos por la maldad ha sido explotada por todos los grandes creadores, desde Shakespeare hasta García Márquez, sobre todo Shakespeare, cuya eterna actualidad está basada en la eterna maldad.

Y es que presentar el lado negro de las personas, su falta de compasión, vende. Ahora, incluso, las cadenas de televisión están pagando mucho dinero por cualquier video que muestre al ser humano en su momento de mayor crueldad o degradación. Y existe una verdadera fiebre en la comunidad, a medida que hombres, mujeres, niños y niñas salen a la calle, cámara al hombro, en busca del horror.

Así, he presenciado videos con palizas, violaciones y torturas, a veces los mismos protagonistas filmándose, riéndose y jactándose de su callosidad. Mi peor, hasta el momento, tuvo que ver con un pobre diablo a quien cinco maleantes le dieron una golpiza hasta la inconsciencia, mientras el sexto filmaba. Luego, el tipo en el suelo, cada uno orinó sobre él.

¿Habrá algo que redima a gente así? No lo creo. Por eso, no me temblaría la mano si tuviera que fusilarlos, como hicieron con unos violadores y asesinos de una criatura de once meses. ¿Te imaginas? ¿Once meses? Pero he aquí que dos tercios de la población salió a las calles a pedir clemencia para estos monstruos, proponiendo que, en vez de matarlos, se les alimentara y cuidara en una cárcel durante el resto de sus días. Afortunadamente prevaleció el sentido común de las autoridades y a los asesinos se les pasó por las armas en pleno noticiero de las seis.

La televisión nos ha puesto al alcance de la mano y a todo color, toda la inmundicia humana, por lo que ya no hay necesidad ni de cines ni de teatros. Sólo hay que sintonizar las noti-

cias de las seis para vivir el espanto nuestro de cada día, ya sea en la ciudad o en el campo, ya sea en tu propia barriada o en el otro extremo del mundo.

La televisión nos trae al instante las bestialidades de los pederastas de Bélgica o los cuerpos destrozados por los bombazos de los terroristas o el detalle pormenorizado de las acciones de esas mujeres que una noche cualquiera, con el pulso firme y las cabezas serenas, les vuelan el pene a sus maridos y son aclamadas como heroínas por la sociedad, haciéndose millonarias, de paso, con sus contratos para libros y filmaciones.

Con todas estas atracciones por la televisión, ¿quién hoy día quiere salir para ver los problemas de un ser de ficción en un teatro, mero polvo al lado de aquel asesino que no sólo mató a sus víctimas sino que se las comió? Con estas historias de la vida diaria ningún artista, por más imaginación que tenga, puede competir.

¿Quién carajo, te pregunto, quiere dejar hoy la comodidad de su hogar para ir a arriesgar su vida conduciendo su auto hasta una sala de espectáculos, atravesando calles y calles de tránsito peligroso y de pésimo clima, de drogadictos y de borrachos, de prostitutas y chulos y policías corruptos, cuando allí frente a su televisor y con la seguridad de una Uzi, tiene toda la adrenalina que puede necesitar?

Esa es la razón por la cual tú dejaste de escribir literatura: fuiste lo suficientemente inteligente como para darte cuenta de que tus libros valdrían paja frente al grafismo de la televisión. Pero si de veras quieres triunfar, aplica tu propia receta, la de *El Centinela*, que es, en definitiva la receta de los "grandes" novelistas norteamericanos actuales, que, además de un muerto por página, producen libros como guiones, con diálogos y más diálogos que los productores reparten encantados.

Los pasquines como *El Centinela* no hacen más que copiar el método de éxito de la televisión, colocando esas fotos gigantes de pobres diablos destripados, con muy poco texto para no

aburrir a sus “lectores”, o de no, con el aderezo de más morbo en los comentarios, como hacías tú. Ante la televisión nada se puede más que imitarla.

Yo comprendo tu cinismo porque pasaba por lo mismo cada vez que leía manuscritos y los comparaba con las informaciones de la televisión. No hay competencia; las noticias ganan sin esfuerzo porque nos traen el mundo a nuestras salas, con el rojo intenso de la sangre y los mil tonos de la mierda. Y bien pronto, te aseguro, inventarán la televisión con olores, y será un éxito total, porque no nos conformaremos con la sola imagen de los cadáveres sino que ansiaremos aspirar su podredumbre.

Y se equivocan quienes piensen que entonces nos deleitarán con fragancias de Coco Chanel o Paloma Picasso. Nada de eso: en vez, mucho grajo y pescado podrido, que aparentaremos repudiar pero que demandaremos a diario.

Yo continué luchando con el teatro porque era mi vida, lo único para lo cual nací y porque todavía el teatro provee una rendija por donde se respira otro aire que no sea el viciado de la televisión. Además, y aunque su número se reduce cada día, todavía hay pequeños grupos de valientes anacrónicos que buscan el contacto directo del espectáculo en vivo, del artista en la tensión con su público, nada de risas pregrabadas y tomas repetidas.

Por ahí andan, unos pocos todavía que sí toman el riesgo de salir con tal de alejarse de la caja idiota. Pero el hecho de que sean anacrónicos no los hace ni idiotas ni con vocación de suicidas. Y las salas de cine y teatro están condenadas a desaparecer, como los dinosaurios, como los famosos *drive ins* de los cincuenta, por los que nadie derramó una lágrima. El único refugio, entonces, para toda la gente de teatro, estará en la televisión, como venales pero conformes marionetas.

Los libros tendrán un destino similar, lamento decirte: ya han sido suplantados por los videos, y su futuro será una lenta agonía en los polvorientos corredores de las bibliotecas, sus pá-

ginas mutiladas por sus únicos “lectores”, los estudiantes, quienes fotocopiarán cuanto texto les caiga en las manos, contribuyendo como nadie a la agonía del libro y a la muerte por inanición del escritor, quien mirará horrorizado cómo de su obra sólo se ha vendido un ejemplar mientras cientos de estudiantes la exhiben en xerocopias.

El país, mientras tanto, observará impasible cómo todas sus bibliotecas, grandes, pequeñas y medianas alimentan, no la metafórica hambre de saber de miles de sus ciudadanos sino la muy concreta de millones de comejenes.

Algunos libros, los muy pocos afortunados, serán transformados en disquetes y zampados en computadoras. De objetos táctiles, con diseño, papel y tinta, pasarán a ser fríos cilindros plásticos dentro del infinito mundo de una PC. Y tal vez esta enfermedad me ha salvado de vivir lo suficiente como para ser testigo de todo esto.

John Adams dejó de hablar y Lucio Dante se dio cuenta de lo débil que estaba. La voz de ahora se apoyaba cada vez más en el diafragma, en su adiestramiento escénico. Era una sensación extraña, como estar escuchando a John Adams a través de un ventrílocuo que era él mismo.

Lucio Dante se había servido tres copas durante las palabras de John Adams y ahora que extendía la mano para la cuarta, empezó a sentir que había un orden en las cosas, que el universo marchaba como debía y que estaba bien que John Adams se muriera y que los teatros desaparecieran y que los libros se transformaran en ruedecitas plásticas. Había un plan maestro en el universo porque le hacía bien pensar que, apenas saliera de esta casa él, Lucio Dante, estaría con una mujer.

—La humanidad es espantosa —le estaba diciendo esta voz agazapada dentro de John Adams—. Pero de cuando en cuando aparecen destellos de bondad y solidaridad que nos hacen pensar que alguna vez habitamos un mundo distinto de este infierno en que estamos. Porque si la televisión nos trae a esos psicó-

patas con sus barros y espinillas hasta nuestros hogares, también nos conmueve con el relato de aquel niño de ocho años que hoy es un chicharrón completo porque se metió por entre las llamas para salvar a su hermanita dormida en la cuna.

O del tipo que se tiró al agua para rescatar a una anciana de noventa años, manteniéndola sobre su cabeza mientras llegaba ayuda y él se ahogaba, pero ni por el diablo soltaba a la viejecita, quien ni remotamente se enteró de que alguien había muerto por ella porque la señora sufría de Alzheimer. Y es que el niño que se quemó para rescatar a su hermana, así como el joven que se ahogó para salvar a una desconocida, conservan restos de aquella sustancia que alguna vez llenó un mundo diferente.

Yo mismo, para darte un ejemplo cercano, llegué un día a mi apartamento para encontrar a mi vecina con un policía, los dos paralizados frente a la puerta rota, el policía con su revólver en alto, al mejor estilo Hollywood pero sin decidirse a entrar, al tanto que mi vecina temblaba porque estaba segura de que adentro estaba el ladrón todavía.

Sin pensarlo, corrí hacia el interior de la casa, seguido por el policía. Entré a varias recámaras pero no había nadie. Quedaba una, al fondo, y, cuando me iba a lanzar dentro de ella, tomé conciencia de que el policía estaba *detrás* de mí, con su revólver en alto. Entonces, con rabia, le grité que qué carajo le pasaba, que él era el policía, él quien tenía el revólver y que por qué mierda no estaba *delante* de mí, donde debía estar. El tipo entonces se avergonzó y, tanteando, abrió la última puerta. Pero no había nadie, el ladrón había huido hacía rato.

Adonde quiero llegar es que esa chispa de desprendimiento, que ese día me resultó automática y que de haber habido un ladrón en esa casa me habría puesto en la lista de los héroes o de los huevones, ve tú a saber, esa chispa, digo, tan distinta a mi demostración con el obrero accidentado, parece estar latente en cada ser humano, de alguna manera mitigando nuestra propensión al mal.

A su quinta copa, el cuerpo de Lucio Dante le ardía con la necesidad de compañía femenina. Pero pensaba que John Adams estaba apenas calentando motores con esto de la maldad atemperada por la bondad, que mejor lo tomaba suave con el licor porque la noche iba a ser larga. De modo que, saboreando el borde de la copa, oyó a John Adams decirle:

—Todo este preámbulo era sólo para que meditaras en lo siguiente: Si Dios, o quienquiera que está mandando en este paseo, se te acercará y te preguntará si puedes presentarle una acción, una solamente, que te redimiera, te salvara y justificara todos los años que te has pasado contaminado la tierra; aquélla única acción que te brindó la mayor satisfacción porque te hizo sentir como un ángel y no como el depósito de podredumbre que eres. ¿Qué responderías?

Lucio Dante suspendió la copa y buscó en su mente esa acción. Pero sólo le llegaron escenas de su niñez, cuando no sabía que sus padres eran alcohólicos y era feliz e ignorante. Como niño hizo muchas cosas buenas, incluso, algunas francamente estúpidas, como recibir castigos por otros, lo que estaba bien con su padre, que lo sonaba igual. Pero como adulto no recordaba nada, absolutamente nada que lo redimiera al punto de merecer el sitio que ocupaba aquí y ahora. Al menos que valiera aquella vez que... no.

Lucio Dante saboreó el dulce demasiado dulce y esperó la revelación de John Adams, el acto que podría ser un contrapeso a aquél cuando interrumpió una vida.

—Así como no tuve reparos en contar esa experiencia irredimible en aquel hotelito de mala muerte —dijo John Adams—, espero tengas la paciencia de escucharme en una faceta contraria, aunque, como no me canso de repetir, la bondad es insípida e incolora. Y, como todo lo importante en mi vida, hubo una mujer de por medio.

Se llamaba Marlena y se había decidido por el teatro cuando sus profesores de ballet le informaron que sus piernas demasia-

das largas eran un impedimento para la danza, ya que le daban una apariencia de garza en zancos. Pero esas mismas piernas resultaron excelentes para la actuación, porque le brindaban un dominio escénico por más pequeño que fuera el papel. Esta presencia suya era motivo de fricciones constantes con los demás actores, quienes la acusaban de robar escena cuando, hiciera lo que hiciere, Marlena descollaba.

Marlena tenía una sombra: un novio llamado Beto que se presentaba al teatro de improviso, jadeando y empujando puertas y escenografias, para ver si sorprendía algo sospechoso en su conducta. Era un verdadero Otelo, el tipo, físicamente y en actitud. Porque era muy moreno allí donde Marlena era blanca hasta la transparencia. Pero, mucho más bajo en estatura que ella, se adivinaba su aporte a la relación, porque su concentrado cuerpo estaba hecho como un cubo, o mejor, como un tanque, en contraste con la etérea Marlena.

Beto era el sostén de Marlena, al correrla sus padres por su determinación de seguir la vida de las tablas. Para los padres de Marlena sólo los degenerados se dedican a estas actividades, y si bien habían pagado sus lecciones de ballet, no había sido con el propósito de que hiciera una carrera de eso sino para que aprendiera "pose", para que caminara como "niña bien" y para que "moldeara" su figura. El problema fue que Marlena se tomó en serio sus clases de danza y se veía como otra Margot Fonteyn o Alicia Alonso.

Pero cuando sus piernas empezaron a estirarse, sus maestros decidieron que hasta allí llegaba su instrucción y le aconsejaron retirarse. Entonces Marlena se decidió por el teatro, mandó a sus padres al carajo y empezó a vivir con Beto.

Yo me enteré tarde de lo que era un secreto a voces en la compañía, esto es, que Beto no sólo llevaba sus celos a sus irrupciones en el escenario, sino que, en la privacidad de su casa, molía a Marlena con puños y patadas, mientras le recordaba la mirada insinuante de fulano o la sonrisa lasciva de mengano. Y

por más que Marlena protestara, Beto descargaba su cuota de golpes que la muy pálida Marlena disimulaba con generosas aplicaciones de cremas.

Un día, cuando ensayábamos *Medea*, yo le daba instrucciones a Marlena sobre cómo proyectarse en escena. Tenía una mano en su cintura y con la otra le levantaba la barbilla. De repente sentimos un estruendo. Todos miramos para ver si se había desprendido un andamio o cosa parecida pero no: Beto había hecho su entrada, con pasos medidos y brazos arqueados. Había tirado al piso una escalera y varias columnas de cartón. Y allí estaban, rotas e inservibles, toda una semana de trabajo perdida, mientras Beto, la vista en mí y en Marlena, avanzaba y gritaba: "¡Ajá, así los quería agarrar, los pillé, los pillé!"

Ni qué decirte de mi confusión. Estaba furioso por la escenografia y necesitaba que Beto pagara su salvajismo. Pero, por otra parte, estaba consciente de que ante mí tenía una fuerza de naturaleza, el individuo más poderoso que había encontrado en mi vida y que, al acercarse, me llenaba de pánico, porque hacia mí venía nada menos que King Kong, y en los próximos segundos me iba a destrozar. Entonces se me ocurrió intentar alguna suerte de sicología con Beto, hablarle para ver si se calmaba y llegábamos a algún acuerdo. Pero no habría de ser.

Porque cuando Marlena se interpuso entre Beto y yo, recibió el primer trompón que le partió el labio. Luego, Beto se me vino encima con toda la determinación de esos músculos y ese pecho cuadrado. Y al acortarme distancia y con la inclinación del escenario, di un paso atrás y caí.

El tipo, entonces, se colocó encima de mí y levantó el brazo derecho. En ese momento me di cuenta de que había evacuado el vientre y mi vergüenza fue superior a mi miedo, porque cuando Beto me medía con ese puño que me dejaría sin dientes, yo lo jalé por la camisa y le hice perder el equilibrio. Entonces, él de lado y yo libre, sentí, simultáneamente al olor de la mierda, la justicia de mi rabia.

Y fue así cómo, casi riéndome, le propiné una serie de trompadas hasta cuando los actores me jalaron, gritándome: "—¡Basta, basta, lo vas a matar!". Beto sangraba como un cerdo y yo quería seguir pegando, pero mi propia pestilencia me hizo reaccionar y correr al baño.

Cuando salí, Marlena estaba en el escenario, esperándome para agradecerme y tratando de contener la sangre del labio. Algunos compañeros recogían cosas y me miraban como si me acabaran de conocer. Yo sólo quería llegar a casa, bañarme y tomarme unos tragos. Y cuando le dije que de nada, Marlena empezó un llanto suave.

—¿Qué ocurre? —le pregunté.

—Nada, —me dijo.

Entonces me di cuenta de que Marlena había tomado la decisión de no regresar con Beto, lo que la dejaba sin ningún lugar donde ir. Eran las siete de la noche y, por encima de mi buen juicio, me oí preguntarle si quería venir conmigo.

En casa, me di un baño largo y me examiné al espejo. Y, ¿te digo algo? Me gustó lo que vi. Porque había reaccionado y había castigado al forajido ese. Me sentía bien, y con ese reconocimiento empezó mi tobogán de bondad que, aunque lejos de sospecharlo en ese momento, llegaría a su máxima expresión con Marlena. Porque cuando salí y la vi, la boca hinchada y en sus ropas de ensayo, le pedí que se diera un baño mientras yo preparaba algo de comer.

John Adams hizo una pausa, se mojó los labios con el borde de la copa y Lucio Dante pensó en Mercedes Kampa.

—¿Dónde está la bondad?, te preguntarás —continuó John Adams—. He aquí una chica atractiva que la deja un novio sádico y aparezco yo de héroe. El escenario ideal si no fuera falso. Porque cuando Marlena empezó a vivir conmigo yo empecé a tener serias dudas de mi cordura. Y a pesar de que ella me decía que se iría donde tal o cual amiga, la idea de verla recogida me era intolerable. Yo no tenía compromisos, es decir, nada que no

pudiera manejar, de donde su estadía en mi casa no era problema. No en ese sentido.

El asunto estaba en mí, en que a mí no me gustaba Marlena. Y cada vez que hacíamos el amor yo comprendía su incompetencia al ballet, porque Marlena tenía la capacidad de desconectarme con unos movimientos torpes de sus piernas largas que me mandaban a recordar monólogos enteros de *La vida es sueño,* con la consecuente pérdida de interés. Y cuando la veía en la cama, mirando el cielo raso, trataba de acariciarla sólo para desconectarme con el tacto de su piel helada.

Yo le compré ropa y cosméticos y trabajó en varias de mis obras. Y durante todo ese tiempo Marlena se comportaba como si yo la poseyera, como si el haberla liberado de Beto la obligara conmigo. Y limpiaba y lavaba y fregaba y cocinaba, y cuando le insistía que eso no era necesario, me rogaba que la dejara, porque —decía— los oficios domésticos son la mejor manera de mantenerse en forma.

Pero me pesaba Marlena. Yo no tenía el menor deseo de volver a vivir con una mujer y ahora tenía una permanentemente conmigo, en casa y en el trabajo, en presencia y cortedad. Porque Marlena no demostraba mucha profundidad, y fuera de su pinta, aparte de su maravillosa presencia escénica, su mente era la de una niña, una repetidora de parlamentos que al principio te sacaba el aliento con su estampa pero que, al final, te dejaba un vacío. En esas condiciones Marlena empezó a parecérseme cada vez menos a una amante para semejarse a una hija que yo debía proteger.

Y un día decidí no hacer más el amor con ella.

Pero Marlena, al notar mi distanciamiento, intentó con un fervor que lo único que hizo fue resaltar su torpeza. Porque en su entusiasmo, descordinaba aún más, hasta cuando tenía que decirle que suspendiera porque estaba resultando patética.

Entonces ocurrió.

Un día cuando yo estaba sentado a la mesa, leyendo no sé

qué guión, Marlena salió del baño gritando. Tenía una toalla blanca encima y me miraba en pánico. Luego, se sentó a la cama, abrió las piernas y me dio una vista espectacular de su femineidad. Al principio pensé que era otro invento suyo para llamar mi atención, pero cuando seguía con su rostro de terror, piernas y vagina al descubierto, la indagué con los ojos hasta cuando vi un chorro de sangre bañar la cama.

Con todo tipo de *flashbacks* pasándome por la mente, corrí hacia ella y traté de calmarla, diciéndole que de seguro era alguna menstruación alocada o, cuando más, algún aborto natural, esas cosas pasan, yo debería saber. Marlene se tranquilizó pero al día siguiente fuimos al médico.

Tenía cáncer.

Lucio Dante no está borracho pero está cruzando la línea del buen recuerdo. Sabe que de ahora en adelante todo lo que diga John Adams puede perderse en su memoria o transformarse en otra cosa. Por ello, cuidadosamente, pone la copa en la mesa.

—Mi primera reacción fue la de empacarla y mandársela a sus padres. No es justo, me dije. Yo no debía asumir esta responsabilidad y nadie mejor que ellos para hacerle frente a la enfermedad de su hija.

Pero al día siguiente, cuando el médico empezó a detallar el plan de acción en estos casos, cuando la vi prestar atención con un interés conmovedor, su mano en la mía y caliente por primera vez, sentí por Marlena lo que no había experimentado desde María, una oleada de afecto que amenazó con bañarme los ojos.

Y mientras el médico hablaba de quimioterapias y radiaciones y cirugías, Marlena bajaba y subía la cabeza, asintiendo, aceptando cualquier sacrificio con tal de sanar, llámese náuseas o vómitos o pérdida de cabello.

Y cuando volvimos a casa, cuando nos sentamos a la mesa, sus piernas largas tocando las mías, cuando la vi colocar las manos en el regazo, serena, supe que nada ni nadie la sacaría de

mi casa y de mis cuidados, a ésta, mi mujer.

Fue así cómo me convertí en su enfermero y cocinero y chofer. La llevaba a las sesiones de quimioterapia y le agarraba las manos al volver. Le limpiaba los vómitos y la bañaba cuando no podía levantarse de la cama. A veces se sentía tan mal que, mucho antes de llegar al servicio, aliviaba la vejiga y el vientre. Entonces, le secaba las lágrimas y mojaba una toalla y la limpiaba, hablándole, acariciándola, sobándola hasta cuando el malestar cedía y en sus ojos aparecía el brillo de la mujer amada, para traerla a la cama y besarle el cuello y los labios y la cabeza calva.

Y cuando la operaron, cuando le sacaron todo, pedí dinero prestado a diestro y siniestro, empeñando mi carrera hasta el año tres mil. Y nunca como entonces supe lo que era la felicidad, cuando le cocinaba, cuando la bañaba y cambiaba, cuando estaba atento a la más mínima variación de su sueño.

Lucio Dante había pasado a sobrio. Por eso, se adelantó en la mesa y volvió a llenar la copa.

—Marlena se había puesto en mis manos y había despertado esa chispa de la cual te hablo y que sólo tiene un nombre: AMOR. Y aunque te parezca una conclusión simplista, a un cínico como tú, te confieso que estoy orgulloso de aceptar esta revelación que los poetas y boleristas nos han venido repitiendo desde que el mundo es mundo: Que es el AMOR la sustancia que conservamos de ese otro planeta diferente del cual venimos, y que es el AMOR lo único que nos redime y justifica aquí en la tierra.

Lucio Dante sintió entonces su sobriedad como un cable eléctrico por los testículos.

—Marlena sanó del todo —le decía John Adams—. La operación y los tratamientos eliminaron el cáncer y a la fecha está limpia. Vive con sus padres, porque un día, cuando volvimos del hospital, luego de que el médico le garantizó que estaba más sana que un pez, me sentó a la mesa, sus piernas largas

tocándome, me agarró las manos y me anunció que se iba.

Y cuando intenté protestar, Marlena me miró desde el fondo de los ojos más inteligentes que he visto en mi vida y, sonriéndome, me dijo “no” con la cabeza.

Lucio Dante sigue con su claridad mental. Baja las escaleras de John Adams y se ve meter las llaves en el auto. No tiene dudas de que va hacia la zona roja. Pero, una vez allí, empieza a dar vueltas y más vueltas en el auto, observando a sus amigas como si fueran seres de otra galaxia. Ve a los travestíes, también, pegados a las mujeres como lapas, tratando de confundirse con ellas y delatándose en que, mientras ellas observan cada auto con sospecha, ellos se les tiran encima.

A su décima vuelta, las mujeres le gritan obscenidades y los travestíes le hacen la señal con el dedo. Entonces, Lucio Dante se va a su casa.

Una vez allí, se quita el saco, la corbata, la camisa y el pantalón. Luego los calzoncillos, los zapatos y los calcetines. Desnudo, va a la alacena, saca una botella y un vaso y se sienta al escritorio.

El ron es un contraste con el dulce demasiado dulce del licor de John Adams. Es un ron local, áspero y grosero y mañana le estallarán las sienes. Lucio Dante se dice que al final del vaso lo espera su pesadilla.

Pero Lucio Dante se sirve trago tras trago y el licor sólo aumenta su claridad mental. Entonces, se levanta del escritorio, va a la ventana y se llena los pulmones de aire, mira la calle desierta y siente cómo el cerebro se le expande con los mil detalles de la noche: el farol con sus insectos, el semáforo con sus guiños, los autos que rugen por la calle y de cuando en cuando un grito.

A las seis de la mañana, Lucio Dante tiene que apartarse de la ventana porque está desnudo y la ciudad empieza a despertar. Sigue totalmente sobrio, totalmente claro y la botella ha llegado al final. Tampoco tiene hambre. Su mente es lo único que cuenta y lo está privando de toda intromisión de su cuerpo.

Lucio Dante va a la cama, se agacha y saca un paquete amarrado con soga. La quita y, al abrir el bulto, empiezan aparecer páginas, tan manchadas de orines y excremento de insectos, tan polvorientas y comidas por la polilla que las tira con asco sobre el escritorio. Entonces, se sienta y empieza a ordenarlas.

Al rato busca otra botella, bebe, pasa y repasa páginas y en ocasiones sonríe. Luego, se dice que ha revisado suficiente y que intentará dormir, por lo menos poner la cabeza en la almohada y esperar la pesadilla.

Pero cuando se levanta del escritorio, Lucio Dante se queda mirando el montoncito que ha formado su ropa en el piso. El saco, la camisa y los pantalones están tan tiesos que parecen hechos de cartón. Están rígidos, allí en el suelo, sosteniéndose en su grasa, en su hollín y en su sudor. Y Lucio Dante se dice que su ropa en el centro del cuarto es una escultura, una apta simbología para describir su vida.

Entonces va a la cocina y encuentra una bolsa, mete sus ropas allí y las tira a la basura. Luego entra al baño.

Los azulejos están resecos. Las hormigas, arañas y cucarachas caminan por el baño con autoridad. Y cuando Lucio Dante abre la regadera, la sorpresa es general: hay una estampida cuando la fuerza del agua aporrea hormigas, arañas y cucarachas y arrastra huevos de insectos.

El insulto mayor ocurre cuando Lucio Dante se coloca debajo del agua y empieza a enjabonarse, inundando el baño con millones de burbujas y el insufrible olor a lavanda. Lucio Dante se restriega con todas sus fuerzas y remueve un sucio que cae derrotado en pegotes, revelando una piel asombrada que rápi-

damente se protege con sangre, dándole a Lucio Dante una apariencia de salud como jamás exhibió.

Al terminar, Lucio Dante se seca vigorosamente y se da la cepillada de dientes más prolongada de su vida.

A las diez de la mañana, la oficinista Mercedes Kampa recibe un mensaje. La buscan en la recepción y, cuando sale, su famosa sonrisa se congela ante el espectáculo de Lucio Dante, vestido de limpio y chorreando agua por el pelo.

El Gerente Administrativo de *El Centinela* tiene la renuncia de su editor sobre su escritorio. Pero ni de a vaina irá a su oficina para solicitarle deje de empacar sus cosas. Panchito está convencido de que Salvador Rubio es el causante de la separación de su columnista principal y está cabreado por la baja en la circulación del periódico. Y es que uno no jode con el BMW de Panchito. Uno no jode con su yate y el capital que empezó a gastar en el lanzamiento de su campaña política. Que se vaya a enseñar, pues, el cabrón de Salvador Rubio, que vuelva a su salario de hambre y a lidiar con chiquillos malcriados.

Hoy, el Gerente Administrativo tomó la decisión de invitar a Lucio Dante a cenar. Hoy, le va a proponer tripicarle el salario y darle la buena nueva de que Salvador Rubio no está más con *El Centinela.*

Y cuando lo hace, cuando llama a Lucio Dante y le da la dirección de un restaurante, sin importar que todas las miradas condenarán la presencia de este señor hediondo a ajos sancochados y sudor cristalizado, Panchito se dice que eso está bien, que eso está calculado para que todos vean el espíritu democrático del futuro legislador y para que Lucio Dante sienta su apreciación y vuelva de una buena vez al maldito periódico.

Pero el Lucio Dante que cruza el umbral del restaurante le hace abrir la boca al Gerente Administrativo, con sus ropas modestas pero limpias, con la combinación más sensata y con su piel brillante y cabello engominado.

Al sentarse, cuando Lucio Dante le informa al Gerente Administrativo que no tiene hambre pero que le acepta un ron, Panchito tiene un momento de confusión: y es que se ha dado cuenta de que Lucio Dante ha dejado de oler a ajos sancochados y a sudor cristalizado. Que ahora huele a lavanda. Y por un instante duda si este olor le molesta más que los otros.

Pero, de buen humor, Panchito ordena el ron para Lucio Dante y le dice que así le gusta, que lo importante entre los hombres es ir siempre al grano.

Lucio Dante no sabe cuántas botellas lleva adentro pero continúa con su claridad mental a pesar de no haber dormido. Y mientras paladea el licor, está pensando que él no tiene que ser enemigo de nadie, ni de Panchito ni de Salvador Rubio, que por eso aceptó la invitación del Gerente Administrativo, para dejar constancia de su agradecimiento por el respaldo que le brindaron durante su período en *El Centinela.*

Pero el Gerente Administrativo está hablando del salario triplicado de Lucio Dante si regresa al periódico, y, lo mejor de todo, sin la presencia de Salvador Rubio, quien renunció para volver a enseñar, con lo cual Panchito ríe y le toca el brazo en complicidad a Lucio Dante. Entonces, Panchito se reclina en la silla y espera satisfecho, en preparación de lo que no puede ser más que la aceptación de otro empleado servil.

Pero el Gerente Administrativo no está preparado ni para la entonación ni el contenido de las palabras de Lucio Dante. Porque, saboreando y mirando su vaso de ron, como si toda la verdad viniera desde el fondo de su trago, Lucio Dante empieza por decirle al Gerente Administrativo de *El Centinela* que, ni aunque le pagaran un millón de dólares, volvería a escribir la porquería que escribía en esa porquería de periódico. Que su columna, así como sus reportajes y todo El *Centinela* en general, eran mierda de principio a fin y que él, Panchito, como Gerente Administrativo, haría bien en pedirle a Salvador Rubio que volviera al periódico porque estaban hechos el uno para el otro.

Lucio Dante había expresado lo anterior como un simple hecho, sin ninguna variación en el tono, concentrado en el vaso, en el ron blanco y los cubos de hielo y pensando que no le caería mal otro trago.

Por ello, no se dio cuenta de que toda la sangre se le había subido a la cabeza a Panchito y que las sienes le palpitaban violentamente. Panchito buscaba las palabras con que contestarle a Lucio Dante pero ninguna le salía, se ahogaba con ellas y sobre todo con una que parecía atravesada en su garganta, una que el Gerente Administrativo necesitaba sacar pero que se le atoraba: Era la palabra "¡escatófago!", que se le había enredado en el gaznate con su mezcla de vocales y consonantes y ese maldito esdrújulo que le bloqueaba la respiración. Panchito quería unir esta palabra con la frase "tu madre", para espetársela a Lucio Dante, pero en su esfuerzo le sobrevino un ataque de tos, tan violento que trató de escupir las palabras a como diera lugar, con lo que se ahogó aun más. Y, en su desesperación, sólo logró extender un brazo hacia Lucio Dante y tumbarle el ron. Entonces, Panchito allí, doblado sobre la mesa, rojo y echando espuma por la boca, Lucio Dante se levantó y se fue.

Lucio Dante está nuevamente en el elevador del hospital. Y mientras sube al piso catorce, esta vez sin Salvador Rubio y su esposa, lleva el manuscrito del libro de John Adams bajo el brazo. Ha pasado una semana desde la última vez que vio a Adams y durante ese tiempo ha escrito sin parar. Y cuando una voz de mujer lo llamó y le dijo que habían internado a John, Lucio Dante redobló sus esfuerzos.

Se sentía bien, bien con el lugar común del deber cumplido. Era el primer trabajo que le presentaba a alguien con el orgullo del escolar aplicado. Y, con el manuscrito terminado, se sentía importante, portador de una mercancía valiosa que, además, había hecho él. Y ese sentimiento nuevo, el de haber concluido algo, no lo cambiaba por ningún otro, esa sensación de plenitud que tanto envidiaba en los creadores, fueran estos campesinos, artistas o científicos.

Ahora no envidiaba a nadie, porque también él había producido algo, y un libro, nada menos. Él, que jamás había terminado nada, se felicitaba por llevarle a un moribundo la evidencia concreta de su paso por la tierra, de que algo de él permanecería para trascenderlo.

Subiendo, Lucio Dante recordó las palabras de John Adams cuando se preguntó si el propósito de la breve vida de su esposa, María, habría sido tan sólo el de lograr que se librara de sus complejos. Ahora, Lucio Dante se hace la misma pregunta con relación al propio John Adams, y se dice que tal vez ése es el

sentido de la existencia en general, no importa cuán corta o absurda: influir sobre un otro para mantener una cadena que, aunque incomprensible, es permanente, como la bola de billar condenada a pegar en cualquier sitio pero que no se puede detener porque significaría el fin de la partida.

Lucio Dante se dijo que, si bien la idea era atractiva, no era asunto de conducirla a los extremos, porque él seguía siendo Lucio Dante, el borracho, aunque llevara una semana bañándose y cambiándose de ropa y aunque Mercedes Kampa le hubiera prometido una cena "uno estos días".

Cuando salió en el piso catorce, Lucio Dante fue directamente a la sala de John Adams. Al entrar, le llamó la atención la cantidad de personas alrededor de la cama, destacándose una muchacha muy alta y muy blanca parecida a una garza sobre zancos que trataba de ordenar el caos de las visitas de John Adams. La muchacha, cuando lo vio, dejó el grupo y fue a él.

—Mi nombre es Gloria —le dijo—, y usted debe ser el famoso Lucio Dante. John casi no puede hablar pero me insistió que quería estar a solas con usted.

Lucio Dante apretó su manuscrito bajo el brazo y caminó hacia la cama de John Adams. Una vez allí, Gloria le pidió silencio al grupo y anunció que John quería unas palabras a solas con el señor Dante.

Eran como diez o doce personas de distintas edades que, sin dejar de hablar, se apartaron de la cama, dándole a Lucio Dante la impresión de que no era tanto John Adams quien los había congregado sino la oportunidad de reencontrarse viejos amigos, y que su bulla era la evidencia de su felicidad, una manifestación de alivio por estar sanos y no moribundos como John Adams, algo que, como bien sabía Lucio Dante, el propio John Adams sería el primero en aceptar.

Gloria también se retiró de la cama y Lucio Dante trató de disimular el impacto que le causaba John Adams, respirando con dificultad, lleno de tubos por la nariz y los brazos. La sába-

na cubría su esqueleto y su gran cabeza era lo único que quedaba del arrogante actor.

John Adams le pidió con los ojos que se sentara. Lucio Dante acercó una silla y, como la vez cuando los vio Salvador Rubio, colocó una oreja cerca de la boca de John Adams, pero ahora recibiendo en toda su fuerza la pestilencia de su aliento.

—¿La viste? —le preguntó John Adams, su voz casi inaudible, un milímetro de sonrisa en los labios.

—Sí —le dijo Lucio Dante—, te felicito.

—Es el mejor disuasivo para cualquier revólver 22 —dijo John Adams, dificultosamente—. Como lo fue el trabajar contigo, Lucio.

—A propósito —dijo Lucio Dante—, aquí está el libro. Misión cumplida.

John Adams los ojos, le señaló a Lucio Dante un sobre en la mesa. Lucio Dante entendió que se trataba del resto del dinero y lo tomó.

—Pero no conoces el libro —dijo entonces Lucio Dante, guardándose el sobre en el saco y tratando de motivar alguna expresión de optimismo—. Tienes que leerlo.

—Buen truco, Lucio —le dijo John Adams—. Y cuando elevó el pecho para realizar su último intento de comunicación, Lucio Dante pegó el oído a los labios del moribundo.

Sólo que, tal vez por el escándalo de las visitas, o tal vez por el rumor que salía del cuerpo de John Adams, Lucio Dante no entendió. Le pareció haber oído “quémalo”, pero también pudo haber sido “déjalo”, y hasta “bellaco”.

Pero, cuando le iba a pedir que repitiera, Lucio Dante vio cómo John Adams miraba por encima de su cabeza, hacia Gloria, que corría en zancadas hacia la cama.

Entonces, dando una última mirada a los ojos muertos de John Adams, Lucio Dante apretó su manuscrito y se fue.

Rafael Ruiloba

Manosanta

Capítulo 1

El padre Nicolás Buenaventura, se vio expulsado del sueño con un grito estridente. Había tenido una noche angustiosa, debido a una pesadilla que le dejó un acceso emocional y le indujo un indicio de autocompasión. Despertó estragado, turbio, asombrado, en trance; casi prisionero de una mazmorra de neurosis. Después de un período de silencioso aturdimiento, se puso la sotana, el alzacuello y el birrete como una coraza contra sí mismo. Salió de la casa parroquial; acechó la oscuridad con ojos palpitantes y respiró profundamente el aroma de un seto de mirtos, con la esperanza de que le disipasen la angustia y lo sacasen de esa envarada atmósfera. La sensación perturbadora persistía. Dudó de sí mismo, pero dudar de sí mismo era un lujo que ya no podría permitirse. Miró a lo lejos los últimos estertores del resplandor de un incendio. Un encaje flamígero con matices rojo-amarillo escuchó los últimos gritos vulgares y ominosos de la confusión monumental que había asolado la parroquia. Eran acaso la premonición de una catástrofe mayor. Sintió los ardores de las mordidas que tenía en el vientre y en el muslo ¡Santo Cielo! musitó como si fuera una plegaria. De pronto pensó que estaba viviendo en un mundo sombrío y amoral, donde la capacidad para imaginar lo peor, la falta de escrúpulos y los despropósitos eran tan comunes, que apenas se les prestaba atención. La interpretación de los hechos lo golpeó con la fuerza de un torbellino. El remolino de la realidad generaba posibilidades

terribles. Pareció perplejo un par de minutos. Necesitaba coraje para llegar al final de la trama. Una vaga sonrisa, más perturbadora que una mirada amenazante, le da un aire extraño como si estuviera en un estado disociativo. Un hormigueo le sube por la espalda. Vuelve a respirar el aire fresco de la noche y escucha las rápidas palpitaciones de su corazón. Presa de una genuina ansiedad, como si perdiera la última pizca de cordura y se adentrara en la demencia, el padre Nicolás Buenaventura buscó una pala y alucinado empezó a cavar en el patio de la casa parroquial.

Capítulo 2

Había llegado a la parroquia de San Pablo Viejo desde España donde fungió como coadjutor del Padre Tomás de Celano en una pequeña aldea de las Islas Canarias. Allí estuvo 10 años en medio de enhebradoras, tejedores, pescadores, zapateros, tapiceros, orfebres, marineros, mercaderes y otros artesanos, cuyas almas eran atacadas por los agobios del tiempo o por los subterfugios de una vida conmovida por el compungimiento y la religiosidad.

El padre Celano era amable, inteligente y estaba entrenado como exorcista. Por muchos años lo había eximido de las tareas parroquiales y le había dado libros y ensayos sobre la existencia de Dios o que condenaban el desatino intelectual del ateísmo. Lo obligó a estudiar además del griego y el latín, el arameo y el copto, que eran idiomas bíblicos. Consideraba que todo sacerdote debe ser uno de **los parabolanoi**, los cuales, según Cicerón, eran afligidos menesterosos que veneraban el saber y andaban en busca de la verdad.

Celano, además de difundir el temor y la culpa entre los pobres, escribía opúsculos de teología con el objeto de enfrentarse con el enemigo número uno de la humanidad: la muerte. Un día le dejó leer una historia donde el Ángel de la Guarda de Jesucristo, poco antes de morir, le indujo a soñar que estaba casado con su amiga de infancia María de Magdala, con la que tenía hijos y llevaba una vida familiar. El ángel compasivo, con el

objeto de mitigar el indecible sufrimiento de la crucifixión, lo transporta hasta la mujer amada. Allí le revela que nadie puede encontrar a Dios solo, tienen que ser entre dos: hombre y mujer. Se reconcilian en el ensueño y Cristo muere crucificado en la realidad. En otra de sus opúsculos el padre Celano insinuaba que el objeto de la teología no era una interpretación de la realidad, sino la justificación de una ideología salvítica que se considera revelada por Dios y cuyos principios deben ser intelectualmente superpuestos a la realidad e impuestos por la fuerza de un moralismo voluntarista. Le insistía en que lo único que deseaba el ser humano era ser completamente feliz. Por lo que no había de contraponer al Dios de la Creación con el Dios de la Redención, a menos que uno fuera Obispo o siguiera las enseñanzas de Marción. He comprobado -decía apesadumbrado- la verosimilítud de la sombría advertencia que el filósofo romano Celso le hizo a los cristianos hacia el 180 D. C. Afirmaba que si los cristianos se convertían en una religión de masas serían exactamente como los demás: Ni mejores, ni peores. Sólo si se mantenían como una secta podían hacer gala de una elevada moralidad. Por eso el verdadero cristianismo sobrevivió en las comunidades eremíticas establecidas en las regiones semidesiertas de Egipto y Siria. ¿Acaso el verdadero cristianismo se encuentra en la doctrina de los coptos fundados por el evangelista Marcos?, se preguntaba Celano casi afirmando. Sin embargo, la frase que más le gustaba decir al final de la misa era **Id que los caminos de Dios son múltiples, secretos e inverosímiles.**

Nicolás Buenaventura era un lego en teología, pero comprendió que el padre Celano había sido tocado por la muerte. Sus historias y opúsculos, a pesar de tener un vago olor a escándalo, representaban la angustia existencial de todo ser que siente su finitud. Antes de morir, Tomás de Celano le confesó su mayor preocupación intelectual: tenía la sospecha, mejor dicho la certidumbre de que existía un quinto evangelio de donde se inspiraron los cuatro conocidos. Nicolás se quedó perplejo y

Celano le preguntó qué pasaría si este Evangelio no corroboraba la actual doctrina de la Santa Madre Iglesia Apostólica Católica y Romana. Luego afirmó que este era un problema teológico que se resolvería en su momento. El problema real por ahora está en los actuales evangelios. Se quedó pensativo. ¿Qué falta en ellos?, preguntó Celano de pronto. Nada, le contestó Nicolás con respeto y temor. En ellos están los ejes de la doctrina de la Santa Madre Iglesia. Celano inició un interrogatorio socrático y Nicolás supo que en algo se había equivocado.

¿Cuál es la divisa de los jesuitas? **OMNIA AD MEIORE GLORIAM**. Para mayor Gloria de Dios... y no de la Iglesia precisó Celano con energía, casi asustando a su coadjutor, quien comprendió que la historia enseña que a un jesuita se le debe tratar con desconfianza. Hubo una pausa. Celano miró a los ojos de Nicolás para ver si tenía las cejas levantadas, lo cual era un indicio de que desaprobaba su afirmación. No encontró nada inquietante.

—Ninguno de los evangelistas conoció a Jesús —continuó el anciano bondadoso de pelo blanco, y manos temblorosas—. Sólo querían ayudar a la difusión de la fe. Marcos escribió pensando en lo que tenía *que decir para persuadir a los Romanos. Mateo intentaba convencer a sus amigos judíos de que Jesús representaba la antigua alianza hebrea. Lucas se basó en el Evangelio de San Marcos, se dirigió a las élites cultas con poder y se dedicó a dilucidar cuestiones filosóficas como los límites de la fe y su vinculación con el Santo. Este es el evangelista preferido de los Papas. Tenemos finalmente el Evangelio de San Juan, totalmente distinto a los otros. Está basado en las propias manifestaciones de nuestro señor Jesucristo.*

Nicolás iba a decir algo, pero el padre Celano le indicó silencio con el dedo.

—Este Evangelio tan inusitado mete en problemas al dogma de la Iglesia, no sólo por lo de la virginidad misteriosa de la virgen María, sino porque presupone la existencia de un quinto

Evangelio. Todos los evangelios tienen una lógica: son complementarios, sin embargo todos presuponen, en su conjunto, la existencia de otro; los tres primeros por lo que no dicen y el de San Juan porque traza una sinopsis de los cuatro evangelios. Un texto presupone a los otros. A esto se le llama la prueba de Aristóxenos. Este era un discípulo de Aristóteles que escribió 453 libros, los cuales se conocen sólo porque están diseminados dentro de otros por medio de citas, alusiones, contrastes, diálogos, paseos inferenciales, paradojas, plagios... El padre Celano se detuvo para tomar aire, luego continuó más pausado.

—En el discurso de los evangelios falta algo, que debe estar implícito en el quinto, ¿No sabes lo que le falta? —le preguntó Celano a su ayudante, dándole permiso para responder.

—Falta Jesucristo —contestó Nicolás.

—¡Exacto! —Con la expresión Celano celebró el entrenamiento intelectual que le había dado al padre.

—Falta la descripción física, el carácter sicológico y sobre todo los ejemplos morales de primera mano dirigidos a todos los hombres. Los evangelistas interpretan y dirigen sus discursos en función de la persuasión específica para pueblos y culturas. Saben que lo que falta está en el quinto Evangelio. El cual es en realidad....

—El primero —dijo Nicolás completando la frase de Celano, Creo que cuando se descubra este primer Evangelio, sabremos con seguridad los verdaderos misterios de nuestra fe.

—**In Nomine Domini,** calle usted eminencia —dijo Nicolás Buenaventura temeroso.

—Una última pregunta —le suplicó Celano ¿Cuál de los evangelistas pudo conocer este protoevangelio?

—San Marcos —volvió a responder Nicolás—. Bien —exclamó Celano antes de volver a preguntar—: ¿Y cómo ocultó Marcos su saber?

Nicolás se quedó pensando y dijo no saberla respuesta. Entonces el padre Celano reinició su juego mayéutico.

—¿Cómo ocultó Aristóxenos sus 453 libros?

—Dentro de la tradición —respondió el padre.

—¿Por qué entonces el evangelista Marcos fundó la orden de los coptos en Egipto y Siria, donde representan cómo católicos una minoría religiosa?

—Para esconderla y no llamarla atención —Celano asintió, pero se quedó pensativo—. Y luego añadió: quizás para alejarse del poder de los Papas. Tal vez exista otro motivo más interesante para ocultarse. Los fundadores de los coptos eran personas muy inteligentes y se dedicaban a escribir o guardar documentos que le podían comunicar algo a la humanidad en la posteridad, tal como debía ser el discurso del primer Evangelio. También es una forma de regresar a los orígenes del cristianismo cuya fuente está en Egipto en la religión de Osiris, que fue el único dios del panteón egipcio que murió y resucitó. Ocultarse en las antiguas tierras de los faraones debe ser una de las paradojas de los copto. Tal vez así salvaban su fe de la romanización católica. Es posible que todavía existan algunas copias de... Nicolás iba a decir algo, pero guardó silencio al ver que Tomás de Celano roncaba despatarrado sobre la silla.

Capítulo 3

El párroco no se despertó. Murió calladamente mientras dormía, soñando acaso con el lugar donde los dioses escondieron la verdad. Nicolás rechazó el rentable privilegio del exorcismo, que a pesar del infatigable respeto que le merecía el padre Celano, no quería extraviarse en retruécanos metafísicos. Nombraron a un nuevo sacerdote y él solicitó su propia parroquia. Le dijo al Obispo que deseaba significar el **Misteryum Inquietatis** que se opera mediante la sangre de Cristo, que derramó para salvar a la Humanidad. Esto estaba representado en la misa. Él quería escuchar en el dolor humano y en la necesidad del prójimo, la voz de un Dios, que no es Dios de los muertos, sino un Dios de los vivos (Mc 12,27). Además quería decir misa, ya que el símbolo específico de la ordenación del sacerdote es la entrega del cáliz, lo que implica el encargo de oficiar reiterando el sacrificio simbólico de Cristo.

Apesadumbrado por un decenio de tareas intelectuales sólo quería ser él, controlar su vida, encontrar el valor de su existencia como compañero de todos en un mismo camino de salvación. Quería ser párroco. Decir misa los domingos, presidir un entierro, buscar ovejas descarriadas, visitar enfermos, y celebrar un matrimonio. El Obispo temeroso de que Nicolás Buenaventura fuese otro Tomás de Celano, un clérigo capaz de comportarse con respecto a sus propia ideas y convicciones, como si tuviese otra existencia privada, accedió de buena gana.

Le indicó que en América había una parroquia indómita que requería un **Militia Christi**, que tuviera obediencia ciega, espíritu de sacrificio, disponibilidad de entrega personal e intrépida fidelidad al compromiso religioso. Nicolás, deseoso de tener su propia parroquia, aceptó sin reparos.

Tras un prolongado y tortuoso recorrido entre paisajes sinuosos y entrecruzados llegó, agotado y al borde del desfallecimiento, el 2 de mayo de 1903, azogado por infinitas comezones, a la capital de un territorio colombiano, llamado Panamá. De allí navegó, en un pequeño vapor, atestado de animales domésticos y olores felinos, rumbo a una rústica y perdida lejanía. Después de sobrevivir a un naufragio, a dos intentos de abordaje por piratas del Caribe y a un enfrentamiento indescriptible con un enorme pulpo marino. **El Arca de Noé** recaló en el puerto. De allí tras cruzar a lomo de mula la tierra de nadie y debatirse entre ansiedades y disputas con merodeadores, apariciones bandoleriles y otras fieras que añascan y oliscan la vegetación exúbera, llegó una semana después a San Pablo Viejo, descuarajingado del traqueteo; atarantado por el chirriar de los ejes, y rebultado por viajeros de apariencia tiesa. Arribó bisbiseando latines, revuelta la esclavina y el sombrerillo de candil, todo erizado de las muchas caídas. Llegó murmurando sermones imaginarios, trasubstanciando emociones, deseoso de convertirse en un águila evangélica.

Abrasando la súplica, certerosos, arden viejamente como flor de ascua, sus ojos de almendra. Ya sueña desde el estrado oír las crónicas de las querellas y las descalabraduras; los pleitos y desafueros; los agobios y los puntillazos; la grita y el llanto. En el camino, se imaginó el cortejo de recibimiento, imaginó a los gonfalones parroquiales y el cabildo trémulo de capa. Pensó en niños-ángeles, con un poema de Ramón de Campoamor entre las manos. Imaginó que iba a ser recibido por un clero de roquete y muceta, pero sin mengua a su gravedad jerárquica nadie lo esperaba. Mejor dicho lo esperaba un vaho de piedras resudadas

por árboles umbríos calentados por la siesta. Un estrépito de gallinas, la sombra del alero. El padre desplegó su sotana solitariamente. Una procesión de olores se desjuga con la gracia del viento. Son olores de hogaño; un olor de tamarindos; almenas de romeros y de mirtos; un olor de azahar, de pasionarias, de verbena de cinamomos, de eucaliptos, de araucarias. Eran los indicios de que, en esta parroquia no se aposentaba el pecado de la ira, que los antiguos ubicaban en la nariz. El padre pone sus bultos sobre el suelo y escucha cómo cruje el aire serrano con una multitud de rumores a cuestas. Con la palpitación de un molinillo, con el estruendo de un pavo; con la rota quejumbre de una rama sobre las tejas; el berrinche de un niño, las de las mujeres, y la conversa de las viejas enfrascadas en la tertulia casera; uno que otro sonido feraz resbala sobre el fresco retumbo del río.

San Pablo Viejo le borró la sonrisa de vanidad halagada. La iglesia había sido saqueada y registrada con minuciosidad. Después de un acopio de observaciones, descubrió que necesitaba urgentes remodelaciones. La capilla del santo patrono apenaba por descuido; había que desarticular el retablo, los exvotos, las lámparas, las molduras y sobre todo había que reparar el cornisamiento del cimborio. La casa parroquial estaba decrépita y amenazaba con derrumbarse. Los santos están guardados en un sótano y la fe de los hombres se abisma por conductos impredecibles.

Nada de esto amilanó al padre Nicolás, que trabajó duro para enrrumbar su iglesia. **Ora et labora**, decía, apelando a una vieja monástica. Al principio la asistencia a las misas dominicales era casi nula, pero poco a poco llegaron las beatas, que son un indicio de la buena fe y la demostración irrefutable de que el aburrimiento prolonga el tiempo. Después, las niñas de buenas familias, que iban a la iglesia a pavonear sus reales, más tarde los arrepentidos y los pobladores que iban a buscar consuelo ante la penuria de su vida o los que quieren salir del olvido o los

que deberían tener una lápida encima de la lengua. Empezó enseñar el catecismo a los niños; a cargar la mano en la penitencia de los adolescentes; a visitar a los enfermos; a estar presente en todos los acontecimientos sociales; incluso iba a la pelea de gallos a recaudar fondos para familias necesitadas, para la reconstrucción de la parroquia o para organizar las fiestas del santo patrono. No había lugar en el pueblo, por la que no se paseara su sotana negra, su cara flaca y narizona, sus gestos rituales y la mística confidencialidad de un párroco secretamente reconfortado por el rápido crecimiento de la feligresía.

Sin embargo, extrañamente, lo ataca la duda. El temor y una creciente sensación de agobio hace presa de su espíritu. Sabía que la duda surge siempre de la contradicción entre las nociones de la piedad de Dios y la realidad, la tristeza por el sufrimiento de la humanidad. Sin embargo, este no era su caso. El no estaba tratando de buscar uvas entre las zarzas. Infaustamente su fe de repente tenía los armazones podridos. Desde que llegó a San Pablo fue cercado por antiguos sueños, asaltado por recuerdos escondidos y estremecido por progresivas pesadillas que le inducían a padecer emociones ocultas, o a estar angustiado intempestivamente por viejos recuerdos reprimidos y guardados antaño en su inconsciente.

Desde entonces se vio atrapado en un turbión de sucesos premonitorios. Le picaban los pulgares y su afición al vino se apagó, como el amor atrapado en la costumbre porque el oporto envejecido en barril del Duero se volvió vinagre; hongos luminosos infectaron el condumio, y una escena de sagrada incumbencia le rondaba los sueños. En él, un ángel le metía la mano en la boca y le arrancaba la lengua. Junto a ella salía como una raíz, su alma vieja e impotente.

Su rostro de rasgos suaves, que no fue creado para expresiones de ira o de melancolía, expresaba un intenso pesar. No se sentía satisfecho consigo mismo. En silencio le pidió a Dios que le permitiese ser un buen sacerdote. Pero esta vez no sintió ese

júbilo que le infundía la oración antes de decir la misa. La satisfacción parecía esquivarlo. Un vacío le oprimía el corazón y le producía estremecimientos en el estómago. Volvió a repetir sus oraciones con mayor convicción, pero el vacío y la impasibilidad no desaparecieron. Su anhelada labor de párroco lo sumía en la absoluta carencia de su dimensión personal. Había sacrificado a la labor eclesial, como si fuera un Moloc cananeo, todas las virtualidades de la existencia personal. Por primera vez sintió el conflicto interior de un sacerdote. Se abandonó a la duda y a la angustia. Sin embargo, a diferencia de Tomás de Celano que se refugió en la teología mística, él buscó amparo en el trabajo. Sin saberlo su vida estaba endeudada por una hipoteca síquica generada por una combinación de inseguridad y sentimiento de responsabilidad. Esto le regresó a los miedos de la primera infancia que resurgieron como manifestaciones compulsivas. Intuyó que eran las manos del diablo, las que intentaban cogerle para hacerle perder la gracia de Dios.

Con el alma en vilo y temiendo el desastre, encontró un asidero para su fe. Abandonó los condumios de atraco y redobló su arciprestazgo. Se colocó el amito de lino sobre los hombros. Se arregló el alba blanca de forma que llegase a los tobillos. Limpió su gastado hábito negro. Aspiró el aroma de mirra y nardos, que se mezclaba con cera de limón, que abrillantaba el artesonado y los bancos de la iglesia. Entonces sus murmullos latinescos **ejus no bis intercess intercessione concede ut a pecatorum vinculus absoluti** resonaron en la vetusta capilla con el fervor de quien lleva la procesión por dentro.

Sus ojos se arrebozan buscando a Dios más allá de las estampas. Suspira por la pureza perdida en la impasible sorpresa del confesionario. Teme que por alguna grieta, el humo de Satán haya entrado en el terreno de Dios. Lo sigue persistente una imagen que vio en La Catedral de San Lázaro, donde un diablo de piedra se dispone a lanzar a un par de condenados a un caldero en llamas. Presionado por el recuerdo trató de orar con

más devoción. Anheló la fe sencilla que durante tanto tiempo le había consolado y sustentado. Se imaginó un Moisés con los brazos levantados, porque de bajarlos Israel sería vencido. A la orilla del cáliz rememoró el misterio del agua y se resguardó de la sistemática sospecha con la esencia de la misa.

Se lavaba las manos cada cinco minutos en la palangana de peltre y rociaba agua bendita a quien entrase en sus dominios. **Vade retro**, decía esperando sosegarse al saber que, detrás de la imagen de la beata no se escondía el mismísimo. Angustiado rezaba con voz engolada:

"Padre todo poderoso, mira con misericordia a esta criatura de sal y agua y por tu amorosa bondad santifícala. Que dondequiera que sea asperjeada, invocando a la vez Tu santo nombre sean repelidos los ataques de los espíritus malignos y se desecha temor de cualquier mal". Invocaciones y renuncias de distintos libros y plegarias salieron a relucir para exorcizar los nuevos maleficios subrayados por la duda y la angustia. Las beatas fueron las primeras contagiadas por el temor del padre y se resguardaron con las oraciones de emergencia, que se encontraban sólo a la sombra de San Patricio. Pronto hubo un coro de damas, que con los brazos levantados y en semicírculo, entretejían devociones y culpas con el **"Cristo sea conmigo, Cristo sea conmigo, Cristo delante de mí, Cristo detrás de mí; Cristo a mi derecha; Cristo a mi izquierda; Cristo debajo de mí y Cristo todo alrededor de mí".**

Sin embargo, a pesar de semejante trasfondo de continua vigilancia contra el maligno, éste se manifestó durante la confesión de la beata más piadosa y casta; la que dirigía el coro de féminas penitentes; la que nunca había escupido en la calle; la que nunca fue proclive a la blasfemia o a la conducta inmoral; la que puso énfasis en la lucha contra los demonios de la fantasía erótica, amparada bajo una proliferación de rosarios y en un incesante retoñar de Avemarías.

Capítulo 4

Justina Nepomuceno Ritter, reina de las aguas mansas, ensimismada entró a la iglesia y lanzó algunas miradas con el rabillo del ojo para advertir las cosas terribles que hay en el silencio. Vio a tres viejecitas, chales negros sobre los hombros, que se persignaban devotamente. Alterada por el temor y la culpa por no haber confesado que su pensamiento se anegaba en el estropicio de la desobediencia, caminó hasta el altar donde el rostro de Cristo en la Cruz pareció, por un momento, mirarla acusadoramente.

Esperó angustiada a que el padre pudiese confesarla. Durante la espera se sintió descarriada, consumida en la búsqueda de un sosiego que nunca llegaba. En la confesión le dijo al padre que se sentía pecadora porque no podía entender en qué consistían sus sueños. Sus noches eran un dechado de oprobios y amarguras. Una noche soñó que era un hombre que vagaba desnudo por el pueblo. Después imaginó una ensoñación en la que tenía cuatro brazos, dos rostros, un ojo en la frente; además sacaba su lengua para presentir los deseos ocultos y sutiles de las personas que duermen. Sin embargo, lo que más le atemorizaba era que, sonámbula se arrastraba hasta el fondo de los armarios para esconderse. Un día se despertó con un cuchillo de cocina entre las manos.

—¿Cuchillo? —preguntó el padre.

—Sí, un cuchillo carnicero.

—¿Para qué?

—Para protegerme.

—¿De quién?

—No lo sé. Un día me desperté gritando, pero me encontré en la oscuridad total. Algo me tenía atrapada, algo pegajoso, extraño y vivo. Forcejeé y eso se agitó y me arañó. Su cuerpo empalagoso se arrastró sobre mis manos. Sentí que el ser saldría de la oscuridad y me devoraría. Creo que por eso intento engañarlo escondiéndome en los armarios. Desde ese día deambulo sonámbula y agarro cuchillos. Un día corté a mi padre. ¡Ayúdeme se lo suplico! Creo que algo se agita dentro de mí.

La mujer se persignó y empezó a temblar bajo el asedio de una histeria residual. El padre Nicolás Buenaventura confirmó sus sospechas. El dolor en los pulgares era señal inequívoca de que alguien con parentesco maligno, maculaba con su pálpito las aldabas, las girándulas, los reclinatorios y las baldosas de su amada parroquia. Una ola oscura lo arrastró. Cerró los ojos e imaginó una caterva de diablos trayendo a cuestas un bagaje de pecados a su parroquia. El dolor en los pulgares, se incrementó. Le dolían tanto, que ahora eran un indicio de tentación por lo que iba a necesitar una peregrinación hasta la tumba de San Francisco de Sales. Sin embargo, como se verá; era muy pobre la fuerza de su capellanía frente a la vileza del demonio.

La joven también le contó que creía ver ojos en las sombras, que era vigilada por hombres bicornes con patas de chivo y lenguas inmensas; confesó que algunas veces soñaba que dormía abrazada a un toro que vomitaba, unas veces, agujas y alfileres; otras, pelos y aguas malolientes. Sufría calambres y los olores de su cuerpo se hicieron más pronunciados. Desde ese día cree que las personas le escuchan sus pensamientos, que las murmuraciones la siguen o que siente el jadeo de animales haciendo el amor bajo su ventana. Lo peor es que, ya no puede verse en el espejo porque los barrillos que antes solían salirle en el verano, los tenía por todo el cutis. A pesar de que el padre Buenaventu-

ra no los ve, insistió en que las erupciones se habían propagado hasta el cuello y la parte superior de los senos.

El padre, la miraba con ojos asombrados. Desde que inició su labor como párroco en San Pablo Viejo no se había encontrado con personas altamente sugestionables como ella. Trató de atenuar su sufrimiento. Con sinceridad intentó comprender su angustia para poder ayudarla.

—¿Recuerdas algún sueño? —preguntó con un acento descuidado, como si tratara de no dar especial interés a la pregunta o de hacer que la joven descuidara las reglas de obediencia y de silencio.

—Sí, padre, pero tengo miedo.

—La muchacha tuvo un mareo momentáneo y se golpeó con la rejilla del confesionario. El padre dudó un momento, se arremangó la orla de la sotana y salió de inmediato. La joven tenía el rostro inusual pálido. Se sentaron ella cobró fuerza para continuar.

—En realidad no sé si fue un sueño; una tarde cuando regresaba de pasear, tropecé y caí. Al levantarme, me encontré de frente con el diablo.

La cara de la joven contrae sus rasgos. Palidece. Se tapa la boca los puños. El padre le aprieta las manos en solidaridad con su emoción. La joven hace una pausa. Está al borde del llanto. El padre le preguntaba.

—¿Era el ser pegajoso?

—No. No. Iba vestido como hombre y su rostro era igual al mío. —Gime, solloza y con voz temblorosa agrega—: Tenía los ojos en blanco. Sus manos eran delgadas y sus uñas muy largas... desprendía un olor detestable. —Se estremece y tiembla—. Creo que el diablo está dentro de mí.

El párroco con el ojo abierto a la sorpresa contrajo la mandíbula. El iris de sus ojos se amplió ante la refracción de la luz. Su cara se sonroja. El estómago, sede de sus audacias, empezó a hacer ruidos que lo sacaron de la abstracción momentánea.

—¡Mírame!, me dijo con una voz que me dejó sorda. —prosigió la muchacha—. Soy el diablo y te voy a coger... Recuerdo que no pude más y me desmayé.

Con la voz entrecortada y al borde de un ataque de histeria, finalizó diciendo que despertó en su cama vestida de hombre.

La joven, empezó a sentir calor, a estrujarse las manos. El interpretó como los signos de su incapacidad para soportar una sensación desagradable; quiso calmarla, con lo de siempre, dos padrenuestros y un Avemaría. Le insistió en el ayuno; le promulgó algunas exhortaciones morales; la confortó diciéndole que el bautismo le ofrecía una protección profunda y vitalicia. Le regaló un poco de crisma, un bálsamo de aceite y diversos perfumes, para que se ungiera cada vez que sus humores la sobresaltaran. Terminó diciendo con énfasis que *los sueños sueños son.*

El padre la soltó y fue al atril a buscar la Biblia para leerle algunos pasajes, mientras espera que su ánimo esté más sosegado para enviarla a casa. Le habló para que sintiera su presencia.

—Toda existencia humana está hecha de combates. No es fácil naturalmente, pero hay que saber plantar cara, no hay obstáculos para la voluntad.

La mujer se puso lívida. Sintió el efecto de una onda de presión que chocó contra ella y la hizo trastabillar. Era una sensación subjetiva. Sintió una fría caricia mental. Su cuerpo percibe la intrusión. Empezó a sudar y a tener convulsiones. De pronto los músculos del rostro femenino y dulce adquirieron dureza de piedra; los ojos tiernos parecían salirse de sus órbitas; la boca se le torció y una protuberancia le salió en la frente simulando un ojo. Parecía que otro rostro se metía en el de ella como en una máscara. El padre se erizó cuando escuchó los huesos de la mujer chocar entre sí y olió los fragores de una defecación nauseabunda. Se le cayó la Biblia y tiró la patena de formas divinas al suelo. A su mente llegaron todas las oraciones y plegarias del santoral, pero se agolparon en la lengua atónita, sin poder pro-

nunciar siquiera un Dios nos coja confesados. La mujer había sido poseída.

—"**Yo soy el que no soy**". —dijo la mujer con una voz varonil. De inmediato la posesa le dio la espalda al altar y se precipitó hacia la sacristía. Tomó el cáliz y lo lanzó contra el sagrario. Este, después de un sonoro clanck, rebotó en la estatua de San Cristóbal y se detuvo al pie del atril. Las tres beatas que medían su soledad, lanzaron una exclamación al unísono. Mientras al padre la perplejidad le enderezaba la cabeza, le levantaba los párpados, le arqueaba las cejas y le arrugaba la frente.

El súcubo abrió las piernas de un modo grotesco y se urgó en medio como abriendo una bragueta. Súbito, como un pase de magia, mostró al padre el sexo de Nepomuceno Ritter. Éste trató de no fijarse en los almidonados encajes que el demonio tiraba sobre el confesionario, pues no quería volverse estatua de sal en su propia iglesia mirando un lampiño pubis afeitado con el cual, hasta el celibatario más estricto se vería confrontado, con la diferencia que, por voluntad del Padre surgió de la costilla de Adán. Pero no pudo. Miró como hipnotizado la espelunca. Apreció por primera vez, las partes pudendas de una mujer. Cuando el maligno empezó a orinar, creyó ver un pene con un chorrito tenue, que salpicaba su sotana. El hombre de Dios se movió presto cuando el chorro casi varonil, le iba a dar en la cara.

—**Yo soy el que no soy —**mascullaba el diablo.

El padre lo esquivó por instinto de vergüenza y retrocedió seguido por los chisguetes de la posesa que andaba algo agachada y de lado mientras hacía ruidos guturales y extraños. Luego de su boca surgieron atroces obscenidades y escupitajos que sonaban como un baldazo de agua sobre la loza eclesial. Las tres viejecitas sintieron una sensación tristemente extraña al encontrarse con el mismísimo diablo en la iglesia. El cura se había armado poniendo sus brazos en cruz, mientras retrocedía hacia la sacristía o trataba de agarrar un crucifijo que le pendía de la sotana. Se preparó para lo peor. Recordó que en las Sagradas

Escrituras se narra la historia del endemoniado de Cafarnaum, el episodio de lo cerdos de Gadara y de la mujer doblemente encorvada por Satanás. Vio que estaba cerca del hisopo de agua bendita y sin dejar de mirar al demonio, que se placía en orinar las velas, lo tomó. Cobró valor y le preguntó con aplomo.

—¿Quién eres?

Este se detuvo y le miró, pero siguió orinando las estampas de los santos.

—¿Quién eres?, maldito —insistió el cura con timidez mostrando un crucifijo. El diablo lo miró constriñendo el silencio.

—Me llamo Nadie, —dijo la voz, con una inflexión tremebunda que estremeció los vitrales y dispersó el humo de los incensarios, mientras contorsionaba como un trapo el cuerpo de la beata. El cura pone los brazos en cruz mientras Nadie seguía urgando el sexo de la mujer y se olía los dedos. Entonces el sacerdote lo asperjeó con agua bendita y lo apostrofó con un **vade retro** que le salió desde las profundidades del miedo.

El padre insistió:

—¡Dime quién eres en nombre de Cristo!

El diablo lo miró con las cejas arqueadas y de inmediato le rompió la blusa a la posesa y dijo con voz atronadora:

—¡Atrévete con ella y te digo mi nombre!

Dos grandes senos redondos de rosetas rosadas y tersas apuntaban en dirección del padre. La posesa cayó al suelo mientras se quejaba con voz femenina.

—¡Quédate quieta, maldita! —le decía el vozarrón. La mujer gemía, luchaba consigo misma para no abrir las piernas y le pedía ayudada al cura con ojos de espanto y desesperación.

—Te gusta —dijo el diablo—. Te gusta, verdad...

De inmediato el cura vio ante sí a la mujer luchando como si se tratase, de una escena de violación, pero no se veía al agresor.

—**¡Quédate quieta maldita!** —repetía el vozarrón bajo el asperjeo frenético del cura que no se dio cuenta cuando se acabó el agua bendita.

—¿Cómo te llamas? —volvió a preguntar el cura casi suplicando. Hubo una pausa. Había realizado una deprecación. Sólo se escuchaban los gemidos de la mujer que tenía las piernas abiertas y se movía como si estuviera realizando el acto venéreo con un ser invisible.

—Me llamó Ukobach y me destaco por haber inventado las frituras.

Las tres beatas, que contemplaron la escena, se quitaron las máscaras de la insipidez. Imaginaron golpecillos en las piernas y uno que otro trastazo de mayor consideración. Cunde el pánico. Primero empezaron a caminar furtivamente, luego al unísono con un grito estridente tomaron el camino de la fuga despavorida del miedo.

El sacerdote tiró el crucifijo al cuerpo de la mujer. Y se preparó para luchar con oraciones comunes. En ese instante anheló la sabiduría del padre Celano. Sin embargo, se escuchó un eructo solemne. Terminaron las contorsiones, la voz femenina empezó a llorar. La beata se quedó dormida por un instante y al despertar trató de buscar la compostura. Se arregló los jirones de sus ropas y se abrazó con desesperación al padre, que temeroso se encomendaba a San Simón Estilita, quien en su contra el diablo se mantuvo en un solo pie durante un año.

Capítulo 5

Cundió el pánico. El padre concluyó que se enfrentaba al mismísimo diablo y que su tarea estaba próxima a la descripción que hizo Celano sobre la labor de un párroco: comprender lo incomprensible; soportar lo insoportable; y desear lo imposible con la esperanza de encontrar la paz, en un mundo donde no hay más que una guerra sorda entre el bien y el mal. Justina Nepomuceno Ritter fue sometida a los rituales del resguardo. Se le puso un collar de estaño, se acordonó la casa con ajo y fue vigilada día y noche por una camándula de beatas, que le ungían la frente con aceite de ricino y le marcaban una cruz de ceniza para evitar una nueva visita del maligno. Hubo disputas de cómo amurallar su alma ante el asedio de Nadie. Los unos, recordaban ejemplarmente a Santa María Egipciaca, quien vivió 47 años cubierta de mugre y excrementos; los otros, más indulgentes, se apegaban a Santa Silvia, que sólo se lavaba la punta de los dedos o recordaban los méritos espirituales de la sopa de huevos de tortuga. Sin embargo, su padre Heliodoro Nepomuceno Ritter, después de someterla a fuertes dosis de ruibarbo, de bañarla con zumos pringosos, darle aparatosas fricciones con aceite de camaleón; envolverla con amuletos y otros adminículos, concluyó que debían taparle los orificios naturales y alimentarla sólo con lechuga. De vez en cuando era flexible y le daba un brebaje de ajos con azul de metileno el cual, según don Terpíscore, el boticario, era efectivo contra el diablo. A

consecuencia del miedo que sintió y de los desmanes de la cura espiritual Justina Nepomuceno Ritter se sumió en un sueño cataléptico. Su cuerpo quedó rígido como un cadáver. Escuchaba vagamente lo que se decía a su alrededor y sólo reaccionaba cuando su madre le lavaba las partes pudendas. Su cuerpo se cubre de extraños sudores y por la mañana tiene el cuerpo embadurnado con un líquido viscoso y nauseabundo.

Doña Vilma Groot de Ritter dejó de matar las nostalgias de los viejos tiempos y empezó a sufrir accidentes mientras trajinaba: los platos se le escapaban de entre las manos, las ollas se le volcaban sobre la estufa de hierro; se quemó el pie abultado de venitas azules con el horno de achicorias; se pinchó un dedo y casi pierde un ojo de un tropiezo con el escobillón de brezo; temerosa, aseguró que su cama se estremecía y se movía por sí sola por toda la habitación, mientras estaba acostada. Sin embargo, a pesar de estos desplantes malignos, siguió su lucha denodada y silenciosa contra el demonio. Limpió todo, hasta las manchas de humedad en la pared; bendijo todo, desde la ropa interior de su hija hasta las gallinas que furtivamente entraban a la casa tras un grano de maíz. No paraba de hablar a sus vecinas del ánima sola, del aliento de azufre que presentía a sus espaldas; de las flagelaciones y estrapadas, de la boca terrosa, de un sudor lento, que no paraba hasta dejar la ropa llena de estragos; no dejaba de mencionar sus heroicas vigilias al sueño de su hija, que le dejaban ojeras tan largas como moco de pavo.

Estaba segura que Isacaron la tentaba con sueños tremebundos, a tal punto que ni siquiera se atrevía a lavarla con el agua entibiada. Asmodeo era el que le ponía la saliva ansiosa y la hacía vomitar con un espasmo seco, que le hundía el vientre hasta no dejarle asimilar sus alimentos. Sin embargo, por su denuedo, el diablo, que pescaba toda la noche, al amanecer sólo tenía cangrejos.

Capítulo 6

El domingo siguiente, durante la misa, el padre Nicolás Buenaventura, asistido por el prestigio de quien ha tenido una victoria sobre el mal, fue el centro de las conversaciones. Fue dotado de una peculiar aura que vestía a sus palabras de autoridad y verdad. Varios feligreses, entre murmullos, dijeron que cuando el diablo lo tenía acorralado, el padre le metió el dedo en la boca y el diablo fue sofocado y reducido a una ventosidad que salió del cuerpo de la mujer dejando un hálito nauseabundo como prueba de huida. Desde ese día el padre Nicolás Buenaventura fue conocido como **Manosanta.** Sus feligreses creyeron ver en él al paladín que iba a acabar con el desorden, el liberalismo, la irreverencia y diabólicas blasfemias.

Manosanta en su sermón advirtió **mutatis mutandis,** que ya no podía haber misericordia para los demonios, que habían abusado de generosidad de Dios y que en el juicio final ya no les quedaba ninguna posibilidad, como a los pecadores, de ser redimidos, porque el maligno esta vez fue muy artero y había estremecido los cimientos de la fe.

—Jesús cuenta el Evangelio de San Mateo (Cap. 4, av. 1 al 11) fue tentado por el diablo —dijo Manosanta con acento solemne—. Fue llevado por el Espíritu al desierto. Después de ayunar cuarenta días y cuarenta noches tuvo hambre. Entonces el Diablo se le acercó y le dijo malévolamente: “Si eres el hijo de Dios ordena que las piedras se conviertan en pan”.

Manosanta guarda silencio: Sólo se oían los quebradizos pliegues de las faldas de muselina y el leve frescor del alisio mañanero.

—Y qué le respondió Cristo. —Interrogó retóricamente el padre.

Ustedes ya lo saben: *No sólo de pan vive el hombre, sino* también *de la palabra que sale de la boca de Dios.* Luego el diablo lo coloca en la cima de la Ciudad Santa y le dice: Tírate si eres el hijo de Dios, que sus ángeles te salvarán. *También está escrito,* respondió Jesús con sencillez, *que no pondrás a prueba al señor tu Dios.* Por último el Diablo le ofrece los reinos del mundo, pero Cristo apela a las escrituras y le pide que se retire porque *está escrito que te posternarás ante el señor, tu Dios y sólo a él adorarás*.

En el resto del sermón, recordó a la mujer encorvada del Evangelio de San Lucas, que había sido aprisionada por Satanás durante 18 años. Hizo énfasis en que la lucha contra los demonios que entraban en el cuerpo de las mujeres, débiles ante la tentación de carne, porque era significativo que Cristo, Nuestro Señor (Manosanta agita las manos) cruzará aquel mar tormentoso y desembarcase, (Manosanta pausa y pasa su dedo índice ante los fieles) en aquel desierto árido, para indicarnos que la lucha no iba a ser fácil. Sube la voz y mira directamente a los ojos de los que estaban en primera fila). Por eso nos ha indicado el camino de salvación. Muestra un crucifijo que levanta con los brazos extendidos. Todos se arrodillan y el murmullo de sus plegarias se confunde con el viento en medio de las frondas estremecidas.

La parroquia escuchaba temerosa y embelesada, mientras era llevada **in extremis** de la emoción a la devoción; de la devoción al miedo y del miedo al paroxismo. Manosanta prosiguió su sermón con la historia de una muchacha que se lee en Los Hechos de los Apóstoles: Cuando San Pablo se encuentra en Filipo, es seguido por una adivina que vociferaba acusándolo a

todo pulmón, de ser el seguidor de un Dios supremo. Entonces San Pablo se vuelve, la mira y dice: (Manosanta, hace una pausa, entorna los brazos y pronuncia una admonición en voz alta, señalando a un grupo de mujeres) ¡Te ordeno en nombre de Cristo que salgas de ella!

Las mujeres se hicieron para atrás por el impacto de la sugestión. La primera en caer convulsionando fue una niña de 10 años. Una vieja se desmayó de la impresión. Las otras fueron tres hermanas que sintieron que un vaho caliente le subía por el cuerpo. Una de ellas, Flor María de las Mercedes, abrió todas las cerraduras de lo inverosímil. Un grillo se le metió entre las ropas. En el momento de la impresión, le caminó por la espalda. El escrúpulo la acomete. Trata de cubrir con el manto las castísimas arrogancias de su busto. Siente un escozor en la gruta de los oráculos. Se imagina un hocico obtuso y unicornudo cerca del litoral. No resiste. Se pone de pie y empieza a gritar.

—**¡Sáquenmelo! ¡Sáquenmelo! ¡Ayúdenme! Que se me ha metido algo en...**

—**¡Es el diablo!** —gritó otra.

Se formó la batahola. Todas empezaron a romperle el vestido que le envidiaban, pero las que lo tocaron empezaron a sentir lo mismo: unas resoplaban y se iban de ollares contra el altar; otras, aquejadas por una brusquedad protectora empezaron a despedazarse los emperifolles, a rasgarse los velos de encajes y a deshacer las cofias de blondinas.

Las oriflamas de los corpiños empezaron a volar por los aires, las polleras en jirones, a caer sobre el rostro de los hombres compungidos, que ayudaban solícitos a las ninfetas que estaban siendo atacadas por sus encajes. Los corseletes pastoriles, las faldas de muselina; otrora de espléndida traza, eran ahora la armadura de un trinquete diabólico. Flor María de las Mercedes se arañaba la cara, las nalgas y los pechos y se erizaba dando vueltas entre los feligreses, que se apartaban temerosos del prodigio.

El padre ya tenía experiencia. No perdió la saliva, ni el latín. Con su hisopo y sus **vade retro** se lanzó sobre la mujer asperjeándola de agua bendita y diciendo con fuerza:

—Os ordeno espíritus malignos a todos y a cada uno de vosotros en nombre de Dios, Todopoderoso, en el nombre de Jesucristo, su hijo, en nombre del Espíritu Santo, que os alejéis, sin dañar a nadie de estas criaturas de Dios y volváis al lugar que os ha señalado para permanecer allí eternamente. ¡Id! —dijo mostrando la puerta iglesia.

Se hizo un silencio sepulcral. El agua bendita resbalaba por los senos de amplias rosetas rosadas sin escaldarla; ni siquiera salía el humillo característico que sale cuando él agua de Dios cae sobre un infernado. Un pequeño grillo se acurrucó en la butaca como en espera de clemencia. Todos miraban a Flor María de las Mercedes como si quisieran envolverla con sus pecados. Todas las miradas la dejaban señalada, ya indicaban, una malicia, un disimulo o un entono; a hurtadillas algunos ojos la miraban como una mano. Era todo un escándalo de carne que se fue apaciguando hasta quedar, entre sollozos, sosegada, y compungida.

Al final del servicio dominical, los hechos habían desatado las furias expiativas. A trancas y barrancas muchos feligreses exigieron confesión. Algunos hicieron alardes de indignación; otros hablan de impiedad y sacrilegio. Por su parte el sacerdote dijo que, era necesario que resplandeciera la verdad para edificación de los buenos y confusión de los malos. Luego de ver los prodigiosos senos de Flor María de las Mercedes supo que el maligno le iba atentar como al anacoreta Pánfilo por medio de lujuriosos sueños o bajo la forma de una hermosísima mujer. Por eso también puso sus manos en el fuego. Se encomendó a San Goderico y se azotó con un zurriago hecho con una verga de toro. Por suerte, esa noche el diablo sólo le lanzó a sus sueños una lluvia de peces fosforescentes y un enjambre de medusas diminutas que llenaron la habitación de una luz espectral color aguamarina.

A la mañana siguiente, mientras se limpiaba las trazas del sueño, a ratos recordaba los inmensos senos de Flor María de las Mercedes y el olor de su ventosidad espasmódica. La primera aprensión pecadora no podía ser apaciguada con la señal de la cruz; la segunda sí, con mazos de albahaca. El padre rezó, se golpeó el pecho con el puño, pidió perdón a Dios para neutralizar estos indicios de desasosiego. Más calmado comentó: —*Todo esto ocurre cada muerte de obispo.*

El prestigio de Manosanta recorría la comarca junto con la convicción de que el pueblo de San Pablo Viejo o estaba asediado por una legión de diablos que vinieron, a la sombra de un sacrilegio y bajo el fárrago de los peores sentimientos e ideas liberales, a poseer a las mujeres. Las preocupaciones contingentes se acumulan con el despecho y el rencor. El miedo se agita como un espectro sobre la humanidad emplazada. Una inquietud oscuramente amenazadora saca de su clausura al odio para revestir los hábitos de su menester. Pronto el miedo sonó en las buenas conciencias como trompeta llamando al Juicio Final.

Capítulo 7

Manosanta escribió cordial y reverente al obispado de David. Intercambió amabilidades y elogios. Describió los sucesos que, catalogó como tapacerías del maligno. Dijo que sospechaba que una verdad terrible, acaso un sacrilegio que ha ofendido a Dios pesa sobre la conciencia de esta parroquia. Finalmente a pesar de que servía en un paupérrimo curato, pidió la ayuda de un sacerdote exorcista. Mientras esperaba la respuesta, intuyó que Dios lo designaba para la palma del martirio por su insolencia con respecto al padre Celano. Se imaginó en el centro de una paradoja. Celano que se preparó toda su vida para el exorcismo, no tuvo mas que un caso de epilepsia en 50 años y él, que denegó del exorcismo, se enfrentaba en menos de 5 días a una caterva de posesos ¡Santo Dios!

Armado de valor recurrió a un viejo libraco que heredó de Celano en el que se describía un **Rituale Romanorum**, donde se aleccionaba sobre el comportamiento de los demonios. Según el texto su jefe era Lucifer. Pero también Asmodeo, el Anticristo, el Maligno, el Demonio Mudo, el Mentiroso, el Adversario, Baal... Se subrayaba que era importante conocer su nombre para exorcizarlos. Una simple plegaria de liberación no es suficiente.

Quedó intrigado cuando leyó que a veces, y es un gran misterio, la persona puede orar día y noche, ayunar, hacer penitencia, comulgar, confesarse; apelar a María y a los ángeles; hasta suplicar a los santos sin que el demonio sea expulsado. En cambio hay

algunos diablillos que con solo ayunar se van. Tomó notas para no olvidar que las personas abrumadas por el demonio son de dos categorías claramente diferenciadas: las que son maltratadas por su culpa y las que son maltratadas por su amor al Señor.

El libro indicaba que debía sumergirse en agua para purificarse y él se sumergió. Tomó un viejo tonel para recoger agua de lluvias y lo metió en la sacristía. En él permanecía horas enteras murmurando latines. El libro recomendaba rociar al demonio con sal, porque lo escaldaba. El padre acaparó toda la sal del pueblo, no sin antes transar con el comerciante José Torrealbo Osorio, quién después de vencer algunos escrúpulos talmúdicos, le pidió al sacerdote inscripciones de bautismo para sus doce hijos: unos chinitos que trajo de la capital, donde los franceses están construyendo el canal de Panamá. Los doce chinos fueron inscritos con el nombre de Osorio-Osorio. El padre nunca supo qué significaba todo aquello, pero lo importante era la lucha contra Belcebú y sus acólitos.

—Ahora los catecúmenos recibirán la sal bendecida con la que habrán de persignarse —pensó— porqué así como la carne se sazona y preserva con la sal, así, también, la mente que se ve empapada y ablandada por las olas del mundo, resulta sazonada por la sal de la sabiduría y la predicación de la palabra de Dios.

El manual pedía dirigir plegarias a Dios para que conmine a los demonios y luego decir una orden directa de expulsión: **Exi** que significaba más o menos: ¡Lárguense de ahí, diablos, diablesas y diablillos! Váyanse diablos inmundos; espiantes diablos mochos; **vade retro** diablos cornudos; ahuyéntense diablos juguetones; no vuelvan diablos lampiños y peludos; vayan a morir lejos diablos enloquecedores y enloquecidos.

Desde entonces el diablo de largo rabo retorcido, con una caldera en una mano y un cucharón en la otra, era expulsado dé las buenas conciencias. Pero el maligno no se retiró sino que presentó batalla. Varios feligreses empezaron a escuchar tintineos peculiares y a tener extrañas visiones en la que se veían cabal-

gando en caballos blancos. No podían dormir o lo hacían con los ojos abiertos. Unos se creían la víctimas desvalidas de una abrumadora conspiración en la que actuaban en contra familiares, vecinos y compañeros de trabajo; otros entre palpitaciones y sollozos, creían estar presos de un ritmo que nadie oía. Se contoneaban de un modo ridículo, algunos caían al suelo y se desplazaban sobre sus espaldas. Manosanta pensó que esto ocurría porque no habían sido verdaderamente bautizados por sacerdotes o porque estaban unidos en concubinato. Sin embargo, el asunto del ritmo se extendió y tuvo que dar una misa fuera de horario a una multitud de mujeres que no pararon de menearse dentro de la iglesia, hasta que el buen hombre bendíjolas cuando leyó en Los Hechos de los Apóstoles **"Dios ungió a Jesús de Nazaret con el Espíritu, Santo y el poderío. Y anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos, por el diablo porque Dios estaba con él".**

Sin duda había un auge emocional, que se agravó cuando Nicandra Jované, curandera de profesión; una mujer vasta, de cara sombría y sufrida; de ojos sin mirada; ojeras negras, cejas labios rituales, habituados a las exclamaciones de estupor, en una de sus sesiones rompió sus frascos de alacranes en alcohol; tiró por la ventana las lechuzas embalsamadas, las calaveras pisapapeles y las bolas de cristal. Destruyó incluso sus viveros de sanguijuelas y los artesonados azules adornados con florones dorados. Después abrió intempestiva el cortinaje y con una voz temblorosa dijo a sus ayudantes que, el espíritu que la poseía permanecía maliciosamente silencioso. Nicandra aseguró que una noche en sueños se le apareció un arcángel que reconoció como San Gabriel porque era representante de la virilidad de Dios. Soño que su enorme cara la miraba impasible, mientras la tomaba entre sus brazos como una pluma y la depositaba sobre una montaña. Allí encendió un fuego cuyas sombras parecían letras hebráicas.

—¿Qué es lo que se opone entre el hombre y Dios? —me preguntó el arcángel.

—Nadie —respondí—. El guardó silencio. Tres veces soñé lo mismo. Por mis conocimientos quirománticos, cartománticos y astrológicos, presentí que ese silencio era nefasto. Era una advertencia del diablo.

Acto seguido Nicandra tiró los huesos para lograr llegar a un nivel síquico. Extendió el mapa del destino. Se desplegaron los ejes de la vida: animal, planta y tierra. Tomó los cuatro huesos thola, cohado, scita e imbay y los lanzó. La combinación fue la de 2333. El aspecto planta de thola dominado por la dirección tierra de cohado y la relación de scita con inmbay sugerían un exceso de humildad y de abnegación. En su conjunto los huesos le indicaban que se iba a dejar arrastrar por la masa y que una fuerza maligna le iba a impedir alcanzar un crecimiento interior. Entonces una inconsciente fuerza emocional se apoderó de su cuerpo. Después salió de su casa, desnuda, con las gorduras al aire, con una celulitis que parecía elefantiasis. Chillaba y se sacudía pidiendo paso. La Nicandra semejaba a una venus prehistórica, a una dama de Elche en mantecas que corría por las calles del pueblo con más aliento que maratón; exponiendo al asombro, el ultraje de los años. Rodaba por los campos con sus lonjas chorreando como odrecillo de aceite; huía por los senderos perseguida por una jauría o por las miradas atónitas de los parroquianos.

Tres días y tres noches duro el espectáculo. Al principio, cuando los vecinos la veían venir alaraquienta y pujando con las inflexiones coléricas, dando tumbos y retumbos en medio de gritos a Ogún Badagri, cerraban las puertas y las trancaban con todos los muebles de la casa. Al segundo día, los más valientes miraban alarmados detrás de un macizo de bugambilias o por el ojo ciego de la puerta. Al tercer día, todos tenían ausencia de obligaciones y la risa que seguía a la ofidiólatra parecía una columna de humo, tan larga que se perdía en el cielo. Al amanecer cayó exhausta frente a la iglesia, tirando espumarajos por la boca y gritando que el diablo seduciría a los hombres.

Capítulo 8

Manosanta hacía un esfuerzo por saber cuál era el origen de tanta maroma. Acaso era la señal de que se aproximaba el fin del mundo. O eran alucinaciones motivadas por las trapacerías del Maligno. O un justo castigo por sus indulgencias contra el padre Celano o la señal inequívoca de un temible sacrilegio. Preocupado mandó a buscar por su propia cuenta el **Exorcismus in Satanan et angelos apostáticos** del Papa León XIII. En el que se conjura al diablo, a través de las apostasía ateas de los liberales y el anticlericalismo militante. Para consolarse un poco, arrimó sus ideas a la noria, al creer que era el calorón de los últimos días el que tiene a la gente trastocada, tal vez cuando llueva la gente vuelva los ojos a la tierra y retornen al buen camino. Sin embargo, Nicandra Jované dijo que el diablo impondría su presencia en todo aquel que había pecado. El padre, por si acaso, redobló las confesiones.

Manosanta trató de visitar a la posesa Justina Nepomuceno Ritter. No quería forcejear con el diablo, sino que consideraba oportuno ejercitar la vía de la perfección espiritual, para no prestar demasiada atención a las declaraciones de las beatas histéricas que formaban un corrillo en torno a su cama, embargadas por sentimientos de culpabilidad. La encontró paralizada, deshecha, farfullando una hilaracha de sonidos inconexos. Por estar presa de una extraña rigidez, el boticario Terpíscore Sencial diagnosticó que estaba hundida en un estado de catalepsia. El

padre imaginando que escuchaba le dijo que el diablo era una encarnación de sus temores y remordimientos. Que debía confesarse. Decirle cuales eran los pecados por los que el Maligno la atenazaba de esa forma. Sin embargo, su madre no permitió la confesión. Le aseguró al padre, que su hija sufría las más terribles tentaciones contra la castidad. Aseguraba que de noche los demonios hacían fila para acostarse con ella y que sólo le quedaba poner su honor en manos de Dios. Aseguró que la niña estaba embarazada de Isacaron. Manosanta notó el vientre abultado de la niña, pero para satisfacción de todos, ante los ojos del padre, la preñez quedó reducida a un flujo de sangre y viscosidades. Embargado por la repulsión, el padre le dejó un crucifijo, una botella de agua bendita para que tomara todas las noches y unas oraciones para combatir la concupiscencia. Vilma Grott de Ritter le pidió compungida que no regresara porque su esposo, el alcalde, se oponía a las visitas. Aseguraba que su hija estaba sugestionada por la ausencia de culpa movida por la iglesia.

Con las primeras lluvias de mayo, se apaciguaron los fenómenos. San Pablo Viejo volvió a la calma, a la paciencia boyal y reiterada. A la nimiedad del mundo donde se detiene la vida en un ritual de la nada. La acedia, el pesado silencio de los monasterios, extiende su exangüe existencia insulsa y termina por cubrir lo cotidiano con su aburrimiento envenenado. El pueblo sucumbe víctima del tedio. Sin embargo, esta monotonía tétrica no es interrumpida por la vanidad chismosa, ni por el tiempo que afloja, allana y desenlaza las infinitas intrigas del aburrimiento, sino por la casualidad que derrumbó la paz engañosa de los días tranquilos: En un caserío de las afueras, un anciano con tembleques murió en medio de una crisis convulsiva. Las convulsiones se contagiaron a sus familiares; más tarde a los vecinos y varias horas después las convulsiones agarraban a todo el que no buscara amparo en algún lugar sagrado. Pronto los escalofríos violentos, los espumarajos en la boca, las lenguas mordidas y las contracciones musculares se hicieron cotidianas.

Se recordó que algo parecido había ocurrido varios siglos atrás, cuando el capitán de un bergantín español, Francisco Arias, hizo acopio de mastines para ir a comer negros. La jauría atacaba a quien fuera. El racismo justificaba esta merienda, tan notoria como inoportuna. Algunos, exasperados por el miedo, buscaron resguardo en oraciones blanqueadoras, que aseguraban la metamorfosis rabiblanca. Algunos cuarterones y mestizos al oír un ladrido caían presas de pánico, fulminados por convulsiones. Pero ya no había mastines, ni negros en San Pablo, además Francisco Arias había muerto muchos años y en alma sencilla de los hombres, es fama que florecen los generosos en la ilustración. La epidemia duró una semana y se atribuyó a las garrapatas.

Se especuló que la causa de los prodigios se debía a una vieja culpa del pueblo, que estaba lleno de augurios ominosos desde que era un caserío de frontera y más allá de sus goteras quedaba la tierra de nadie. En aquellos tiempos bizarros, en la plaza se capaban a los negros y a los indios que no aceptaban vivir en los campos de concentración, llamados reducciones. Se les dejaba morir de inanición atados a un cepo. Para colmo los brujos y chamanes aseguraban que San Pablo fue construido sobre un cementerio indígena y que tarde o temprano iba a ser devorado por el fuego.

También se creyó que todo se originó cuando el alcalde del crimen, el oidor Pedro Gómez de Andrade mandó a descuartizar vivos a cinco jóvenes por liberar al capitán Cristóbal Contreras, injustamente amarrado a un cepo para que lo devoraran los mastines come negros. Sin embargo, la mayoría de las personas creen que todo se debe a la muerte de Inmaculada, una niña que falleció envenenada por una hostia consagrada que le dio un sacerdote durante la misa. Las posesiones son la señal de que la sangre inocente reclama venganza.

Capítulo 9

Una vez más cuando parecía que el pueblo volvía a aburrirse en la calendas dominicales, a entretenerse en sus noches largas con los relatos de califas y mercaderes; cuando el único fantasma consuetudinario empezaba tomar auge en el prestigio, sobrevino una epidemia de tics. Un ciego le contagió un parpadeo a un vendedor de pescado y al atardecer a todo el pueblo le parpadeaban los ojos. Los secaderos, las fraguas, las tiendas, los mercados fueron barridos por el huracán del maleficio. Más tarde, un pastor de cabras murió por combustión espontánea cuando, sin motivo aparente, quedó envuelto en extrañas azules que no desprendían humo, ni olor. Fue evidente que era obra maligna porque sus cabellos y otras zonas quemadas no quedaron siquiera chamuscadas. Lo que más intrigó a los pobladores fue la muerte repentina de animales de granja. Un día amanecieron 666 animales muertos a los que le fueron arrancaron los genitales. A una piara completa de cerdos y un verraco, le arrancaron las entrañas y las dejaron esparcidas alrededor del pueblo. Algunas personas dijeron haber escuchado un grito agudo que procedía de varias direcciones al mismo tiempo. Otras aseguraron que el suceso fue obra del Maligno, porque cientos de huellas de pezuñas atravesaban el pueblo pasando incluso por encima un granero.

Para los creyentes no había duda. Se trataba de un asedio diabólico y el padre debía enfrentarse con el Maligno. Manosanta

presionado por una procesión de devotos y armado con una horqueta curva, que tenía el nombre técnico de tridente de Paracelso, inició su campaña. Mientras las beatas esparcían incienso y los murmullos de sus rezos se extendían victoriosos, el padre pinchaba en los lugares donde se creía estaba oculto el diablo. A éste no le quedó más remedio que batir las alas en el emparrado del traspatio y salir volando como búho. Sin embargo, las epidemias siguieron: hubo de ladridos, de acusaciones, de gemidos, de eructos, de rumores de aullidos, desmayos y confesiones.

Manosanta resistió con el ceño fruncido las sublevaciones del inconsciente colectivo. Sobre todo después que recibió del obispado una carta en la que le negaban el permiso para exorcizar, porque en esta diócesis la plaza de exorcismos, era un cargo vacante, **Sed etiam** le sugerían que esperara hasta que trajeran desde Panamá un **Manuale Exorxismorum** vigente en la Iglesia desde el concilio de Trento. Le recomendaban redoblar sus esfuerzos teológicos con relación a las mujeres porque esta *"es la puerta del diablo"* como indica Tertuliano.

Le informaron sobre los tres criterios de posesión, a los que tenía que recurrir para confirmar las versiones de los feligreses. Manosanta lo interpretó como un rasgo de censura. *"Pronunciar palabras en lengua que ignore, revelar cosas distantes u ocultas, manifestar una fuerza superior a su edad o a su condición natural"*.

Además las autoridades del episcopado introdujeron una cláusula que era una insinuación, le arrojaban un manto de duda sobre su sacerdocio.

"No se combate al demonio luchando contra él, se combate al demonio uniéndose a Cristo por la fe". Finalmente le solicitaron que no estuviera estableciendo relaciones de causas inverosímiles —como un sacrilegio— con los actuales acontecimientos, sin duda motivados por una sugestión colectiva del esquema existencial **"culpabilidad-reparación"** acrecentado por la

prolongada falta de sacerdotes en la parroquia. Por lo demás **"también hay que dejar sitio al misterio de Dios, con la dignidad que se merece".**

No hubo nada para que su actitud pudiese ser interpretada como falsa mansedumbre. En procura de no interponer obstáculos a la marcha normal del mundo, ni a las indicaciones del dedo episcopal, en silencio se lamió las llagas de la derrota. Sin embargo, inspirado en las palabras del apóstol **"insiste a tiempo y a destiempo, corrige, reprende y exhorta"** trató de seguir los pasos a todas las miasmas maléficas, a pesar de tener los pies juanetudos y rayados por los hongos. No obstante la advertencia, Manosanta se procuró más lecciones de exorcismos, *y* que según sus inferencias en San Pablo Viejo se desplegó una imaginería infernal que parecía escapada del tríptico del *Juicio Final* del Bosco. Era como si en el pueblo cayesen los diablos que Peter Brueghel, el Viejo, pintó en *La Caída de los Ángeles Rebeldes.* Estaba seguro de que todo era motivado por un sacrilegio que refulgía ante los ojos Dios.

Mientras Manosanta buscaba las causas del asedio diabólico, la trampas de innumerables tentaciones y los espíritus impuros se multiplican en los pórticos. El Maligno fue visto con ojos de fuego y cola de rata en el establo de José Tovar; con cuernos de buey o de carnero en la finca de José Patiño en forma de cerdo o de jabalí negro en los potreros de Ospina Chaparro. Fue visto en el camino real en uniforme militar de gamuza, entorchado con gorras de flecos y envuelto en una polvareda de oro. Pronto fue un Satán multiplicado en los racimos del miedo; ya que rechinaba en los goznes de las puertas o en las gallinas que no ponen; y se encontraba en los insomnios o en los reveses de la fortuna, en la belleza de las mujeres o en la mala digestión. El diablo era desde el dragón de siete cabezas, que atormentaba en sueños al chinito José Torrealbo Osorio Osorio hasta el fantasma consuetudinario de Cristóbal Contreras que pedía asilo en la casa parroquial.

En medio de la extraña epidemia de espasmos, Manosanta tuvo que recurrir a su tonel de agua fría, a las maceraciones y sabañones el zurriago; al ayuno y a la fortaleza espiritual de San Antonio porque intuyó un ataque demónico en forma de alegorías detrás de las confesiones. A pesar de que ya no experimentaba la inseguridad que brota de la reglamentación de la vida espiritual, seguían resonando en su mente las sutiles advertencias de la carta del obispado que firmaba un tal José Clavel:

"No excluyo la posibilidad de un auténtico estado de posesión, pero hay que ser siempre prudente ante semejantes fenómenos. Afirmo que sólo Dios, puede habitar al hombre. El demonio puede asustarle, acosarle, cercarle, estrangularle e inducirle a pecar, pero nunca habitarle.

Le sugiero que recuerde que nadie puede pronunciar legítimamente exorcismo sin el permiso oficial del Ordinario. Sería conveniente un informe de los prodigiosos acontecimientos para su santidad, el Obispo".

Capítulo 10

Sólo la carta bastó para desatar en él los sentimientos más contradictorios. La indignación, el reproche, la culpabilidad y la autocrítica infectaban su conciencia. Imaginó que iba a pasar otra noche turbada, sin embargo pensó que estos soterrados fantasmas del autoritarismo no se pueden compaginar con una actitud cristiana.

Pues vaya, tenía que pasarme precisamente a mí, que en vez de estar exorcizando, persiguiendo y expulsando al Maligno, debería haberle dado muestras de comprensión y de amabilidad.

—Contrariado barre un amontonamiento de escarabajos de fuego cuyo titilar luminiscente, amarillo-verdoso, no lo dejan ver. Quizás el padre Celano tenía razón —piensa como reproche justificativo— cuando decía que por esta sumisión a la autoridad, los sacerdotes por el afán de no cometer jamás un pecado cargan con el pecado grande: el de no haber vivido una vida verdaderamente suya. Por eso se preguntaba con insistencia: ¿De dónde viene el carácter específico religioso del conflicto? Concluyó que si bien es cierto que no puede exorcizar, la carta obispal no dice que no puede investigar. Contrariado, aparta con la mano una cruz de plumas que flota en el aire y recuerda la última ola de confesiones y denuncias contra el Maligno.

—Padre, alguien saquea las flores de mi jardín.

—Seguro que es el diablo.

—Sí padre. Hay huellas de pezuñas.

—De una buena limosna los domingos. Rece, dos credo, tres Avemarías y un Padrenuestro.

—Padre, todas las noches entra el diablo a mi cama y me posee.

—¿Ha probado cerrar la puerta o darle con un palo?

—No, padre.

—Hágalo. Rece tres Avemarías y un Padrenuestro y camine de rodillas dos calles en la procesión de Santo Domingo.

—Padre, alguien me tiró un maleficio. No me puedo deshacer de un olor a grajo o a chinche de monte que me persigue por todo el pueblo. Deme un desembrujador o un perfume.

—Ayune. Dé una buena limosna los domingos. Diga un Credo, tres Avemarías y un Padrenuestro y báñese todos los días.

—Padre, deseo averiguar si ciertos resoplidos entrecortados durante acto... son síntomas de posesión diabólica.

—No hija, es la pasión.

—¿La pasión es diabólica?

—No hija, es humana. Pero por si acaso dé una buena limosna los domingos.

—Padre, algo malévolo va a ocurrir.

—¿Cómo lo sabes?

—He visto a las ratas, las comadrejas, las serpientes y otras criaturas subterráneas abandonar sus madrigueras y alejarse del pueblo. Las vacas abren las patas y se acomodan en la superficie de la tierra como buscando un mayor punto de apoyo. Los perros, ladran, los lobos aúllan y los gatos corren frenéticamente de un lado para otro. Además se han acentuado los malos olores. Tal vez es el tiempo que palpita o es que de seguro andan merodeando los liberales.

—Rece dos Avemarías y un Padrenuestro y dé una buena limosna los domingos.

—¡Padre! ¡Padre! El diablo se quiere llevar a mi Martín venga por favor. Tiene una semana de estar gravemente enfermo.

El padre se apresura. Media hora después, está ante el lecho del moribundo. Pero el joven como de unos 16 años, está muerto. Frente a la apenada familia el padre le coloca una mano encima de la frente. Sopla, lo llama por su nombre. "¡Martín! ¡Martín!" Se arrodilla y reza. Al cabo de un rato Martín se despierta molesto y dice que ha estado en el cielo con su madre, muerta hace 2 años y que quiere volver allí. Martín se disgusta acremente con el padre.

—El cielo es un lugar hermoso —afirma angustiado. La familia conviene en que si el joven insiste en morirse, entonces que se muera. El padre lo acomoda, tal como lo encontró.

—Está bien —le dijo—, vete en paz y sé bendito.

Tras esto el joven no se muere. Manosanta lo intenta tres veces sin éxito. Finalmente el cura en medio de improperios y otros alardes contra el desaire, tuvo que volver a su parroquia.

—**A falta del diablo es bueno el padre** —le gritaban.

Capítulo 11

Atareado logró mitigar el clima de temor engendrado por su propia inseguridad ontológica porque un padre debe ser inmune a la decepción personal. En esas cavilaciones estaba cuando escuchó un murmullo. Pensó que eran las inexactitudes de su memoria; luego fue un rumor que fue creciendo en sus modestas dimensiones. Intuyó el revoque de un barullo. Entonces vio asombrado a una mujer que traía un joven adolescente engrilletado a un cepo. El joven expresaba quejidos inarticulados con la mirada. El padre hizo un esfuerzo complementario de cordialidad.

—Padre soy una mujer abrumada por el demonio —dijo con énfasis y midiendo la reacción del párroco—. Me paso la noche en blanco y con una intolerable opresión en el pecho. Repito mis oraciones muchas veces, pero el diablo me distrae con imágenes obscenas. Me controlo . Vuelvo a repetir las letanías y me acometen deseos tremendos, que domino. Me enrolllo en rosarios y escapularios por todo el cuerpo. Aun así siento que se me mueve allá abajo. Finalmente trata de obligarme a pecar con la masturbación. Pero me controlo.

El padre se sintió desamparado, oscuro lúgubre, pero guardó silencio.

—El diablo de la masturbación, no pudo conmigo. Pero este chiquillo ahora está poseído por ese demonio.

La mujer hace una pausa, lo mira. El joven cierra los ojos y ella le da un golpe en la cabeza.

—Lo sorprendí masturbándose.

El padre mira el rostro del joven quien está aterrorizado y avergonzado; tiene la cara contraída con un gesto de dolor.

—No sé cómo pretende ser sacerdote. Explíquele padre que los elegidos para servir a Dios no se masturban.

—Efectivamente —dice el padre, un tanto nervioso—, algunos jóvenes nos dan problemas pero…

—Dígale padre lo que le sucede a los jóvenes que se masturban. Dígale padre que la masturbación es una peste demoníaca, más destructiva que el sarampión, que la guerra o el sarampión. Dígale padre que la masturbación es el elemento desencadenante de la vejez, de la epilepsia, de las enfermedades dorsales, del reventón de los pulmones, de la muerte súbita y de toda alteración física y emocional. Dígale padre que...

Le vuelve a pegar con más fuerza. El padre intervino. Le dijo a la mujer que lo soltara para darle consejos. Le quitan los grilletes. Pero el joven sigue con la misma expresión de dolor.

—¿Usted, padre, cree que esta poseído por Asmodeus? —La mujer le agarra la cara al joven y se la restriega.

—No lo creo —se apresura a decir el padre—. No se preocupe señora; yo se lo aconsejo.

El joven no dice nada, pero sigue con la misma expresión de dolor.

—¿Te duele algo? —le pregunta el sacerdote. El muchacho mira a su madre y con temor responde negativamente con la cabeza.

—Está bien señora, puede dejarlo un momento que voy a hablar con él a solas.

La mujer se retira, pero el alivio del padre fue fugaz porque vuelve de inmediato. Llama a su hijo. Le pide que se baje los pantalones y antes de que el padre pidiera el amparo de Dios, la mujer le quita un imperdible que el muchacho tiene atravesado en el prepucio, por encima de la cabeza del pene.

Capítulo 12

—Padre, vengo a confesarle que el diablo anda suelto.

—¡Suelto el diablo! —exclama— Dios mío!, ¿cómo es eso? —interrogó el padre con sorna.

—Sí, padre, creo que está escondido en la conciencia del capitán Teófilo Pérez Romero.

—¿Cuentame hija, qué te ha hecho el diablo, o mejor dicho el capitán Teófilo Pérez Romero?

En estas noches me levanté para ver por qué era que estaban ladrando tanto los perros. Abro la puerta de viaje. Me asomo y veo que en el patio hay muchos soldados tendidos. Me tiro para dentro le aviso a mi mamá y a mi dos hermanos que andan unos soldados por allá fuera. Me meto debajo de la cama. Siguen los perros ladrando. Empiezo a sentir nervios. No me puedo parar. Entonces oigo la voz de un oficial que me grita.

—¡Cuándo vas a salir hija de la gran puta!

—¿Así te dijo? —la interrumpe el padre.

—Sí padre. Dios mío, padre, cuando oí la reciedumbre de esa voz casi me desmayo. Después supe que era el capitán Romero. Cuando salió mi mamá, le dijeron que la cosa era conmigo. Tomé mi tiempo para salir. Me puse los caites. Me paré en la puerta y el gentío ya estaba en el alero. Me apuntaban con sus armas.

—¿Cómo te llamas? —me gritaron—. Me llamo Hortensia Pineda para servirle a usted —les dije:

—Entonces es a ti a quien andamos buscando.

—Allí mismo me empezaron a golpear: me dieron en la cara, en el pecho en el estómago, me tiran sobre un montón de leña. En todo esto no tocaron a ninguno de mis hermanos. La cosa era conmigo. Me preguntan entre golpe y golpe que dónde tenía las armas, que cuántas armas tenía, que quiénes cuidaban a los guerrilleros liberales. Le dije que yo no sabía de qué me hablaban. "Mira" me dijo el capitán dándome un golpe en la cara, "a mí me gusta golpear mujeres. Que yo soy hijo de mujer". Me pateó de nuevo. Mi hermano trata de intervenir y el capitán le dispara en la pierna. Por suerte sólo le rozó el muslo.

"Lo único que queremos es que nos digas lo que queremos saber. Y nadie sale herido". El capitán le apunta a toda mi familia. Ellos gimen y lloran y yo no sé de ninguna arma.

—Me han dicho que ayudas a los que andan en la leva.

—Mire —le digo— yo vivo a la orilla del camino y me dedico a vender comida. La gente que venga a mi negocio y me, diga "llevo hambre" y pueda pagar, aunque sea frijoles o lo que tenga, yo le doy de comer. Si ustedes algún día pasan por mi casa y me dicen "llevo hambre", también les doy de comer. Me preguntan por mi marido. Y les digo que no sé dónde anda.

—Al parecer el tullido tiene pata de perro.

—Les repito que no sé dónde anda. Él acostumbra a salir de casa sin decirme dónde anda y yo acostumbro a no andarle preguntando, porque no me interesa, es la pura verdad. Entonces fue que me llevaron presa.

—¿Porqué le dicen tullido? —interrumpe el padre.

—Porque tiene un pie romo. Sus amigos le dicen ***el escolopendra.***

La mujer empieza a llorar; el padre la consuela y le dice que no ha pasado nada, que debió ser una equivocación. Por eso ahora está libre.

—¡Qué va, padre, si todavía no le cuento! —Hace una pausa.

—Sigue hija —le insta el padre.

—¡Siete veces me violaron! Dígame si esto no es obra del diablo.

El padre queda estupefacto.

El mismo día que llegué, a la madrugada, varios de ellos se llegaron dónde me tenían y me violaron. Como no me dejaba empezaron a golpearme, me moretearon las piernas, los muslos, los brazos, me dejaron toda moreteada. Hicieron conmigo muchas barbaridades. Estuve presa tres días y se llegaban todo el día. No sabe padre lo horrible que es sentirse así. Porque no es lo mismo que uno se vaya a acostar con su marido. ¿Padre, me escucha?

Una voz temblorosa y entrecortada le responde que sí.

—Antecito de que me metieran en la celda sacaron a una muchacha y le dijeron que estaba en libertad. Iba sangrando y agarrándose de las paredes y los palos para irse a su casa. Al tercer día cuando venían a violarme después de varias veces y yo no aguantaba más, me rebelé con el oficial. Qué se están creyendo ustedes de mí —les digo—. ¿Acaso me agarraron en el camino real o soy una prostituta? Yo soy una mujer casada; tengo 5 hijos y todos son de mi marido Carlos Inocencio Zúñiga. Y si es cierto que ahora estamos separados, no es cierto que me voy a dedicar a la prostitución. Así que dígale a los demás policías que no se metan en mi celda, que ya no los aguanto. No dijo nada y me enllavó. Al rato trajeron a otra mujer y me soltaron. No sé qué pasó, pero creo que fue algo que dije.

Capítulo 13

Nicolás Buenaventura reza pensativo para disipar la confusión que se ha apoderado de los hombres. Trata de recobrar la calma. Piensa detenidamente para superar una sensación de aislamiento, soledad y abandono. Recordó a su madre. Era hijo ilegítimo de una madre católica que a sus 18 años había tenido que sufrir la ambigüedad de unos principios morales que condenaban como pecado mortal, las relaciones sexuales fuera del matrimonio y el aborto. Abandonada por su amante y dejada a sus propias fuerzas, agarrándose al único valor que le quedaba, llevó adelante su embarazo como testimonio público de su deshonra, asumiendo que su hijo era su sacrificio más grande. Él ha tratado de orientar su vida hacia los demás de la manera más provechosa posible, pero para cumplir con los consejos evangélicos de la pobreza, la castidad y la obediencia, tienen que lograr vencer a la eterna amenaza de degeneración que pende de sus objetivos vitales. Este sentimiento le permitió comprender el valor que tenía para él buscar seriamente la verdad del hombre. Descubrir la verdad era la ratificación de su ser, el encuentro consigo mismo. Para él, el verdadero programa evangélico era vencer al diablo a pesar de las reticencias y de los reparos episcopales. Luego se durmió. Primero soñó que un enjambre de luciérnagas terminaba su temporada de apareamiento en su habitación. Más tarde, que el Obispo lo acusaba de simpatizar con los árabes infieles, porque en uno de sus sermones ha-

bía insinuado que la astucia era uno de los atributos de Dios. En la madrugada, volvió a soñar con la mancha de agua en las paredes y se despertó conmocionado. Esta vez el sueño fue más claro. La mancha de agua crecía y él trataba de secarla, pero la mancha desprendía la pintura y el adobe. La pared cedía y se inundaba el cuarto. De pronto, se encontró en medio de una muchedumbre que vociferaba alrededor de dos mujeres que luchaban sobre el lodo. **Sancta María ora pro nobis.**

Capítulo 14

El alcalde decidió desafiar al maleficio que había sometido a su electorado, a una esclavitud tan abominable. Heliodoro Prudencio Nepomuceno Ritter tenía la cara una especie de rictus nasal como si estuviera oliendo algo sucio; aunque él mal olor no existiese, el olía y husmeaba. El rictus se le acrecentaba cuando le daban intensos dolores intestinales o cuando veía a algunos de sus rivales políticos. En secreto le resultaban excitantes los excrementos y algunas cosas en estado de putrefacción. Por eso su negocio era una inmensa piara de puercos y una curtiembre que atenazaban con sus malos olores a los que no tenían las apetencias olfativas del aflautado Nepomuceno. Su cara era la máscara de un ser hastiado. En medio de ella, una inmensa nariz enrojecida por él morapio de los toneles hacia que se alternaran las mocosidades y los pelos hirsutos en el contexto de las viejas heridas de viruela. Sus subalternos decían que no podía reír y que tenía una mano muerta en la que amarraba un rosario que temblaba cuando promulgaba órdenes o vituperios.

Seguido por los distinguidos mayorales del pueblo quemó cohetes en la plaza. Leyó un decreto alcaldicio donde ordenaba a la ciudad abandonar el empacho moral y las zozobras que traen las ideas extrañas a la comunidad. Sus palabras eran respaldadas por la amenaza pecuniaria de una multa de tres pesos para los posesos; dos para los danzantes y de uno para los atribulados por alguna aparición.

En eso estaba cuándo su ceño fruncido empezó a decrecer y la mano muerta a menear el rosario; poco a poco empezó a sentirse gelatinoso como una medusa con los filamentos encarnados en el agua; se le enredó la lengua en difusas vaguedades y antes de desabrocharse la insignia alcaldicia, antes de pensar que se trataba de un vaho o de procurar bajarse de los coturnos del poder, vio fosforescencias y sintió que la baba abría las velas en su boca con un tremolar de gallardetes.

Sus acólitos le ofrecían reverencias y pañuelos empapados en agua de colonia, pero ya era demasiado tarde, porque a pesar de su compostura y regio empaque, entre eructos y ventosidades el alcalde terminó danzando en círculos, estrujado por tembleques y contorsiones. El pueblo asombrado vio su ancho regazo rodar haciendo gestos inoportunos e inferiores; la muchedumbre casi aplaudió las acrobacias que parecían los coletazos de un pez fuera del agua. Fue el hazmerreír del pueblo. Su suplicio terminó cuando una anciana le dio tres paraguazos por ridículo.

El alcalde, instalado en su butaca, con una flor a guisa de escarapela, sombrero calado y rascándose la barriga, pensó que la presencia del diablo se debía a que en el pueblo habían muchos liberales. En medio de su discurso semanal ideó que todo el barullo se trataba del ataque inusual de un diablillo liberal que se soliviantaba contra el poder del Santo Padre y la autoridad del gobierno legítimo del presidente de Colombia, Rafael Núñez (alguien oportunamente le susurró al oído que ése ya no era el presidente de Colombia). Volvió a repetir la frase. Se trataba de un ataque inusual de un diablillo liberal que se soliviantaba contra el poder del Santo Padre y la autoridad del gobierno del presidente de Colombia. Hizo una pausa pidiendo el nombre con la mirada, con movimiento de labios le indicaron que era Miguel Antonio Caro, cuando lo dijo con énfasis y en voz alta para limpiar su error de los oídos políticos. Le volvieron a recordar que no era Caro, sino Manuel San Clemente, alias la momia egipcia, porque estaba muy viejo y era manipulado por Caro.

Otro de sus asesores dijo tratando de desacreditar al primer asesor, que éste había sido reemplazado, en medio de un espectacular golpe de manos por el vicepresidente José Manuel Cayetano Marroquín Rícaurte Moreno y Nariño, alias Gonzalo Gonzáles de la Gonzalera o Pedro Pérez de Perales, quién a su vez estaba muy viejo, y le decían doble Momia porque era manipulado por su hijo Lorenzo Marroquín, alias la sombra. Volvió a repetir que se trataba del ataque inusual del Santo Padre contra el gobierno legítimo de un diablillo liberal que se soliviantaba contra las marullerías del presidente de Colombia, sea quien sea, coño, y ya no me digan que desde que inicié el discurso volvió a cambiar y es esta añagaza la que le traba la lengua a Heliodoro Nepomuceno Ritter, o sea, yo ¡Mierda!

El alcalde con la cara torva y el rictus nasal alborotado miraba y olía al auditorio que esquivo, eludía su mirada y se reía entre dientes. Sabía que tenía que tomar una medida extraordinaria que hiciera olvidar su **lapsus linguis.** Que podía ser un nuevo impuesto, no podía, porque en San Pablo Viejo hasta el cacareo de las gallinas tenía un gravamen municipal. Se olió que este enredo de nombres no podía ser más que el preludio de otra guerra civil ¡Eso es, estamos en guerra!. Entonces fue cuando emitió su famoso decreto en que le prohibía a los liberales salir de sus casas.

Muy pronto en San Pablo Viejo las sombras fueron bocas desdentadas; el chirriar de los grillos, alaridos terribles; el sollozar de los recién nacidos, un desgarrar de anatemas; los murmullos, oscuras profecías y malévolas imprecaciones; las sombras de los cocoteros, las cabezas de los decapitados en la rebelión de los Contreras dos siglos atrás. El sol ardiente, el fuego del infierno; el olor de las violetas, el rastro de los muertos. Al anochecer los transeúntes echaban a correr y nunca terminaban de persignarse. Creían ver tras de sí, el crujiente ejército de los diablos y esqueletos que forman el séquito de la muerte, tocando la trompeta del Juicio Final. Y si tenían la suerte de eludir

este cortejo fantasmal, su pecho era oprimido por un inexplicable desasosiego, ya que de repente podían encontrarse con el alcalde o con una partida de negros alguacilados, dirigida por el jefe de la policía, Teófilo Pérez Romero, que con desmedidos alardes de fervor, le sacaba la confesión a tiras, a quien le oliera podía prestar oídos a las diabólicas ideas liberales o tuviera algo de valor encima.

Capítulo 15

En San Pablo Viejo no habían liberales, el único que quedaba era Avelino Rosas que había participado en la revolución de 1885 contra el traidor Núñez. No salía de su casa no por el decreto alcaldicio, sino porque se estaba muriendo. Agonizaba a ratos, pero detenía con un gran esfuerzo de voluntad, el último suspiro. El viejo Avelino Rosas decía, tratando de velar el misterio de su larga agonía, que todo puede deberse a su poca habitual experiencia de morirse. Tenía la fantasía de creerse casi inmortal. Recordaba que cuando tenía 5 años murió de fiebre tifoidea. Después de certificada su muerte lo enterraron. Esa misma noche su madre soñó que Avelino se daba vueltas en la tumba y dormía con las manos bajo la mejilla. El padre le dijo que esto le ocurría porque ella no aceptaba la muerte de su hijo. A la noche siguiente volvió a soñarlo mismo. Esta vez vio cómo el niño se revolvía forcejeando para escapar de su mortaja. Desesperada en camisón y semi-desnuda fue al cementerio a cerciorarse, aunque tuviera que exhumar el cadáver ella misma. El enterrador se mostró de acuerdo para apaciguar a la desesperada mujer. Al abrir la tumba el niño yacía exactamente como su madre lo había soñado. Se lo llevaron al médico para que lo reanimara. El niño después de ser frotado con chirrisco, un aguardiente clandestino, movió lo párpados y vivió 90 años.

Ahora sus familiares, abrumados por la tristeza trastornados por la enfermedad del en otra hora enterrado, vieron día a día cómo el cáncer le había carcomido el estómago, produciéndole

dolores intensos e insoportables. Lo extraño era que a pesar del rigor de la enfermedad Avelino no deseaba morirse, como era normal, por lo que todos se encontraban desorientados, ante la conducta del moribundo.

Extraños sucesos permitieron deducir que esta vez, sin duda, la muerte andaba cerca. Una parvada de garzas de patas rosadas se precipitaron a tierra sin motivo aparente. Se llegaron a contar 23 en el patio de la casa. También los vecinos pudieron observar una extraña lluvia que al amanecer caía sólo en la casa del moribundo. Era un aguacero de 250 metros cuadrados. También surgieron pequeños manantiales en el patio y en las paredes de la casa. Pero los indicios más auténticos de la muerte eran los que padecía el hombre. Avelino tenía dificultad para tragar; intensas dolamas le venían con vómitos y dificultades respiratorias. Su hija, que había encanecido en dos meses, le limpiaba las mucosidades de la boca y le humedecía los labios con una esponja. La respiración le había cambiado varias veces durante la noche. Sudaba mucho y aumentaba su incontinencia urinaria.

—Cada vez se hace más irregular —decía Briseida; hace una pausa de varios segundos y vuelve a comenzar—.

Pero las exequias y el velorio estaban en ascuas ya que siempre se posponían para el próximo día.

Avelino Rosas nunca quiso aceptar que se estaba muriendo. Cuando le dieron el diagnóstico grave de cáncer en el estómago no quiso dejar de tomar Caucho Negro, un conocido ron procesado en sus propios alambiques. No mermó, además, su afición a la carne ahumada. Buscó una segunda y una tercera y hasta una cuarta opinión antes de afrontar la realidad. Sin embargo, se atrincheró en una falsa sensación de jovialidad. Pidió el divorcio y hasta quiso casarse de nuevo. Su convicción era tan fuerte que todos empezaron a fingir y se vieron involucrados en una penosa conspiración: celebraban las continuas mejorías del paciente. Su delgadez era una victoria contra la gordura, y su tez amarillenta una nueva forma de lozanía.

Cuando perdió el control de las cosas y dependía del todo de los demás, sus familiares comentaban en voz alta la habilidad del moribundo para insinuar órdenes y deseos con la mirada. Cuando todos presentían la inminencia de la mala hora don Avelino Rosas, el viejo liberal, masón y revolucionario, los sorprendió al encontrar una nueva certidumbre en el más allá para no ceder a la inminencia de la muerte en el más acá.

—Esta vez ha empezado a desvariar —dijeron sus hijos alarmados—. Dice que se sale del cuerpo.

Entonces decidieron llamar al sacerdote para que le suministrara los santos óleos.

Los alaridos y maldiciones de Avelino se escuchaban en todo el pueblo con tal fuerza emocional que mataban a las gallinas y a los puercos de los alrededores en un santiamén. El cáncer originó una herida en la ingle con supuraciones malolientes. A veces sangraba, no de una manera peligrosa, pero sí lo suficiente para asustar a su hija. A pesar de que se hallaba débil, física y emocionalmente, a pesar de que estaba hastiado de que sus vestidos olieran mal o que estuviesen empapados de sangre, no deseaba la muerte. Atrincherado en una poderosa fe por la vida, decidió resistir y se negó a recibir al sacerdote porque podía ser un pájaro de mal agüero.

Nicolás Buenaventura sabía que tenía que prepararse para una lucha de ideas y convicciones con el moribundo, que era un masón redomado y bruñido en las contiendas dialécticas. Supo de él en los tiempos en que arreglaba la parroquia. Discutieron sobre la idea de Dios finalmente. Le dio unas donaciones significativas y le pidió que le guardase unos toneles de sal en la casa parroquial. Antes de entrar, Briseida, la hija menor, le rogó que no le hiciera saber a su progenitor que se estaba muriendo.

—¿De verdad parece diferente?, —preguntó Manosanta mientras miraba con el rabillo del ojo la habitación donde estaba el camastro del viejo. Briseida esquivó la mirada del cura avergonzada por la locura de su padre.

—No. Es el mismo de siempre, excepto por el asunto de abandonar el cuerpo, —respondió sin convicción.

Manosanta entró decidido a tener una conversación honesta y abierta. El viejo estaba sereno, recostado cómodamente sobre almohadas de plumas. Su experiencia le indicaba que para hablar de la muerte es bueno dejar que el moribundo exprese su interés sobre el tema.

—Realmente me puso muy triste saber lo que te está sucediendo, —dijo el sacerdote.

Tus familiares saben lo que has sido capaz de resistir y eso los tiene un poco alterados.

El viejo lo miró; Manosanta intuyó simpatía en esa mirada pero se mantuvo en silencio.

—Te vas a encontrar bien —continuó tratando de no empeorar las cosas—. Sé que ibas a la iglesia cuando podías hacerlo y que dejaste que le inculcaran a tus hijos el catolicismo.

El moribundo se volteó. Pensó en lo que le dijo el padre y recordó que sólo había ido a la iglesia un domingo de Ramos, detrás de una mujer. Viendo sus actitudes elusivas el cura sospechó que Avelino Rosas estaba solo y cargado de responsabilidades en medio de la muerte. Sin embargo, no le dio al enfermo la opción de cancelar la conversación.

—Me han dicho que te ha ocurrido algo extraordinario.

—No es nada —respondió el viejo sorprendiendo a Manosanta con la fuerza de su voz—. Sólo le contaba a Briseida que he salido de aquí y dejado durante un rato este viejo cuerpo.

El viejo buscó la perplejidad en el rostro del cura, pero este no soltó prenda emocional.

—¿Y dónde has ido? —inquirió Manosanta intentando comprender lo que Avelino le estaba tratando de decir.

—He regresado a la vieja finca de Santa Cruz donde crecí. La casa todavía es de ladrillos rojos y la hiedra esta curvándose alrededor de la ventana.

Avelino Rosas refirió muchos detalles de la granja; dio indi-

caciones para que fuera apuntalado el portal que se estaba cayendo. Allí vivió 15 años. Fue feliz bañándose de nuevo en el río. También se refirió a sus vidas pasadas. El trance de la muerte le permitió recordar que había sido boticario en Egipto. Sacerdote en la conquista española y pescador de merluzas en Alejandría. El padre creyó que desvariaba. Sin embargo, algo le llamó la atención. Dijo que se encontró con Inmaculada, la hija del boticario Ulpiano Sencial, que murió hace 15 años envenenada por medio de una hostia consagrada.

—Inmaculada viene a visitarme todas las tardes a las seis y me dice que moriré cuando sea la hora.

Manosanta pensó que este énfasis contenía un reproche. No entendía la banderilla ideológica que le clavó con eso de la hostia envenenada. Sin duda como la muerte es un acto solitario, don Avelino se consolaba con la imaginación de seres sobrenaturales, fantasías vitales y viajes extracorporales. Sin duda desvariaba, pensó.

—¿Quieres confesarte, Avelino?

—¡No,! —respondió el viejo—. Estoy tranquilo con mi conciencia.

—Menos mal —dijo Manosanta—. Pero ahora estás viviendo algo nuevo, algo espiritual —insistió calculando las emociones que subyacen en la respiración del moribundo.— Me pregunto si estarás en lo cierto, al no confesarte —insistió Manosanta previendo una victoria contra la masonería. Vio los esfuerzos del viejo tratando de convertir en palabras sus pensamientos.

—Creo que morirse es potestad de todos los hombres —dijo en medio de un acceso de tos—. Cuando decida morirme te... te... mando... a... llamar...

Manosanta guardó silencio. Con su experiencia sabía que ciertos moribundos se dan cuenta de que morirán más apaciblemente si se reconcilian consigo mismos.

—Dicen —continuó don Avelino, con voz imperceptible—, que el diablo anda suelto por San Pablo Viejo.

Manosanta vio que el viejo lo miraba con gran intensidad y movió la cabeza afirmativamente; presentía que el viejo deseaba cambiar el tema.

—¡Bah! —exclamó el moribundo—, lo que hay que soltar en el pueblo son unos cuantos maridos.

Manosanta con resignación vio cómo el viejo exhibía una radiante sonrisa. De repente se mostró intranquilo. Se enderezó y pidió al cura que le arreglase las almohadas. Parecía que tenía problemas al respirar. A continuación se echó para atrás y cerró los ojos.

—Requiscat en pace —murmuró Manosanta.

El padre pensó en sí mismo. Que le quedaban muchas cosas que aprender de la muerte, que iba a usar bien el tiempo que le quedaba de vida y que agradecía haber participado directamente como testigo en la muerte de un hombre que había luchado hasta el último momento. Compungido siguió realizando diligente sus ritos fúnebres: asperjeó su famoso hisopo, rezó algunas oraciones; esperó un momento para recuperarse emocionalmente. Vio de cerca el cadáver del viejo para cerciorarse. En la casa todos intuían lo sucedido y ya estaban listos para comenzar la llantarria, pero cuando Manosanta terminó, Avelino Rosas, con voz tenue y adormilada, le pidió al padre que cuando saliera, por favor, no le dijera a su hija que se estaba muriendo.

Capítulo 16

En medio de una recua de 20 garañones y de una tristeza capaz de provocar cualquier desgracia, León Eiseric, amigo y socio de Phillipe Bunau Varilla, llegó a San Pablo Viejo guiado por un negro que añoraba su lejana Martinica. Llegó exangüe y desganado, con la sonrisa arrobada, malhumorado y desdeñoso, tratando de encontrar, como un escarabajo que sorbe savia, el último rescoldo de un vino que había perdido su sabor. Como si fuera un rito, frío y sórdido, volvió a repensar por enésima vez su situación acuciante desde el vendaval desatado por la quiebra de La Compañía Universal del Canal Francés, hasta su llegada a este pueblo miserable que lo hundía en una desgracia, de la que tal vez nunca podría recuperarse.

León Eiseric era un ingeniero que laboraba en la construcción del canal de Panamá. Cuando la fiebre amarilla y la falta de fondos paralizaron la obra se fue con Phillipe Bunau Varilla a un periplo por el mundo. Se conocieron en la Ecole Polytechnique. Después de caminar 5 años por la Rue Descartes y de vestir uniformes azules muy ajustados, con espadas al cinto y bicorne napoleónico, entraron a Des Ponts et Chausses donde se graduaron de ingenieros al servicio del Estado. Allí fue donde Bunau Varilla lo convenció de participar en **La gran aventura de Panamá.**

Al llegar fueron destinados a la sección pacífica, donde enfrentaron las crecidas del río Chagres y los aludes del cerro Cu-

lebra. La obra era lenta y la naturaleza intentaba desembarazarse de los hombres que profanaban sus entrañas. León Eiseric odiaba al conde Ferdinand de Lesseps porque le confió la dirección de la obra a los financistas como a Jules Isidore Dingler y no a los ingenieros como él o Phillipe. Para ellos la obra del canal no era más que una maquinación para las inversiones. Asombrado fue testigo de fraudes ocultos a la sombra de la propaganda y la ingenuidad de los hombres. Durante la obra todo se compró a precios exorbitantes y todo se vendía a precios ridículos. Se trajeron 15 mil palas para remover la nieve en medio de la selva tropical; se compraron dos toneladas de plumas para escribir los informes de las obras; se importaron 15 mil linternas para celebrar la finalización de la obra 10 años después. Cuando la quiebra era inminente se compró un buque de vapor que debía colocarse por medio de poderosas grúas en un enorme recipiente de concreto, el cual se debía llenar de agua hasta que el armatoste flotase para ser fotografiado. Éste debía dar la impresión de que ya estaba terminada una sección del canal. Lo que serviría a la propaganda para aumentar el número de accionistas que invertirían en la obra. El barco después enmoheció en medio de la selva.

Para colmo, cuando todos los ingenieros estaban dispuestos a **"jurer sur la tete de quelqu'un"** que la única forma de salvar la empresa era cambiando el proyecto a un canal por esclusas, como decía Bunau Varilla, el terco de Ferdinand de Lesseps insistía en un canal a nivel. Por eso, como un eparca en función de sumo magistrado, que ha de ejercer la justicia sin tener en cuenta las circunstancias, ni las hipotéticas consecuencias, destituyó a todos los ingenieros que patrocinaban la idea. Sobrevino la quiebra.

Los dos amigos se fueron al Congo Belga, cubiertos de polvo y torturados por las moscas, a construir un ferrocarril. A marchas forzadas y trajeados con gabarra militar, ampliaron los ríos navegables en Rumania. Obligados por los debidos honores y el dinero, llevaron sobre rieles la civilización a Portugal. Y cuan-

do la vida los había premiado con el ingenio, la calvicie, la intrepidez, el buen gusto, la riqueza, el desamor compraron las acciones del periódico **Le Matin** y fueron derrotados en unas elecciones al Congreso. Nostálgicos y azorados por el hambre de aventuras, después de agotadoras meditaciones escribieron el panfleto PANAMÁ, LE PASSÉ, LE PRESENT, LA'VENIR.

Su vida fue apacible, profanada acaso por algún chirriar de tacones en la iglesia del Sagrado Corazón o por el penoso castigo de la hospitalidad de embajadores y príncipes extranjeros que, fingían interés por sus aventuras, cubiertos con piel de onagro, en el ventoso altiplano de Anatolia o por los relatos sobre los chinos en Panamá, quienes abrazados, esperaban decorosamente la marea alta para unirse con los veteranos dioses de Asia. Su vida fue apacible hasta que otra vez Bunau Varilla se volvió a contagiar con la fiebre del canal y le convenció para que viajara a San Peterburgo a venderle la patética ficción, a un príncipe idiota, de que el Canal de Panamá era el complemento del Ferrocarril Trans-Continental Ruso. A su regreso, Eiseric encontró a Varilla desaforado; atribulado por ciertos temblores de labio; presa de una inusitada agitación de manos y furias interiores, como si hubiese comido arroz indio sin condimentar. Frenético blandía una noticia publicada en **Le Matin.** La expresión de su mandíbula rompía el equilibrio del rostro; su frente demasiada ancha parecía un gran plano; sin embargo, la pequeñez de los labios, los gestos nervudos y la expresión de sus ojos no le quitaban su aspecto aceitoso. León Eiseric intuyó que era conveniente usar el lenguaje de la prudencia para no quedar convertido en cenizas bajo el ardor de aquella mirada.

—¡Ves!, —vociferaba Varilla—. Estados Unidos, mientras guerreaba con España, envió al acorazado Oregón, anclado en la bahía de San Francisco, para que reforzara sus tropas en el Caribe. ¿Y qué pasó? ¡Tuvo que darle la vuelta al mundo!

Con el relato de Varilla, Eiseric se imaginó al **Oregón** como un imponente navío de tres mástiles ondeando y rechinando so-

bre las olas como una veloz liburna tras los piratas sarracenos. Lo vio atravesar el Bósforo, atestado de luces intermitentes. El buque era ahora una galera aparejada para el combate, con una proa de bronce en forma de serpiente. Más tarde, atestada de gringos, la nave causó estupor cuando recalaba en Constantinopla y con el espectáculo encendido enfilaba, por fin, la proa rumbo al cabo de Hornos.

Este barco demoró desde el 19 de marzo hasta el 26 de mayo en darle la vuelta al cabo de Hornos y llegar al Caribe, exclamaba Varilla.

—¿Cuánto tiempo fue? ¿66 días?, ¿tres meses? ¿La eternidad? No importa. Es suficiente para que los españoles hayan aprendido a usar cubiertos o hayan inventado el fuego griego. ¡Hubiera demorado menos si los hubieran desarmado y transportado en medio de la selva!, —vociferaba Varilla aduciendo autoridad.

Eiseric imaginó al presidente de Estados Unidos, Teodoro Roosevelt como el capitán español don Gil Gonzales desarmando el acorazado para subirlo en las espaldas de los nativos subyugados; atravesar la selva inexpugnable; luchar a brazo partido con los indios levantiscos y proclives a la sublevación; hacerle frente a cientos de ataques con flechas envenenadas con ponzoña de serpiente. Llegar a la playa; regresar a rescatar a los soldados prisioneros; rearmar el acorazado; hacerse a la mar, sobrevivir a un tifón del Caribe; llegar a Cuba; ganar la guerra y posesionarse de las islas Filipinas, Guam y Hawaii.

—Ves, los americanos necesitan el canal más que nadie. Lo necesitan para su expansión militar—, volvió a repetir, mientras daba vueltas en la redacción de **Le Matin.** Eiseric casi queda sordo por el ruido de la sangre que se precipitaba por las venas de su interlocutor.

Varilla lo cercó con una osadía de halagos, que sonaban como una tromba de címbalos. A riesgo de herir su susceptibilidad, lo comprometió con una expresión azarosa, **¡Merde!** La que tuvo

que repetir mientras extorsionaba a los antiguos accionistas de la Compañía del Canal y exaltaba las supersticiones del progreso de un tal Gustave Eiffel. Sepultado bajo la pesada piedra de la amistad, Eiseric se vio amenazando a los antiguos directivos de la Compañía, prisioneros en mazmorras de lujo y realizando más de 60 transacciones con las víboras de varios sindicatos de financiamientos. Después de gastar las suelas de sus zapatos en un laberinto de pasillos, escalinatas, salones, patios y terrazas, luego de exaltar el buen sentido de la conveniencia, fundaron **La Compagnie Nouvelle du Canal de Panama,** no sin quedar atribulados de antemano por la retahíla de vicisitudes e incertidumbres que les iba atraer su nuevo empeño: tratar con colombianos, que le pisan la sombra a la intriga e intentar revocar la decisión del Congreso de los Estados Unidos de construir un canal por Nicaragua. Mientras Phillipe Jean Bunau Varilla descansaba en la habitación 1162 del hotel Waldorf Astoria, en Nueva York, León Eiseric, maldiciendo el día en que aprendió español, llegó a San Pablo Viejo imaginando que se iba a hundir en el pantano de la desidia infinita. Supuso que, en circunstancias semejantes la gente se inclinaba al masoquismo y que ese día lo iba a recordar cuando fuese el gran sacerdote del culto. Satisfecho por su ironía y tratando de justificar su propia impotencia, se mordió la mano.

Capítulo 17

"León Eiseric en San Pablo Viejo, compró una casa que nadie quería porque estaba embrujada", escribió después con entusiasmo a Monique Clemant, su secretaria. Poco a poco se dio cuenta que era cierto. Su cerrojo de seguridad de 60 combinaciones se abría solo; la llave daba dos vueltas y sólo tenía una; las lámparas a sus espaldas se encendían solas; cuando abrían un cajón de la cómoda sus enseres habían desaparecido; un olor a papel de Armenia se sentía en su dormitorio, un baúl con las novelas de Enrique Sue se esfumaron. En su lugar encontró paja seca, acaso una fantasmagórica forma de crítica literaria.

"Esto es fabuloso" decía para confortarse así mismo y entusiasmar a Monique que era aficionada a lo esotérico. "Encuentro huellas de pies en los manteles recién puestos. Escucho una respiración jadeante y ronca en las sábanas sucias; debajo del piso corren las aguas de un río subterráneo. A veces me despierto con la sensación de que alguien orina sobre mí, pero cuando abro los ojos me decepciono porque estoy solo". Finalmente le rogó que trajera junto con la correspondencia un libro sobre la histeria ***Les Demoniaques Dans L'Art*** de un tal Charcot y el del doctor Legue: ***Urbain Grandier Et Les Possedes de Loudum***. "Además creo que me voy a volver masoquista", le dijo "por lo que te voy a dejar patearme o pisotearme". Lo más importante concluyó, "era que San Pablo Viejo era un pueblo

limpio" donde no había ningún caso de muerte por malaria, ni las calles están infectadas de basura de toda especie, no hay carroñas de gatos, perros o caballos, ni cadáveres de chinos o negros putrefactos como en Panamá. Este pueblo no es como Colón, el gran criadero del mal, donde pululan ratas de un tamaño descomunal. Además tiene telégrafo.

Sin embargo, tras su entusiasmo, ocultó lo que en verdad le preocupaba; no eran los espíritus, sino los informes sobre las negociaciones con los políticos colombianos y las discusiones en el Congreso de los Estados Unidos, para saber si los americanos retoman la construcción del canal por Panamá. Sabía muy bien que si ellos no pueden vender las acciones de la compañía, tenían que salir huyendo, en el mejor de los casos, para Ulan Bator en Mongolia, donde tenían unos albergues para montañeses. Y en el peor, tenían que resignarse a vivir como anacoretas en el universo grotesco de la pobreza. Su preocupación llegó a tal grado que una mañana amaneció calvo.

Al que no le fue bien con los espíritus fue a Maurice Romaine Rocor de Millot, el empleado antillano, a quien había sorprendido tomándose el vino de champagne. Al pobre le cayeron unos bultos en el pie durante la mudanza, un caballo lo pateó en las nalgas y no pudo sentarse en una semana. Un cuerpo invisible se le acostó encima, aplastándolo a tal grado que casi lo asfixia. Pidió permiso para hacer un altar a un tal Ogún Badagri. Los conocimientos de Millot sobre los ritos eran tan escasos que Ogún no quería venir del país de los prodigios por una invocación tan pobre. Ogún quería un pollo.

Siguió martirizado por los accidentes y por un sueño recurrente donde centenares de perros eran metidos en la bodega de un barco y luego lo tiraban a él como alimento de los canes y escarnio de los negros levantiscos. Cada vez que invocaba a Ogún, que estaba mal del oído, lo llenaba de furúnculos. Un día quedó chamuscado durante el ritual, según contó, muchos fuegos fatuos corrían como chispas dentro del cuarto.

Una semana después, tras varios intentos de comunicación espiritual salió poseído por el dios, dando tumbos y retumbos por toda la casa mientras vociferaba: **“Debías darme de comer con más frecuencia. ¡Habrase visto! Descuidar de este modo a un dios. ¡Perro maldito hubiera podido convertirte en un ser privilegiado, pero no has sido atento conmigo! ¡Te destruiré! Perderás la memoria de lo que eres. No sabrás donde estás, ni qué haces. Ahora conocerás mi poder. Recuerda mentecato yo sólo te pedía un pollo. Ahora voy a enterrar en lava ardiente a tu querida Martinica.**

¡Yo sólo quería un pollo! ¡Sólo un pollo! Y tú te dedicas a robar una insípida champaña. Un pollo, sólo un pollo. ¡Te enteras sin vergüenza! Y me despiertas para ofrendarme un trago, un miserable trago, como si no supieras lo lejos que viajo alrededor de la tierra. Necio, mil veces necio, te dije que sólo quería un pollo. Un pollo ¡coño un pollo!”

El hombre hacía como si alguien le estrujara la cabeza contra el piso y quisiera estrangularle. Luego se quedó quieto, miró estúpidamente a León Eiseric, que seguía aferrado a la indiferencia y a su mal humor. Le rogó por amor a Ogún que le diera un trago.

—Todo este espectáculo por un trago —vociferó Eiseric—. Te finges un Dios y crees que te voy a dar un trago. Crees que me vas a atemorizar o a sugestionar. Yo no le temo a los muertos, ni a los fantasmas ni a los diablos, aunque existieran.

Eiseric agarró al dios Ogún a periodicazo limpio. Con un ejemplar de **Le Libre Parole** lo acorraló debajo de un escritorio. Entonces fue cuando se desató tirándole pequeños objetos domésticos: la vajilla y el armario; los cubiertos de plata y los bonos de lotería de la Compañía del Canal.

—Le temo a los vivos —clamaba frenético— le temo a los hombres, le temo a la ciudad de Panamá. Le temo a la fiebre amarilla, a la malaria, a la fiebre tifoidea, a la viruela, a la pulmonía, a la disentería, al beri beri, a las mordeduras de serpientes.

León Eiseric tomó una botella de vino para tirársela a Ogún "¡Merde!" exclamó, "cosecha de 1875". Dio media vuelta y fue a buscar un sacacorchos. Desde la cocina continuó con su afición a Descartes:

—Sabes a qué le temo —dijo con tono interrogativo. El Dios no decía nada. Se oye el ruido característico de cuando se abre una botella de vino—. Le temo a la insolación y a la intoxicación de alimentos en mal estado.

Ya más calmado sin tratar de **marcher sur les pieds** del Dios, comentó que sólo estas enfermedades mataron en Panamá, en 1885, a más de 50 mil personas. Se frotó el lóbulo de la oreja y se puso la mano sobre el corazón.

—¿Sabes quién es el diablo? Es Ferdinand de Lesseps —dijo con un ligero énfasis.

Eiseric buscó a su interlocutor que estaba mudo como un arpa debajo de los escombros. Entonces fue cuando su rabia **prendre son pie.** Levantó la cabeza y exclamó:

—El miserable de Lesseps es un **punais, que L'avois dans le nez.** Habló ante la prensa del **supuesto** azote mortal de Panamá. Inventó que se trataba de gastritis y ordenó que no se llevaran estadísticas de los muertos. Si no existía la enfermedad, tampoco existían las víctimas ¡Por eso, peor que el diablo es la estupidez humana! Crees que tus invocaciones me atemorizan. ¿Sabes quién era el que escribía los obituarios de los franceses muertos? ¡Yo! ¿Sabes quién iba a preguntarles en su lecho de muerte sus generales y la dirección de sus familiares en Francia? **¡Moi!** ¿Sabes que eran tantos los muertos que hacían falta camas en los hospitales, por lo que a los moribundos se les colocaba todavía con vida dentro de ataúd? Entonces era que se daban cuenta que no era gastritis y lloraban silenciosos. Los negros ¿sabes qué pasaba con los negros?, ni siquiera llegaban a los hospitales, se les tiraba en las zanjas y se esperaban a que se murieran. Luego se usaban las fosas como basurero. Sufrí un ataque de nervios, me embarqué para Francia para asesinar a Lesseps, pero

me ataron en el camarote durante toda la travesía. Me creyeron loco. Todo iba bien en Panamá. Pero cuando Ferdinand Martín denunció a Cornelio Hertz, y Jacques de Reinach fue ajusticiado por accionistas estafados, el imbécil de Lesseps se hacía el viejo moribundo. Todos se enteraron del crak de Panamá, pero en el momento de impedirlo nadie me dio crédito. ¡Nadie me dio crédito! ¡Nadie me creyó! ¡Nadie! ¿Me oíste? ¡Nadie! —gritó León Eiseric agarrando del suelo los retazos del periódico—. Ahora se me cae el cabello de los nervios. ¿Dónde está **merde**? exclamó Eiseric mientras buscaba a quien apareció debajo de un aparador. ¿Quién eres? —le preguntó—. ¿Maurice Rocor de Millot o el Dios de Martinica?

—¡Un trago de champagne, por favor! —suplicó el garzón.

Eiseric sirvió dos copas de vino de la cosecha de 1875 y brindaron por La France.

Capítulo 18

Un día Vilma Tenaura Rivas Grott, a la postre concubina del alcalde, pidió asilo en la casa parroquial. Era una casa antañona, formada por una de estancias, muros enmohecidos y yesos leprosos. Dando a la plaza del pueblo, estaba el despacho del cura.

—Demasiado grande para un hombre solo —murmuró.

Toca la puerta con la aldaba, y espera. No se oye respuesta. Impaciente se estruja las manos.

—Enseguida voy —dice Manosanta.

Busca las llaves en los bolsillos de la sotana, que están atestados de luciérnagas luminiscentes. El sacerdote se limpia las impregnaciones de ferasa, sustancia que hace que los insectos irradien una luz titilante. Una pequeña reverencia. Entra. Caminan por el largo pasillo. La mujer sumida en bajos humores, trata de ocultar el rostro. El cura sin fijarse en este detalle calibra lo sorprendente de esta visita. En cierta modo distrae de las miserias con que el diablo suele atribularlo. Pero esposa del alcalde lo agraciaba, sin anunciarse, con la noble cesado su visita era un indicio de que algo importante ocurría. Acaso morado sea propicio a la sinceridad, pensó el padre.

El viento sopla a ráfagas, pero el golpeteo de una ventana no apaga ecos de unas voces desesperadas. Se oyen golpes en la puerta. El párroco, que es medio sordo no oye nada.

—Han llamado —le dice Vilma Tenaura sin entrar en asunto.

—Espere un momento —le dice, el padre—, vuelvo enseguida. Le muestra una sala de estar.

La mujer trata de ocultar el rostro golpeado.

—Santo Dios, que pensará el padre —musitó. Silencio. Luego ruidos de pasos alrededor.

Aguza el oído. Le llegan los retazos de una conversación ahogada en llanto:

—No podemos más, ¿señor, qué hemos hecho nosotras?

Ruidos sordos, llantos nuevos gritos de desesperación. El diablo le quiere cortar la lengua porque sabe mucho sobre la muerte de Inmaculada. Vilma Tenaura no resiste más. Con indecible apuro se asoma y Manosanta la llama. En medio del pasillo una mujer vestida de negro es presa de convulsiones.

—Pronto, deme algo para que no se muerda la lengua.

La otra mujer se rasgó el pañolón y le metió una parte en la boca.

—Suéltala demonio, que la fe me ha hecho adulto, —gritaba el cura mientras agarraba el cuerpo de la mujer por los hombros y la joven la tomaba de los pies.

—¿Cómo es eso que sabe mucho sobre la muerte de Inmaculada? —pregunta Vilma Tenaura, preocupada.

—Parece usted asustada —comenta el cura.

—No. No estoy bien.

—No se preocupe que voy a tratar de ayudarlas a ambas —dijo mirando el ojo amoratado de la mujer.

Manosanta empezó a hacer señales de la cruz en todo el cuerpo de la convulsa. En la cabeza, en los ojos, la garganta, el abdomen, en las piernas. “Yo te exorcizo demonio. ¿Cómo se llama?” —interrogó Manosanta. La mujer joven oculta tras un pañolón negro respondió temblorosa que el diablo se llamaba Malhecho.

—Yo te exorcizo demonio malhecho y te ordeno en nombre de Cristo.

La agitación de la convulsa era muy grande.

—Voy a necesitar una hostia consagrada —le dijo Manosanta a Vilma Tenaura.

Le indicó con los ojos que estaban en su oficina. Salió corriendo por el amplio corredor. Pero una niña ya le traía las hostias consagradas. Se las dio y desapareció en seguida la mujer regresó casi de inmediato presa de una extraña sensación.

—Gracias —dijo Manosanta extrañado por la inusitada prontitud—. Ya las traía la niña.

—¿Cuál niña?

—La que viste de blanco.

Antes de que el cura replicase que allí no vive ninguna niña, es interrumpido por la exclamación de la posesa que era presa de convulsiones. De inmediato el padre entró en materia.

—¡Yo te exorcizo, demonio malhecho y te ordeno en nombre de Cristo, por la virtud de su pasión, de su muerte en la cruz, de su sangre vertida y por el poder de la resurrección, que salgas del cuerpo de esta mujer!

—Ernestina —musitó la otra, adelantándose a la pregunta del cura.

El rostro de la mujer se endureció. El cura le acercó la hostia consagrada y el cuerpo de la mujer alcanzó su paroxismo total. Se retuerce, se contorsiona, chilla de un modo inhumano y lanza una gran cantidad de vómitos malolientes y defecaciones nauseabundas. A pesar de que no mueve los labios habla en lenguas extrañas y profiere sacrilegios contra el padre. Lo amenaza y le vaticina que morirá durante una terrible explosión y que sólo le sobrevivirá la mano.

—¡Vete que Jesús ha vencido! —gritó el cura. El demonio ruge ensordecedoramente; rugió tan fuerte que el cuarto vibró con los sonidos; luego se escuchó un gorgoteo en los intestinos y la mujer empezó a toser. Cesaron las convulsiones y pronto se recuperó a pesar de que tenía un poco de fiebre.

Ernestina López no es muda, pero no habla desde la muerte

de Inmaculada hace 15 años, le recordó su sobrina. Dijo que ambas vivían en San Miguel de la Culebra. Un pequeño caserío en las afueras de San Pablo Viejo y que en las últimas semanas, desde la llegada del padre, el diablo le quiere cortar la lengua. Al padre le intrigó esta coincidencia y sobre todo la alusión a Inmaculada. Era la segunda vez que la asociaban con las extrañas posesiones que asolan al pueblo. Como pudieron sentaron a Ernestina en una silla cerca de la ventana. Cuando se enteró que la señora que ayudaba al padre era la esposa del alcalde, las manos y las rodillas le temblaban. Con los bordes de una túnica negra se limpiaba el sudor y murmuraba: ¡Malecho! ¡Malecho! ¡Malecho!

—Si vuelven a sentirse mal vengan de nuevo.

La mujer, un poco más calmada, no recordó nada de lo ocurrido, pero igualmente se mostró agradecida.

—¿Es el diablo? —preguntó Manosanta interesándose en el ojo de la mujer del alcalde.

—No. Es Nepomuceno.

Capítulo 19

El niño Heliodoro Nepomuceno todavía no había sido bautizado, a pesar de que tenía más de nueve meses. Entonces empezó a mostrar algunos síntomas que su madre juzgó como resultado de un mal de ojos. No podía dormir ni de día, ni de noche, por lo que era necesario acunarlo entre las manos o alzarlo en brazos para que durmiera. El niño lloraba sin remedio. Hacía que sus padres se levantaran 15 ó 20 veces en las noches. Cuando lo cargaban se dormía, pero al dejarlo en la cama comenzaba a gritar y a golpearse la cabeza. Le pusieron una bacinilla a modo protector, pero los alaridos aumentan. La situación es intolerable. El padre, Francisco Nepomuceno Ritter, un hacendado próspero de origen colombiano, culpa a la madre. Sufre de accesos de cólera y golpea al niño. Es poco probable que se pueda calcular el infierno de aquella conciencia. Piensa que vive rodeado de enemigos y que los huele en el ambiente. Por eso golpea al niño para que su llanto no los delate. Había sido militar y en su casa sólo debe escucharse crecer las uñas de los muertos. Recurre al trabajo incesante en la porqueriza para atemperar su angustia, siempre intensa. La madre decía que no era posible acunar al niño porque las cunas eran muy caras; no conocían a nadie que pudiese prestársela. En el fondo lo repelía. Creían que si movían la cama llamarían la atención de los vecinos. Eran una pareja que parecían esconderse de algo. Cansados le hicieron un camastro donde el niño continuó con su llan-

to incesante, rodeado por la hostilidad de sus padres y acosado por el traguito de valeriana con siete espíritus. Todo cesó cuando fue bautizado con el nombre de Heliodoro Nepomuceno Ritter, pero ya toda una cadena de resentimientos silenciosos llegaban hasta él.

Una empleada le permitió organizar actitudes normales y calmar sus tensiones internas, con relación al sueño. Le enseñó a no orinarse en la cama y le reprendía cuando lo encontraba torturando domésticos o ensimismado en sus habituales juegos piromaníacos. Lo único que el niño tenía de sus padres eran sus olores y éste sabía diferenciarlos. El olor a excrementos y a piel curtida semi-putrefacta era el de su padre. Olía a humedad de tanto acarrear agua, para ablandar, hervir y teñir cueros. Olía como si sobre su piel hubiese una selva de mohos. Su madre olía agrio, a un agrio matizado con un tenue olor de esencias florales, disfrazado de trementina y colonia venteconmigo. Su olor era como el de un espeso caldo hecho de aromas de jabón y tufos de grasa, envueltos en efluvios de salvia y fideos. Este olor era el que más conocía y el que más odiaba. La interfecta lo sometía a una vigilancia obsesiva, ya que como era asmático, lo despertaba varias veces durante la noche para cerciorarse que no estaba muerto. Luego exhalaba un fatigado resuello de enfado. Sin embargo, el pequeño Heliodoro Nepomuceno sobrevivió al sarampión, a la disentería amebiana, al cólera, a las lombrices solitarias del tipo tenia saginata; a la soledad, a la desatención, a su madre, a la viruela y al ántrax maligno. Los Ritter con el tiempo consideraron prudente volver a Colombia. En el pueblo se había desatado una epidemia de llagas negras, purulentas y hediondas. El boticario Ulpiano Sensial aseguró que ésta era la enfermedad propagada por los curtidores de cuero que trabajaban con los Ritter. Se dijo que, el coronel había traído a San Pablo Viejo la enfermedad para ganar la guerra de olores.

El pueblo olía a verbena y eucaliptos en enero; a cinamomo y campánulas en febrero; en marzo, a magnolias y

albahacas; a limón y geranios, en abril; a flores de azahar en mayo; a bergamota, a cipreses y limones en junio ¡Ah, qué olor el de julio! un olor de rosas encarnadas. El olor de agosto era un olor a jazmín y narcisos; olía a romero, en septiembre; a ciruelas amarillas y alheña recién cortada, en octubre; el noviembre olía a bálsamo de estoraque y esencia de clavel; en diciembre olía a incienso, mirra y margaritas que dejaban un oleaje apacible en el corazón. Pero desde que llegaron los Ritter el pueblo no olía, sino que apestaba todo el año a un repugnante olor a podrido. Era un olor indescriptible que podía generar náuseas. Era una combinación de heces, vómito, aliento alcohólico, humores corporales y mohos de encierro. Era un olor a heridas que supuran. Era un olor que se metía tan profundamente en la conciencia que no abandona la mente una vez percibido. Era un olor que impregnaba las cosas y ya no podían volver a ser limpiadas. Era el olor del mal que todo lo traspasaba con su espada infinita.

El olor de la desgracia fue motivo de muchas desdichas; fue la piedra de toque para todos los actos perturbadores de la vida cotidiana de un pueblo que perdió su aromosa limpieza. En los jóvenes nacía el apetito pecador cuando iban a buscar en el cercado ajeno, no el fruto temprano y verdiñal, sino un acopio de olores; el olor del ramaje retoñado, el olor de carne frutal, el olor de la pulpa zumosa. Las huertas fueron asoladas y quedaron sin hojas como si hubieran sido visitadas por hormigas bíblicas. Con las hojas hacían emplastos que metían debajo del sombrero porque imaginaban capturar el olor de la piel doncellosa cuando está lisa y velludita. Otros hacían atadijos desesperados de flores de acequión buscando un arbitrio que los redima del poder de las inquietudes, o se bañaban en vinagre la nariz, o llenaban los rincones de las casas con pomposas macetas de hortensias y lirios, o abren las puertas para que pasara el aliento de la huerta renacida, o las cerraban para que no saliera el olor a humo de buen guiso.

Una vieja asegura que con el tiempo el mal olor agrada y se transforma en un hedor grato y embriagador que sería aspirado con voluptuosidad. Otra mujer se encoleriza. Le grita que ella tiene una nariz perpetuamente fruncida por la constipación. Por eso tiene la cara triste y llena de disgustos. La persigue y se trenzan de las greñas. Entran los maridos y salen a relucir los cuchillos; luego los amigos y pronto hay dos bandos de macerados y cortados en el tumulto. Poco a poco aumenta la antipatía y el disgusto, hasta que seguido de una turba de mujeres desaforadas, el boticario logró cerrar la curtiembre antes de que los malos olores motivaran una guerra civil.

El coronel Francisco Nepomuceno Ritter, habituado al ejercicio de las armas, a las prácticas de cegamiento, aficionado a contemplar familias quemadas, niños muertos y violados, y otras malignidades de su carácter, atemperó los rigores de su rabia regresando a Tolima para incorporarse a la vida militar. Volvió presuroso a la exaltación de la sangre, al retumbo de los cañones, a la tortura y a los alaridos de terror, causados por los hierros de marcar ganado cuando quemaban la carne humana. El coronel muy diligente le enseñó a su hijo que era mejor fiarse de la confesión bajo tortura, que de las adulaciones de los amigos. Que los únicos liberales decentes eran los que estaban muertos, y que la mejor lección política era la de la tierra arrasada.

El joven Heliodoro Nepomuceno, durante una partida que dirigía su padre para arrasar una aldea liberal en Cundinamarca, secuestró a Vilma Tenaura Rivas Groot. Se sintió atraído por sus malos olores. A pesar de que la cautiva prefería la muerte, la sodomizó a la luz de la hoguera que iluminaba el campamento. El furor fue sacado de lo hondo. Por encima del rumor de la conversa, los soldados oyeron los quejidos apasionados y las impúdicas agitaciones. La tomó como esclava para salvarle la vida, luego seducido por sus gemidos la hizo su mujer. Para que el ejército no la reclutara como catadora de hombres, escribió una carta en forma de suplicatorio al coronel, su padre, con el

endeble pretexto de requerirla como sirvienta. Éste le ordenó que de inmediato terminar su afición a esa mujer.

Antes de que la entregara a las reservas de consolación y se abandonase a las furias del reproche, la partida fue emboscada. Tras ásperos duelos con el enemigo, Nepomuceno, el joven, tuvo la presteza de escapar haciéndose el muerto. Su padre no tuvo tanta suerte. Murió en su ley. Fue fusilado y quemado. Heliodoro soportó la emoción de sentir el acre olor de su carne quemada, sin embargo, no resistió cuando su padre fue troceado y sus restos puestos en salmuera para ser alimento de puercos. Entonces, cuando emprendió un callado cruce del río, descubrió que la mujer lo seguía. La miró lleno de sospechas. Su rictus nasal y su mirada torva eran los indicios emocionales de la tentación de matarla. Pero como la pasión es una enfermedad tan contagiosa como la peste, la llevó consigo al fin del mundo.

El fin del mundo se llamaba por ese entonces San Pablo Viejo, un poblado marginal en el extremo oeste del departamento de Panamá, donde fue expulsado cuando su padre fue derrotado en la guerra de los olores. Al llegar a su terruño se dedicó a la cría de puercos, a curtir cueros y a las actividades políticas. El pueblo volvió a cambiar de olores. El olor a podrido invadió el aire, los pulmones, la voluntad y los sentimientos. La oleada apestosa enardecía y escaldaba la conciencia. Los habitantes del pueblo iniciaron la resistencia en esta nueva confrontación odorífica volviendo a llenar sus casas con ramos de albahaca; a sembrar hierbabuena; a cultivar jardines; a machacar ámbar, granos de almizcle, y tubérculos de lirios para mezclarlos con raíces de valeriana o esencia de espliego para elaborar un perfume casero e impregnar sus vestidos. Sin embargo, esta vez Nepomuceno no dio muestras de querer retirarse al interior de Colombia. Puso las empresas más hediondas. Compró el puesto de concejal y muy pronto ejerció como gamonal del senador conservador José Domingo de Obaldía, quien requería de sus servicios para organizar algunas partidas para desalojar comu-

nidades indígenas; obligar a pequeños propietarios a vender o emigrar. Desde entonces, se formó la idea supersticiosa de que los malos olores eran el presagio de alguna desgracia.

Cuando nació su hija Justina Nepomuceno Ritter, nueve años después, Heliodoro Nepomuceno era ya alcalde. Pero todo fue un torvar la cara y un vizquear de ojos. Tragando ansias, la aceptó a pesar de que "también era hombre". De la rabia sufrió un ataque de apoplejía que le dejó una mano muerta, le acrecentó su rictus nasal y es el motivo, sin duda, de sus fuertes dolores de estómago. A pesar de las protestas de la madre la trata como si fuera un hijo, la viste con cafilas de señoritingos y le riñe a su madre por no saber educarla. La controla mucho, para que no pierda la circunspección, para que no salga sin miramientos, ni se aficione al murmurar de colaterales. Nepomuceno Ritter está obsesionado por el olor de las heces de su hija. Controla sus deposiciones y celebra su tamaño, la consistencia y su olor. La niña debía guardar sus deposiciones para que su padre las viera. La madre sospecha que la niña conoce la debilidad del padre por los malos olores y trata de motivar el interés de su padre por medio de las heces. Vilma Grott es presa fácil de la pequeña cólera que sufre una persona herida por la falta de consideración. Pero como ella tiene temor a un contagio microbiano se aleja de este rito familiar. La niña pone en juego la seducción de la sinceridad. Dice la madre que siempre habla de heces gruesas y enormes que le causan dolor. Se ha vuelto experta en hacer retroceder sus heces. Bloquea el ano y mediante un movimiento que contrae el abdomen, el busto y los hombros, consigue redefecar a contrario.

Justina Nepomuceno Ritter es una niña de sociedad. Tiene 25 años y será reina por decreto de su padre en las fiestas del café. Va a misa con vestidos orlados de encajes. Es bonita, astuta y cecea cuando habla. Eructa y tiene fantasías escatológicas. Su madre espera con ansiedad una revolución para ver si alguien se anima a secuestrarla. Hace poco empezó a sufrir mo-

lestias estomacales. Y a sentir que alguien la mira cuando se introduce objetos en el ano para sacarse las heces endurecidas por la constipación. Aún así está experimentando la regurgitación por medio de movimientos de la faringe, el diafragma y el abdomen. Cuando vomita rumia un resto y se lo traga después. Cuando lo hace tiene la mirada vacía, está ajena al mundo y abandona cualquier otra actividad. Finalmente fue objeto de una posesión diabólica en la iglesia. La cual le indujo un estado de catalepsia. La que la dejó recluida en sus habitaciones a merced de su padre.

Capítulo 20

Un día Vilma Tenaura Rivas Grott, azorada por el ambiente familiar se marchó de la casa y pidió asilo en la parroquia. Llegó acompañada de unos cuantos adminículos personales: encajes, brocados, teteras de plata, jarras, tazones, candelabros, cortinas, marmitas de bronce, escotillones, cristalería, tapetes, mesas de sándalo y otros enseres de uso cotidiano. El alcalde la hostigó por espacio de un mes. Vilma Grott se enmuralla. Nepomuceno Ritter amenaza con quemar la casa parroquial. Entonces Manosanta intercede. Negocian. Ella vuelve si Nepomuceno desiste de los juegos escatológicos con su hija y acepta firmar un contrato matrimonial donde conste la frecuencia de relaciones sexuales que deben realizarse a temperatura ambiente. Esto incluye la petición de no fumar puros en la cama; la negativa total a realizar actos contra natura la renuncia a los malos olores; además de penas pecuniarias a las faltas de este arreglo. Vilma Tenaura Rivas Grott quiere imponer la costumbre indígena de bañarse todos los días, asegura que el alcalde huele peor que cien bueyes almizcleros; lo que es lo mismo decir que huele peor que la boca de un excusado o peor que todas las curtidurías juntas. Insiste en que la quiere dominar por la fetidez. Exuda ajos y cebollas, tiene olores acres en los pies; se echa pedos de repollo viejo que sólo se disipan si enciende la lámpara de parafina. Para una mujer acostumbrada a los usos normales de la vida esto es insoportable Nepomuceno

accede. Intercambian dos versiones del contrato. Vilma Tenaura pone a Manosanta como su testigo de bodas. Heliodoro Nepomuceno Ritter acepta sin chistar pero su mujer pronto descubrirá que en el rictus pensativo del alcalde los compromisos tienen gloria efímera.

Heliodoro Nepomuceno Ritter a menudo se imaginaba agente de Dios. Desconfiaba de los hombres de la Iglesia. Hacía un esfuerzo para mantener el orden social y moral como alcalde. Además es fama, decía, que los sacerdotes duermen enroscados en los brazos de otros o poseen una bolsa llena de una mezcla de almizcle y cuerno de rinoceronte. Son astutos y maquinadores. Son tramposos, cafires, y por andar ensotanados no tienen temor de Dios. Tienen tanta ira en su corazón que son capaces de comerse sus propios genitales y, sobre todo se aprovechan de las jóvenes, que postradas ante el altar, dicen sus oraciones. En un santiamén las dejan pelanduscas. Son indecibles sus esfuerzos por mantener a su hija lejos de la iglesia, pero ahora por la mala influencia de su madre, se volvió beata por eso ahora está postrada en una cama casi al borde de la insania.

Si hemos de ser veraces, Heliodoro Nepomuceno Ritter no era un tipo descomunal como aseguraban las bolas de la oposición. No tenía las manos como pala de remo, tórax de luchador de sumo. Ni sus espaldas y brazos eran un muestrario ambulante de músculos. Es más bien esmirriado. Una tarde Manosanta vio entrar a un hombrecito rechoncho, bajo de estatura, con la cara llena de viejas heridas de viruela, nariz enrojecida, aire apresura y envuelto en una actitud de indisimulable vanidad. Los pocos feligreses que había salieron diligentes. El hombre dijo ser el alcalde. Con criterios firmes e irreductibles, se quejó de las campanas porque lo despertaban; se quejó del órgano. Se quejó de los cantos en los rezos, porque le perturbaban el sueño. Se quejó de las alabanzas los domingos y de las misas a media noche. Y sobre todo, se quejó de que su hija frecuentase la iglesia.

—Ya la iglesia no es como antes. Ya no usan el cuchillo de castidad.

Manosanta sorprendido denegó que en la Iglesia, alguna vez, se usasen tales recursos.

—O será que ya se olvidaron de la historia de Abelardo y Eloísa —replicó el alcalde:

—Abelardo, un monje medieval que se dedicaba a meter la mano en el justillo de Eloísa. No se supo cómo cuatro hombres se apoderan del monje y con un cuchillo lleno de herrumbre lo caparon, quitándoles todo deseo de abochornar la castidad.

—Eso ocurrió hace más de 800 años —contesta Manosanta—, y no fue obra de los hombres de la Iglesia, se trata de una novela. Hoy el cuchillo de la castidad no corta la carne sino que traspasa el alma con la conciencia de la culpa.

—No importa —afirma el alcalde, aduciendo autoridad y mirándole directamente a los ojos—. No estoy seguro de que San Pablo Viejo sepan el año en que vivimos.

Capítulo 21

Heliodoro Nepomuceno Ritter estaba convencido de que la paz social no había sido perturbada mientras él administraba el bien y el mal. Los últimos años habían sido perfectos. Desde que llegó el cura con su paño de viejo epistolario hay un olor sulfuroso que los tiene a todos alarmados. A pesar de que le ha puesto a la gente telarañas en los ojos; a pesar de la gravedad de domine y del aire doctrinal de sus sermones, el padre sigue bajo sospecha de ser la causa del retaco, el endemoniamiento y los barullos que conforman el capítulo de las desgracias que asolan al pueblo.

Esto es así, reflexiona excitado. Porque los curas son vasallos de la protervidad. ¿Acaso no hubo una estampida de cabras el día que él llegó? ¿Acaso no hubo estrellas de cola larga en el cielo? ¿Y una epidemia de posesas? Ahora se pasea por el pueblo con un bulto empedernido que rebota huesudamente con su vida oscura, con su hábito pobre, con sus paños de túmulo y de púlpito, como si fuera un ángel de salud y no hubiera nada malo en el mundo. ¿Por qué permite Dios que estos escorpiones vivan? ¿Por qué no muere redoblado por la bubas de sus vicios? impreca el alcalde presa de un estremecimiento de nervios y de un extravío de sangre que le deja la cara enrojecida de la rabia. Desde su llegada las conspiraciones contra el poder y la autoridad se han incrementado. Por eso, lo que se hace necesario es un escarmiento.

El alcalde, con su séquito de temerarios, querían atrapar al cura pero como estaba protegido por la aureola de la fama y porque José Domingo de Obaldía, su jefe político, le había prohibido tocar otro cura, por eso se conformó con escrutar el rostro de los transeúntes para descubrir su proclividad hacia el liberalismo. Los miraba fijamente. Se erigía ángel del pánico, y en cada rictus e impresión, creía descubrir los terribles pecados veniales y capitales que se hubiesen cometido o que se intentaran cometer a la sombra magra de la mancha que enturbia la civilización. Entonces atrapaba a un parroquiano al azar, generalmente cuando iba camino de la iglesia. Lo interrogaba sobre unos supuestos panfletos liberales. Lo dejaba ir y nuevamente lo atrapaba y lo hacía pasar reiteradamente por las Horcas Caudinas de una sugestión amenazadora y vociferante. En otra ocasión, cuando sentía las llamas de un incendio intestinal su único alivio era ver sufrir a los demás. Entonces torturaba hasta el cansancio. Agotado tiraba un viejo colchón en la celda y se echaba a dormir. Luego se levantaba renovado para gozar del pavor que sienten los hombres cuando son arrinconados. Le gustaba ver cómo se ahonda el miedo en los ojos de los prisioneros. Por eso era aficionado a un concierto de alaridos que no dejaban ni dormir a los muertos. Le gustaba el rechinar de dientes, las quejas al socaire, los sollozos suplicantes, los gemidos de pánico y los gritos semiahogados bajo la mordaza cuando su escalpelo cortaba la carne.

Capítulo 22

Manosanta quedó intrigado por la alusión al asesinato de Inmaculada que hizo el moribundo Avelino Rosas y la posesa de San Miguel de la Culebra. Quizás allí esté el origen del sacrilegio que le abrió puertas al demonio. Por eso, esa tarde fue a visitar enfermos y con la expresa intención de buscar más información visitó, por segunda vez en tres días, a don Avelino, el último de los liberales que había sobrevivido a la insidiosa persecución del alcalde. Sus estudios y su experiencia le dicen que los moribundos pueden ver y hablar con figuras religiosas, quizás detrás de sus palabras haya algún misterio que él necesita aclarar para un morir apacible. O quizás en ellas esté la explicación de las extrañas olas de posesiones que ocurren en San Pablo Viejo.

Los rumores indicaban que Avelino se había muerto tres veces más, pero seguía agonizando de manera estable. Según cuentan, una mañana, se despertó con su desacostumbrado entumecimiento del lado izquierdo, lo creyó normal porque había estado acostado mucho tiempo sobre el mismo lado. Se percató además que tenía paralizada la mitad de la cara y no podía cerrar el ojo izquierdo, el cual le quedó abierto de forma permanente. Avelino con vehemencia le pidió a Dios que lo dejara morir. Su hija lo sacó, a tomar el sol, al patio. Al rato se escuchó un gran trueno. Tras un momento de consternación sus familiares fueron a ver. Avelino fue alcanzado por un rayo que lo dejó incons-

ciente. Cuando volvió en sí había recuperado el movimiento de sus miembros y podía cerrar el párpado, sin embargo, maldecía y se quejaba porque el trueno lo había dejado sordo.

Alguien envenenó los puercos del alcalde y éste dijo que sus muertes eran causadas por lamentos del casi muerto. El apodo hizo fama. Avelino el moribundo pasó a ser Avelino, el casimuerto. Avelino respondió apodando al alcalde Manomuerta. En venganza éste ideó la estratagema de comprar toda la producción de flores de la comarca para vendérsela a los ciudadanos, para que éstos, a su vez, le enviaran a la familia de Avelino, como pésame, símbolo del deseo popular para que Avelino muriese en paz. Los que no lo hacían podían dar con sus huesos a la mazmorras por comulgar con las ideas masónico-liberales o ser herejes políticos y religiosos, tal como lo dice la encíclica del Papa León III.

El alcalde casi sepulta de flores la casa de Avelino y obtuvo una ganancia considerable, que le permitió comprar más puercos. Cuando trataban de deshacerse de las flores, Manosanta visitó al casi muerto para preguntarle por Inmaculada. Y como siempre lo encontró a punto de morir. Acababa de sobrevivir a un ataque al corazón. Sus familiares habían ideado una especie de mampara china. Tras ella Avelino podía recibir a las personas que le iban a ofrecer las flores y las condolencias, Manosanta esperó con paciencia a que Avelino se negara a patrocinar la fórmula de un elixir contra la apendicitis y que diera las instrucciones al carpintero para que le elaborase un ataúd al estilo inglés.

—Debe tener unos cables que lleguen a una campana que estará sobre mi tumba, así podré tocar la campana si me entierran vivo de nuevo.

Cuando entró el sacerdote, Avelino exclamó entusiasmado:

—¡Ahora sí estuve cerca de la muerte! No creo que pueda encontrar las palabras que me permitan expresar esta experiencia. Creo que lo infinito es lo que más se le acerca. Es una experiencia gradual y prolongada, es como si uno, estuviera en dos

lugares a la vez. Ya no estaba forcejando por respirar, me hallaba relajado y tranquilo. No tenía dolor. Sentía una sensación amorosa, Supe que ahora sí me estaba muriendo y que, todo estaba bien.

Manosanta no pudo evitar observar que los ojos de Avelino no miran, sino oran. Lloró y rezó discretamente detrás de la mampara china. Cuando por fin se atrevió a preguntar por Inmaculada, Avelino Rosas estaba dormido o quizás muerto. Le dejó su bendición. Al salir, un extraño acontecimiento lo hizo correr hasta su parroquia. Centenares de pájaros caían del cielo en medio de una lluvia roja. Alondras, pitirrojos, codornices, tordos, zarzales, mirlos, petreles, picaflores, tortolitas, sangretoros e incluso gallinazos, se estrellaban con las calles polvorientas de San Pablo Viejo. Pudo observar, después de haberse guarnecido de esta singular lluvia, que algunos pájaros que caían en picada antes de estrellarse, alzaron el vuelo como si estuviesen esperando caer sobre él.

Capítulo 23

Manosanta era ante todo un hombre de espíritu, acaso contagiado por las imaginerías teológicas de su mentor, el padre Celano; pensaba que si no podía exorcizar expresamente, entonces por qué **no atar y desatar en nombre de Dios aquí** en la tierra (Mt 18,18). Así que, apartando las tinieblas sugestivas decidió investigar cuál era el crimen que hundía irremediablemente al pueblo en un marasmo sacrílego. En medio de una sensación de no hacer nada útil, después de reparar el campanario, enjalbegar los muros y recoger dinero para comprar un órgano inspirado en las normas de San Ignacio, inició su cruzada como detective teológico y buscó toda la información posible en torno a los hechos. Si se trataba de un crimen debía haber información en los reportes judiciales. Luego de una semana de insistencia, le dejaron ver los expedientes de los últimos 20 años. Finalmente encontró algo catalogado bajo el título de **Razones íntimas.**

El expediente era suscrito por un escribano de nombre Bartolo Santa Cruz. Y tenía un sello azul que decía **Archivado.** El padre de Inmaculada era el antiguo boticario de San Pablo Viejo, Ulpiano Sencial. En el expediente se hallaba su declaración, en la que inculpaba al presbítero Valerio Restrepo. Habían tres declaraciones más que corroboraban la anterior. Una de Víctor Zuloaga, un feligrés que reiteró que lo dicho por Ulpiano Sencial era cierto. La otra de Ernestina López, una compañera

de estudios quien decía que Inmaculada era su amiga y que un domingo después de comulgar ésta sintió ardores en el estómago, la llevó a casa de su abuela donde le dio café. Sintió morirse y la acompañó a su casa. No podía decir si la causa eran las formas consagradas porque ella comulgó y no le sucedió nada. La tercera era la del padre Restrepo que negaba tener cualquier vinculación con los hechos, Doblaba y manchada por una sustancia ocre encontró el informe de la autopsia. La declaración de Ulpiano Sencial era la siguiente:

"Un día me dijo el padre que le arreglara un veneno para matar a un perro bravo. Le entregué una cantidad de estricnina, algo más de cinco centígramos. Mi querida hija Inmaculada tenía más de 15 años y se confesaba a menudo con el padre Restrepo. Ella me dijo que tenía un secreto sobre el padre Restrepo, pero nada revelaba. Un día me dijo que el padre Restrepo le había tomado mucha antipatía. Ella era la única gala de mi desventurado hogar.

El padre le negaba la comunión, por despreció seguramente, por odio inveterado o por inquina. Otras veces cuando la veía con otro niño le gritaba que se separara de ella. Que no se juntara con mi adorable hija.

Qué ultraje tan aprobioso para una niña tan delicada, de talento, de regular educación. No puse remedio porque no lo creía oportuno. Dicen que cuando mi hija se confesaba con el padre se trababa una discusión. Se emprendía un alegato y muchas personas oyeron que mi hija decía: Si usted me hizo eso usted tiene la culpa. El 8 de abril, fecha de tristísima recordación, fue a confesarse mi ángel de amor. Comulgó y luego le preguntó a su amiga Ernestina López, si la forma que le habían dado a ella estaba amarga. Le dijo que no. Se sintió mal. Se levantó estragada y de prisa. Y la señorita López la llevó a su casa a tomar café. Luego se encaminó a casa y al llegarse fue al lecho diciendo ¡me muero! ¡Me muero! Me envenenaron. Me acerqué a ella y tenía rígido todo el cuerpo, un tem-

blor general, convulsiones, dificultad para respirar, sudor, deseo de trasbocar. La muerte le sobrevino en media hora en medio de las más terribles angustias.

Me dijo: me acerqué a comulgar con el padre Restrepo y me dio varias hostias muy amargas. A fuerza las tragué. Me dieron ganas de trasbocar y me puse tiesa de todo el cuerpo. Me estoy muriendo, Papá. La dejé con mi madre, salí a buscar un vomitivo y pasé donde el padre para hablar del caso y me dijo que no podía darle nada en 15 minutos, porque había ingerido hostias santificadas.

Las señales de envenenamiento que experimentó mi hija son señaladas por la farmacia como señales de estricnina, principio activo de la nuez vómica. Víctor Zuloaga, persona de entero crédito me dijo que después de haber despachado la comunión el padre Restrepo dijo que se confesaran todos, que iban a haber muchas muertes repentinas. ¿Sería que quiso que pasara como una profecía lo que él sabía se iba a cumplir con insólita crueldad?

También me dijo Víctor Zuloaga que el padre Restrepo había ido donde el alcalde para que nos sacaran del pueblo, si no él era el que se iba. Cómo no se iba a ir si nadie quería oír misa, ni confesarse, ni comulgarse, con el padre Restrepo.

Sé que el bocado arreglado por el presbítero fue el que mató a mi hija. Cuando vi que mi hija agonizaba víctima de un fatal envenenamiento, lancé gritos que se oyeron por todo el pueblo. ¡Ay mataron a mi hija! ¡Ay me envenenaron a mi hija! Pedazo de mi corazón, y centro de mis íntimos afectos.

Señor juez, cómo ha de soportar la vida este anciano de 70 años sino es con la ilusión de que se haga justicia".

El brazo secular de Manosanta abre su corazón y le empiezan a sudar las manos. Menea la cabeza. Cierra el expediente y se queda pensativo. Cruza los brazos, sus cejas se fruncen, los párpados están entrecerrados y los labios apretados. Contrae los rasgos, los apesadumbra, se profundizan sus arrugas y se le acen-

túan las comisuras. Se tapa la cara. La crepitación del asombro doblega su rigidez interior. ¡Dios Mío! exclamó. Dedujo que el presbítero Restrepo envenenó a la niña porque estaba embarazada. Hace un esfuerzo y sigue con el otro expediente. Es el informe de la autopsia. Está firmado por el médico Orondoste Vega.

"Se destaca la inerte policromía de los signos de envenenamiento. El hígado repleto de sangre negra, la mucosa, la laringe, tráquea y los bronquios están de un encarnado oscuro, la vejiga blanca, la faringe, el esófago y el seno de la duramáter ennegrecido. Las grandes venas color violeta negroazulado. Las membranas del estómago deformada por la flojosis gástrica. Abrasada la vesícula biliar, progresando inmoderadamente hacia los reductos duodenales, el reflujo sanguíneo alcanza el corazón. No hay señales de ruptura del himen y mucho menos de embarazo. Certifico sin duda, que la joven, como de 15 años, murió envenenada por los efectos de la estricnina".

Manosanta no entendió nada de los tecnicismos forenses. Sólo le quedó claro que la niña había sido envenenada. Y que no estaba embarazada. Quizás por esto no juzgaron al sacerdote. ¿Y si el motivo del asesinato fue otro? En el pasmo de la primera impresión se imaginó el cuerpo de la niña en la plataforma sucia y salpicada de sangre; las vísceras al descubierto; los tejidos rasgados con la punta del escalpelo y los despojos en palanganas. La autopsia eran los restos de una vida que fue sacada del camino de Dios. Ahora estaba seguro que éste era el pecado sacrílego que había retirado la protección del Señor y desatado las furias diabólicas sobre San Pablo Viejo.

Capítulo 24

El padre fue a la botica con el pretexto de comprar medicamentos, pero en realidad deseaba encontrar alguna pista sobre el sacrilegio. No era la imagen victoriosa de la eternidad acometida por los subterfugios y las palpitaciones de la revelación, pero sí era un párroco embriagado por la improvisada acción detectivesca. Durante el trayecto imaginó las dramáticas e inconfesables vicisitudes en las que se metió el presbítero Restrepo. Según Manosanta, éste no sólo perdió la realidad humana de su propio yo personal, sino a Dios y arrastró a todo su pueblo al sacrilegio. ¿Habrá envenenado a Inmaculada? Con la cordura amonestada trató de encontrar alguna posibilidad de duda. Infirió que si el padre Restrepo era culpable él no era quien debería juzgarlo, pero su deber estaba en descubrir la verdad para salvar a la parroquia de la influencia monstruosa y punible del diablo, que asecha con su crueldad refinada e inmoral. Ahora empezaba a darle crédito a las palabras del padre Tomás de Celano cuando citaba a Cicerón con respecto a que la verdadera tarea de la fe es la búsqueda de la verdad.

El establecimiento se llamaba **INMACULADA.** La dependienta lo miró con obstinada antipatía. No lo atendieron de inmediato. Intuyó los sombríos colores del reproche. Se fijó en el lugar para hacer tiempo. Sintió un fresco y delicado perfume de las violetas. Los armarios eran de nogal. Estaba poblado de inútiles vasos de porcelana con etiquetas en latín, cadenas acana-

lada de yeso; recipientes de vidrio floreado, frasquitos con tinturas; grandes vasijas con inscripciones doradas donde se lee IRIDE, AMAPOLA, PEONIA, BELLADONA. Cuando le preguntan qué desea, el escrúpulo lo acomete, trata de ocultar su inquietud y solicita un cuartillo de bolas de alcanfor. Pregunta por el dueño. —Don Terpíscore no está— le responden de forma tajante. El padre intuye un fondo de rencor y de sospecha. De inmediato sale de la droguería seguido por la mirada de una mujer, que imagina celosa guardiana de las memorias familiares. Antes de cruzar el umbral de la puerta le dicen que Terpíscore está en su oficina de la medicatura forense.

A pesar de sentirse fracasado en sus ánimos policíacos a Nicolás Buenaventura le quedaban algunas preguntas en el tintero. ¿Era culpable el padre de un delito que nadie quiso investigar? ¿Qué había sido del padre Restrepo? ¿Qué era lo que sabía Inmaculada? ¿Y qué le había hecho el padre? ¿De qué era culpable ante la niña? ¿Dónde estaba Ernestina López? ¿Cuál fue el destino de Víctor Zuloaga? Metido en estas cavilaciones se dirige a la oficina de Terpíscore. Entra y se encuentra a un viejecito que está a gatas en un rincón cepillando con mucho cuidado una alfombra peluda.

—Buenas tardes —saluda reverente el cura. Terpíscore se levanta. Es un hombre menudo, delgado, con gafas, metido en una bata de laboratorio; tenía un lápiz detrás de la oreja y a pesar de su ajustado tupé untado de brillantina parecía un duende pensativo.

—Usted debe ser el nuevo párroco del pueblo —dijo con un tono áspero.

—Así es —replicó Manosanta ostentando su sotana negra.

El viejecito le dijo que estaba muy ocupado, que iba a realizar una autopsia. Manosanta insistió en hablar sobre Ulpiano Sencial.

—Era mi hermano y ya falleció —le replica cortante. Manosanta insiste.

—Algunos han visto a su hija Inmaculada penando por el pueblo.

Terpíscore mira fijamente al cura y éste le sostiene la mirada. Manosanta vio que detrás de las gafas menudas de montura negra se ocultaban unos ojos agudos y oscuros.

—No me venga con cuentos padre...

—Creo que fue asesinada —le interrumpe Manosanta. Y yo quiero saber por qué este crimen es considerado por Dios como un sacrilegio.

Esto fue mucho para Terpíscore que casi al borde de la grosería piensa decirle que tal vez porque fue cometido por un sacerdote. Manosanta intuye el pensamiento y guarda silencio. Terpíscore Sencial se ajusta las gafas e insiste en que tiene que realizar una autopsia. Toma una pinza para cortar hierro del estante.

—No importa, hablaremos mientras lo hace.

El sacerdote suplica con los ojos. Terpíscore inspiró profundamente, buscó un tablero manual para escribir y con una risa que le relampagueó en los ojos. Le dijo.

—Venga que allá hablaremos con seguridad.

Entran a una habitación, a la que cuatro lámparas de queroseno habían convertido en un escenario deslumbrante y surrealista. Terpíscore sacó un pañuelo lo desdobló y lo extendió sobre la palma de la mano. Del bolsillo de la bata sacó un frasquito con esencia de clavo. Mojó el pañuelo y se lo extendió al sacerdote que ya empezaba a incomodarse por el olor nauseabundo del recinto.

Terpíscore sonrió y de un solo golpe descubrió el cuerpo que estaba sobre la mesa. Las moscas azules que estaban sobre la superficie de la sábana zumbaron por todos lados. Manosanta, que había luchado con el mismísimo, titubeó. Terpíscore lo toma del brazo y le pregunta si se siente bien. —Estoy bien, sólo es cosa de la primera impresión.

El cura miró el cadáver. Era de una mujer joven. Debajo de la barbilla había una masa de gusanos. El hedor a gas, a manza-

nas y alcantarillas era casi insoportable y ya estaba atravesando el pañuelo untado con esencia de clavo.

—Ve los gusanos —le dice el forense—, son los sarcophaga carnara y algún día calcularemos la hora exacta de la muerte a partir del crecimiento de las larvas de las moscas de la carne en el interior del cadáver.

El padre se estremece y Sencial sonríe.

—No sé cómo puede soportar ese hedor —dijo el sacerdote.

—No se trata de si puedo soportarlo o no —le explica Terpíscore esperando que el cura abandone el recinto en cualquier momento. Sentir el hedor es también parte de la autopsia. Me dice cosas. Por ejemplo que este cadáver entró en proceso de putrefacción acelerada, tal vez porque fue lanzado a un pozo fétido .

Manosanta supo cuál era el olor de la muerte. Miró con detenimiento el cuerpo de la joven. Tenía la cara medio tapada por el cabello de manera que sólo podía verle la boca. Se hallaba en un estado de putrefacción muy avanzado. La piel había adquirido cierta palidez verde grisácea. Se encontraba llena de golpes y quemaduras. La piel de la espalda tenía triángulos, círculos y garabatos. La habían atado con un alambre oxidado.

—Debió sentir mucho dolor —comentó el padre.

—Dolor —dijo Terpíscore—. Debió enloquecer y desear como nadie la muerte.

—Tiene usted alguna idea de cómo murió —le pregunta Manosanta.

—Según la policía fue asesinada por su esposo en un ataque de celos. La ataron con alambre como usted mismo puede ver. Luego la torturaron por mucho tiempo. Finalmente le seccionaron las arterias carótidas, la miséntrica inferior y la poplitea. Lo que significa que murió desangrada en menos de 5 minutos. Parecen heridas hechas por un escalpelo más que por un cuchillo. Los cortes son firmes y precisos. Lo que es un indicio de que el que la torturó debe ser un médico o alguien que tiene conoci-

mientos de anatomía. Lo que descarta la tesis del marido celoso. No me gustaría encontrarme con este individuo.

La esencia de clavo empezaba a ponerle los ojos lacrimosos al padre, y el estómago se estaba rebelando contra el hedor a putrefacción. Terpíscore le mueve la cara para cortar el alambre con un alicate y se descubre el rostro de la mujer. Manosanta reconoce a Hortensia Pineda.

—Dios mío —exclama.

No resiste más y sale del cuarto para toser y vomitar sobre la alfombra peluda de Terpíscore. Éste le sigue, alicate en mano y le dice.

—Aquí lo que es sacrílego es el poder. —Lo mira inclinado sobre su alfombra y exclama— ¡Ay Dios! ¡Mi alfombra! La tendré que limpiar otra vez.

Capítulo 25

Monique Clemant sabía que era el selecto ámbito de todas las miradas. Su cuerpo reforzaba en medio del oceáno la cordialidad convivial que promovían las relaciones de la soledad. Sobre la proa sus recuerdos se superponían y se confundían en un torbellino torturante de voces e imágenes. Desde que se había embarcado en **El último mundo,** su ánimo era exasperado por el calor y la incertidumbre.

—Tienes mi palabra de soldado—, le había dicho en un telegrama a Phillipe Jean Bunau Varilla cuando éste le solicitó por medio de José Gabriel Duque, un cubano naturalizado como norteamericano, que era dueño del periódico **Star and Herald,** que le entregara la correspondencia personalmente a León Eiseric.

Con el objeto de cumplir la promesa se bamboleaba en la proa de la pequeña embarcación que cada semana hace un viaje de cabotaje entre la capital del departamento de Panamá y la lejana población de David. Inclinada sobre cubierta se preguntaba qué hacía León Eiseric en esa lejana población. Mira el atardecer. Se deja despeinar por el viento, lo que aumentaba los halagos de la marinería. Las olas rimaban los compases de sus senos con las uvas amarillas y las medusas azules que ornaban su vestido. Los celajes traducían el generoso descuido de la muselina y dejaban entrever, de tanto en tanto, la forma de su cuerpo. Sin duda, para los marineros, las tardes eran menos efímeras.

A pesar de que la **Compañía Universal del Canal** había quebrado, todavía quedaban muchos intereses en soltura. Pensaba que cada nueva posibilidad de vida transforma la existencia entera y aun cuando entristecida, añora los ruidos de París, ciudad vieja y perversa, está impactada por la vastedad concupiscente del trópico. Abrumada por la nostalgia, recordaba sus paseos a la orilla del Sena y las tardes soleadas de su infancia, cuando aún el amor era inocente y las tormentas eléctricas de Pottiers eran mágicas. Recordó también ese día calamitoso que marcó el final de sus sueños de enfermera en un hospital siquiátrico.

Eres una elegida —le dijo León Eiseric cuando la invitaba a venir a participar de la gran aventura de Panamá—. Ya conoces el idioma. Solo debes escoger —insistió— entre el manicomio y la gloria.

Ella sabía que no era honrado, que se iba con las mujeres, que era mentiroso, egoísta y sinvergüenza. Pero su comentario sobre la elección, era una ironía que daba en el centro de la trivialidad de su vida. Estrujó su delantal y la cofia almidonada y decidida los lanzó a la basura.

—No hay remedio para la locura —dijo—, pensando en su último día de trabajo en el manicomio de Saint Germain, que era el nombre eufemístico para una hilera de celdas ocultas y desiertas de un antiguo monasterio.

Eiseric por un instante la miró pensativa. Ese día le había prescrito tomar dos baños de agua caliente a una fila de lunáticos que llevaban sus sombreros y abrigos puestos y empuñaban sus bastones como si estuvieran listos para emprender un viaje. En eso un joven que estaba al final de la fila se le avalanzó sobre ella. La tomó por las manos suplicante.

Monsieur Denon, por favor no me arreste. Le aseguro que yo no fui. Yo no robé las joyas. Yo no seduje al niño. Fue él quien se suicidó.

Los otros locos prestos trataron de apartarse porque él si estaba loco y ellos no.

—¡Váyanse! ¡Váyanse! No me persigan —clamó—. Regístrenme si quieren. —Se arrodilló tomando la falda de Monique—. ¡Señor Denon no me arreste, por favor, no me arreste! ¡Yo no fui! ¡No soy sodomita! ¡Soy abogado! ¡Soy abogado! ¡Soy abogado! ¡Lo defenderé gratis en todos los casos! ¡Yo no robé el collar de diamantes! —gritaba desaforado—. ¡No lo tengo! ¡No lo tengo! ¡No soy pederasta! ¡no lo tengo! ¡No me arreste monsieur Denon! ¡No soy pederasta! ¡Soy abogado! —imploraba mientras se desgarraba la ropa ansioso por demostrar que no tenía la prenda. ¡No soy sodomita! ¡Soy abogado! ¡Soy abogado!

Comenzó a babear. Emitía sonidos inarticulados. Entonces un loco empezó a aullar con el rostro elevado hacia el cielo. Otro a masturbarse; otro a patear su maleta y a repartir bastonazos...

—Te sucede algo —le susurro Eiseric.

—No, no es nada. Es un recuerdo —afirmó con una vaga melancolía en el rostro.

—¿Dónde queda Panamá?

Capítulo 26

El capitán de **El último mundo** era un inglés de apellido Clark que sólo hablaba de un supuesto ataque de los liberales a la ciudad de Panamá. Su nave casi fue requisada por unos generales conservadores para poner los pies en polvorosa. ¿Acaso Colombia vivía otra de sus guerras consuetudinarias? Por una de sus infidencias se enteró que decían que Francia andaba en busca de alguien que le comprara sus fracasos. Su gorda figura, su vestido blanco y su aire de marcialidad no hacían contraste con el garito de apuestas que había improvisado sobre cubierta. Donde también escuchó que llegaron a apostarla a ella, lo cual era sin duda, una galantería en estas rutas de mares perdidos. Sintió que la miraban, pero no se inmutó porque lo importante era tomar esa tregua que le daba el tiempo.

Maliciosamente jugó con el viento y los celejas. Sacó una cajita de carey o esmalte que contenía los adminículos para el maquillaje y como una exquisita doliente volvió a su camarote. Pertenecía al grupo de personas que sabe que no sólo las palabras hablan, sino también el cuerpo, los gestos, las manos, la mirada, los movimientos, las sombras, la imagen y el maquillaje. ¿Acaso fue una destreza que aprendió en el asilo de alienados, o es parte del arsenal de la coquetería francesa? Sobre cubierta las voces se iban con el viento y ella se volvió a refugiar en los halagos del recuerdo.

Capítulo 27

Escuchó en silencio y atentamente la relación de los cargos. Mearse en las calles y espiar para el enemigo, Gauguin miraba el techo de la celda completamente abstraído. Ella sabía que existía el riesgo que alguno de los centinelas deseara un ascenso y lo sometiera a un juicio sumario. Monique no estaba acostumbrada a las ambigüedades diplomáticas y sugirió que le dejaran libre bajo custodia de la legación francesa. Le dijeron que no.

Durante el interrogatorio se enteró que Gauguin vino a Panamá porque acá tenía una hermana que estaba casada con un comerciante de apellido Uribe. Vivían en la ciudad de Colón. Riñeron porque su cuñado decía que la pintura era una pérdida de tiempo. Abandonó su casa y se enroló en las huestes de los trabajadores del canal. Vivió en barracas con los chinos hasta que rentó una habitación en la isla de Taboga.

Calculó las posibilidades. Definitivamente no lo iban a someter a un juicio regular. Estaba preso porque los centinelas tenían que dar cumplimiento a lo que consideraban una orden. Detener a cualquier merodeador. Antes de que se llegara a una situación en la que no hubiese apelación posible, intercedió por él a nombre de los viñedos de Francia y de la Compañía Universal del Canal. Le volvieron a decir que no. Sin embargo, lo que más conmovió el ánimo militar fueron sus encantos, que lograron reducir la pena máxima a una multa de 10 francos y dos botellas de vino.

Una vez en la calle se alejaron presurosos de la mazmorra. Gauguin seguía abstraído. De tanto en tanto la miraba. Intuyó que no era afable. Le preguntó sobre sus obras y este respondió de una manera elusiva. Dijo que en cada país necesitaba un período de desarrollo; primero se preocupaba por la esencia de las plantas, de los árboles, de la naturaleza, que es ciertamente tan caprichosa y tan rica en formas que no se dejan conocer con facilidad. Esto era lo que buscaba en la isla de Taboga: la esencia de la naturaleza. Gauguin era alto y sensual, tenía una enorme cabeza griega, ojos saltones color de almendra, que miraban con una fina melancolía. Sus párpados estaban demacrados, las aletas nasales inmensas y los labios hinchados. A pesar de su actitud extraña, era entretenido. Dijo haber sido corredor de la bolsa, afirmación que Monique no le creyó; imaginó que era un loco que creía que el mundo real era el infierno, pero no puso más reparos. En secreto, Gauguin era objeto de su simpatía porque la policía no la interrogó sobre la muerte de Eduard Lennox.

Decidió ser amable con él. Caminaron desprevenidos por las calles adoquinadas. Una vez fuera de la comisaría, Gauguin le comentó que andaba en busca de la inocencia, que había perdido la fe en la cultura francesa y que deseaba encontrar una nueva espiritualidad en el arte, quizás volviendo a la cultura de su infancia mágica en Perú. Todo empezó un día en que se ahorcó su vecino en un apartamento en París. Trató de salvarlo. Sintió sus últimos estertores al tomarlo de los pies para alzarlo. Gritó pidiendo ayuda. El hombre era muy pesado. Nadie lo ayudó; estuvo cargándolo como dos horas. Agotado y frustrado lo soltó. El gordo estaba muerto hacía mucho tiempo. Exhausto se comió un melón, que le trajo el verdulero, mientras esperaba a la policía. El hombre dejó una carta en donde dijo que se había suicidado para escapar de la estupidez, de la vida. Había conversado con él días antes sobre el tema. Su fe quedó desabrida cuando la policía lo interrogó por haberse comido el melón, y los vecinos le ofrecieron dinero por un pedazo de la cuerda del

ahorcado. Era para colección, dijeron. Ahora no le extrañaba que en Panamá lo quisieran fusilar por orinar en las calles, atestadas de ratas descomunales, basura y mosquitos.

En cierta forma, él también se suicidó cuando renunció a todo: al trabajo, a la cultura y a la familia, para salvarse de la idiotez de la vida. Su marginalidad no es más que la ausencia de los ritos estúpidos. Se marginaba de la miseria sicológica y de la modorra cotidiana que le impedían ser. Ahora su insatisfacción vital sólo se apaciguaba con el impulso irrefrenable de pintar. Como si fuera una búsqueda desesperada por existir.

—¿No debe su pintura ser aceptada por la misma sociedad que desprecia?

—No me importa si la aceptan o no. A través de ellas expreso mi ser, mi espiritualidad amordazada por los actuales valores sociales. ¿Llegan a su tela paisajes y hombres sumergidos en una cultura viva o auténtica?, ¿o son la impresión que le causan los seres inocentes e ingenuos, más cerca de sí mismos porque no tienen una cultura que intermedie sus deseos con la realidad? Creo en el hombre primitivo porque no está dañado por la modernidad. ¿Acaso la ausencia generada por su renuncia lo lleva a pintarse a sí mismo en lucha con el ángel? ¿No será que todo este fuego creador es una forma de buscar reconocimiento social por medio de la pintura? Estas son preguntas que sólo puede contestar la pintura. Sólo sé que por medio de la pintura puedo buscar en el interior de los sueños, en el interior de la oscuridad qué hay debajo de los sueños y más profundo aún. Puedo entrar en aquel foso que es el inconsciente humano donde los arquetipos y los sentimientos nadan en una oscuridad casi total. Como no pueden salir desnudos a la luz, lo hacen por medio de la vigilia del arte. Sólo así adquieren formas y colores. Expresar lo que hay en mí. Pintar puede ser un lenguaje que abra un camino espiritual para otros.

Lo cierto era que a pesar de estas reflexiones, Gauguin estaba atrapado por la paradoja de una conciencia despierta. Anhe-

laba pintar un mundo relegado al olvido, sustentado sólo en la suntuosidad del color, desligado de la sociedad, pero que describiese la sensación de hallarse en un lugar seguro. Todos sus cuadros encaman el misterio del lugar seguro.

—Nuestra civilización no es un lugar seguro. El ahorcado cometió un error. Se destruyó a sí mismo cuando debió destruir en sí, en su conciencia, la cultura que le arruinó la vida. Sólo en la marginalidad o en la locura está lo auténtico. Son formas distintas de encontrar y expresar la autenticidad humana. En la marginalidad porque hay que reconstruirse sin patrones, y en la locura ya no es necesario. Sólo así volvemos a encontrar la riqueza fabulosa de la vida—, afirmó Gauguin con resignación.

Monique lo escuchaba en silencio. En su cabeza rebullía la expresión **nuestra civilización no es un lugar seguro.** Tal vez ella había hecho una elección parecida al venir a Panamá en busca de esa seguridad. Entre ambos hubo un silencio expresivo, un entendimiento tácito. Había algo extraño y onírico en aquel silencio. Monique lo miró por primera vez a los ojos. Eran tan claros que casi le resultan incoloros. Pero eran muy expresivos e intensos. Expresaban fuego, inteligencia y efusión. Lentamente caminaron por las calles adoquinadas. Llegaron hasta un morro a la orilla del mar. Los sonidos del mar y el frescor de la tarde cambiaron el ambiente de la conversación. De la reflexión pasaron a la anécdota.

—Una noche —prosiguió Gauguin con ironía—, un muchacho llamado Guy de Maupassant, quien ha alcanzado notoriedad con sus narraciones cortas, y su protector, el conocido novelista Emile Zola, a quienes le agradan las mujeres gordas, ofrecen una cena de navidad a dos de ellas. Departen toda la noche. Con voz baja y concitada, Zola explica cómo la literatura cambiará la sociedad. Detalla las formas en que su última novela El pecado del padre Mouret producirá una revolución social. Se trata de la historia de un padre que descubre de manera trágica, la presunta inexpugnabilidad del celibato que cede ante la fatal

y primigenia fuerza tentadora del atractivo irresistible de la mujer gorda. Bajo este clima dramático y propicio, absortas, las damas esperan que les sirvan el asado. De pronto una gorda con el lechón en la boca pare un robusto varón en medio de la francachela. Ahora no le extraña que lo quieran fusilar por orinar en las calles.

Monique celebró la ocurrencia con una sonrisa y le consoló saber que no estaba gorda.

Tratando de ver la incredulidad en el rostro de Monique, aseguró que en los tres días que estuvo preso pintó varios cuadros imaginarios. De donde sacó la idea para hacer un conjunto de pinturas bañadas de una luz inexplicablemente entretejidas por colores, que nos hablan, no de lo que vemos, sino de lo que podemos sentir, asociar o presentir en una naturaleza pobladas de árboles que nadie hubiese visto, animales de cuya existencia jamás se sospechó. Hombres que él sólo había creado en complicidad con sus ojos. Mundos que ningún dios ha habitado, mujeres de rostros cándidos en los que se refleja el misterio del infinito.

—Eso es. Quiero pintar el misterio del infinito que está en cada cosa y en mí mismo.

Cuando vio que Monique perdía el interés o estaba sumida en una expresión silenciosa e inexpresiva, le dijo que se parecía a la pintora bretona Madelaine Bernard, a quien le había pintado un retrato. Gauguin se paró frente a ella e insistió en que en su mirada oblicua y enigmática había una fuerza que cobraba autonomía de su cuerpo, en la que se vislumbraba la inteligencia y el anhelo de una vida más armónica. Su cara parece iluminada por un rayo de luz típico de la pintura flamenca. Iba a decir que también la pintaría a ella pero desvió la reflexión sin comprometerse. Dijo que en Taboga había intentado pintar paisajes donde se sintieran los olores, los ruidos, los campos de energía, la brisa o el atardecer pero no pudo. Su oficio de tinieblas como recogedor de piedras le dejaban poca esperanza de retomar la

pintura. Aún así había intentado pintar tres lienzos. Haciendo un esfuerzo para no hundirse en el pantano de las emociones que le atrajeron en cierta medida, Monique le preguntó qué sentía cuando pintaba, para tener tema de conversación, ya que el pintor se había quedado ensimismado. Hubo una pausa. Gauguin trataba de meditar lo que sentía.

—No puedo expresarlo —contestó—, pero cuando pinto me siento puro, como si hubiera descargado una energía enervante que me subyuga. Uno cree que es capaz de tocar la belleza como algo palpable, pero más que la belleza busco el espíritu de las cosas. Sin embargo, nuestra cultura no es capaz de sentir lo espiritual que hay en el arte. El verdadero arte es una devastación interior que sólo se puede presentir en el amor.

Esta imagen fue la que dejó intrigada a Monique. Qué podía saber del amor este hombre que dijo que había abandonado a su familia, a su trabajo en la bolsa de París para vagar por el mundo en busca de la espiritualidad. Acaso pintar es como un acto de amor. Una pasión irresistible. La conversación le interesó y Gauguin, guerrero experto en las batallas de la vida cotidiana, supo que la había seducido. Tuvo un poco de confianza al sentirse comprendido.

Capítulo 28

Frente a los ojos de Monique Clemant desfilaron sus amigos pintores. George Seraut, muerto a los 31 años, que no bebió, ni fumó y tuvo una amante a escondidas de su madre. Pintaba sólo puntitos. Mantenía los pinceles rectos en la mano y colocaba cientos y cientos de puntos uno al lado del otro y de allí como impresiones visuales salían seres humanos, árboles, ríos, pastos, sueños, deseos. Sólo eran las masas vagas y abstractas de luz las que sugerían las formas.

Conoció a Toulouse-Lautrec, que buscaba la belleza en la marginalidad y que murió en su asilo, con una infinitud de cuadros de mujeres desnudas. A Henry Rouseau, apodado el Aduanero, pintor de un mundo infantil, inocente y mágico que se podría en un agujero cerca de la Bastilla, con su cabeza cuadrada y sus grandes ojos inocentes. Paul Cézanne, hijo de banqueros, quiso ser pintor en contra de su familia. Dormía en un parque y usaba sus zapatos como almohada.

Lo que más le impactó fue la historia de un pintor holandés, un tal Vincent van Gogh que nunca había vendido un cuadro. Decía que lo que antes era estremecimiento místico y la aureola de los santos, es ahora el estremecimiento de la luminosidad de los colores. Lo que realmente quería pintar no eran las catedrales, sino los ojos de una persona porque en ellos late algo que no se encuentra en ninguna catedral: el centelleo del alma humana. Un día que no tuvo dinero para pagar los amores de una prosti-

tuta, se cortó el lóbulo de la oreja derecha, colocó la cabeza en toallas para detener la hemorragia. Lavó el lóbulo mutilado que cayó en una palangana, lo envolvió como regalo y se fue a la casa de tolerancia donde lo entregó a la niña llamada Raquel.

—Estaba loco —interrumpe Monique.

—No lo sé —respondió el pintor—, sólo sé que todos ellos son seres auténticos porque el arte los salvó de una cultura que es una máquina de estupidez. Lo más importante es que la escena no fue más que un concepto donde se ocultaba una sensibilidad vital reprimida.

Gauguin guarda silencio y se sumerge en una actitud pensativa. Luego añade—: Los artistas están azorados por la creatividad. Ésta reclama una libertad a la que no puede responder cualquiera. Cuando más se avanza en el arte más se hunden en la marginalidad y el aislamiento, produciéndose un estado de gracia que se confunde con la locura.

—Pero de todas formas el arte es social —replica Monique con suspicacia.

—**Esta terrible sociedad que permite el triunfo de los mediocres, a costa de los grandes y que no obstante tenemos que tolerar, ese es nuestro calvario.** Una sociedad que desprecia la cultura será pasto de la guerra. Por eso abandoné la "civilización" y me fui en busca de nuevos mundos donde el hombre no estuviese tan alejado de la inocencia inicial. —Lo dijo con una sonrisa tratando de diluir la amargura en sus palabras. Monique le dijo un poco molesta:

—Si usted hubiera sido prudente y previsor, debería llevar ahora una vida agradable y sin preocupaciones. Gauguin la miró y pensó para sí que estaría consumido por los hábitos de la estupidez y añadió con un acento triste.

—Sí, pero no sería pintor.

—Y quién lo reconoce por esto.

—Nadie, pero eso no tiene importancia. Pintar para mí es una forma de ser. Mi vida se consume por la pintura, sin ella mi

vida no tendría importancia. La espiritualidad no se hubiese expresado y yo también me habría suicidado. Sólo la pintura le da sentido a mi vida y me produce un sentimiento frente al cual me siento satisfecho. Me siento parte del Universo.

—Pero para ello tiene que ser marginal o antisocial.

—Desgraciadamente sólo en oposición a las normas de la sociedad, el hombre puede llegar a ser creativo. Mire el caso de Michelangelo, el héroe renacentista fue un **terriblita,** sin embargo, su arte es un signo que ha de ser percibido y recreado en la interioridad del hombre. En cierta forma nos hace más humanos. El problema no es la sociedad; es el orden social que transforma a los seres humanos en seres envilecidos o estúpidos y los sumerge en una cultura egoísta y cruel. Creo que la verdadera humanidad es la infancia. Pienso que la verdadera humanidad se expresa en las culturas primitivas, a las que occidente no les ha robado la inocencia.

Gauguin guarda silencio. Cae en un mutismo. Monique intuyó que la comisura de sus labios dejaban entrever cierta amargura y que un toque de nostalgia envuelve sus ojos. Finalmente concluyó que un hombre con tales convicciones valía la pena a pesar de que estaba medio cojo. Le invitó a cenar y le ofreció una habitación en su casa. Gauguin no dijo nada. Ella insistió en que la casa tenía una vista al mar. Finalmente el pintor aceptó con una sonrisa.

Capítulo 29

Monique lo veía pintando de tarde en tarde. Hizo un autorretrato en que estaba vestido de nazareno. Tenía el rostro oblicuo y miraba con celo. Sobresalía el color blanco sobre un fondo negro. En el fondo lo acechan dos figuras desde la oscuridad. Una lleva vestido de padre y el trono se ve con precisión. También tenía un boceto en amarillo de un Cristo crucificado, cuyo rostro era el de él. Le llamó la atención una naturaleza muerta que le produjo una inquietante emoción. Las frutas eran de un azul sombrío como lapislázuli. El rojo se iba suavizando hasta adquirir un delicado tinte. Los amarillos intensos morían con pasión hasta convertirse en verdes. Sin duda las frutas fueron creadas por una imaginación irrevocable. Parecían tener una sombría pasión propia. Sus cuadros no reflejaban las relaciones sencillas y simples de los hombre tranquilos. En cada una de ellas había desconocidas posibilidades de un movimiento estático. Gauguin trataba de expresar un significado espiritual en las cosas materiales de las que sus cuadros apenas eran símbolos imperfectos. Acaso la realidad era un caos que él trataba de fijar con la angustia de su alma. Los cuadros la excitaron y le interesaron. Eran atormentadores. Monique intentó explicar la personalidad extraña del pintor por medio de ellos, pero sólo aumentó su asombro. Comprendió que el pintor luchaba apasionadamente por librarse de algún poder que lo tenía preso. La realidad lo tenía sin cuidado. Era como si se viera

compelido a expresar la relación filial de su alma con el universo. Se imaginó un retrato suyo pintado por Gauguin, quizás él podía ver algo desconocido en ella. Todo iba bien hasta que una noche el pintor se equivocó de habitación. Entró en la de ella, encendió una lámpara de imprevisto y Monique creyó ver un resplandor extraño en sus ojos, el cual le dejó una sensación de miedo el resto de la noche. Paralizada no dijo nada cuando se acostó a su lado.

Monique Clemant poco a poco dejó de ser una mujer amable y considerada para abandonarse al deseo. Descubrió que hay en el amor un peligro que se presenta primero como sentimiento de debilidad, como necesidad de proteger y ser protegida. Una sensación absorbente que convierte al amante en otro ser, extraño a sí mismo. Se enamoró del pintor. Descubrió también que eso a Paul Gauguin no le interesaba, como tampoco le interesaba la comodidad de la vida que había despreciado. Una tarde se fue sin despedirse dejándole tres pinturas como recuerdo y una pasión desaforada que no tenía límites, donde el yo-piel quería emerger de las precoces experiencias síquicas y el deseo unía ciegamente un cuerpo a otro cuerpo. Donde el goce asusta por su desborde porque asoma bruja, la orgía de los sentidos y el desorden pulsional, ya que la carne está revuelta y sumergida en un baño de inconsciente y sueño.

Capítulo 30

Manosanta encontró a Avelino Rosas murmurando al oído de unos campesinos. Eran tres y los tres le clavaron sus tres turbias miradas. Los tres miraron fijamente al padre con tres pares de ojos inquisidores como diciendo a tres voces: esfúmate, pero ya. Éste se sintió acechado, escudriñado, aprehensible. Intuyó en esas tres miradas un mal presagio y los dejó solos.

—¿Dónde están los encargos? —le inquieren en voz baja al moribundo.

—¿Quién de ustedes es Manuel Quintero Villarreal?

—Yo —dijo el más viejo.

Trata de mirarlo con detenimiento, pero no puede enfocarlo. Hace un gesto apacible. El hombre se inclina sobre su cama y le dice: "Saludos le envía mi compadre Mono"—. El viejo sonríe y cierra los ojos un momento. Los hombres guardan silencio. Se dan cuenta de que está casi sordo. Sienten que caen en una profundidad sin esperanzas. Adoptan una actitud sosegada e insisten. Saben que en una guerra las armas equilibran las posibilidades de vivir o morir.

—Los centranos asesinaron a Hortensia Pineda, la esposa de Carlos Zúñiga —le dicen nerviosos. Avelino vuelve a murmurar—: Es contra el traidor Núñez.

—Sí. Sí. Contra el traidor Nuñez —se apresuró a decir Manuel Quintero Villarreal.

—Creo que he estado esperando a que ustedes llegasen para morirme. Creo que Dios me hizo aguantar a que ustedes vinieran.

Hay un alivio general. Avelino los mira al borde del estrago. Manuel Quintero Villarreal implora a Dios y le pide que el viejo recuerde. Le promete que si esta vez aparecen las armas, él peleará cualquier guerra sin armas.

—El primer encargo está en el sótano de la casa embrujada y los toneles de pólvora los tiene el cura en el depósito de santos. Cree que guarda sal…

Por el gesto de los hombres Avelino intuye un reproche. Manuel Quintero Villarreal se sienta en la cama buscando algo qué decir, pero titubeó. Según él, Dios había cometido una serie de errores cuando había creado a los terratenientes conservadores y cristeros, pero la sobrevivencia de Avelino indicaba que había cambiado de parecer. Finalmente no dijo nada. Le sonrió a Avelino que con una sonrisa pícara se tapó la cara con la sábana y simuló un estentóreo ronquido. Los tres hombres hicieron un saludo militar y se marcharon.

Cuando se fueron, Avelino cayó en un mutismo inexpresivo. Acaso la vergüenza de la muerte haya crecido como otro tumor maligno. El enfermo había colocado un valladar de silencio para proteger a los demás de su dolor. El padre cuando vio salir a los hombres entró y se quedó mirando a Avelino unos instantes. Éste, miraba absorto cómo se extinguía la llama de una vela. Cuando lo vio dijo:

—No sé qué hacer para morir.

Con un gesto le pidió que se sentara cerca de él, detrás de la mampara china.

—Estoy siempre aquí, metido en esta máscara vergonzosa, deseando la muerte. Creo que estoy vivo porque deseando se vive. Mi alma por eso arrastra un cuerpo que se desgasta. No he muerto porque no he comprendido aún, no sé qué cosas de la vida o de la muerte. Sólo sé que mi corazón palpita en el vacío.

Creo que toda la vida he estado muerto y ahora que me muero es cuando estoy vivo.

—No te preocupes Avelino, que ya te morirás.

—Eso ya lo sé. Lo que quiero es saber.

—Saber qué cosas.

—No sé. Siento que necesito tener conciencia de algo y no sé qué es.

—Quizás te debes reconciliar con alguien o quizás no sabes cómo morirte.

Avelino dio una respuesta que resultó ininteligible. Fueron palabras perdidas entre quejidos. Manosanta quería preguntarle sobre Inmaculada pero prefirió hablarle sobre Job. Iba a decirle: "Lo que pasa, Avelino, es que estás como Job, luchando toda la noche contra el ángel y al día siguiente descubres que el ángel eres tú mismo" pero no dijo nada porque el moribundo trataba de limpiarse las costras de los labios resecos.

—¿Crees que el dolor sea también una fuente de vida? —pregunta Avelino.

Manosanta guarda silencio. Piensa. Mira a lo lejos como buscando algo.

—Me recuerdas a Job, Avelino.

El anciano lo mira intrigado…

—Job es un personaje del Antiguo Testamento, que medita sobre el sufrimiento humano frente a Dios. Lo primero con lo que lucha Job es con la duda. Se pregunta por qué hay tanto mal en el mundo. Por qué no existe Dios o por qué hay un Dios bueno que nos ha de salvar…

—Yo no hablo de creer, sino de saber —replicó Avelino, en medio de un murmullo doloroso, producido por las llagas posturales.

—Saber qué —insiste Manosanta.

—Saber cómo es la muerte.

Manosanta mira a su alrededor y las últimas personas que han ido a pedir opinión a don Avelino empiezan a retirarse. Acer-

ca su silla a la cama del moribundo y se inclina como si estuviera a punto de revelarle un secreto.

—Es como un sueño. En él vas a revivir antiguos días, los mejores y más significativos días de tu vida. La vida es como la gota de agua que tiembla en una hoja, cuando llega la hora se desprende en silencio como un suspiro.

—Si, pero me siento retenido, como si hubiese pasado algo por alto. Creo que en mi caso el árbol se sostiene de la gota.

Manosanta vio la oportunidad para mencionar a Inmaculada.

—No será que olvidas algo sobre la niña que ves.

—¿Inmaculada?

—Sí, Inmaculada.

—Ella es silenciosa. No habla. Sólo está allí. Es como si ella sintiera mi dolor. Creo que todavía no he comprendido su lenguaje de silencio. Aún así, me ha hecho comprender que más allá del dolor sólo hay un dolor más grande. El dolor sólo cesa cuando ella está conmigo. La última vez que vino jugamos con Behemot.

—¿Behemot?

—Sí. Con su hipopótamo de madera. Esta es la única palabra que ha pronunciado.

Avelino guarda silencio. Manosanta vio una luz tenue que rodeaba el rostro del moribundo. **Digitus Dei est hic,** murmuró.

—Creo que esta vez sí vas a morir —le dijo al oído—, porque el dedo de Dios está aquí.

El viejo se acomoda bajo las sábanas. Su respiración se hace alternativa. Más lenta y tan tenue que parecen suspiros. Esboza una leve sonrisa, sus ojos se desenfocan. La luz de su rostro desaparece en fracciones de segundos y la gota de rocío cae de la hoja.

Capítulo 31

El entierro de Avelino fue inolvidable y apoteósico, a pesar de que sólo asistieron 10 personas entre plañideras y dolientes. Se corrió el rumor de que el alcalde haría un inventario de liberales, contando a los que asistieron al sepelio. Al principio en el cortejo iba Manosanta, familiares y deudos; al final, varios hombre alguacilados que garantizaban la inasistencia a las honras fúnebres. El ritmo del cortejo era lento. Sin embargo, el camino del cementerio extrañamente quedaba a su paso tapizado de flores. Cada flor indicaba la simpatía de un acompañante ausente. Arrecian los plañidos. El padre con gafas de mal lector lleva un acetre de bronce; bajo el brazo el libro de los responsorios, en sus ojos, llora un réquiem. El cortejo se desvió varias veces a pesar del bochorno de la hora, y San Pablo Viejo fue perdiendo poco a poco su aroma de agua y tierra para ir impregnándose de una extraña fragancia. Primero, era un olor a violetas. Más tarde, olía como a tintura de ámbar, luego a bergamota y a romero. Por donde pasaba el cortejo fúnebre la existencia se volvía soportable desde el sentido olfativo. Era como si el cortejo destapara una serie de frascos de extrañas esencias.

Al principio, la mañana estaba soleada, pero al medio día el pueblo fue cubierto por pesadas nubes de un color verde oscuro que llegaban incluso a oscurecer el sol. Los habitantes imaginaron que para la tarde iban a estar bajo los estrépitos de la lluvia. Sin embargo, no llovió. Se podía ver a través de las densas nu-

bes cómo el sol iba cambiando de celajes. Estos iban desde el castaño oscuro a un amarillo pálido; desde un anaranjado a un rojo sanguíneo. El féretro llegó al cementerio a las dos de la tarde. Se cumplió la última voluntad de Avelino Rosas. Se amarró a sus manos de muerto, un cordel de cobre que llegaba hasta una campana que estaba sobre la lápida. El padre dijo una oración fúnebre sencilla. Hablé sobre Job que se había quejado de Dios porque éste no escuchaba sus gritos. Dios le responde que escucha hasta los cuervos cuando demandan alimento. Concluyó que Dios actúa conforme a un misterioso plan providencial y que, el dolor y a la larga agonía de Avelino debía tener un propósito que no podemos intuir. Polvo somos y en polvo nos convertiremos. Bajaron el ataúd y su hija Briseida, que había estado impasible, se lanzó sobre él pidiendo que la enterraran junto a su padre. A duras penas la sacaron llena de tierra y lágrimas; cuando por fin lo enterraron, se desató una tormenta eléctrica que los hizo huir despavoridos, persignándose y rezando. Los truenos hicieron vibrar las campanas y estremecieron las casas hasta sus cimientos. Los aterrados habitantes de San Pablo Viejo vieron cómo un rayo se precipitó **c**ontra el remate de punta de la capilla cementerio La electricidad danzó unos segundos y estalló sobre la cruz de hierro que se desplomó al suelo envuelta en llamas.

Capítulo 32

Manosanta trató de recordar dónde había escuchado la palabra Behemot. Creyó que era un apodo pero desestimó la idea. Un acertijo tal vez; lo olvidó porque los espíritus no pierden el tiempo en acertijos. Quizás lo leyó en la Biblia pero no estaba seguro. En estas cavilaciones estaba cuando recibió la noticia de que en San Pablo Viejo iba a darse el encuentro definitivo entre *Dios y el Diablo.* Se le regaron las hostias y se derramó el vino de consagrar.

—¡Dios mío!, sólo esto me faltaba —exclamó mientras limpiaba la sotana de los últimos restos de una luminosidad agua marina.

El pobre hombre de Dios recuperó el aliento cuando comprendió que se trataba de una pelea de gallos. En un cartel se anunciaba la presencia del senador José Domingo de Obaldía, que tenía su casa solariega en San Pablo Viejo. De todas formas le preocupaba que las apuestas estuvieran a favor del diablo y la comunidad esperaba que él emparejara la justa, apostando a Dios el próximo domingo.

Manosanta buscando en un viejo diccionario el significado de la palabra Behemot se encontró con la emblemática del gallo. Leyó que el gallo en Grecia era un animal actoniano, protector de almas asociado con el Sol. Esculapio lo menciona como un ser para la medicina ritual. En el libro se ve una imagen de las catacumbas en la que aparece grabada en la piedra una esce-

na donde dos gallos son incitados al combate, para significar que a los fieles que luchan valerosamente y alcanzan la victoria les aguarda una palma gloriosa.

El gallo es también el símbolo de la vigilancia y emblema de los predicadores, porque el gallo en los primeros tiempos del cristianismo representaba la resurrección de Cristo. Manosanta no tuvo que leer que en la antigüedad se sacrificaba un gallo negro para aplacar al diablo para sospechar, que con el clima emocional que se vivía en San Pablo Viejo este acontecimiento muy pronto sería interpretado como un combate cósmico entre el bien y el mal.

Dios y el Diablo eran propiedad del alcalde que había olido un negocio con la visita del senador José Domingo de Obaldía, que descansaba de sus continuos viajes por Bogotá y Panamá, en la casa solariega de San Pablo Viejo, solar querido por su madre. Obaldía era un viejo o alto, flaco, sanguíneo, retorcido, aficionado a los gallos, a las tierras de otros, a las haciendas y a las mujeres.

A Nepomuceno le habían envenenado 50 puercos y esta vez no podía culpar a Avelino, porque estaba muerto. Para cerciorarse mandó a cortar el cable de la campana protegiéndose así de la eventualidad de que volviese a resucitar. Sospechó de Manosanta, como el autor intelectual porque se había quejado de los malos olores de las porquerizas en el sermón dominical. Así que urdió organizar la batalla cósmica entre **Dios** y el **Diablo** para sorprender con apuestas a la feligresía y desafiar la autoridad del sacerdote.

Sus apostadores destacaban la raza de **Dios**. Dos pesos a este gallo papillero. Es un jaca que se ha pasado a más de 15 mártires. Es fino al pico, no se achancha. Vamos, apuesten a este gallo giro y morcillero. Cien pesos a este gallo salidor. En realidad en el cadeneo no persigue, ni corre. En el ocho se cae. Cuando le tocaban con los dedos en la garganta, no daba muestras de agresividad. **Dios** era un gallo barbucho, pelado en el cogote, de plumas amarillentas y negras. Cualquier apostador

sabría que este gallo calandraca, de a mala sirve para ser sacrificado como mártir en el entrenamiento. Sin embargo, quien tenía las mejores apuestas era el **Diablo**. Estaban 10 contra 50. Era un asil. El gano emblemático del alcalde en riñas anteriores; en un torneo de Cali había dado muestras de insensibilidad al castigo. Manosanta había prohibido participar en las apuestas, pero **Dios** recibía apoyo en secreto de su feligresía. Las beatas habían organizado rezos propiciatorios que inundaba el pueblo con sus murmullos y bisbiseos. Pálidas como difuntos juntaban las manos en actitud de orar y recorrían el pueblo como si fueran reos de la divina justicia.

Dios Padre en lo alto de los cielos
ten piedad de nosotros.
San José terror de Lucifer,
ten piedad de nosotros.
Hijo Redentor del mundo
ten piedad de nosotros.
San Moisés, ruega por nosotros.
Santa María, ruega por nosotros.
Santa María que aplastas la cabeza de la serpiente,
ruega por nosotros.
San Olegario, Santa Bárbara, San Marcial,
San Cástulo, San Pascual Bailón, San Macrobio,
San Caralampio, San Gonzalo de Amaranto,
San Felipe, rueguen por nosotros.

De tarde en tarde llegaba al confesionario, Cleofás Samudio un gallero ciego, que sacaba de sus cavilaciones a Manosanta, que seguía tratando de recordar dónde había escuchado la palabra Behemot.

—Vea padrecito, si me faltaran los gallos entonces diría que en verdad estoy ciego. M padre fue gallero, mi abuelo y el padre de mi abuelo, así que llevo los gallos en la sangre.

De todo mal, líbranos Señor.
De todo pecado, líbranos Señor.
De los ardides de Lucifer, líbranos Señor.

—Aunque no veo, sé cuál es el que tira y el que no tira. Sé cuál es la fuerza de sus alas; calculo su fuerza por la diferencia del golpe de sus patas, imagino su rapidez por la distancia de un sonido y otro.

Del orgullo de Lucifer, líbranos Señor.

—¿Y cuál es la diferencia entre Dios y el Diablo? —preguntó escéptico el padre.

Ninguna, padre, **Dios** es Dios y **el Diablo** es un gallo. Además, padre, no se deje descomponer por el miedo, que los católicos somos invencibles e inmortales.

Manosanta sonrió ante el descubrimiento de su eternidad imprevista, pero imaginó una gran catástrofe espiritual, si ese gallo perdía.

—Apueste unas cuantas morrocotas de oro, padre, apueste las limosnas del domingo, apueste lo que sea que ese gallo, bautizado como el diablo nunca ganará.

—Pero los dos gallos son del alcalde.

—Todos sabemos, con esta apuesta obligada, el alcalde ataca nuestras convicciones. Nos obliga así a apostar a un gallo inferior.

—¿Por qué lo hacen?

—Por la fe padre, por la fe. Y por tratarse de usted. La gente espera un milagro.

El padre iba a decir alto y Cleofás no lo dejó. Con una sonrisa de oreja a oreja le dijo que para estar seguro “Nicandra me preparó un kundela”.

—¿Y qué es eso? —preguntó el padre.

—Un kundela, según Nicandra, es un dardo síquico. Como

se trata de un gallo, se hace con un hueso del mismo animal de 25 centímetros, se le pone una cola de cabello humano. Se le carga con los deseos más sinceros. Se apunta al afectado y se reza un Avemaría. Éste sufrirá una conmoción y se morirá tarde o temprano.

La explicación no exoneró los miedos del padre, ni le aplacó las más profundas suspicacias. Estaba seguro que habría una catástrofe en su parroquia si el gallo apodado **Dios**, perdía.

Tú, que nos ordenaste llamar día al tiempo
entre la aurora y el ocaso,
ahora que la noche se aproxima
oye nuestra oración y nuestro llanto.

Capítulo 33

> Una muy decidida reacción es está llevando a cabo en la opinión pública a favor de la ruta de Panamá como muestran las recientes discusiones en el Congreso. Ella tiene respaldo en el Senado y está ganando rápidamente respaldo en la Cámara.
> Si el gobierno colombiano dejara de jugar a la esfinge y adoptara métodos de negocios inteligibles, se podría mirar hacia adelante. Con la esperanza de una victoria fácil en un futuro cercano; pero como están los asuntos, ahora temo más a nuestros amigos que a nuestros enemigos...
>
> TOMÁS HERRÁN.

El senador José Domingo de Obaldía puso la carta sobre la mesa. Se alisó el pelo con cautela. Escuchó a su madre toser en la habitación contigua. Sintió un olor hediondo a orina rancia. El sabor agrio de aquel recuerdo le duró unos instantes. Salió al balcón y estuvo mirando morir el sol entre los árboles. Recordó cuando Lorenzo Marroquín, hijo del presidente de Colombia, regresó de una gira diplomática por Centroamérica. Antes de que su nave atracase en David le solicitó, por medio de una carta enviada desde Nicaragua, un préstamo de 5000 pesos para continuar hasta Bogotá, los que nunca le pagó. Lo-

renzo Marroquín llegó a su casa casi al borde de la muerte con diarrea y fiebres altas. Obaldía lo acogió, más o menos un mes. Le salvó la vida. El hijo del presidente le dejó por herencia un putarrón que le siguió desde Honduras y un rosario de pagarés, que señalaban la ruta de sus esfuerzos diplomáticos. Le comentó que la opción del canal por Nicaragua era imposible y que tarde o temprano los americanos se lanzarían sobre Colombia.

Quizás por eso lo consideraban un hombre de confianza. O mejor dicho, un hombre utilizable. Esto le permitía cierta libertad de conciencia y el ejercicio de la sinceridad en la opinión política. Era una, forma de indulgencia tras la que se escondía el agradecimiento.

Habían pasado dos semanas después de la votación en el Congreso colombiano sobre el tratado Herrán-Hay. La consigna que recibió del gobierno fue la de votar en contra del tratado. De los representantes del departamento de Panamá, el único que no votó en contra fue él. José Agustín Arango después de un encendido discurso votó en contra. Manuel Espinosa Batista que ocupaba la curul de Juan B. Pérez hizo lo mismo. En cambio, él había hablado a favor del tratado, pero por presión de sus suplentes Luis María Calvo y Manuel Cucalón; se salió del recinto a la hora de la votación.

José Domingo de Obaldía reflexiona sobre la carta que le envió Tomás Herrán por ser el único senador que estaba a favor del tratado. Toma su pluma, se mira en el espejo. Se detiene a escuchar los lamentos de su madre enferma. Se vuelve a alisar el cabello y escribe una respuesta de cortesía a Tomás Herrán.

> Comprendo muy bien que cualquier esfuerzo habría sido vano para llevar el tratado Herrán-Hay a un resultado satisfactorio, a pesar de todas las demostraciones de su utilidad. La exquisita sensibilidad de los patriotas profundamente herida cuando ellos vieron pisoteado un pequeño rayo de soberanía en la Zona del Ca-

> nal... Si la política nefaria de este pueblo ha sido el factor principal para triturar este trabajo de redención, que garantiza la paz. Estaba enfermo, pero llegué a la sesión mucho antes que se llamara a lista con el solo propósito de dar mí voto en contra del entierro nocturno del tratado, la plataforma de salvación para la arruinada y desacreditada Colombia. La sonriente esperanza de bienestar y prosperidad para Panamá... Aquellos que respetan la propiedad legítima, los hombres que han establecido hogares honrados y fundado honesta£ familias, aquellos que han contribuido con su energía activa el progreso del Istmo, en sus muchos aspectos, los amigos de la pez que gozan el esfuerzo del trabajo, todos estos han sido, con raras excepciones, los vehementes defensores del canal y siempre permaneceré con ellos.
>
> Yo no considero como pecado y mucho menos un crimen los esfuerzos separatistas de algunos panameños. Panamá como cualquier pueblo de la tierra tiene perfecto y legítimo derecho a aspirar a su independencia y a disponer por sí misma de sus propios destinos.

Era consciente del juego de Lorenzo Marroquín que le había pedido su opinión sobre un arreglo con los Estados Unidos. En el que se preveía incluso la venta de una zona para el canal. Por eso fue a Nicaragua para estudiar la posibilidad real de un canal por este país. Si la compañía francesa no terminaba los trabajos en un año, el gobierno colombiano se quedaba con todos los privilegios. Al parecer, la compañía no iba a cumplir porque estaba en quiebra y el gobierno no tenía la intención de aprobar el tratado Herrán-Hay. Sería regalar a otros los privilegios y ventajas que obtendrían con sólo esperar un par de meses. Finalmente, podrían venderle el territorio de la zona del canal a los americanos. Absorto en esta reflexión, José Domin-

go de Obaldía escuchó a su madre reñir con la empleada y toser con más fuerza quede costumbre. El viento le trajo un opresivo olor a orina inconfundible y penetrante.

Capítulo 34

Manosanta había atenuado su interés detectivesco debido a una nueva aprensión episcopal, surgida por solicitar información sobre el presbítero Restrepo. Le indicaron que éste fue trasladado a una diócesis en el interior de Colombia. Le hicieron énfasis en que el caso estaba cerrado. Que el padre no sólo era inocente sino que estaba al margen de cualquier sospecha. Recordó la invectiva de Jesús contra los doctores de la ley: **"Ni vosotros entráis ni dejáis entrar a los que quieren hacerlo"** (Mt. 23,13).

El padre, tratando de olvidar el incidente, se había refugiado en la paz de los domingos. Salía a pasear sin prisa, a gozar su prestigio entre los parroquianos y mitigar el sin sentido absurdo de la dispersión. Quería tiempo para preparar su homilía dominical que atraía a muchos que venían de parroquias lejanas a escuchar sus sermones. Se debatía entre si se dedicaba a la predicación moral o a la interpretación de las sagradas escrituras; a la represión de las costumbres o a la censura del poder. Empezaba a estar limitado por las amistades de ministerio que afectaban dramáticamente su vida personal. Coros, beatas, colectas, visitas, enfermos imaginarios, venias, posesas, viudas y huérfanos empezaban a limitar su carácter dialogante, que amenazaba con hundirle en la angustia de la decepción. Presa de miedos instintivos temía que su inseguridad se tornase más gravosa.

Recordó lo que el Señor le dijo un día a San Pablo **¡Te basta mi gracia!** (2 cor, 12,9). Y se confortó.

Un viernes a las 9 de la mañana se presentó a la iglesia una muchacha vestida de negro.

—Padre, busco confesión —le dijo—. No me recuerda. Soy Carmen la sobrina de Ernestina López. Hace una semana le hizo un exorcismo a mi tía contra el diablo Malhecho.

Entonces Manosanta recordó de pronto que ese era el nombre de la niña que asistió a Inmaculada, el día en que la envenenaron. Era acaso la mujer muda. Volvió a ser requerido por la extraña pasión que había tratado de estrangular dentro de sí. La pasión por la investigación policiaca. El espíritu de Tomás de Celano lo motivaba a interrogar a la posesa.

—¿Cómo está Ernestina?

—Padre, usted si supiera. Estuvo bien unas semanas pero poco a poco las convulsiones volvieron, ahora son más fuertes. El diablo se quedó de tapadillo. Fuimos donde la Nicandra, pero dijo que para ella el diablo era muy fuerte. Que viniéramos donde usted. Nos dijo que si usted acepta, ella le ayuda en el exorcismo.

—No hija. Acojo y respeto a las personas que buscan el amparo de la iglesia. Y el buen Dios hace lo demás. De lo contrario…

—¡Padre mi tía necesita un exorcismo! —le suplica.

—No puedo exorcizar.

—Padre, aunque sea un exorcismo pequeño. Fíjese que Malecho esta vez la quiere matar.

—¿Por qué le dices Malecho? ¿Por qué es lo único que murmura? Debe ser la mala conciencia —pensó el padre—. ¿Por qué no habla Ernestina?

—No lo sé padre. Desde que yo recuerdo no habla sino murmura. Padre tengo miedo . Creo que Malecho está cada vez más fuerte. Una noche me desperté y estaba parada frente a mi cama. Le salía de la boca una baba nauseabunda. Ahora siento respirar el mal. Mi tía ya no bebe, ni come. Tiene los párpados cerrados, las mejillas hundidas. Le han salido grandes ojeras; está

toda llena de arañazos y muy flaca. Las manijas de las puertas giran solas. Malecho tiró por la ventana los rosarios enrollados, rasgó las imágenes sagradas y quebró las estatuillas de la Virgen.

El padre accedió hacerle una visita. Dijo sin convicción que no prometía exorcizarla. Porque no tenía licencia. De todas formas si Nicandra Jované puede ir sería bienvenida. Manosanta en el fondo estaba intrigado. Quizás la mujer le daba alguna información sobre el presbítero Restrepo.

Capítulo 35

León Eiseric se abanica lentamente mirando el atardecer. El vapor de la humedad forma aureolas en los belfos de los caballos. Espera a Monique Clemant. Los tres días de camino que lo habían llevado de San Pablo Viejo al puerto de Pedregal, lo dejaron extenuado. Al menos el viejo le sirvió para tener noticias de la guerra. Todo estaba en orden. La guerra apenas era un rumor. El aire fresco del mar atenúa un poco el calor. Las voces de los pescadores lo saca de sus pensamientos. Estos meses de espera le habían permitido reconocer las bondades de la lentitud y la soledad.

Encuentra significativo que desembarquen tropas del gobierno. Al parecer en el palacio de Nariño estaban nerviosos por las victorias liberales en el interior del territorio y pensaban reforzar la retaguardia. Los soldados se le quedaron mirando. El carruaje, su vestido blanco, el abanico chino y los mozos de mula eran un atuendo que no pasaba inadvertido. Acaso la guerra civil que azota a Colombia llega también a estas regiones remotas de Panamá. Sin embargo, desestimó esta idea. Por fin vio a Monique Clemant que venía en un pequeño bote. Su paraguas negro y un vestido azul, adornado con motivos cretenses hacían juego con la bahía. Todo indicaba que como mujer no tenía desperdicios. Esa noche durmieron en El Nacional, un pequeño hotel provinciano ya que León Eiseric quería leer de inmediato la correspondencia que le enviaba Phillipe Bunau Varilla.

En varias cartas y documentos, Varilla le ponía al tanto del proceso político que se avecinaba. Le sugería que no se confiara de los panameños, pues tenían mucho tiempo de estar unidos a Colombia. Los consideraba *sabios, mentirosos y traidores.* Le contó que estaba seguro de que la ruta del canal por Panamá era una decisión de Dios porque:

> "cuando se iba a aprobar la ruta por Nicaragua yo requería de un hecho espectacular para dramatizar la lucha del canal por Panamá y revertir la situación. Recuerdo que había ido a Cuba. A mi regreso se me concedió esta oportunidad por medio de una inesperada mudanza de la fortuna. Era todo lo que necesitaba. El mayor desastre de la raza humana después de Pompeya, vino en mi ayuda. El Mount Pelee en la Isla Martinique, hizo erupción y destruyó la ciudad de Saint Pierre. Murió la mayor parte de la población, calculada en 25 mil habitantes. Esta terrible tragedia se ha transformado en una importante ventaja para Panamá, porque la ruta nicaragüense está plagada de volcanes".

León Eiseric dejó caer la carta. Se puso pálido. Un calor repentino lo acosa. Pensó en Ogún y en Rocor de Millot. El monte Pelee hizo erupción destruyendo la ciudad de San Pierre. ¡Diablos! Esto llamó la atención sobre los volcanes de Nicaragua. Lo que le daba otra opción a Panamá. Se consoló pensando que todo era casualidad. Monique se preocupó por él, pero éste insistió en que no era nada. Le quiso mostrar los tres lienzos de Gauguin, pero él no se interesó en la obra de un pintor desconocido. Ella volvió a mirar por la ventana. Empezó a desabotonarse el cuello del vestido, para atenuar el calor. Eiseric se sirvió vino. Trató de recobrar la calma. Creyó escuchar ruidos en la habitación de al lado, pero éstos no le distrajeron. Oyó claramente la expresión **hay muertos que son muy locuaces.**

—Qué clase de mundo es este Dios mío -murmuró y siguió leyendo un recorte del WORLD de Nueva York.

"Washington. Junio 14 de 1903

El presidente Roosevelt está determinado a obtener la ruta del canal de Panamá. No tiene intenciones de iniciar negociaciones para una ruta por Nicaragua. Se sabe la opinión del presidente dado que los Estados Unidos está gastando millones de dólares en averiguar qué ruta es la más factible, dado que tres ministros de Colombia han declarado que su gobierno está deseoso de otorgar cualquier concesión para la construcción del canal y que se han .firmado los tratados que conceden derechos de la vía a través del istmo de Panamá y es que sería injusto para Estados Unidos el que no se obtuviera la mejor ruta.

Informes recibidos aquí diariamente indican que hay una oposición en Bogotá al tratado del canal. Su anulación parece probable por dos razones.

1. *La codicia del gobierno colombiano que insiste en un pago muchísimo mayor por la propiedad y la concesión.*
2. *El hecho de que algunas facciones se han vuelto locas a propósito del alegado abandono de la soberanía de las tierras necesarias para la construcción del canal. También se han recibido en esta ciudad informes relativos a que el Estado de Panamá, que abarca toda la zona del canal propuesta, se encuentra listo para separarse de Colombia y establecer un tratado sobre el canal con los Estados Unidos.*

El Estado de Panamá se separará, si el Congreso colombiano se niega a ratificar el tratado del canal. Se organizará una forma republicana de gobierno. Se dice que este proyecto es de fácil ejecución dado que no más de 100 soldados colombianos son los que se encuentran destacados en el Estado de Panamá.

Los ciudadanos de Panamá se proponen después de la secesión establecer un tratado con los Estados Unidos mediante el cual se otorga a este gobierno el equivalente a una soberanía absoluta sobre la zona del canal. Esto puede hacerse con expedición puesto que ya se han proporcionado todos los datos. Se dice que el presidente Roosevelt está a favor de este proyecto si se rechaza el tratado.

Se sabe que el gabinete apoya la idea presidencial de reconocer a la República de Panamá, si esto fuera necesario para asegurar el territorio del canal. El presidente ha estado consultando tanto personalmente como por teléfono con los principales senadores y ha recibido un estímulo unánime...

Se piensa esperar un tiempo razonable la determinación del Congreso colombiano que se reunirá el 20 de junio y luego, si no se hace nada más, hacer operativo el proyecto enunciado anteriormente".

Volvió a escuchar ruidos. Voces. Murmullos. Un forcejeo y luego silencio. Sin embargo, su interés por los documentos era tal que no le prestó atención a los ruidos y las voces de la habitación contigua. Tampoco prestó atención a Monique que estaba desnuda. En la segunda carta las instrucciones de Bunau Varilla eran claras. Definían su papel en esta conspiración.

"Ahora tenemos que lograr los mejores condiciones para la independencia del Istmo. Para asegurar la victoria de nuestros intereses es conveniente que en el momento de la revolución el presidente del Estado de Panamá sea un aliado de la causa. Es necesario que convenzas al senador José Domingo de Obaldía, que acepte el cargo de gobernador del Departamento, aunque tengas que hacer un milagro. Éste se ha manifestado favorable a la separación de Panamá de Colombia. El señor Harry H. Hall ha convencido o Roosevelt de que ninguna revolución tendría éxito si el gobernador del depar-

tamento es leal al gobierno colombiano. Es necesario una persona que cierre los ojos ante los preparativos desafeccionistas y se incorporara al movimiento una vez efectuado. Nuestros agentes en Bogotá han convencido al hijo del presidente Marroquín para que le nombre en el cargo, a cambio de una considerable suma. Entre los legajos hay un cheque por 100 mil dólares del Credit Lyannais para Monsieur de Obaldía. El otro candidato es Manuel Amador Guerrero, pero no confío en él porque es colombiano.

Tenemos que tener cuidado con los cálculos del diablo. Porque Teodore Roosevelt me ha dicho que si fracasa la revolución invadirá Panamá y la convertirá en un protectorado. Perderíamos totalmente la inversión de la Nueva Compañía del Canal. He logrado que aplace la invasión hasta que se defina lo revolución. Con la aceptación de José Domingo de Obaldía al cargo de gobernador del departamento ganaríamos su confianza en el proyecto secesionista. Sin embargo, la invasión es la primera opción americana y el futuro de nuestro proyecto está en tus manos."

Entusiasmado León Eiseric encontró en la conspiración el sentido de su vida. Se preguntaba cómo convencer al senador de Obaldía para que aceptase el cargo de gobernador del Estado de Panamá. Miró a Monique que estrechaba contra su cuerpo un lienzo de Paul Gauguin.

Capítulo 36

Mario Ruballida Perdomo dueño del hotel Nacional le alquiló una habitación a dos extranjeros. Eran franceses. Un hombre y una mujer. Fue una operación de rutina. A no ser por la gran cantidad de equipajes y por la hermosura de la mujer. De reojo les miró las manos. Las del hombre estaban crispadas y trémulas por una enorme impaciencia. Sus manos ponen impúdicamente al descubierto sus deseos, pensó Ruballida. Involuntariamente conjeturó que esas manos pronto estarán sobre el cuerpo de aquella mujer. Las manos de la mujer eran largas, a pesar de estar cubiertas con unos guantes de seda, éste le permitía entrever el color de su piel. Las manos eran como su cuerpo. Toda una exaltación. Imaginó las uñas pálidas como su cuello y las puntas de sus dedos finamente redondeados como sus nalgas. La hubiera contemplado toda la noche, si no fuera por los gestos del hombre que no podía sostener la fría máscara de su impasibilidad. Su atención está tensamente concentrada en sus movimientos sobre el libro de inscripción. Intentan disimular con los labios sonrientes y las miradas aparentemente tranquilas. Inevitablemente vio cómo las manos de la mujer firmaban en el libro de huéspedes como Monique Clemant. Ruballida pensó que las manos del hombre dejaban su signatura con una asquerosa avidez. Apartó la mirada como si estuviera ante una indecencia. No pudo evitarlo. Los llevó a una habitación especial para espiarlos.

Mario Ruballida, trepado sobre la superficie de una mesa, miró la habitación. Sólo así su pequeña humanidad podía colocar el ojo en la mirilla oculta en el empapelado de la sala contigua. Iluminados por la tenue luz de una lámpara, en un primer plano estaban los muebles. Eran grandes y pesados. Su madera de tonos sombríos refractaba de forma pobre, la pequeña luz de la ventana. Al fondo, la penumbra conmemorativa deja entrever la silueta de un cuerpo. El mirón trata de focalizar la escena pero su mirada se refracta en la tenue liviandad del espejo. Puede distinguir la silueta del hombre sentado en un sillón. Éste manipula unos legajos. Vuelve la vista al espejo. Su forma ovalada guarda con disimulo la imagen de la mujer. El vínculo secreto entre el ojo y la imaginación se abre. Ella está desnuda, parada junto a la ventana hundida en el espesor del muro. Desde su alto valladar, Ruballida no alcanza a ver pero se imagina, y esto es suficiente. Quedó pasmado. Ella se mira en el espejo. Limpia las huellas de polvo. Se sienta otra vez en la ventana buscando una corriente del aire fresco. Inconfundible en su felicidad de mirón sin porvenir, Ruballida ve sobre la cama el largo vestido de flores que yace muerto sobre las sábanas.

—Espero que te puedas valer tanto de la lengua como del ojo —le dijo o su mujer de pronto. Ruballida no se inmutó, al borde de la erección su rostro reflejaba la obsesión reflexiva que el mirar otorga a las buenas conciencias. Su actitud casi envarada parecía graciosa.

—Deja de andar en fechorías —insistió la mujer.

A duras penas salió de su abstracción. Imaginó por un momento que su mujer es el diablo. No tanto por su aspecto, por el que bien pudiera pertenecer a la familia de Satanás, sino por el penetrante olor que tenía la pomada a base de azufre y mohos especiales que usaba contra una fastidiosa enfermedad de la piel.

—Aquí hay unos hombres que te buscan.

—Trató de auscultar a las tres sombras que se le venían encima. El carácter reservado de la conversación quedó sellado

con la pistola que le apuntaba. Lo redujeron sin palabras. Aceptó su condición de prisionero. Lo sentaron junto a su mujer que respiraba pesadamente y gemía de un modo ambiguo.

—Algunas veces los muertos son muy locuaces —le dijo una voz sin reparar en las heladas formalidades.

—Don Mario, don Mario, quién iba a creerlo después de tanto tiempo. Ahora me dicen que usted es un liberal de Orden. De los que no quieren la guerra.

Mario Ruballida hizo un esfuerzo para componer en su rostro impostando una calculada tranquilidad.

—¿Guerra? ¿Cuál Guerra? ¿Quiénes son ustedes? —dijo sin ocultar la agitación que no había logrado disipar.

—No exageres con la prudencia, que puedes resultar grosero —dijo su mujer. Después de una pausa agregó sin una sombra de vacilación—: Son gubernamentales. —La frase pronunciada con énfasis había causado cierta turbación.

Todos se percataron de la presencia de la imponente matrona con cuello de encaje. Sintieron su olor sulfuroso y miraron cómo sus dedos flacos, semejando patas de camaleón agarrándose a un árbol, se aferraban al brazo de su marido. El silencio flota en el ambiente como el cadáver de un ahorcado. Intuyeron que la velada no se iba a reducir al intercambio de reputaciones ideológicas.

—Perdón, señora —le dijo uno de los facinerosos—, pero somos liberales.

Mario Ruballida se calma. Trata de no levantar sospechas, ni de mostrarse receloso. Más seguro se dedicó a individualizar a los tres hombres que le interrogaban. Mirándolos supo que su situación era comprometida. De los tres reconoció primero al escolopendra. Era flaco, caminaba de lado, tenía un pie tullido, ojos desafiantes. Su nariz sobresalía de su cara como un pico encorvado, sus labios gruesos estaban tensos sobre los dientes. Las líneas de su cara hasta el mentón eran afiladas. Se llama Carlos Zúñiga y había trabajado en una de sus fincas. Supo que su situación era comprometida por la afición al torvicio, que

tenía el susodicho escolopendra. Estaba seguro que eran liberales. Pero a los otros nunca los había visto.

—El 18 de febrero de 1901—dijo uno que estaba al fondo en la penumbra—, se promulgó el decreto de guerra a muerte, en cuya virtud cualquier prisionero sería fusilado mediante consejo de guerra verbal. —El hombre hace una pausa y mira el rostro de Ruballida que está extraviado en la incertidumbre—. Si esto es lo que le ocurre a los prisioneros imagínese lo que le ocurre a los traidores.

Ruballida tuvo en su interior un conato de auténtico pavor. Lo rodeaban el miedo y el odio pero no podía confiar en nadie. El hombre escrutaba sus ojos para descubrir sus reacciones. Respondió con aplomo porque sabía que de ello dependía la vida de ambos.

—Es una acusación totalmente absurda.

—Absurda, absurda —le interrumpió el otro—. Se han perdido 500 rifles Remington, 25,000 tiros, un cañón Krupp y tres toneles de pólvora que estaban bajo tu custodia.

—Todo lo contrario —dijo Ruballida. No sé nada de armas. Yo soy el responsable político de los liberales, además el que sabe dónde están las armas es el responsable militar que...

—¿Quién es?

La pregunta fue cortante y transparentaba la sombra de la desconfianza. Ruballida hizo apresurados cálculos mentales para llegar a la conclusión de que su salvación estaba en la mentira.

—No lo sé.

El hombre sonrió ante la ingenua actitud de su interlocutor. El escolopendra se le abalanza rudo y vigoroso. Forcejean. La mujer emite un chillido de espanto que atraviesa el aire inmóvil del pequeño vestíbulo.

—Mis instrucciones fueron esperar —replicó Ruballida angustiado.

—¿Quiénes? —le volvieron a preguntar con una voz cada vez más tensa.

Con una expresión azarosa el escolopendra sacó un cuchillo. Ruballida palideció. De inmediato supo dónde estaba la conveniencia.

—Si ustedes son liberales deben tener la contraseña.

Uno de los hombres lo suelta. Busca algo en la bolsa. Le enseña una morrocota. La moneda de oro brilla tenuemente reflejando la luz de la lámpara.

—¿Es ésta?

—Sí.

—¿Quién tiene las armas?

Por más astuto que fuese, comprendió que estaba destinado a sucumbir. Entonces ideó encontrar respaldo en la posibilidad de tejer una actitud de complicidad. Se arregla el vestido, recupera un poco de dignidad. Mira a su esposa, al borde de la depresión nerviosa.

—Sólo quería estar seguro —dice con una expresión visiblemente insincera. Los hombres se inquietan y se apresura a contestar.

—Avelino Rosas. Un viejo liberal que vive en San Pablo Viejo.

Capítulo 37

León Eiseric no quería perder tiempo. Se presentó a la casa del senador José Domingo de Obaldía en David. Le dijeron que se había ido con su madre a la estancia solariega que tenía en San Pablo Viejo. Monique Clemant se preguntó por qué un hombre tan importante como él vivía en ese pueblito en los linderos de la civilización. Eiseric no le contestó. La misma pregunta se la había hecho a Phillipe Bunau Varilla. Y éste le dijo que se fuera a vivir a San Pablo Viejo y no le dijo por qué. Ahora sí lo sabía.

—Porque allí vive su madre —le contestó de forma cortante.

León Eiseric ofuscado tomó un carruaje hacia San Pablo Viejo. Durante el trayecto no dijo una sola palabra. Monique volvió a acrecentar su experiencia emocional en los avatares de la lentitud. Al llegar, Eiseric vio a una multitud que miraba el cadáver de un ahorcado. Era el de Francoise Rocor de Millot que colgaba del dintel de su casa. Debió enterarse que la erupción de Mount Pelee destruyó a su amada Martinica. Rápidamente intentó una diligente ocultación haciendo que el carruaje diese vueltas por el pueblo para que Monique no viera el espectáculo, el cual ella pretendió no ver. Después que la policía se llevó los restos del infortunado mozo, los vecinos le dijeron que Rocor de Millot había enloquecido. Primero trató de asolar los gallineros del pueblo, luego permutaba vajillas, relojes, muebles, ropas o lo que fuera por pollos para hacerle ritos y ofren-

das a un tal Ogún. Eiseric corrió a su casa, la que estaba hecha un desastre. Cientos de aves habían sido degolladas y su sangre asperjeada por todas partes. Otras pululaban, dejando una ordalia de plumas y mierda sobre sus muebles. El sótano de la casa estaba lleno de tierra como si alguien hubiese desenterrado algo. Eiseric prometió regalar los pollos a quien le ayudase a limpiar el desastre. Ese fue un día perdido, trató de imaginar lo sucedido. Rocor de Millot tuvo su encuentro con Ogún Badagry. Se ahorcó o el dios lo ahorcó. No importa. Los dioses no gustan de los arrepentidos. Lo que no encaja es lo sucedido en el sótano. Habían algunas municiones sin usar, restos de pólvora y un altar destruido. Finalmente descansaron y al día siguiente buscaron la casa solariega de José Domingo de Obaldía. No fue difícil dar con ella. La casa era un edificio amplio de un solo piso, con tres alas desplegadas. Era de ladrillos con una base de piedras volcánicas. Eiseric se acercó al mozo que cuidaba el portón y se anunció como el representante de la Nouvelle Compañía del Canal de Panamá. Los llevaron a una pequeña sala de estar.

Monique Clemant se fijó en una anciana pálida que dormitaba frente a la ventana donde, al parecer, tomaba el sol de la mañana. Escudriñó su cuerpo. Se le veía una mano exangüe, era delgada, su piel estaba arrugada y cubierta de manchas, las venas parecían gruesos hilos azules. Sus pies estaban cubiertos por un endredón negro. La anciana se movió y quedó oculta tras unas cortinas de encajes. Monique observó que la luz natural se filtraba a los pasillos cuando se abrían las puertas de los dormitorios.

Monique Clemant fue la primera en fijarse en el hombre alto, con el pelo peinado hacia atrás con una partidura en el centro. Era el senador José Domingo de Obaldía y los observaba detenidamente desde lo alto de una escalera de caracol.

—Ustedes deben ser el doctor José Bernal Lamaitre y su asistente la enfermera Marcia Terán.

Sin duda el senador los confundía. Antes que le respondiera

éste los invitó a pasar a otra sala de la casa, Eiseric iba a aclarar la confusión cuando la anciana los interrumpió.

—¿Por qué no hablamos aquí mismo? Sé que quieren que me muera de la forma más apacible. Acaso de un tiro en la cabeza como un viejo caballo con una pata rota.

Las miradas de los tres se encontraron. Hubo un desconcierto inicial que respondía a un aire de perplejidad.

—¡Madre, por favor! —clamó el senador. A Monique le pareció, por un instante, trastornado. El senador recobró el aplomo y dijo dirigiéndose a León Eiseric.

—Mire, doctor Lamaitre, les mandé a llamar porque se trata de mi madre como ustedes pueden ver: Sufre de incontinencia y ésta ha ido en aumento desde el año pasado.

Eiseric quiere intervenir para aclarar las cosas, pero el senador no lo dejó.

—Me desconcierta. Dice que no le gusta esta casa, pero aquí logra controlarse. Por insistencia suya nos vamos pero el problema de la incontinencia vuelve y se acrecienta. En menos de una semana empapa, toda su ropa con orina, cada silla y cada sofá de la casa. Incluso hasta le salen úlceras. Sólo aquí puede tener una vida normal, aunque ella no quiera. ¿Qué dice usted doctor? —pregunta mientras se acerca amoroso a la anciana; pero ésta logra asirlo por una manga del vestido y gimotea.

—¿Sabes qué han hecho con mi cartera? ¿Dónde está el médico que me prometiste? ¿Por qué no me dejas ver al médico? ¡Tú me quieres volver loca verdad, pero yo no estoy loca! ¡No estoy loca sabes! ¡Quiero un sacerdote para confesarme antes de que me maten!

Incómodo el senador José Domingo de Obaldía se alejó con brusquedad y le pidió a los mozos que llevasen a su madre a la habitación. El senador se inclinó y besó a la anciana en su cabellera.

—Si me vas a matar como a un caballo que sea rápido —dijo la anciana antes de que su silla de ruedas entrase a los pasillos interiores.

—¿Qué piensa usted doctor? —le volvió a preguntar el senador a León Eiseric que no sabia qué decir. Desconcertado veía que su primera misión como conspirador era todo un fiasco.

—Creo que se trata de un poco de intuición —interrumpió Monique.

León Eiseric pensó que el piso se le hundía. Quiso ser un ornitorrinco, para estar pereceando en algún lugar de Australia.

—¿Intuición?

—Sí, intuición femenina —respondió Monique, José Domingo de Obaldía le dirigió una mirada penetrante que parecía buscar la penumbra del subconsciente.

—Se siente culpable, verdad senador —interrogó Monique. El hombre dejó de sonreír.

—Supongo que le pareceré incongruente, pero sigo sin comprender.

La frialdad y la seguridad de la expresión a León Eiseric le resultaba un contratiempo indisoluble. Estremecido acechó a Monique con ojos palpitantes. Creyó que la mala suerte como una terrible bestia arremetía contra él, levantando una polvareda que lo devolvía a la frustración de una vida rutinaria en las callejas de Ulan Bator. Imaginó ser tragado por el repugnante nomo de la desgracia.

—Si su madre puede dejar de orinarse en esta hacienda ¿Porqué lo hace en la casa? ¿Por qué se controla mejor aquí? Quizás su madre sí desea vivir aquí.

—No comprendo por qué mi madre dice que no quiere estar aquí, si en realidad desea otra cosa —interrumpió el senador.

—Tal vez no lo sepa —murmuré Monique, mirando por primera vez a los ojos de José Domingo de Obaldía.

El senador empezó a sonreír. Eiseric tuvo la sensación de que era un mal presagio. Imaginó que estaba en una ciénaga de calamidad pero ya era tarde para huir del miserable que lleva dentro.

El rostro del senador era de pómulos salientes y sus ojos desequilibraban su simetría horizontal. Dominó la sonrisita y

de inmediato adoptó un aire de dignidad melancólica. Entonces con un dejo de ironía comentó.

—No me diga que mi madre es una especie de ajedrecista malvado, que trata de jugar a los acertijos emocionales sin saberlo.

—Así es —le respondió Monique. Juega a un acertijo emocional con una trampa incorporada. Mearse.

A Monique no le quedaba ni la más vana cautela, estaba a punto de lastimar emocionalmente el orgullo del senador, quien los iba a descubrir y acto seguido serían acusados de impostores. Lo que los iba a sumir en una cadena de vergüenzas. Eiseric al borde del sofoco, la miraba con ojos reprobadores porque Monique seguía sin advertir ninguna señal de desgracia.

—Pienso que su madre se volvió incontinente para que la trajeran a esta casa. Ella deseaba estar en esta casa, pero no podía admitirlo porque no podía asumir la responsabilidad de vivir sola. Orinarse es el símbolo de su deseo de independencia, pero también el símbolo de su temor a la soledad. Esta casa para ella ha de ser una especie de santuario emocional. Lo que pasa es que cuando alguien es minado por la autocompasión no puede tomar las decisiones que le conciernen.

El senador no puso más reparos. Como hombre religioso sabía que un santuario era un lugar sagrado donde se buscaba protección. Quizás su madre buscaba en esa casa protección contra la soledad y la muerte.

—Creo que tiene razón —dijo.

Los tres intercambiaron sonrisas comprensivas. El senador se dejó caer sobre el sillón. Cerró los ojos un instante, quería evitar que lo precedente del mundo exterior se proyectara en su conciencia. Estaba sometido a muchas presiones y el problema de su madre lo ponía tenso. Experimentó una pequeña sensación de repugnancia por el olor a orina rancio que le vino a la mente. Sintió alivio y se permitió un pequeño toque de cinismo al saber que podía dejar a su madre en la antigua casa solariega

y cumplir con sus responsabilidades políticas. Se justificó pensando que en Panamá se viven momentos decisivos. Monique mira a los ojos de León Eiseric que estaban sumergidos en un aire de perplejidad, como si se hubieran quedado mirando una zona oscura, enigmática y desconocida.

Capítulo 38

El senador José Domingo de Obaldía sentía una transformación interior. El conflicto con su madre le había producido un vacío emocional. Estaba a la deriva, indeciso, temía perder el control de su vida en medio de la compleja situación política. Miró a sus interlocutores que estaban un poco nerviosos. Se fijó en la piel de la mujer, que le sonrió. Pidió permiso y se dirigió al baño. Con inquietud notó que le sudaban las manos. Se lavó la cara. Se miró en el espejo y tras una breve vacilación abrió el grifo y vio cómo el agua daba vueltas y vueltas antes de desaparecer ¿Por qué preocuparse por el futuro se dijo, si uno no sabe qué va a ocurrir hoy? Al borde de un semitrance de autocompasión se volvió a irritar por la obstinada desesperación de su madre por vivir en esa casona. Sintió el hedor acre de los urinarios, sintió una ligera náusea. Exhaló e inhaló tres veces. Se mojó la cara otra vez como tratando de lavarse la vergüenza.

León Eiseric le apretó el hombro a Monique que lo miró intrigada. Se recostó del sillón. Cerró los ojos un momento, meditando sobre su incapacidad de identificar las causas de su desmoronamiento como agente secreto. Descansó unos segundos, meditó si debía aclararle al senador el equívoco y revelarle su verdadera identidad. El silencio de Eiseric le reveló a Monique los alcances de su angustia. Tras un breve estiramiento para esquivar la tensión, decidió aclarar todo. Imaginó que el senador

lo miraría con desdén y posiblemente incluso con indignación. Todo esto era un mal presagio.

Cuando el senador volvió, traía una botella de coñac y tres copas. Monique le dijo con una actitud sosegada e imparcial:

—Senador, tenemos algo que decirle.

—Y yo algo que preguntarles.

—No somos los doctores colombianos. Somos franceses.

El senador José Domingo de Obaldía los miró sonreído y dijo.

—Eso ya lo sé.

León Eiseric dijo sin ninguna intermediación con palabras pausadas al borde de la apatía, como si tratara de impedir alguna insensatez:

—Somos representantes de la Compañía Nouvelle del Canal de Panamá y nuestras relaciones nos indican que habrá algo importante en Panamá y, usted senador, es una persona clave en estos acontecimientos.

José Domingo de Obaldía se sintió acechado y volvió a su actitud arrogante. Se sirvió media copa de coñac y se la tomó de un solo golpe. Tenía un carácter susceptible. Los miró como un tasador que fija un precio; taciturno, recubierto desde la frente ancha hasta la garganta de una piel cetrina e inexpresiva. Eiseric supo que lo que ocurriera de aquí en adelante parecía formar parte de un designio inevitable. El hombre daba la impresión de poseer una actitud incontestable. Eiseric sintió que se derretía como manteca.

El senador iba a decir algo, pero un ruido en la habitación de su madre, lo interrumpió.

—¿Donde está mi cartera? —vociferaba la anciana mientras arrojaba el urinal por la ventana—. ¡Quiero un sacerdote, quiero confesarme antes de morir! ¡Quiero confesarme antes de que me maten! ¡Quiero confesarme! ¡Quiero un sacerdote! ¡Por algo soy la tía de un obispo!

—No se preocupe senador, soy enfermera —dijo Monique— y puedo ayudar.

Éste asintió con un gesto, tratando de evitar la expresión de sus ojos culpables. La mujer subió las escaleras. El senador ordenó que le buscasen un sacerdote a su madre y luego, tras tirarse el oscuro cabello hacia atrás, miró a Eiseric con un gesto preciso y mecánico.

—¿Quien lo envía?

—Jean Phillipe Bunau Varilla —dijo Eiseric tratando de esbozar una sonrisa de penosa comprensión. El senador se mantuvo impasible.

Eiseric agregó, representante de la Compagnie Nouvelle del Cañal de Panamá y del presidente de Estados Unidos Theodore Roosevelt.

El senador no eludió la mirada y dijo dejando entrever un alivio un poco frágil:

—Es cierto, corren rumores acerca de un movimiento secesionista.

—Ya casi es un hecho.

Eiseric le entregó el recorte del WORLD, de Nueva York, donde se describía la conspiración preparando a la opinión pública para la intervención militar. El senador lo leyó, interrumpiendo sólo para mirar a la habitación de su madre. Recordó las palabras de su amigo Tomás Herrán.

—Mi querido amigo creo que esto es imposible. El nombramiento es político y lo hace el presidente Marroquín.

—Tenemos amigos que preparan el terreno para tal fin. Sólo necesitamos su anuencia.

Obaldía se quedó pensativo. Sin duda sabían de su amistad con Lorenzo Marroquín, pero estaba escéptico por la situación bélica. Si bien es cierto, la guerra civil que vivía Panamá hace tres años había dado a los panameños la impresión de que el departamento podía vivir independientemente del resto de Colombia y que no podían soportar más a funcionarios centranos, ni estar atados al desvalorizado peso colombiano. Pero quedaba un problema fundamental que dilucidar.

—El problema es que somos conservadores y si declaramos la independencia en las actuales circunstancias, en la mayoría del territorio del departamento dominarán los liberales y esa sería una catástrofe. Imagínese Panamá independiente y liberal. Cualquier movimiento separatista debe esperar una victoria militar de las armas conservadoras. Ahora mismo tratamos de cerrarle la retaguardia a los liberales desde David.

—Pero si hay una victoria conservadora es improbable la independencia —replicó Eiseric—, porque su ejército es colombiano.

—Eso es preferible a que gobiernen los liberales. Como sabe, creo en la independencia, pero sin estas condiciones es preferible esperar.

—Senador nosotros le garantizamos que después de la independencia no gobernarán los liberales.

—No lo sé. Los liberales ateos tienen mucha gente levantisca.

—Entonces no acepta el cargo de presidente del Departamento de Panamá.

—Por el momento no.

León Eiseric quedó consternado por la negativa del senador, acaso en algún momento había perdido la razón y la cautela. No le mencionó lo del dinero.

Monique Clemant bajó las escaleras de caracol lentamente hasta cerciorarse que el senador la miraba con detenimiento.

—Su madre duerme —le dijo—. Está orgullosa de su cabello. Ya no se lo puede cepillar porque tiene los nudillos de las manos y las articulaciones de la muñecas tan inflamados que no puede coger el cepillo.

Guardó silencio. Sintió en la atmósfera un misterioso halo. León Eiseric tenía el ceño fruncido y al senador le costaba trabajo respirar. Ambos tenían un rostro de apremio. Antes de que a Monique se le diluyera la sonrisa el senador preguntó:

—¿Han visto alguna vez una pelea de gallos?

Capítulo 39

Manosanta llegó a San Miguel de la Culebra el domingo después de la misa. A pesar de no tener el permiso de exorcista, haría lo posible por un alma de Dios. Le pidió ayuda al alma del padre Tomás de Celano Esperaba, sin embargo, que esta acción no llegase al obispado distorsionada por las habladurías. Pero se sentía motivado por dos sentimientos dispares: Estaba deseoso de interrogar a la mujer y se sentía comprometido con ella porque después del primer exorcismo poco a poco los males se acentuaron. Sufría extraños dolores en las articulaciones. En la cabeza y ya no podía andar. El diagnóstico médico informaba que sufría crisis de tetania. Pero sus familiares decían que los síntomas eran el resultado de las trapacerías del diablejo Malecho. Malecho era la única palabra que pronunciaba entre murmullos. Este diablejo la somete a terribles tentaciones y le atenaza el alma con remordimientos.

Desde hace unos meses, la mujer no puede entrar a una iglesia. Es presa de un intenso malestar, siente ardores en la lengua. Tiene el andar rígido. Ha perdido 5 kilos de peso. Y ha tratado de suicidarse. Está demacrada pero tiene una fuerza tremenda. La han amarrado ala cama. Nicandra Jované le sujeta el torso para que no se mueva. Manosanta comienza el ritual.

> "Virgen María, reina de los cielos, patrona de los ángeles, que tiene el poder de reducir al maligno, te pedimos que envíes la

legiones de ángeles para que combatan a este representante de lucifer que atenaza el alma de tu sierva Ernestina López.
Venid, santos ángeles y arcángeles. Venid, Poderes, Principados, Virtudes, Dominios, venid en persona, visiones y sueños. Venid tronos, Venid querubines. Venid serafines. Venid San Gabriel, que Dios sea mi fuerza, venid San Rafael para decir que Dios ha curado. Venid San Uriel con el fuego de Dios. Venid San Metraton para que me guíes en este duro trance. Ven San Melquisidec para que podamos salvarnos por la fe".

Ernestina lanza gritos y gemidos. Después siente los estertores de alguien que se asfixia. El padre se detiene en las primeras exhortaciones. Le pregunta a Nicandra si es ella o el diablo el que gorgotea así.

—La mujer se asfixia. No puede respirar. Es el diablo el que le aprieta la garganta —asegura Nicandra Jované.

—Debemos, detenernos vamos a orar —dice Manosanta.

Oh Señora mía, Oh Madre mía
yo me ofrezco del todo a ti.
Y en prueba de mi filial afecto
te consagro este día.
Mis ojos, mis oídos, mi lengua, mi corazón,
en una palabra todo mi ser.
Ya que soy todo tuyo.
Oh Madre de bondad,
te suplico protejas a esta mujer
y me protejas contra el maligno
que nos quiere hacer posesión suya.

La fuerza de la posesa aumenta. Se levanta bruscamente. Nicandra casi no puede sujetarla. Lanza un alarido y la muerde en el brazo. Finalmente la reducen entre ambos.

—¿Te hizo daño?

—No, sólo fue un tarascón.
—Bueno Malecho, ésto no lo esperábamos de ti. Estás contento.
La mujer gruñe.
—Bueno Malecho, ¿qué es lo que quieres? ¿por qué no sales de esta mujer?
—Acabaré contigo ¡Somos legión!
La mujer escupe un agua fétida al padre que no se amedrenta.

"Dios Padre en lo alto de los cielos, ten piedad de nosotros
Hijo o del Redentor del mundo, ten piedad de nosotros".

La mujer se debate una vez más.

San Abraham ruega por nosotros.
San Moisés ruega por nosotros.
Gran apóstol San Felipe, ruega por nosotros.

La mujer se queja. Grita:
—No. No. No. —Forcejea, intenta morder a Nicandra.
—No estás contento. Malecho por qué no te vas.
—Ni me voy ni me van —gritó el diablo—. ¡Estoy en mi casa!
—¿Seguro que estás en tu casa?
—Sí, este cuerpo es mi casa.
—Bueno Malecho, la cosa no se ve muy bien y es mejor que te marches. ¡Jesús ha vencido!
La posesa arruga la cara y suelta un estertor.

Jesús, María y José os doy el alma mía.
Jesús, María y José asistidme en mi última agonía.
María, José y Jesús en vosotros descansa el alma mía.

—¡No!
—¡No!
—¡No!

—No estás contento, Malecho.

—¡No, NO, NOO, NOOOOOOOO!

—Debes reconocer que se te escapa esta mujer.

—¡Estoy en mi casa!

—¡Te he derrotado!

—¡Estoy en mi casa!

—Ahora no puedes impedirle que hable. Será mejor que te marches Malecho.

—Padre —le interrumpe Nicandra—. La mujer está sangrando por las manos. Tiene un estigma.

—¡Bendito sea Dios! ¡Jesucristo ha vencido!

El diablo gruñe. Y grita: "Soy legión, soy legión".

—Márchate, Malecho. Acepta tu derrota.

—¡No! ¡No! ¡Estoy en mi casa!

La mujer intenta levantarse y morder al padre.

—Te voy a destruir, me oíste cura morroñoso, te voy a destruir. Como destruí al debilucho de Restrepo. A ti también te gustan las niñas. Te doy a la sobrina de ésta. Mira que ya se le moja la cuca. —El diablo hace una desmesurada ostentación de la lengua—. Pruébala como Restrepo y sabrás cuál es el verdadero sabor de la vida.

El padre titubea pero recobra la serenidad, y vuelve a la carga.

—Me vas a destruir, no me digas. Anda inténtalo, que Dios está conmigo. Dios delante de mí. Dios detrás de mí. Dios encima de mí... Dios mío acude en mi ayuda y expulsa a este demonio Malecho.

El padre hace una pausa mirando la reacción de la mujer.

—Ernestina, ya no aceptes al demonio.

La mujer agita la cabeza en varias direcciones, una diciendo que no y otras que sí.

—Ya ves, Malecho, es hora de irte.

La mujer se agita es presa de convulsiones, estertores y gorgoteos. —¡La está matando! —grita Nicandra, pero esta vez el padre no se detiene.

—Por María, Madre de Dios. Por la autoridad del Señor te conmino a irte.

—¡NO, NOO!

El diablo se babea y regurgita y oleadas nauseabundas salpican la sotana del padre. La mujer se limpia la boca con la lengua. Finalmente escupe un dedal. La está asfixiando. Esta vez el padre no se detiene y continua con sus rezos.

—Gloria al Padre y al Espíritu Santo como era ahora al principio y al fin; adoremos a Cristo, Señor Nuestro y cabeza de la Iglesia, y digámosle confiadamente, Señor, haz en el cuerpo de esta mujer tu Iglesia para que el demonio Malecho se vaya al lugar que le corresponde.

—No, no, no me iré. Te destruiré cura morroñoso.

De inmediato, luciérnagas negativas que dejaban pulsaciones de oscuridad en la luz empiezan a titilar. El rostro del padre casi desaparecía bajo el enjambre negro y acechante. Sin embargo, esto no alteró la dinámica de la lucha. Jadeando y tosiendo el cura continuó con sus admoniciones.

—Derramaré sobre vosotros un agua pura que os purificará de todas vuestras inmundicias e idolatrías.

El sacerdote bendice a la mujer. Rocía con agua bendita. Cada gota cuando cae deja en el rostro de la mujer un pequeño humillo, como si el agua bendita la escaldara como agua caliente.

—¡NO! ¡NO! ¡NOOOOOOOOO!

La cabeza le empieza a bullir como si estuviera llena de insectos. Su boca se llena de exhalaciones calientes y explosivas. Su rostro es salvaje, está deformado por las expresiones de un odio venenoso. Espasmos dementes desfiguran los rasgos femeninos. Con una fuerza tremenda se suelta las manos, aparta a Nicandra y lanza al padre contra la pared, que choca y rebota con un ruido sordo. Su agotado corazón palpita con una fuerza

tremenda. Jadeando, tosiendo e inhalando un aire que le quemaba el gaznate intenta levantarse. Las luciérnagas oscuras están por doquier, el padre apenas pudo arrastrarse por el suelo. Enjugando las lágrimas que le habían provocado la violenta tos. Con sus manos trémulas se apoya en la mesa. Nicandra Jované mira cómo el padre es lanzado contra la pared y antes de que la posesa se suelte del todo le lanzó una sábana encima, produciendo un momento de indecisión que la contuvo, Cada vez menos trémulo, recobrando el aliento, el padre continuó con su exorcismo.. La vuelve a rociar con agua bendita. Mientras exclama con una voz ronca "**¡Vade retro** Satanás!" La mujer es presa de un ataque de convulsiones. —La habitación se estremece. Se oyen sus intestinos fragorosos. Después lanza un gemido estentóreo y luego se queda quieta. Despatarrada con los brazos al costado. Termina la lucha. Tras la catarsis, agotado el sacerdote, se derrumba sobre un viejo catre.

—Tenemos que esperar porque el diablo puede volver —le dice a Nicandra que se limpia el sudor y el susto.

Mira a la mujer. Le consuela la levedad de su respiración. Luego se fija en el techo como si tratara de leer su destino en las extrañas figuras de luz y sombra que se proyectan sobre él. Todo lo que miraba le parecía preñado de presagios amenazadores. Le costaba creer lo que pasaba. Ensimismado escuchó el estrépito candencioso de la lluvia. Su monotonía era un sonido tranquilizador. Nicandra está callada y aturdida de la impresión. El padre, con el entrecejo fruncido, trata de escuchar los ruidos de la noche. Trata de escuchar más allá, procurando una calma interior que sosiegue sus temores.

Capítulo 40

Cleofás Samudio llegó al hemiciclo circular donde se realizarla la pelea. Escuchó las apuestas, la campanilla del juez de línea que se agita frenética. Éste anuncia las reglas del combate. Las espuelas serán de espinas de pez, durará 45 minutos. El gallo que no pique o pelee durante un minuto habrá perdido. La pelea será tablas cuando los dueños lo acuerden, cuando los dos gallos no peleen durante un minuto y cuando llegue la hora establecida. El alcalde, tratando de reírse por un lado de la boca, le dice al juez que anuncie que si su gallo empata lo declarará perdedor y pagará todas las apuestas pactadas. El ciego oye a las gentes que se apresuran a apostar, escucha a veinte o treinta gallos en jaulas de madera. Confía en Nicandra e imagina el inicio del ritual. Al **Diablo** costó masajearle los muslos con alcohol pues bramaba de furor; a Dios le aplicaron en el pico una mezcla de ajo y limón. Se escucharon murmullos y luego se hizo un gran silencio. Llegaba don José Domingo de Obaldía y sus amigos, lanzando saludos a la diestra, y a la siniestra, recibiendo reverencias, que lo ungían con el incienso de los encomios. Monique Clemant cuidaba el buen estado de su abanico y León Eiseric miraba la escena con desgano, mientras pensaba ensimismado algún recurso para que don José Domingo de Obaldía, que hacía gala de conocimientos gallísticos, aceptara ser el gobernador del Estado.

El pequeño vallado estaba rodeado de apostadores blandiendo sus billetes. **Dios,** enjuto y debilucho, se para y canta y parte en vuelo sobre el émulo. Se escucha un murmullo sordo. Admiración y sorpresa. Hay muchos espectadores. La feligresía ha empeñado sus ahorros, sus oraciones y sus esperanzas, pero el alcalde don Nepomuceno Ritter confiaba en su enhiesto gallo negro, cuyo espolón tenía antecedentes sanguinarios. Por si acaso, lo habían untado de grasa para que resbalase el pico del enemigo y le había espolvoreado alcaloides entre las plumas para que el otro al picarlo, caiga víctima de sus efectos. Seguro de la victoria, había habilitado una ventanilla especial en la alcaldía para apuestas temerarias, mientras la policía dirigida por el capitán Romero detenía a los transeúntes y le sacaba todo el pecunio de encima y le extendía un recibo para que cobrara después de la pelea. Los apostadores forzados permanecían callados bajo la azarosa mirada del capitán y sus acólitos, que no perdían ocasión de exponer sus armas, para impedir que no hubiesen prevaricadores contra el orden u ofensas y desacatos contra la autoridad. Sus rostros fríos, signos de la antipatía y la sospecha, sólo se inmutaron por el murmullo de las oraciones de las beatas, que apostadas en lugares aledaños, casi al borde de un alarido histérico; tragando impaciencias y otras incertidumbres, ponían cara de pena, se golpeaban el pecho con el puño y le pedían perdón a Dios por apostar.

Se eligen púas, se realiza un depósito de dinero. Suena la campanilla. Se inicia la pelea. Las beatas, ojos turbios, casi a punto de engullirse los breviarios, son acometidas por los sudores del sofoco, el hálito del desmayo o el vértigo.

"¡Válgame, Nuestra Señora! ayúdanos, Padre del cielo!"

Capítulo 41

El **Diablo** mira en firme al enemigo con su pupila de azabache. **Dios** burdo de alardes, responde con un rápido juego de cabezas que se miran subiendo y bajando. Se trenzan en guerra. Las voces excitadas le dan a Monique la impresión de que está ante un espectáculo cautivante. Picos y espolones tejen en el aire un remolino de plumas. Los animales se lanzaban uno contra otro observándose. Más allá de la crueldad y la conmiseración, los espectadores pedían sangre y muerte. El asil, el gallo que tenía el mote de **Diablo** arremete contra el gallo barbucho de pescuezo pelado, que tenía el mote de Dios. En el primer encontronazo, el **Diablo** busca herir y desgarrar el área del cuello. Un revoloteo de alas y violencia se escucha mutuamente. Picado en las plumas del cogote, Dios cloqueó y comenzó a dar vueltas. Tenía un desgarrón en los verrugones de la cresta. El asil, músculos hirvientes en rabia, lo busca para darle un golpe decisivo. Le da un encontronazo que lo lanzó al suelo. Se oyó gritar al alcalde:

—10 contra 500 —a favor del asil que volvió sobre el golpe.

—¡Pago! —gritó Monique Clemant entusiasmada, junto con un bando de fanáticos montados en ruegos y letanías. La francesa había caído víctima de las emociones de aquella vieja pasión.

El **Diablo** tomó la iniciativa y se aferró a la picada y golpeó dos veces más. **Dios** cayó al suelo ladeando las alas, pero el

gallo barbucho se paró y siguió peleando. Lo mismo ocurrió tres veces. Lo curioso era que el asil no daba un golpe que definiera la pelea, que degeneró en un tome y traiga. **Dios** logró darle una picada en las plumas de la pechuga. El asil no se había empleado a fondo y la pelea casi llegaba a los 30 minutos. El gallo pezcuesipelao se entretuvo picoteando el paño del redondel, daba la espalda al combate mientras el otro buscaba concluirlo de un golpe decisivo.

De pronto, se escucha un rumor lejano, un murmullo; una resolución desesperada que adelanta tensiones, que remueve secretos furores, como un desahogo proveniente de una prolongada soledad. Monique experimentó todos los sentimientos que suelen atribuirse a los murmullos pero no se inmutó porque todo era posible en aquellas lejanas comarcas de calores y turbaciones. La multitud fue abatida por un viento de angustia. Unos hombres empezaron a otear la campiña. Esperan algo misterioso y conclusivo, como si por un instante el mundo se tornase incomprensible y la curiosidad sedienta de indiscreción, fuera atraída por un sortilegio. Sólo el ciego estaba atento a los ruidos de los gallos que se baten en el redondel. El senador José Domingo de Obaldía intuyó las secuelas del contratiempo. Vislumbró extraños tejemenejes que se venían acercando en la silueta de una mujer, pechos caídos, caderas y ausencia notoria de la prenda que era perseguida de manera endemoniada por un ensotanado que blandía un cucharón.

Capítulo 42

Después de la catarsis Ernestina durmió protegida por escapularios. Su rostro reflejaba un resplandor oliváseo a la luz del candil. Sin embargo, en medio del sueño murmuraba. El padre esperaba que se despertara para preguntarle sobre los sucesos en los que se vio involucrada hace 15 años. Cuando lo hizo, creyó conveniente llevar el asunto con cierta cautela. Trató de proceder con tiento. Hizo las preguntas de rigor con la esperanza de que hablara.

—¿Qué ocurrió con Inmaculada y el presbítero Restrepo?

La pregunta no fue precisamente cautelosa. Ernestina lo miró con recelo y negó con la cabeza que pudiese hablar. El sacerdote volvió a insistir.

—¿Inmaculada?

La mujer hizo un esfuerzo para hablar y musitó el nombre a medias. Emestina se detuvo y miró con temor al sacerdote que la tranquilizó diciéndole que el diablo había sido vencido por su fe. Pero si no decía la verdad el diablo podía volver.

—¿Cómo era Inmaculada, tenía algo especial? —volvió a preguntar.

Movió la cabeza afirmativamente mientras trataba de expresarse oralmente.

—Sí —murmuró débilmente. Con voz baja apenas perceptible dijo—: Gracias, padre.

Sintió náuseas. La expresión de la mujer parecía atravesar un terreno pantanoso, lleno de espinas. Al final ya se le oía un poco mejor. Afirmó que Inmaculada, al igual que su padre, el boticario, estaba empeñada en ciertos juegos masónicos en base a visiones y transportes místicos. Manosanta no le dio importancia a estas declaraciones e insistió con lo del envenenamiento.

—¿Qué ocurrió el día en que envenenaron a Inmaculada?

La respuesta fue con la lengua enrevesada. Las palabras se oyeron como al azar. Luego, otras palabras llenaron los silencios, pero el padre no entendió nada. Sólo eran murmullos. Carmen, su sobrina, le trajo un jugo de limón. Ernestina se estremeció al tomarlo. Una sensación de alivio, fría y estimulante recorrió todo el cuerpo. Reteniendo el aliento carraspeó y medrosamente contestó:

—Ese día todas fuimos a comulgar.

—¿Quiénes eran todas?

—Inmaculada, Vilma Tenaura Ritter y yo. Al igual que Inmaculada sentí que la forma que me dieron para comulgar estaba amarga. Creí que se debía a que yo no había ayunado. Pensé que eso era lo que se sentía cuando no se cumplía con las reglas de la Iglesia. No tomé la hostia, la escupí, pero me dejó un sabor amargo y un ardor que me impidió hablar por un tiempo. Luego supe que a Inmaculada le había ocurrido lo mismo y que falleció. Me sentí culpable. Siempre pensé que eso estaba malecho y que por eso nos castigaba Dios, tal como nos dijo el padre Restrepo. Sin embargo, nunca confesé que la forma que me dieron también estaba envenenada. La diferencia fue que yo no la trague. Esperé la muerte. Como no sucedió nada me fui del pueblo. Después de 15 años volvía a San Pablo Viejo, fue entonces cuando fui poseída por Malecho.

—¿Qué era lo que estaba mal hecho?

La mujer duda un instante, luego agrega:

—Un día jugábamos a mirarnos las partes durante la escue-

la dominical. El padre nos sorprendió y nos reprendió severamente. Nos preguntó por qué jugábamos de esa manera. Le comentamos que queríamos averiguar si todas, al igual que Vilma Tenaura, también éramos hombres. Porque ella tenía pene. Esto le intrigó y decidió mirarnos. Luego nos tocaba a las tres. Nos hacía cosas, usted sabe, y nos decía que si hablábamos nos iba a castigar Dios. Vilma Tenaura era su preferida. Inmaculada era la que no creía en esto. Su padre le dijo que, si un hombre la tocaba quedaba embarazada. Discutía mucho con el padre por esto. Pero la que estaba embarazada del padre era Vilma Tenaura. Todas creímos que nos iba a pasar lo mismo.

El padre trató de percibir el problema en su totalidad, ateniéndose a sus propias conjeturas. Según el relato, la mujer tenía una gran conciencia de culpa. La cantidad de estricnina no la mató, pero debió quemarle o adormecerle la lengua de tal forma que imaginó que era un castigo de Dios porque hablar sobre el padre estaba mal hecho. Como el padre se las... picardeaba imaginaron que todas estaban embarazadas. Entonces el padre recurrió al veneno. Acaso éste era el pecado que había alejado a este pueblo de la protección de Dios. Manosanta imaginó que el presbítero Restrepo trató de envenenar a las niñas presas del pánico. O quizás para que ellas no fuesen indiscretas. Su temor se acrecentó porque todas temían estar embarazadas. Pero, por qué no intentó matar a Vilma Tenaura; acaso lo hizo, los testigos dicen que él pronosticó muchas muertes. Quizás se salvó porque tenía un padre poderoso. De todas formas, supuso que el veneno era una precaución desconcertante. Sin embargo, aún no tenía la imagen clara del móvil. Si ella estaba embarazada dónde estaba su hijo, y, sobre todo, qué era eso de que tenía pene. ¿Era acaso hermafrodita?

Nuevamente su interior fue sacudido por el torbellino de su inseguridad ontológica. Necesitaba descubrir la verdad porque los hechos no debían interpretarse como una ofensa personal, sino como una ofensa a Dios. Por un momento, creyó que vol-

verían a desatarse los miedos laboriosamente reprimidos o que iba a ser un **sacerdos in aeternum** como Tomás de Celano que promovía una fe en la que en el fondo no creía. Acaso todo no era más que un montaje de fantasía o es cierto que Cristo es la razón Universal hecha carne. En estas meditaciones estaba y por eso no se dio cuenta que la mirada de Ernestina empezó a vagar sin descanso por el techo de la casa. Sus ojos giraban desencajados y el padre no podía intuir que a pesar de que la cultura reprime y demoniza las fuerzas mitopoéticas de la psique humana, éstas quedan relegada en los rincones más lóbregos del inconsciente y de pronto surgen con toda su fuerza.

Capítulo 43

Nicandra Jované se retiró a otra habitación de la casa. Pensó que el padre Nicolás quería interrogar a Ernestina sobre el padre Restrepo. Movió la cabeza en señal de reprobación y se dedicó a leer los huesos. Los huesos son como las varas que se utilizan para detectar el agua subterránea, pero éstos detectan el espíritu de la gente. Cuando éste está turbado e inquieto, los huesos se mueven y cambian de lugar por sí mismos. Hay una fuerza cinética que los conecta desde la psique del chamán a la psique con el espíritu turbado. Nicandra los tiró, una y otra vez, y siempre se repetía lo mismo. Los huesos hablaban de la muerte.

Desde que tenía 8 años fue elegida chamán por una india vieja que servía en su casa. Un día, le contó que un extraño pájaro la seguía y revoloteaba en torno suyo. Se ponía al alcance de la mano. Cuando lo agarró, empezó a temblar y su cuerpo desprendía olores de muerto. Entonces los espíritus empezaron a hablar por su boca y a beneficiar a las gentes de la comunidad. Fue conocida como vidente. Pronto le enseñaron a leer los huesos y le mostraron que los sueños son como caminos que retroceden a un paraíso perdido, a un punto en que el universo gravita en su misterioso centro, donde la tierra y el cielo se confunden, en el que florecen plantas misteriosas y renace la sabiduría cifrada del hombre. Nicandra ahora sumergida en extraños acontecimientos quería saber si había experimentado una autocura-

ción espontánea ante la severa crisis emocional que había padecido anteriormente, por eso trata de leer los huesos. De pronto escucha los gritos del padre que, con un alarido estridente pide auxilio. ¡**SANTO DIOS, ME COMEN!**

Capítulo 44

Ernestina se despertó tras un prolongado y tortuoso sueño. Miró a su alrededor con sus ojillos negros y vidriosos. Siente en las entrañas un vacío que parece succionarla. Tiene hambre. Sus ojos hundidos parecen aureolados con manchas de hollín. Sigilosa va a la cocina y apila sobre la mesa lo que encuentra. Luego deglute las sobras del almuerzo con impaciencia animal. Está cubierta de desperdicios. Se atora. Tose y arroja comida sobre su bata. Pero sigue comiendo como un lobo que gime de hambre y satisfacción. Se acabaron las sobras y casi se muerde la mano para aplacar los desvastadores aguijonazos que le producen calambres en el estómago. La convulsionan unos carraspeos secos y una atroz urgencia de alimento, ahuyenta los demás pensamientos y la obliga a engullir lo que encuentra. Se imagina, arrancándose los trozos de su propia carne, tragando vorazmente y chupando su sangre caliente. Entonces ve a Manosanta que duerme apacible en el catre. Se abalanza sobre él y le mete una dentellada tremebunda en el abdomen. Manosanta se despierta transido de dolor. Ernestina con un frenesí similar a un trance, le arranca un trozo de carne de un mordisco. El padre abrumado por la escena, retiene el grito y mira al rostro de la mujer que mastica con la boca ensangrentada. Cree que está soñando y que tiene el subconsciente lleno de demonios. Lentamente mira la carne desprendida de su estómago y el color escarlata de la sangre.

"¡Santo Dios, me comen! ¡Auxilio!", grita desaforado el padre mientras trata de detener la sangre que se le escurre por los dedos. Encendido por la ira, por la adrenalina y por un ardiente sentido de sobrevivencia, mira las aletas de la nariz de la mujer plagadas de enormes espinillas y los ojos inyectados de sangre. La mujer se puso a reír con una especie de relincho agudo, daba grandes zancadas y hacía atareados preparativos para comerse al padre. Manosanta cerró los ojos y trató de imaginar que no estaba allí, pero no pudo olvidar el dolor de su vientre. Vio que a pesar del dolor, la herida era superficial. De pronto, la mujer se le lanza encima ferozmente y trata de morderle los testículos. El padre, lanza un alarido de terror y arquea la espalda tratando de esquivar la dentellada. Se le erizan los pelos de la coronilla. Había temido por su vida muchas veces pero aquello era una mezcla de miseria y terror. Con las palpitaciones de su corazón al máximo, dando muestras de una excesiva tensión emocional busca con qué defenderse. Agarra un cucharón de sopa.

—Ya verás, diablo inmundo si lograste salir ileso del infierno no te podrás librar de esta.

Y de inmediato la emprendió a cucharonazos contra la mujer. Se inflamó de un coraje desmesurado y empezó a dejarle marcas y laceraciones sobre el cuerpo. La mujer lanza aúllidos de dolor. Como pueden Nicandra y Carmen libran a Ernestina de los golpes del padre pero, ésta salta por la ventana y huye transida de pavor por las callejas del pueblo. El padre tiene un momento de aprensión y se lanza tras ella, cucharón en mano, en desaforada persecución gritando: "¡Posesa! ¡Posesa! ¡Posesa!"

Capítulo 45

León Eiseric con la franqueza de los tímidos exclamó: **¡Mierda!,** cuando vio a la mujer, a pelo tendido que corría sometiendo el cuerpo a una torsión desesperada. Un relámpago de furor atraviesa todas las miradas. Los hombres son invadidos por un lapsus sospechoso. Sonrisitas de circunstancia, caras blancas del miedo, repentinos respingos, pelos de punta, compungida suspensión del ánimo. La feligresía trata de refugiarse en el arrepentimiento. El temor, infundado de una muerte precoz mueve al pánico, que rueda como una avalancha hasta convertirse en un espanto grandísimo. Las beatas extenuadas y estupefactas imaginan que el prodigio era parte de un allanamiento divino y empiezan a tirarse el pelo con ambas manos, a la espera de dramáticas e inconfesables vicisitudes. Los aficionados a los gallos fueron arrastrados por los subrepticios fervores de la turbación. Entonces fue cuando empezó la batahola. En medio de chischiveos de mala conciencia, las beatas, todas vestidas a la rigurosa, siguen al cura que pasa echando los bofes en medio de ademanes y visajes. Tratando de salvarse de la condena del fuego eterno, gritan "¡Laudemus!, ¡Laudemus!", mientras el cura grita con voz estentórea:

"¡Te conmino antigua sierpe por el juez de los vivos y de los muertos. Por tu creador y el creador del mundo; por aquél

que tiene potestad de enviarte al gehena, abandones a Ernestina con tu horror y tu ejército de furores!"

El senador José Domingo de Obaldía se quedó pasmado, sumido en un silencio inexpresivo, enredado en un aire de perplejidad, como si todo fuera un espejismo. Como si estuviera cayendo en un precipicio de infamia. Como si todo fuera una burla a su circunspección. Por un instante olvidan la pelea de gallos. Monique Clemant se aferró a una barandilla metálica. Dejó entrever una pequeña sonrisa, como una florecilla que crece en los muros de un calabozo. Trató de buscar la compostura, pero este ardid se desvaneció ante los violentos espasmos de la risa. Cien caras la miran, se desploma sobre sus rodillas y empieza a reírse presa de un frenesí inesperado. La escena contagió a los presentes y provocó una carcajada general.

Capítulo 46

En eso alguien grita "¡Ganó **Dios**!" Las miradas vuelven al redondel y ven al alcalde con la cara desencajada tratando de resistirse a los hechos. Sus ojos enrojecidos traducían una inminente derrota. Miró a los demás miembros de su personal que estaban allí. El asil daba vueltas y saltaba con el cuello flácido. Se acostó lentamente con un entumecimiento de muerte. Cloqueó apenas, estiró las patas y clavó el pico sobre el polvo. Mientras el gallo barbucho trataba de salir volando del redondel "¡Trampa!", gritó el alcalde en medio de una rechifla tremebunda "¡Envenenaron el gallo!" gritó el alcalde mirando a la concurrencia con vidriosa fijeza y el rictus nasal alborotado, temeroso por la horrible vigencia de pagar las apuestas, idea inadmisible que rechazaba con la punta de su revólver. Volvió a gritar "trampa", y trató de agarrar el depósito de las apuestas pero esta vez tuvo una breve ausencia emocional por un silletazo que lo dejó tendido y privado, en una situación que no se dice clara, sino oscura, generada por razones que no se pueden explicar. En eso suena un tiro que pasa rozando la cabeza del capitán Romero. Al instante, se formó un alboroto morrocotudo. Todos disparan y corren. Un auténtico furor bíblico se apodera de la escena. Todos gritan. Hay un tropel de gentes alocadas. ¡Vienen los colombianos! ¡es es el diablo! ¡Llegaron los indios! ¡Son los liberales! Otros se persignan y exclaman ¡Dios nos coja confesados! Estupor, sorpresa, miedo. Un rumor sordo pronto

se transforma en un estruendo compuesto por el llanto de las mujeres, las roncas voces de los hombres; gritos que piden paso, rebuznos y resoplidos de bestias asustadas por el tropel de gentes movidas por el denominador común del pánico. Pronto forman una escena propia de los pinceles del Bosco. El capitán Romero junto a unos negros alguacilados se llevan a rastras al alcalde que grita a todo pulmón "¡Ya van a ver liberales de mierda!" La escena fue mirada con ojo receloso por algunos parroquianos, en cuyos meollos no se fraguaba, ya de seguro, nada bueno. La feligresía, que arrastra por el pueblo una cruz entonando cantos penitenciales, imagina que el zafarrancho es parte de la celebración por la victoria de Dios. El gallero sordo, que se hizo fuerte en la silla tratando de poner orden en el desconcierto de ruidos murmuraba: **Dios** es Dios y el **Diablo** es un gallo. Las campanas tocan de arrebato como si hubiera fuego. Todo el pueblo estaba alzado. La horda chilla enronquecida.

—Para colmo del espanto y las zarandajas, una montonera de soldados vestidos con pantalón de mezclilla y camisa azul entran al pueblo dando vivas al partido liberal y a un tal Belisario Porras, en un santiamén le prenden fuego a la alcaldía y echan mano de las últimas beatas que celebran la victoria de **Dios.** La confusión se encrespa en círculos concéntricos. Rebulle y centellea el miedo en los caminos de la fuga. Pronto San Pablo Viejo se tornó en el infierno de los gubernamentales, en el purgatorio de los ricos y en el paraíso de los liberales. Con insólita prisa, el senador José Domingo de Obaldía, con una desdeñosa dignidad, volvió con sus amigos a la estancia porque quería evitar las contingencias que pueden surgir cuando la multitud se halla enardecida.

El alcalde Nepomuceno Ritter en medio de un ataque de ansiedad se pasea de aquí para allá. Su sonrisa torcida desapareció y se le formó una recta hostil con los labios fuertemente comprimidos. Tenía la cara roja, la furia le tensó la conciencia como si fuera el resorte de un reloj. El sudor le baña el rostro.

Gime de cólera, por fin se enfrentaba a la pesadilla agazapada en los rincones sombríos de la historia. Ligeramente próximo al pánico sabía que tenía que controlarse si deseaba vivir. No lo puede creer ¡los liberales en el pueblo! El pánico rueda bola. Se toma avalancha. Lo arrastra. Un estremecimiento de temor le recorre el espinazo, enfundado en los achaques de una muerte precoz. Lo abandona todo, hacienda, mujer y familia. Huye hacía la ciudad de David bajo un estado de espasmódica impaciencia, pero incubando un odio encarnizado contra aquellos que le habían humillado en la pelea de gallos. Con su habitual minuciosidad, especificó en su memoria uno a uno los nombres de las personas que habían destruido su prestigio y que, sin duda colaboran con los liberales.

Esa fue una noche larga. La frustración, la furia, la aversión, el odio, el fuego, los temores la confusión y venganza la alargaron aún más. Se le recordó como la noche del escolopendra, jefe del piquete liberal, quien diminuto, jorobado, con el pie romo, se precipita retumbando en el bancal de sepulturas. Se sume y escarba la tierra con las manos para desenterrar a su mujer y recobrar un mechón de pelo, un sudario o un huesecillo que le acompañase en la venganza. Desesperado llega hasta el cadáver que aún tiene en el hueso una mueca de agonía; de un manotazo lo desgaja llevándose un sartalejo de vértebras. Con un crisantemo empapado en una mano y con los restos del catafalco mortuorio en la otra se declaró muerto en vida. Gritaba "¡No somos nada! ¡No somos nada!" Blande el hueso de su difunta y grita "¡Todos tenemos encima los muertos! Todos tenemos nuestro propio calvario!" Prometió quemas, prisiones y fusilamientos; entró a la iglesia, sacó las estatuas de San Cristóbal y San Martín de Porres, tiró los jarrones de flores y se llevó a los santos al muro de adobe donde los fusiló por haberle fallado a su mujer.

Ernestina huye desaforada. Imagina que va perseguida por el rinoceronte de la mala conciencia. Tras ella, resopla un cura

que blande en ristre el cucharón de la justicia. Tras él, una camándula de beatas, dando trompicones; empuñando escapularios, crucifijos, candelabros y cirios, imaginan ser parte de una partida que está a punto de capturar al diablo. Tiros, estruendos, reboques, relumbrones de sables; incendios, lenguas de un color infernal que, al crepitar pasan del amarillo azufre al rojo bermellón y forman, junto a las voces de alerta, un concierto de sonidos rumorosos y arcaicos. El padre, sangrando se derrumbó cuando pasó frente a la casa parroquial. Su beatífica cohorte tuvo un momento de aprensión, pero finalmente fueron a buscar al médico. Ernestina se perdió en la noche, imaginando que una inclasificable bestia, como un pulpo de las profundidades marinas, la quería atrapar para que expiase sus culpas en las mazmorras del miedo.

Capítulo 47

Terpíscore curó al padre de una mordida en el vientre y de otra en la entrepierna. Lo miró atónito y comentó que si no andaba con cuidado, podía quedar seriamente traumatizado. Le recomendó que no saliese esa noche de la casa parroquial, porque los liberales habían tomado el pueblo. Herido, molido y cansado el padre dijo que no tenía intenciones de salir, aun si no había liberales. Se fue como pudo a la casa parroquial y se acostó con la intención de dormir. Prácticamente dejó que su alma se le saliera por los pies. Se fue deslizando, poco a poco, hacia la irrealidad. Hacia un cálido y oscuro océano de inconsciencia. Por fin durmió profundamente. Antes del amanecer su tranquilidad fue perturbada por un sueño inquietante. Primero era una mezcla de caras confusas y voces sofocadas. Luego, una vorágine de acontecimientos de su ineludible presente. Más tarde, se tomó vívido y terrorífico. Caminaba por un extraño paraje que le helaba la sangre y lo sofocaba con la increíble enormidad de estar solo. Llegó a un lugar lleno de humo donde un remolino de gentes vestidos con túnicas y turbantes; ropas apagadas y simples, se apretujaban alrededor de un redondel donde luchaban, sobre el lodo, dos mujeres. La multitud lanzó un intenso clamor cuando una ahogaba a la otra y le sacaba los ojos con los dedos. Siguió avanzando en medio de una hilera de ídolos caprinos de los que colgaban calaveras humanas. En medio de ellos, un hombre forcejeaba con una mujer para decidir quién

iba a comerse la placenta del hijo recién nacido que lloraba sobre el polvo. Despúes, entró a una habitación donde una mujer bañaba a un niño. Con suavidad y dulzura lo enjabonaba y lo limpiaba, le tomaba los testículos y se los besaba. Luego, con la misma suavidad y dulzura ¡zas!, lo castraba. La mujer era su madre. La multitud comenzó a gritar ¡Behemot! ¡Behemot! Se arrancan las ropas y empiezan a luchar entre sí. Polvo, trompetas, alaridos, retumbos y sangre; sangre que caía como una lluvia espesa, Manosanta quiso gritar, pero sólo gimió como un niño. Se encontró solo de nuevo en un lugar que reconoció como el patio interior de la casa parroquial. Estaba parado sobre un montón de tierra. De repente, sintió que había alguien a su lado. Era una niña de unos 15 años. No le sobresaltó la inesperada aparición. Intuyó que se trataba de Inmaculada. Se sintió penetrado por un soplo refrescante de tranquilidad por virtud de su sola presencia. Lo acompañó en silencio. Finalmente musitó **"El camino de San Marcos".** La niña desapareció pero percibía sus ojos sobre él. De pronto, la tierra se movía bajo sus pies, subía y bajaba como si algo se esforzara por salir. Finalmente la tierra se abrió como una tumba. De ella salió un hombre convulso, lleno de heridas y vestido de párroco, que imploraba perdón. Ese hombre era él mismo. Se despertó.

"¡Oh Dios!", exclamó abrazándose a sí mismo. Estaba tembloroso como si estuviera balanceándose en un precipicio. Tenía los ojos dilatados, la garganta seca y estaba empapado en sudor. Se levantó asustado de muerte. Pasmado desolado y afligido llegó hasta una pileta de agua fría. Sumergió la cabeza. Quería alejar de su mente la impresión que le había causado la pesadilla que lo había arrojado del sueño. Estaba seguro que pronto iba a morir. Se vistió. Salió a ver los últimos resplandores del fuego que consumía al pueblo. Olió el aroma de un seto de mirtos tratando que le devolviese la tranquilidad perdida. Una especie de frialdad había penetrado en el ánimo del padre despojándole de toda esperanza. Fue presa de una gravedad con-

centrada. Se sentía voluble, sumido en una prisa febril. Muchas ideas le bullen en la mente. Creyó que el sueño era una revelación. Tenía dos hipótesis sobre el sacrilegio. El padre Restrepo se vio involucrado en una sórdida trama. Él se sintió ofendido pero presa del pánico, urdió lo del veneno. Lo trasladaron y todo quedó en el olvido. Pero el pueblo es presa de posesiones colectivas, hasta tanto no se descubra la verdad. La otra posibilidades que el padre no haya sido trasladado, sino que lo hayan desaparecido en represalia por lo ocurrido. Entonces, alguien en el obispado miente. Si el sueño era premonitorio el padre debía estar enterrado en el patio de la casa parroquial y él pronto iba a morir tal como le vaticinó el diablo.

Capítulo 48

A Manosanta no le fue difícil desenterrar un burda caja donde estaban los restos del padre Valerio Restrepo. Su calavera todavía tenía algunos mechones de pelo, un gran rosario y los restos de una pequeña Biblia. Allí estaba escrito su nombre con letras de plata. Entonces comprendió la verdad. El padre Restrepo no había sido trasladado al interior de Colombia, sino que estaba bien muerto, enterrado en el interior de la casa parroquial. Unos clavos entre los huesos de sus manos y los pies indicaba que, por lo menos había sido crucificado. Los huesos de la mano izquierda y los del pie derecho habían sido cercenados. Se persignó, imaginando el dolor de aquel padre pecador. Como pudo, llevó la caja al sótano de la casa. Atribulado, pensaba qué iba hacer con los restos del padre. Denunciar los hechos o volver a enterrar el cadáver y solicitar un traslado a otra parroquia. Manosanta comprendió que estaba en peligro. Si descubrían que él había encontrado los restos del padre, que supuestamente oficiaba en alguna parroquia colombiana, tal vez también lo matarían. Ahora supo por qué esa parroquia había estado sin sacerdote por tantos años. Intuía que alguien en el obispado era cómplice en la ocultación de los hechos. No se puede pasar desapercibida la desaparición de un sacerdote. Pero también comprendía que a nadie le convenía que se supiera que el padre de la parroquia de San Pablo Viejo había abusado de su feligresía, embarazado a una niña, intentado envenenar a otra y

asesinado a una tercera. Y mucho menos que el alcalde lo crucificó en venganza y que las autoridades eclesiásticas callaron los hechos. Comprendió que había más intereses involucrados en ocultar los crímenes que dilucidarlos por lo menos mientras duraba la guerra. Rezó. Sintió más amargura que exasperación. Sintió un terrible vacío, una oquedad oscura; respiró profundamente como sino hubiera respirado desde que llegó a San Pablo Viejo. Una marea emocional le enturbió la visión, se recostó en la pared en medio de la oscuridad del sótano. Tambaleando, encendió una vela para alumbrarse. Vio unos santos que tenía que rehacer y los toneles con sal que Avelino Rosas le había pedido que guardase. Puso tres velas y un cirio sobre ellos en homenaje al alma del padre Restrepo y se fue dando traspiés a su habitación. Comprendió que el mundo era finito y esencialmente marcado por el dolor. Dudó de sí. De la religión que representaba. Se imaginó que padecía la misma enfermedad espiritual del padre Tomás de Celano, quien llegó a ese estado de incertidumbre por la imaginación intelectual, pero él llegaba por el inevitable azote de la existencia. Tal vez el monacato —como decía Celano— es lo único que le ofrece al hombre una serie de medios espirituales para vencer su condición de criatura cautiva e imperfecta . ¡Claro! Tal vez ese es el camino de San Marcos que le mostró Inmaculada en el sueño.

En estas meditaciones estaba cuando ruidos extraños lo hicieron despabilarse sobresaltado. Presa de la indecisión escuchó bisbiseos, arrastrar de pies, ruidos sordos de botas. Golpes tremendos. Salta la puerta de la calle. Se sienta sobre la cama. Siente el dolor de las mordidas. Gentes en tropel suben por las escaleras. Tiembla. Gira la manecilla como si tuviera una semivida malévola. Trata de vestirse en apuros. Se abre la puerta y un numeroso grupo de hombres armados con ademanes extraños rodean su cama. Lo obligan a reclinar la cabeza y una mano le tapa la boca. Primero estaba asustado, luego el miedo llegó a su clímax cuando un joven se le fue acercando con un

gesto maligno y vengador, era Martín, el resucitado. Lo miraba a los ojos fríamente. Una agria y desconcertante mueca le cruzaba el rostro. El padre tembló. Lentamente en su mano apareció un frío y afilado cuchillo que quería probar el sabor metálico de la sangre humana. Manosanta no entendía nada. No era posible que supieran tan pronto que había descubierto el cadáver del padre Restrepo. Cerró los ojos, se encomendó a Dios.

—¡Déjalo! —dijo una voz recia. ¡El senador lo quiere vivo! ¡Si quieres después de la operación lo matas o lo que sea!

"Santo Dios qué mundo es éste", pensó el padre. Le dieron un golpe en la nuca. Cuando despertó se vio envuelto en una bata carmesí. Sus mordidas le habían vuelto a sangrar. El senador José Domingo de Obaldía se había puesto su sotana. Tenía el semblante pálido, esmaltado de sudor, su rostro se veía blanco y lustroso como una mascara de porcelana. Si los liberales lo atrapan, lo fusilan en el acto. Todo quedó claro. El senador trataba de escapar del pueblo disfrazado de padre y lo dejaba a él suplantándolo como coartada.

—Por ahora padre —dijo con voz concitada el senador—, yo soy el padre Nicolás Buenaventura y usted es el senador José Domingo de Obaldía—. Se miró ensotanado. Trató de reírse pero soltó una mueca. Luego de una pausa continuó—: Tengo que irme padre. Le dejo a cargo de mi madre cuídela que es la tía del Obispo de David y sus servicios le serán recompensados. Lo que ocurre es que unos liberales nicaragüenses han invadido la región de Chiriquí y debo dar aviso para que el gobierno en Bogotá lo sepa. Además, padre, está herido y debe descansar.

Obaldía dio orden a los empleados que atendieran al padre y no lo dejasen salir de la habitación por lo menos en tres días. El padre no comprendía nada. Se sentía terriblemente vulnerable. Le dejaron algunas medicinas y lo encerraron en la habitación del senador. Disfrazado de jesuíta, José Domingo de Obaldía, recogió su sotana con una actitud que parecía muy poco digna de un padre, pero muy apropiada para dar pasos largos y se per-

dió con sus hombres aprovechando la densidad de la noche.

Confundido Manosanta necesitaba concentrarse para descubrir de dónde venía el peligro. Halló el valor para quedarse inmóvil. Consideré sensato guardar el mayor silencio posible dentro de esa habitación extraña. Poco a poco volvió a escuchar nuevamente los grillos, los sapos, el susurró del viento y los latidos de su propio corazón.

—Conque el senador y el Obispo son primos —pensó en voz alta. Entonces algo más destructivo e inquietante que la impasibilidad, algo más feo que sus miedos subconscientes se apoderó de él. La desilusión, la sospecha, mejor dicho la convicción de que a nadie en el mundo entero le interesaba descubrir la verdad. Acaso lo peor era que todos la sabían y que a nadie le importaba lo suficiente. Trató de sosegar. Ahora comprendía la trama del poder. Tal vez el alcalde crucificó al padre Valerio Restrepo y no hicieron nada porque al senador no le convenía perder a su hombre más influyente en la región, ni a la Iglesia su prestigio, y menos si había una relación de poder entre la Iglesia y el gobiemo. El mismo poder conservador quedaría afectado, Imaginé sus consecuencias en medio de una guerra civil contra los liberales. Así que se urdió la ocultación y él había quedado en medio de ella como un insecto atrapado en un pedazo de ámbar.

Manosanta quiso entonar el **cantus firmus,** pero rezó el **Despicere Terra et Amare re Celestia** para intentar despreciar las realidades de la tierra y amar las del cielo. Sin embargo, no pudo el desasosiego. No tenía una verdadera noción del tiempo; quizás habían pasado algunas fracciones de segundos o toda la eternidad. La cabeza le giraba y pronto se vio atrapado por un intenso sopor. Se sintió casi al borde del desmayo. Respiró hondo varias veces tratando de recuperar el dominio de sí mismo. Cuando lo recuperó se sintió extraño, algo en su interior había cambiado. No le temía al némesis diabólico o humano, ya no se sentía débil o inferior, angustiado o temeroso. Sin darse cuenta,

su escepticismo poco a poco se disipó y en su interior surgió una mezcla de energía y miedo en proporciones iguales. Finalmente aprovechó para dormir el resto de la noche. Se sintió ajeno a toda sensación. Ningún eco de mala conciencia perturbó su sueño; ni siquiera la explosión que destruyó la casa parroquial y estremeció las frondas de la noche lo inmutaron; por fin dormía como un niño.

Capítulo 49

Lo despertaron unas voces agitadas. Era la madre del senador que le tocaba la puerta para decirle que los liberales habían dinamitado la casa parroquial y que la explosión había lanzado por los aires en mil pedazos al pobre cura. Una mano descarnada fue encontrada en medio de la plaza, por unas beatas que compungidas de dolor y en medio de ataques de histeria la recogieron y la guardaron en una urna de cristal como una reliquia, porque, sin duda, había de ser milagrosa. Del padre sólo quedaba su mano santa. Doña Soledad le dijo a su hijo que de todas formas esto no le dispensaba de la promesa que la había hecho de traerle un sacerdote. El padre murmuró que sí, simulando un carraspeo. Escuchó murmullos y bisbiseos. Eran los indicios de que llegaron otras personas que hablaban con acento francés. León Eiseric le preguntó a la anciana por su hijo. Ésta le respondió que, debía estar escondido bajo la cama por eso de los liberales y que no esperaran que saliese de su habitación hasta que no pasase el peligro.

—¡Es un niño muy miedoso saben! —les dijo y se fue.

Eiseric toca la puerta y el padre vuelve a simular un carraspeo. Eiseric piensa que Obaldía le escucha con atención. Le insiste con una voz grave en la necesidad de que acepte ser el gobernador del Estado. Silencio. El padre no sabe de qué le hablan. Monique interviene. Esta vez fue sincera. La voz femenina que hablaba español con un acento afectado le llamó la

atención al padre. Le habló de la posibilidad de que el presidente Theodore Roosevelt invadiera Panamá y se anexara el territorio en virtud del tratado Mallarino-Bidlack de 1846. Le mencionó las ofertas del gobierno colombiano para vender el territorio donde se encuentra la Zona del Canal. Y le explicó el interés de la compañía francesa en el proyecto de independencia. Monique guardó silencio, trataba de escuchar alguna manifestación de su interlocutor detrás de la puerta. Entonces volvió a intervenir León Eiseric. Esta vez fue enérgico. Le ofreció ser el primer presidente de Panamá y el fusilamiento de los liberales más prominentes, si aceptaba decir sencillamente que sí.

El padre no sabía de qué le estaban hablando, no escuchó bien lo que dijo el hombre con acento francés, pero para evitarse problemas murmuró en medio de un carraspeo las palabras que Eiseric quería escuchar **Sí**. Eiseric no disimulé su entusiasmo. Abrazó a Monique. Acto seguido le metió por debajo de la puerta un cheque de 100 mil dólares para que incrementase sus obras sociales. El padre tomó el cheque sin ver de qué se trataba y lo guardó. Eiseric se retiró de prisa. Seguido por Monique Clemant que le instaba a abandonar el pueblo. Decía que a esa hora ya los alzados debían haberse tomado la telegrafía y cortado las comunicaciones. Sin embargo, el temerario Eiseric sorteó los peligros que implicaba el temido ejército liberal para llegar hasta las oficinas del telégrafo: Un adolescente que custodiaba las oficinas, armado con un machete se le quedó mirando a Monique pero le quitó el rostro ruborizado cuando ella le respondió con una sonrisa. El ejército no estaba formado más que por campesinos descalzos, adolescentes imberbes, viejos liberales como el boticario Terpsícore Sencial que trataba de ordenar las tropas como si se tratara de una receta. El telégrafo está abierto y funcionando: “Qué clase de revolucionarios eran estos que dejaban las comunicaciones intactas?” comentó Eiseric. “A menos que esto sea lo que ellos quieren”, replicó Monique Clemant. Llegaron a la oficina del telégrafo y transmi-

tieron sin dificultad el **sí** del senador José Domingo de Obaldía a José Gabriel Duque en el **Panamá Star Herald.** Duque telegrafió al cuarto 1162 del Hotel Waldorf Astoria. Bunau Varilla le telegrafió a W. N. Cromwell y a John Hay. Cromwell le telegrafió al subsecretario de Estado Francis B. Loome, éste a su vez le telegrafió al pueblo de Oster Bay al presidente Theodore Roosevelt. Y John Hay le telegrafió al presidente Marroquín en Colombia. El presidente Roosevelt le telegrafió al Secretario de la Marina y éste al almirante Grass. Grass al almirante Glass y al almirante Coghaln, y el almirante Coghaln al almiranteWalker. Walker al mayor William Black. Black al teniente Marck Brooke, quien partió con sus tropas para Colón y Yaviza, en la frontera con Colombia. El presidente Marroquín le transmitió al presidente del Estado Federal, Mutis Durán su designación como Ministro del Tesoro y la de José Domingo de Obaldía como Gobernador del Istmo. Mutis Durán le telegrafió a Manuel Amador Guerrero, quien vociferaba que la Momia Marroquín lo había traicionado. Guerrero le comentó al cubano José Gabriel Duque que se vengaría del presidente Marroquín **en forma que nunca olvidaría.** Y José Gabriel Duque sonrió complacido.

Mientras el padre Nicolás Buenaventura convalecía y se preguntaba qué significaría eso de que él estaba muerto, y que lo querían nombrar gobernador del Istmo, los acorazados, **Nashville, Dixie y Atlanta** enfilaban su rumbo hacia la bahía de Colón, en tanto que el **Boston,** el **Concord,** el **Wyoming** y el **Marblehead,** lo hacían hacia la bahía de Panamá.

Capítulo 50

Cuando el senador José Domingo de Obaldía llegó a su oficina en el palacio de Nariño, nadie le creyó que el Istmo había sido invadido por los liberales nicaragüenses, que deseaban que la guerra se extendiese en el Istmo hasta que no se definiera la construcción del canal por Nicaragua. Sin embargo, encontró, sorprendido, un telegrama donde le informaban sobre su nombramiento como gobernador del Istmo.

> EL GOBIERNO CONFÍA QUE USTED PONDRÁ EN PRÁCTICA… CUANTOS MEDIOS LE INDIQUE SU CRITERIO… PARA CONSERVAR Y FORTALECER LOS VÍNCULOS QUE DEBEN LIGAR SIEMPRE AQUELLA **SECCIÓN** CON EL RESTO DE LA REPÚBLICA A FIN DE QUE POR NINGÚN MOTIVO PADEZCA MENOSCABO LA UNIDAD NACIONAL.

De inmediato Obaldía se vio en medio de una serie de conspiraciones y subterfugios del poder. El representante por Antioquia, Miguel Antonio Caro, denunció la existencia de un fondo de reptiles creado por la Compañía del Canal y la del ferrocarril para sobornar a los políticos colombianos. Lorenzo Marroquín le pedía pruebas. El presidente José Manuel Caytano Marroquín, Ricaurte Moreno en una reunión secreta argumentaba que, si le querían vender la Zona del Canal a los norteamericanos tendrían que contar con la presencia de un aliado como

José Domingo de Obaldía que estaba emparentado con el general Alberto Tovar, comandante del crucero Bogotá, que patrullaba el Pacífico y con el coronel José María Tovar de servio en el Istmo. Si había revuelta, el único que podía actuar políticamente con el respaldo nacional de toda Colombia era Obaldía. Imagínense las guerras que podemos financiar con 100 millones de dólares. Acabaríamos con los liberales en los próximos 500 años.

Entretanto, el senador Juan B. Pérez Soto de Panamá y Boyacá, y el representante de la ciudad de David, Oscar Terán, habían convencido al ministro de gobierno, Esteban Jaramillo de que el nombramiento de de Obaldía era un desatino político. Jaramillo ordenó el arresto de Obaldía, pero éste volvió a recurrir a la sotana de Manosanta para salir huyendo de Cartagena y eludir al gobernador Vélez Rosero que proyectaba apresarlo. Desabrido y confuso llegó a Panamá en la clandestinidad pero fue interrogado por una patrulla del gobierno. Cuando descubrieron que el ensotanado era el mismísimo gobernador recién nombrado lo llevaron en andas hasta el palacio de gobierno, a pesar de las protestas de José Domingo de Obaldía, que insistía en ser el párroco de un pueblito perdido en las penumbras de la historia. Sin aspavientos de monjas se vio de pronto en el centro del poder político del Estado. Entre tanto María Ossa de Amador, una joven de 25 años le preparó un compuesto de calmantes a su esposo e imitaba las muecas de éste mientras lo bebía. Luego le colocó una almohada detrás de la espalda, le cepilló el pelo y le cantó una canción. Esto no calmó a Manuel Amador Guerrero, quien estaba azorado por un ataque de rabia, que ya le dura tres días. María Ossa entona las ventanas, cierra las cortinas de terciopelo. Repentinamente empieza a entonar un vals. El vejete retorcido de 81 años la mira con ojos extraños y brillantes. De su rostro no se escapa ni un gesto o un movimiento. Su rostro es de piedra. Pero sus ojos siguen la pantomima lánguida de la mujer que baila sobre la alfombra gris con los pies

cruzados y sobre la punta de los dedos. En los ojos sagaces y tristes del viejo hay un resplandor como crepúsculo de invierno. La mujer bailó un furioso solo sin transición. Se veía en su rostro una expresión gozosa. El viejo suelta un resuello. La mujer en medio del torbellino de la danza imagina que el brebaje hace efecto. Los movimientos se hacen más mesurados y lentos. Y se detienen cuando comprueba que el viejo duerme. Con su pañuelo perfumado le seca un hilillo de baba. El viejo duerme profundamente y sueña con ser el ídolo de un espectáculo grandioso. Cuando la mujer iba a salir de la habitación no pudo resistir mirarse en el espejo. Mojó el dedo meñique con la lengua y se lo pasó por las cejas espesas. Se puso de puntillas, se acomodó el busto, engalló la cabeza y se fue. Ella también pensaba que su esposo era quien merecía el cargo.

Capítulo 51

Tres días estuvieron los liberales en el pueblo. Cuando el escolopendra saqueó la casa del alcalde sintió un temor reverente ante la imagen postrada de Nepomuceno Ritter Groot, que seguía sumergida en un sueño cataléptico. Un soldado, escuchó unos gemidos semihumanos. Dominado por la curiosidad descubrió un sótano. Al entrar dijo haberse encontrado cara a cara con el diablo. Éste parecía una mujer pero pelaba las encías sobre unos dientes de lobo, tenía cuatro pezones en el pecho y garras en lugar de uñas. Como pudo escapó de las bestezuela e informó a sus superiores. Ellos consideraron que esto era superstición porque el diablo no existía. Sin embargo, más tarde escucharon gemidos que provenían de algún lugar de la casa. A pesar de las reticencias de Vilma Tenaura sacaron del sótano a una niña semidesnuda y pálida que actuaba como perro, ladrando y gruñendo. Vilma Grott de Ritter requerida bajo la amenaza del suplicio confesó que está era su nieta, la hija de su hija postrada. Aseguraba que al principio se creía que era la hija del jardinero, pero ella se inclinaba a sospechar que era el fruto de una relación incestuosa con su padre, pero éste a su vez decía que era hija del pecado, nacida del abuso cometido por el presbítero Restrepo. Cuando nació la niña, Nepomuceno no la reconoció como hija suya y la encerró en el sótano junto a una perra y la alimentó con sobras. Finalmente los soldados se la llevaron consigo cuando se corrió la voz de que venían las tropas gubernamentales.

Tres días estuvo el padre encerrado en la habitación, depurándose de los recuerdos ingratos. Corroído por los escrúpulos de su conciencia creyó que, por fin, con sus méritos personales como párroco, mediante su propio sacrificio ganaba la seguridad de la que careció su existencia. Cuando salió de la casa del senador asistió sorprendido a su propio entierro. Éste era simbólico en el ataúd sólo iban sus pocas pertenencias. Porque su restos habían quedado esparcidos por la explosión. La feligresía en medio de una procesión conmovedora llevaba en andas una urna de cristal donde iba una mano descarnada. Era la "Manosanta" del padre Nicolás Buenaventura, muerto trágicamente. Su mano recorría el pueblo como un talismán, como un amuleto mágico ante el cual, el maligno, escapaba de las conciencias atenazadas.

—Las beatas cantaban de acuerdo a la ocasión:

Huye sierpe sagaz/ aleja tus miembros y disuelve tus latentes espinas./ Estás vejando ladrón corrupto,/ la propiedad de Cristo./ No te puedes llevar /lo que está unido a Cristo/ huye presto, fluido ventoso/. Cristo lo ordena, vete.

Un acólito vestido de cucurucho voceaba las propiedades curativas de la mano. Si se tocaba la urna y se invocaba a San Daniel, curaba las cataratas. Si era a San Paulino de Nora, curaba el dolor de cabeza. A San Pantaleón, si eran enfermedades de la garganta. A San Miguel Arcángel, si eran enfermedades terminales. Si se invocaba a San Félix de Cantalicia, curaba la esterilidad. Y la epilepsia, si se invocaba a Santa Prisca. El cucurucho repartía a su vez una lista de santos a quien invocar, de acuerdo a las enfermedades. Urgencias, San Expedito. Partos, San Ramón Nonato. Rabia, San Odón de Bamberga. Locura, San Maturino. Manías, San Juan de Mata. Reuma, San Valero. Quemaduras, San Eustaquio. Enfermedades ginecológicas, Santa Tecla. Inapetencias de lactantes, San Mamerto. Resucitaciones,

Santa Bárbara. Úlceras del decúbito, San Pelegrín. Y si no se sabe con certeza la dolamas se invoca a San Pancracio.

Varios enfermos y tullidos se acercaron a la urna y al tocarla se sentían estremecidos por una corriente de electricidad estática. Algunos se curaban del primer intento otros debían rezar y tener fe. En una casa tenían la cama de un enfermo en la acera. Había recibido la coz de un caballo mientras lo herraba y se encontraba desahuciado, en un estado de coma profundo. Sus familiares como un último recurso sacaron su cama a la calle en espera de la procesión de la manosanta. Al pasar ésta, se detuvo. Bajaron la urna de cristal y un cofrade tomó la mano y se la puso sobre la cabeza, mientras murmuraba una oración inaudible. El enfermo recobró la conciencia en medio de un murmullo generalizado. Comenzó a recuperarse rápidamente pudiendo sentarse en la cama, hablar y tomar alimentos.

Nicolás Buenaventura sintió un apagado rumor de voces que lo rodeaba por todas partes, pero nadie lo reconoció. El hábito sí hace al monje pensó. Comprendió que Manosanta estaba muerto. Lo que presenciaba era la viva imagen de la injusticia, su feligresía prefería una mano de sabe quién, a su presencia viva y eucarística. Se sintió como una basura, como un ser inmoral e impenitente. No pudo resistir. Se abalanzó sobre el cortejo gritando "¡Yo soy Manosanta! ¡Yo soy Manosanta!".

No encontró caso, nadie le prestó atención. De inmediato un coro de voces repetían como una consigna procesional "¡Yo soy Manosanta! ¡Yo soy Manosanta!" Sólo un acólito vestido con un cucurucho negro, que era un penitente apaciguador de discordias, le dijo que si deseaba tocar la urna o cargarla debía pagar dos pesos o hacer una donación de tres gallinas a la cofradía encargada de cuidar la manosanta. El padre enfrentado a su propia muerte se quedó pasmado en mitad de la calle.

Capítulo 52

Heliodoro Nepomuceno Ritter llegó exhausto a la ciudad de David con la noticia de que el ejército liberal se había tomado el pueblo de San Pablo Viejo y que se preparaban para atacar la capital regional. Esto no tomó por sorpresa al coronel Alejandro Duque, alias el Toro, jefe de las tropas colombianas, que había llegado para reforzar la retaguardia del gobierno de los conservadores en el Istmo. Con esta operación la guerra civil se extendía a todo el territorio. A pesar de que en el resto de Colombia los liberales habían sido vencidos, en el Istmo sucedía todo lo contrario. Por eso el gobierno temiendo la eventualidad de que el indio Victoriano Lorenzo lograra que cayera la ciudad de Aguadulce en el centro del país, envió un fuerte contingente militar a la ciudad de David para resguardarla y cercar a los liberales por la retaguardia.

En vista de que los jefes militares del partido liberal en la ciudad de David se pasaron al bando de los liberales de orden, es decir, al bando de los liberales que no querían la guerra, los liberales victoriosos en el interior de Panamá enviaron a un grupo de militares a soliviantar el territorio. Fueron apoyados por el partido liberal de Nicaragua, en el poder, que veía en la guerra civil colombiana un factor favorable a su proyecto de construir un canal por Nicaragua. Éstos contactaron al viejo soldado liberal Avelino Rosas; quien ocultó un pequeño arsenal en el pueblo de San Pablo Viejo.

Por unos meses San Pablo Viejo fue el centro de una estrategia militar del gobierno conservador, de los liberales de Nicaragua y de los revolucionarios victoriosos en el interior de Panamá. La clave la tenía el viejo Rosas, quien murió de cáncer minutos después que informó dónde tenía escondidas las armas. Su larga agonía fue un milagro. Pareciera que sólo esperaba eso para morir. Sin embargo, hubo dos contratiempos inesperados. Un poseso y un cura descuidado. El arsenal estaba oculto en una casa abandonada, que había sido comprada por unos franceses. La cuidaba un empleado negro. Éste puso un altar sobre el sótano donde estaba el arsenal. Sacrificaba gallinas a diestra y siniestra. Cuando vio al comando liberal, enloqueció. Se le agrandaron los ojos y su cara se puso de un color blanco grisáceo como un tocino; tenía un aspecto terrible. Actuaba como si estuviera poseído por algún tipo de fiera. Tenía espumarajos en la boca, gruñía hoscamente y hablaba con susurros amenazadores, pero sin palabras. Eran susurros escalofriantes que aflojaban los intestinos y sobresaltaban el corazón. Actuaba como un animal. Una ansia de sangre en su mirada. Dominado por una furia esquizofrénica y paranoica había transformado el pequeño sótano en un matadero maloliente. Miraba silencioso a los soldados, a quienes se le secó la boca. Como no se podían usar las armas de fuego, el combate fue cuerpo a cuerpo. Con palos y cuchillos. El hombre era algo que excedía a nuestra comprensión, pero había que vencerlo. Intentaba proteger al altar y bajo él, estaba el sótano donde se ocultaban las armas. Finalmente después de tres horas de lucha fue reducido a garrotazos y fue necesario ahorcarlo. Sin duda la bestia infernal camina entre nosotros ataviado con las prendas del hombre común. El segundo contratiempo, casi da al traste con la campaña. Un cura puso unas velas sobre la pólvora. La explosión voló la casa parroquial. Del cura sólo encontraron una mano descarnada. Ya no había pólvora para los cañones. Por lo tanto no se podía poner sitio, a la ciudad de David. El grueso del ejército liberal estaba desar-

mado y para no tener un combate desigual con las tropas colombianas y evitar alguna delación se replegó de las cercanías de San Pablo Viejo. Una vez recuperadas las armas se emboscaron en los alrededores y se tomaron, sin exponer su verdadero poderío, el pueblo de San Pablo Viejo.

Capítulo 53

Al alcalde Nepomuceno le fue fácil poner en marcha tal ola de odio que fue creciendo como la llama de un incendio que se propaga. Regresó victorioso con las tropas colombianas a San Pablo Viejo. En el camino, Nepomuceno imaginaba un proceso contra el párroco. Sería interrogado y sometido a pinchazos para encontrar en su cuerpo las marcas satánicas. El padre se declarará inocente como todos, pero él sin duda, sabe inimaginables recursos para hacer trastabillar la seguridad de una persona. Recordó el interrogatorio al padre Restrepo. Recordó la expresión de su cara cuando fue crucificado. Entonces se dio cuenta de lo que él, Nepomuceno Ritter era capaz de hacer. Entonces es cuando le preguntará sobre las reuniones brujescas y confirmará la lista de nombres de la organización diabólica de los liberales que extiende sus redes por toda la nación. El alcalde hace alarde de una especial imaginación y se ve, enseñándole la mano amputada al padre. Cuando supo que el padre había muerto trató de sacar ventaja ideológica del hecho. Manosanta era un dechado de virtudes y que sin duda su muerte, muy lamentable por cierto, fue producida por los malvados liberales que han de tener muchos cómplices en el pueblo.

El coronel Alejandro Duque intuye la estratagema. Es un soldado con olfato de guerra. Los liberales han mandado una partida de poca monta para tomarse este pueblito para llamar su atención. Es una provocación ingenua que ha sido exagerada

por las alharacas del alcalde. Los hace salir de la ciudad de David que queda desguarnecida ante el ataque de los liberales. Duque está demudado, frenético, organiza sus hombres para regresar de inmediato a la ciudad, que es hacia donde se dirige, sin duda, el grueso del ejército liberal. El coronel molesto con su paisano Heliodoro Nepomuceno trata de buscar un atajo. El alcalde le indica uno, a través de los llanos de San Pablo. Consciente de su superioridad militar y de la determinación de su mando decidió acabar lo más pronto posible con las marrullerías de los liberales en esta comarca.

El escolopendra divisa en la lejanía la tropa conservadora que parte de San Pablo Viejo. La brisa asola la llanura y despeina su cabello color ala de cuervo. Piensa en su familia desbandada y en su mujer violada, torturada y asesinada. Dominado por una fría cólera, sentía la venganza como una fantasía atávica. En su mirada ardía el perverso regocijo de quien destina su vida al suicidio. Lloraba en silencio y ardía en un sentimiento de ofensa y de vergüenza. Era pobre. Un campesino tullido por su mujer había logrado considerar la idea de una vida menos temerosa. Pero la guerra había tomado por el cuello ese sueño frágil y lo había estrangulado.

El mayor Díaz Armuelles se sacudió el vestido caqui. Miró a la tropa que trataba de esconder su nerviosismo detrás de una postura militar. Les dirigió un pequeño discurso que muchos años después seguirá sonando en el recuerdo de los hombres.

> **“Soldados marchemos a combatir el enemigo de nuestras libertades. Recordad que vais a vengar a vuestras mujeres ultrajadas y latigadas. Vuestros ranchos quemados, vuestros parientes, amigos y copartidarios fusilados sin previo juicio. Espero que no vaciléis ni un solo instante, que demostréis que somos panameños y sobre todo que somos chiricanos y que moriréis antes de retroceder sin la victoria”.**

Dicho esto, se persignó, subió a su caballo y se fue a ocupar su posición junto al general Manuel Quintero Villarreal que, andaba mirando las cosas de la guerra con un silencio sin atributos. Todavía no podía saber si la maniobra daba resultados. El general Manuel Quintero Villarreal tenía cálculos de tercera vuelta. Sabía que el coronel Duque imaginaría la maniobra y saldría de inmediato para David. A quién le iba a interesar tomarse un pueblucho de mala muerte como San Pablo Viejo. Lo único es que ellos no iban a ir a David, sino que esperarían ocultos en la llanura. Las armas que le facilitó Avelino Rosas, el coraje y un milagro iban a hacer la diferencia.

Capítulo 54

Manosanta, ahora sin nombre y sin los atributos sacerdotales, viste una levita de abolengo. La iglesia está cerrada y la casa parroquial en escombros. Busca refugio en la casa de Nicandra Jované a quien le comenta que irá a David, al obispado a explicarlo todo. Nicandra lo miró en parte curiosa y en parte compasiva.

—Usted está muerto, padre.

—¿Muerto, yo? Mírame, ¿te parezco muerto?

—No es eso. Hay muchas formas de muerte y a usted le ha tocado una de sus variantes más extrañas. La muerte de la identidad. Nicolás Buenaventura ha muerto. Está enterrado y su mano anda en una urna de cristal sanando enfermos. Se ha cumplido la maldición del diablo. Por el contrario, el padre Restrepo está más vivo que nunca en alguna parroquia del interior de Colombia.

—Es una paradoja.

—Sí. ¿Acaso ésta no es la esencia de la realidad?

Nicandra pelaba una naranja pausadamente.

—Si vas al obispado eres hombre muerto o te declararán loco y, si tienes éxito, vivirás como un medio hombre toda la vida. Quienquiera que fueses o que intentaras ser, estarás condenado a la muerte.

—Tengo que cumplir con mi deber.

—Quieres que todos tus sueños y todas tus ambiciones se te escapen entre los dedos como si fuese agua. Usted está cum-

pliendo con su deber y está haciéndolo bien. Es un hombre de buena fe. Pero algunas veces nos vemos atrapados en situaciones en las que no podemos ganar. Ésta es una de ellas, si usted va al obispado dudo mucho que los que tienen el poder piensen así.

La parte mas espantosa de todo aquello era que el padre tenía la convicción de que Nicandra tenía razón. Él tenía la impresión de que era un personaje fantasmal salido de un sueño. Y que su vida estaba movida por una serie imprecisa de casualidades. Se sentía extrañamente turbado. La fe, el mundo y la realidad no estaban llenos de absolutos. Era como si por todas partes hubiera pasos secretos, caminos invisibles donde las vidas van y vienen. Recordó, de pronto, dónde había leído sobre el concepto de Behemot. Era en el libro de Job 40, 15 donde Dios le dice a Job: **Mira a Behemot que yo he creado igual que a ti; come hierba como las vacas.** Se trata del símbolo animal de todos los poderes malvados y terroríficos que amenazan la mente del hombre. El mal no es un Dios, sino un ser creado que se halla bajo el dominio de los hombres. Tal vez, pensó el padre, el verdadero ángel caído no es el diablo sino el hombre. El diablo no es más que un ser subsidiario al hombre. Nicandra terminó de pelar la naranja y la partió en dos y le dio a elegir, una parte, al padre.

—De sus dos existencias paralelas una tiene que ser real y usted tiene que elegirla.

Capítulo 55

Díaz Armuelles y Ramón Buendía dieron orden de combate. Dos escuadras del batallón Patria abrieron fuego sobre la lejana tropa conservadora. Un joven pareció bailar un instante, luego resbaló y cayó al suelo mirando todavía con sorpresa. Tenía un agujero en pecho por el que le salía un chorro de sangre arterial. La tropa conservadora vio en medio de la llanura un grupo de hombres que después de disparar se batían en retirada. La artillería conservadora hizo su presentación con dos cañonazos que remecieron todos los miedos juntos. Los disparos no los disuadieron; sino que sirvieron para enfurecerlos más. Los liberales volvieron a disparar y otro joven cayó de bruces. Los conservadores se detienen en la llanura y sueltan una descarga. Entre los liberales se dan las primeras bajas. Músculos enteros saltaban por el aire y varios rostros hicieron explosión. Los liberales salen despavoridos pero los gubernamentales no se adentran en la llanura.

—¿Qué pasa, Ramón?

—Nada, mi general. Que los godos no se avienen a la llanura. Mandarán algunas patrullas para observar el terreno y descubrirán la encerrona y buscarán otra ruta para David.

—Hay que provocarlos.

—¿Quién está en la vanguardia?

—El Batallón Libres de Chiriquí al mando de Carlos Zúñiga, que conoce la llanura.

El escolopendra en medio de una semiloma, estaba ocupado en escabullirse de los tiros de los francotiradores. El día se venía claro y una brisa tenue movía los pajonales mientras se intercambiaban los primeros disparos de la batalla. Entonces los hombres oyeron un grito que cortó minucioso la desmesurada mañana.

—**¡Liberales a la carga!** —gritó el escolopendra, mientras 20 hombres de a caballo avanzaban en dirección a las líneas enemigas en medio de una cerrada descarga de los godos.

—Se aguerrillan los liberales, mi coronel.

—Quieren entretenernos. Denle fuego y carguen con todo, con todo me escuchan, que el tiempo apremia.

Detrás del escolopendra, Carmelo Mendoza vio cuando su hermano Manuel fue derribado. ¡Mierda! También vio cómo se levantaba y trataba de cubrirse con el caballo. Se despabiló cuando sintió el escalofrío del plomo que le zumbaba por el sombrero. Se detuvo para subir a su hermano sobre la grupa. El escuadrón Libres de Chiriquí al mando del escolopendra llegó hasta una hondonada. Desde allí le hicieron frente al grueso de las tropas y se volvieron a replegar. Cada vez más desperdigados y más separados. Daba la impresión de un desbande. Los soldados del gobierno se les fueron encima y casi le obligaban a un combate cuerpo a cuerpo. Entonces el Batallón Tercero de Chiriquí, cuando el grupo del escolopendra se le alineaba por el flanco izquierdo, se levantaron de su escondite y abrieron fuego sobre la tropa conservadora y también empezaron a replegarse por la derecha hasta llegar a la altura donde estaba el Batallón Segundo de Chiriquí que se puso de pie y abrió fuego al unísono sobre la tropa del gobierno. El coronel Duque se dio cuenta de que estaba en medio de una batalla de verdad y que la huída de los liberales era un ardid. Se atrincheró y puso un límite de combate. Comprendió que se trataba de Armagedón, la batalla final. Muchos de sus hombres habían quedado hechos una amalgama de huesos y sangre. Vio a un cuerpo abierto desde la en-

trepierna hasta la punta del cráneo. Era un liberal herido que había sido descuartizado a golpes de hacha. Trató de no ver las llamativas y horripilantes entrañas. No le importaba un comino la vida humana. No le importaba cómo matan a esa gente, con disparos, hachazos, puñaladas o estrangulamientos. Que más da, con tal de que acaben muertos.

Capítulo 56

Cayó la noche. El escolopendra atrincherado estaba molesto porque todavía estaba vivo. Sintió los lobos de la soledad merodeando entre sus sentimientos. Sintió una honda tristeza. Se le vino la noche encima y la noche le dijo, te asusto, te resbalo, te adverso, te palpo, te enturbio, te sofoco, te agonizo, te rumoro, te jalo, te recorro, te podo, te ilumino, te destierro, te desdoblo, te alcanforo. Sin embargo, sus ojos seguían llenos de desprecio y los que los vieron no pudieron evitar estremecerse. Pidió tres voluntarios para ir a atacar a los godos en la oscuridad. "Quiero 20 hombres que acechen en la oscuridad y disparen sobre cualquier luz". Los godos están atrincherados en las lagunas del Querecal. Conozco el terreno y a golpe de machete les produciremos muchas bajas, y sobre todo temor. Los tres hombres se quitaron las mangas de la camisa para reconocerse en la oscuridad y partieron. Fueron dos horas terribles. Muchas luces se encendieron y fueron apagadas por el fuego de los fusiles grass. Se escuchaban gritos y estertores. Encendido por la ira y por la adrenalina, el escolopendra era capaz de hacer cualquier cosa en la oscuridad. Después de hacer crujir el cráneo de dos soldados, trabó combate cuerpo a cuerpo con un centinela que se lanzó encima. Le desarmaron del machete pero en un santiamén, el escolopendra le agarró el pene con la boca. El hombre lo soltó y lanzó un alarido de terror. Carlos Zúñiga apretó tenazmente el glande con los dientes. Con las manos li-

bres sacó el cuchillo y empezó a escarbarle los riñones. El pene hizo explosión en un espantoso estornudo de sangre. El escolopendra imaginó cómo se estremecían los nervios del hombre a causa del insoportable dolor. La muerte llegó como un sollozo, con sus batientes alas negras y luego no hubo nada en absoluto. El escolopendra escapó arrastrado por el pánico, tambaleándose, desorientado y aturdido por una leve conmoción. Lo persiguen. Se arrastra. Dispuesto a morir encaró a sus enemigos con un grito. Pero no había nadie. Todo era el reflejo o de su propio interior, desolado, carbonizado y corrompido. Sin embargo, él no lo sabía. El latido incriminatorio de su corazón lo arrastraba de los avatares del pánico hacia una sensación extraña de crueldad, de jactancia, de temor, de soledad. Estaba convencido de que algo lo perseguía. Algo amenazador e inhumano. Era la culpa. Podía presentirla tras de sí. Tras cada mata, en cada ruido de la noche en los pajonales resecos. Sentía los murmullos de su mujer. Era un ronroneo, una tenue encrespación auditiva que le producía escalofríos. Cada vez la sentía más cerca. Más cerca entonces supo que tenía que afrontarla. La siente sobre él, alza la vista y se encuentra con ella. Gritó sorprendido **“¡Es la Luna!”.**

Entonces decide provocar un incendio, puesto que el viento soplaba en dirección de la laguna del Querecal donde se atrincheraban los godos. Pero el viento cambió de dirección y lo atrapó en medio de las llamas. Se podía ver un fuego de llamas oscilantes que se llevaba el viento en forma de remolino. Al principio, el fuego fue un pequeño haz de luz, suspendido en el aire ondulando con el viento. Después, tomó fuerza y siguió crepitando en medio de la hojarasca. Se agitó entre los arbustos donde se volvió una quemante y cegadora luz dorada. Después algo se desencadenó en su interior y comenzó a ascender en el horizonte como una luna.

A la mañana siguiente, nadie se acordaba del escolopendra. Pero el incendio era descomunal y el fuego era avivado por un viento propicio que lo iba arrasando todo a su paso. El aire se

puso denso como hierro fundido. Y la llanura era una pesadilla. Entonces una figura humeante llegó al campamento. Tenía los pantalones ardiendo de tal forma que era una columna de fuego andante. Una niebla rancia e irrespirable a carne quemada invadió el ambiente. El hombre estaba ardiendo y parecía insensible al dolor. Se tambaleó y cayó de lado con la cabeza ennegrecida. Sus labios humeantes estaban en carne viva. Los espasmos de sus manos indicaban que todavía seguía con vida. Cayó al suelo presa de las convulsiones del dolor. Ante los ojos atónitos de los soldados, los tacones de sus botas traqueteaban sobre el suelo. Varios soldados le dieron el tiro de gracia y así terminó la vida de Carlos Zúñiga, alias el escolopendra, después de experimentar el más abrumador sufrimiento que cualquier hombre puede experimentar en vida.

El mayor Tomás Armuelles Armuelles daba muestras de una excesiva tensión emocional. Llevaba tres días atrincherado escuchando el fragor del combate a un kilómetro de distancia. Ramón Buendía, el ordenanza del general Manuel Quintero Villarreal, le había dicho que el plan de combate seguía igual. Él entraba en combate si los gubernamentales trataban de escapar hacia el norte por las montañas. En efecto, el coronel Duque comprendió que dentro de poco estaría en una ratonera y decidió retroceder hacia el norte. Duque se replegó bordeando los cerros. Nunca imaginó que al segundo día de la batalla no todas las escuadras liberales habían entrado en combate. A eso de las 10 los godos venían por el norte dándole la vuelta al cerro y los liberales en dirección contraria dándole la vuelta al cerro por el sur. El encuentro de las caballerías fue estruendoso. Sobre el cielo de la mañana refulgían los sables y las hachas.

Tomás Armuelles Armuelles se vio cara a cara con Alejandro Duque y se gritaron al unísono.

—Ríndete, mochoroco, que estás perdido.

—Tu madre godo del diablo. ¡Fuego! ¡Fuego, muchachos que ese debe ser el jefe!

Duque recibió una herida en el estómago regresando al centro del combate. Se inclinó sobre el caballo. Un ordenanza trató de tomarlo por las bridas, pero fue abatido con un disparo de máuser. El caballo se espantó y el coronel Duque cayó al suelo en medio del campo de batalla. Supo que estaba perdido. Presa de dolores tremendos casi agradeció al joven liberal que le atravesó la garganta con un sable. Junto a él cayó Heliodoro Nepomuceno Ritter herido en una pierna. De inmediato fue abatido a golpes de hacha. Fueron dos golpes contundentes y decisivos. Uno en el centro de la espalda y el otro en el centro de la cabeza. Aún así murió en agonía. La batalla adquiere una ferocidad impresionante. Era como si el fugaz paso del Leviatán, por las profundidades del ser, dejara una estela de sangre y muerte. Bajo el hechizo de la violencia los hombres se asesinaban con crueldad. Diez minutos después se incorporaban al combate cuerpo a cuerpo las otras escuadras liberales y una hora más tarde la batalla de San Pablo había concluido. Sobrecogidos del terror y la repugnancia, los vencedores empezaron a rematar a los heridos. La compasión causa impotencia, pero el recuerdo de la última mirada de los muertos permanece en las profundidades del subconsciente como una gigantesca criatura de la conciencia que nada bajo el mar oscuro de los sueños. De pronto, los muertos nos miran de nuevo antes de hundirse en el fugaz parpadeo de luz y sombra. Finalmente eso es todo lo que queda de la guerra. La última mirada de los muertos.

El incendio de la llanura se trocó en forestal. Parecía un fuego rencoroso. Rojo de ira como si las estrellas lloraran sobre el camino y el hilo que sostenía el universo acabara de romperse. El fuego, como una agua limpia, abre su ruta sinuosa, camino al pueblo de San Pablo Viejo. El pueblo estaba como si le hubieran cortado el prepucio del corazón. Era tierra perdida, un hueco negro donde el viento feroz se precipita. Un vacío espeso se apoderó del ambiente. La voz de alerta llegó tarde desde el lavadero donde las mujeres se pelean, en la madrugada. La noche

sale de un relámpago. Y el incendio que va para el otro lado del mundo pasa por San Pablo Viejo, que ardió bajo las llamas de un fuego bíblico.

Capítulo 57

Los habitantes de San Pablo Viejo fundaron San Pablo Nuevo y continuaron viviendo apaciblemente aficionados a los buenos olores. León Eiseric se salvó de la pobreza y de los hoteles de Ulan Bator. Volvió a Francia y por sus méritos de conspirador fue agente secreto de los ingleses en el Medio Oriente. Fue visto como constructor en las montañas del Kurdistán y como restaurador de templos budistas de Nepal. Después de la primera Guerra Mundial no se supo más de él. Monique Clemant se quedó viviendo en Panamá. Se encontró a sí misma cuando empezó a pintar. Pudo así expresar algo que su imaginación entreveía. El arte le ofreció a su vida algo nuevo y extraño; tal vez la oscura conciencia de este hecho excitaba su simpatía por las nuevas ideas. Su espíritu que había vagado por la historia en vez de buscar refugio en la fe encontró en la pintura un cuerpo. Monique se dedicó a estudiar el arte moderno y creó las primeras galerías de arte en Panamá. Encontró en la pintura aquel lenguaje del espíritu; aquella fuerza magnética que transforma la vida como si fuera un cataclismo. Se fue a vivir a Taboga donde instaló una clínica para alienados donde usaba como terapia la pintura. Donó uno de los lienzos de Paul Gauguin a la iglesia de la isla, el día que se casó con un abogado de apellido Stanziola, quien como la mayoría de los hombres, estaba conforme con hacer las cosas comunes. Fue testigo de los sucesos de la independencia el día 3 de noviembre de 1903. Bunau Va-

rilla eligió ese día por ser el día de las elecciones en los Estados Unidos. Manuel Amador Guerrero se había reunido con Varilla en la célebre habitación 1162 del hotel Waldorf Astoria y le había solicitado 6 millones de dólares. Éste le dijo que los requería para comprar naves cañoneras para defender el istmo. Varilla le contestó que si se lograba la independencia tendría acceso a los 10 millones de dólares que le otorgaba la ley Spooner. Convinieron que las tropas norteamericanas lo protegerían a él como a la junta revolucionaria dentro de las 48 horas siguientes a la proclamación de la nueva república. Sólo tendría que prometerle que él sería nombrado como representante diplomático de la nueva nación ante Washington. Esto le cayó como un balde de agua fría a Amador que le había prometido a su esposa que sería el primer embajador plenipotenciario ante los Estados Unidos. Amador le dijo a Varilla que ésto no podía ser posible porque él era extranjero. Varilla le replicó a Amador que él también lo era. Él era colombiano. Le sugirió que aspirara al cargo de primer presidente del nuevo Estado. Amador le dijo que este cargo se le reservaba a José Agustín Arango.

—Puedo entender fácilmente su punto de vista, pero hay una ley suprema que dicta nuestra resolución. Ella nos ordena reunir cualquier elemento que pueda garantizar el resultado final. Una batalla decisiva se librará en Washington. Dejemos que la sostenga quien mejor equipada esté para obtener la victoria.

Amador hace el trato con Varilla y José Agustín Arango **es pasado por manteca**.

En la madrugada del 3 de noviembre de 1903 el crucero **Cartagena** en las barbas del acorazado **Nashville** desembarcó 500 soldados del batallón Tiradores. Eran soldados de élite; aguerridos y fogueados en la guerra civil. Manuel Amador Guerrero imagina una traición americana. Cuando está a punto de denunciar la conspiración, María Ossa de Amador conmocionada por una loca irritación, le grita que habrá independencia con soldados americanos o sin ellos. El viejo Amador Guerrero cre-

yó prudente no desafiar esa determinación e intuyó que no se podía separar de su tercera mujer, sobre todo después de haber cumplido 81 años.

Por orden del gobernador José Domingo de Obaldía se demoró el tren ordinario y los oficiales colombianos abordaron un carro especial para ir a Panamá. Dejando a las tropas sin dirección militar confiable. Cuando llegaron fueron apresados por el escrupuloso capitán Zalazar, mano derecha del general Esteban Huertas, jefe del batallón Colombia que, en ese momento, después de una azarosa negociación económica, pasaba a ser el batallón Panamá.

La cañonera colombiana **Bogotá** abrió fuego sobre la ciudad, matando a un tendero chino y a un burro. Hay un pequeño barullo apagado por las olas. Desde la plaza de Francia, el soldado Juan Chevalier tuvo un primer impulso de correr. Pero se quedó súbitamente clavado en la tierra. Quieto, mudo como una estatua. Tomó el pequeño cañón empotrado sobre el muro y disparó un tirito solitario. Chevalier sintió una emoción ignorada. Pálido y tembloroso, como una página, empezó a sentir que ya no estaba sepultado bajo el escombro de los días. Ese disparo era una convicción que terminó sobre las olas. El **Bogotá** dejó de disparar y se ocultó detrás de las islas Flamencos.

El gobernador del Estado don José Domingo de Obaldía fue tomado **prisionero** por los revolucionarios y puesto bajo arresto domiciliario en la casa de don Manuel Amador Guerrero. Donde charló amenamente con María Ossa de Amador sobre percepción extrasensorial. Sobre la música celestial. Sobre los enigmas de la esfinge o sobre las innumerables vidas del Dalai Lama. Un gobernador **auto preso**, un tendero chino y un burro muerto fue el balance militar de la **Independencia de Panamá.**

Después de los sucesos Obaldía viajó por el mundo y trató de establecer negocios en Río de Janeiro y Francia los cuales fracasaron. Muchos años después, volvió para morir en su hacienda de San Pablo Viejo. En su memoria, los liberales en el

poder, crearon un centro hospitalario que todavía lleva su nombre. Phillipe Bunau Varilla fue nombrado embajador plenipotenciario de la nueva República ante el gobierno de los Estados Unidos. Redactó y firmó el tratado del canal de 1903. Su odisea fue ejemplar. Sobrevivió a la fiebre amarilla, cambió la decisión del Congreso de hacer un canal por Nicaragua; concibió la idea de un canal a nivel y se vio involucrado en la conspiración de la independencia, donde se invirtieron más de 120 millones de dólares. Fue repudiado por un decreto del gobierno panameño y condenado a la execración y el vituperio. Volvió a Francia donde inventó un proceso para desalinizar el agua del mar. Perdió una pierna en la batalla de Verdun. Y hasta 1940 lo vieron trotar con su pata de palo cerca de los Campos Elíseos.

Nicandra Jované se perdió en las noches de la historia, lo mismo que la niña loba. Ernestina murió en un manicomio de la ciudad de David en medio de los estertores de la locura imaginando que tenía la conciencia llena de diablos. Vilma Tenaura Ritter no se recuperó de su estado cataléptico y murió de inanición. Su madre se volvió a casar y siguió con el negocio de puercos. Avelino Rosas no resucitó y como es fama sigue enterrado en el antiguo cementerio de San Pablo Viejo. Inmaculada no volvió a aparecer en los sueños de nadie. Don Terpíscore Sencial, su tío, publicó unas estampitas de la Virgen María con su rostro y todavía las reparten en las procesiones. Terpíscore escribió además, un tratado sobre la mosca de la carne y fue director médico del hospital José Domingo de Obaldía. El capitán Teófilo Pérez Romero no murió en el combate de San Pablo Viejo. En medio de la refriega se cambió de bando. Se enroló en las filas liberales del general Benjamín Herrera y fue un célebre traidor en la batalla del Puente de Calidonia, donde los liberales perdieron la guerra. Se dedicó al cultivo de arroz y fundó una cadena de almacenes: PÉREZ & ROMERO. Tuvo dos hijos. Uno nació con la cabeza grande y algo achatada, con la piel de un tono verduzco; los ojos grandes y saltones, un labio leporino y

un paladar hendido. El otro nació con un solo ojo y pezuñas de ciervo en lugar de piernas. Ambos vivieron hasta que su padre desesperado los ahorcó.

El padre Nicolás Buenaventura murió en la explosión y todavía su mano es objeto de veneración en las procesiones de Semana Santa. Los feligreses la sacan en andas, de tanto en tanto, lo mismo en San Pablo Viejo como en San Pablo Nuevo.

Las posesiones y otras manifestaciones de la histeria colectiva cesaron el día en que murió Heliodoro Nepomuceno Ritter, en la batalla de San Pablo. La única manifestación diabólica que hubo después ocurrió el 28 de junio de 1940, cuando un viento muy singular sopló sobre la iglesia. Después se escuchó un tronido y en un santiamén se cayeron todos los santos. Clamor de los clamores, se imaginó que el pobre vicario no tenía la palabra prudente o que muchos santos se negaron a soportar la pesadumbre de la mitra o que no todos los pecados han sido dichos sobre el escabel del confesionario. Sin embargo, siguen sucediendo cosas extrañas. No se sabe por qué San Pablo Nuevo es el pueblo que más ciudadanos sordomudos tiene proporcionalmente a su población en todo el mundo; en cambio en San Pablo Viejo es sorprendente la cantidad de ciegos. Acaso el castigo de un pueblo que no quiso escuchar y ver la verdad.

Extrañamente los mismos soldados liberales que se tomaron el pueblo de San Pablo Viejo se encontraron otra vez bajo el mando del general Manuel Quintero Villarreal desarmados, defendiendo el territorio nacional en la guerra de Coto, contra Costa Rica. Villarreal imaginó un nuevo ardid. Pintó cañones falsos en las orillas del río que demarcaba la frontera y las tropas extranjeras se replegaron temerosas del poderío bélico de los panameños. Fue el jefe militar y brazo derecho de los gobiernos de Belisario Porras.

El presbítero Valerio Restrepo recibió una herencia de 100 mil dólares y dejó sus hábitos para dedicarse al negocio de las antigüedades y a escribir **La historia de la iglesia Copta.** En

1925, Valerio Restrepo publicó un libro donde sustentaba, con pruebas documentales, la tesis de su antiguo maestro Tomás de Celano en la que se demostraba que San Marcos había fundado la iglesia Copta. Un día, fue testigo de una aparición sobre los tejados de dos iglesias coptas en las afueras de El Cairo. Se cree que el fenómeno luminoso era la Virgen María. Después, el hecho se repitió en la iglesia de San Damián. Esta vez la Virgen fue vista durante 40 minutos. El fenómeno fue tan concurrido que la policía se presentó para guardar el orden. El anticuario Valerio Restrepo murió en 1936. Una expedición inglesa había encontrado unos antiguos manuscritos coptos y él fue elegido para proponer una de las tres traducciones que se requieren en estos menesteres; mientras los traducía fue presa de una intensa emoción. Sufrió un ataque cardíaco y aún así no dejó de traducir el documento. Al finalizar su labor murió mientras dormía. Con su cuantiosa fortuna se creó una fundación para apoyar y educar a niñas desamparadas. Sobre su lápida en el cementerio copto de El Cairo no hay un nombre, sólo se lee la expresión en latín *Ego sum qui sum.* **Yo soy el que soy.**

Índice

1
Justo Arroyo
LUCIO DANTE RESUCITA

• • • • •

139
Rafael Ruiloba
MANOSANTA

Biblioteca de la Nacionalidad

TÍTULOS DE ESTA COLECCIÓN

- **Apuntamientos históricos (1801-1840)**, Mariano Arosemena.
  El Estado Federal de Panamá, Justo Arosemena.
- **Ensayos, documentos y discursos**, Eusebio A. Morales.
- **La décima y la copla en Panamá**, Manuel F. Zárate y Dora Pérez de Zárate.
- **El cuento en Panamá: *Estudio, selección, bibliografía***, Rodrigo Miró.
  Panamá: *Cuentos escogidos*, Franz García de Paredes (Compilador).
- **Vida del General Tomás Herrera**, Ricardo J. Alfaro.
- **La vida ejemplar de Justo Arosemena**, José Dolores Moscote y Enrique J. Arce.
- **Los sucesos del 9 de enero de 1964. *Antecedentes históricos***, Varios autores.
- **Los Tratados entre Panamá y los Estados Unidos.**
- **Tradiciones y cantares de Panamá: *Ensayo folklórico***, Narciso Garay.
  Los instrumentos de la etnomúsica de Panamá, Gonzalo Brenes Candanedo.
- **Naturaleza y forma de lo panameño**, Isaías García.
  Panameñismos, Baltasar Isaza Calderón.
  Cuentos folklóricos de Panamá: *Recogidos directamente del verbo popular,* Mario Riera Pinilla.
- **Memorias de las campañas del Istmo 1900**, Belisario Porras.
- **Itinerario. *Selección de discursos, ensayos y conferencias***, José Dolores Moscote.
  Historia de la instrucción pública en Panamá, Octavio Méndez Pereira.
- **Raíces de la independencia de Panamá,** Ernesto J. Castillero R.
  Formas ideológicas de la nación panameña, Ricaurte Soler.
  Papel histórico de los grupos humanos de Panamá, Hernán F. Porras.
- **Introducción al Compendio de historia de Panamá,** Carlos Manuel Gasteazoro.
  Compendio de historia de Panamá, Juan B. Sosa y Enrique J. Arce.
- **La ciudad de Panamá**, Ángel Rubio.
- **Obras selectas,** Armando Fortune.

- **Panamá indígena**, Reina Torres de Araúz.

- **Veintiséis leyendas panameñas,** Sergio González Ruiz.
  Tradiciones y leyendas panameñas, Luisita Aguilera P.

- **Itinerario de la poesía en Panamá (Tomos I y II),** Rodrigo Miró.

- **Plenilunio,** Rogelio Sinán.
  Luna verde, Joaquín Beleño C.

- **El desván,** Ramón H. Jurado.
  Sin fecha fija, Isis Tejeira.
  El último juego, Gloria Guardia.

- **La otra frontera,** César A. Candanedo.
  El ahogado, Tristán Solarte.

- **Lucio Dante resucita**, Justo Arroyo.
  Manosanta, Rafael Ruiloba.

- **Loma ardiente y vestida de sol**, Rafael L. Pernett y Morales.
  Estación de navegantes, Dimas Lidio Pitty.

- **Arquitectura panameña: *Descripción e historia***, Samuel A. Gutiérrez.

- **Panamá y los Estados Unidos (1903-1953)**, Ernesto Castillero Pimentel.
- **El Canal de Panamá: *Un estudio en derecho internacional y diplomacia,*** Harmodio Arias M.

- **Tratado fatal! (tres ensayos y una demanda)**, Domingo H. Turner.
  El pensamiento del General Omar Torrijos Herrera.

- **Tamiz de noviembre: *Dos ensayos sobre la nación panameña***, Diógenes de la Rosa.
  La jornada del día 3 de noviembre de 1903 y sus antecedentes, Ismael Ortega B.
  La independencia del Istmo de Panamá: *Sus antecedentes, sus causas y su justificación*, Ramón M. Valdés.

- **El movimiento obrero en Panamá (1880-1914)**, Luis Navas.
  Blázquez de Pedro y los orígenes del sindicalismo panameño, Hernando Franco Muñoz.
  El Canal de Panamá y los trabajadores antillanos. *Panamá 1920: Cronología de una lucha,* Gerardo Maloney.

- **Panamá, sus etnias y el Canal,** Varios autores.
  Las manifestaciones artísticas en Panamá: *Estudio introductorio,* Eric Wolfschoon.

- **El pensamiento de Carlos A. Mendoza.**

- **Relaciones entre Panamá y los Estados Unidos (Historia del canal interoceánico desde el siglo XVI hasta 1903)** —Tomo I—, Celestino Andrés Araúz y Patri-cia Pizzurno.

A los Mártires de enero de 1964,
como testimonio de lealtad a su legado
y de compromiso indoblegable
con el destino soberano de la Patria.